

HENRICH Y C^a — EDITORES — BARCELONA

OBRAS PUBLICADAS Y EN PUBLICACIÓN

Biblioteca Ilustrada de Novelistas Contemporáneos

	Autores	Ilustración de
INSOLACIÓN. . . (3. ^a edición)	E. PARDO BAZÁN	J. CUCHY
MORRIÑA (3. ^a edición)	E. PARDO BAZÁN	J. CARRINETY
LA HONRADA (agolada)	J. OCTAVIO PICÓN	J. L. PELLICER y J. CUCHY
LA ESPUMA (2 tomos)	A. PALACIO VALDÉS	M. ALCAZAR y J. CUCHY
AL PRIMER VUELO (Ag.) (2 L.)	J. M. ^a DE PEREDA	APLES MESTRES
LAS PERSONAS DECENTES. . .	ENRIQUE GASPÁR	P. ERIZ
LA HEMBRA (agolada)	F. TUSQUETS	P. ERIZ
EL PADRE NUESTRO.	F. TUSQUETS	P. ERIZ
EN ROMA	ANDRÉS MELLADO	R. DE VILLODAS
CUENTOS ILUSTRADOS (1 L.)	NILÓ M. ^a FABRA	Reputados artistas.

Cada tomo en rústica, 4 ptas. — En tela, 5 ptas.

Biblioteca de Escritores Contemporáneos

Obras publicadas

LA LITERATURA DEL DÍA.	URBANO GONZÁLEZ SERRANO
AL TRAVÉS DE MIS NERVIOS	EMILIO BOBADILLA (<i>Fray Candil</i>)
PSICOLOGÍA Y LITERATURA.	RAFAEL ALTAMIRA
LETRAS E IDEAS.	E. GÓMEZ DE BAQUERO
EL HISTRIONISMO ESPAÑOL	ELOY LUIS ANDRÉ

En prensa

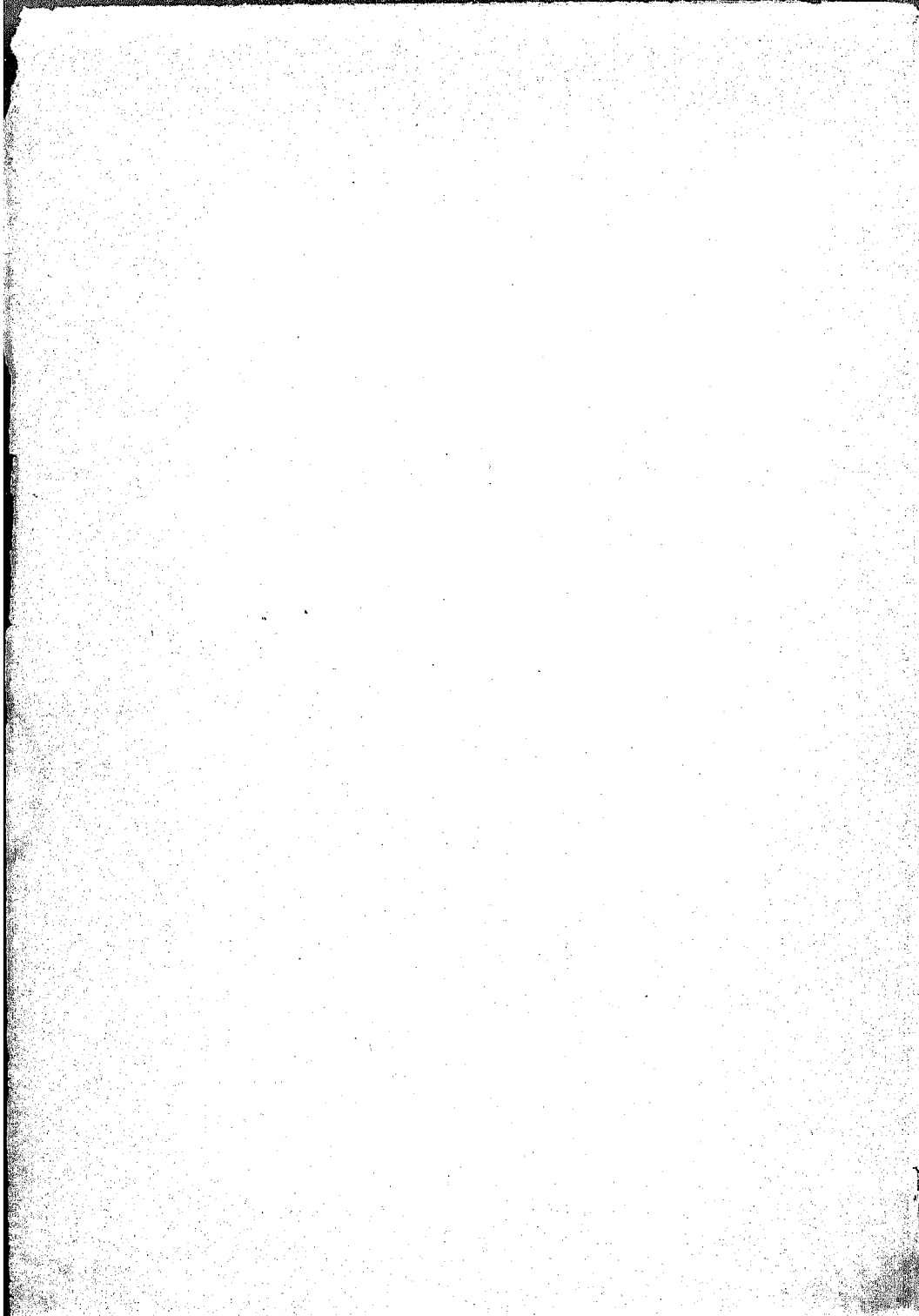
LOS MÍSTICOS ESPAÑOLES	PABLO ROUSSELOT.
ARTE DE BATALLA	J. BETANCORT (<i>Angel Guerra</i>)
CRÍTICA MILITANTE.	RAMIRO DE MAEZTU
LA FILOSOFÍA DE LEOPOLDO ALAS (<i>Clarín</i>)	ADOLFO POSADA

Cada tomo en rústica, 4 pesetas.

Obras varias

- MEMORIAS DE UN PENSIONADO EN ROMA (LA VIDA ARTÍSTICA), por Luis de LLANOS. Un volumen de 366 páginas en rústica, 2 ptas.
- GRAN DICCIONARIO GEOGRÁFICO, ESTADÍSTICO É HISTÓRICO DE ESPAÑA Y SUS PROVINCIAS. Cuatro tomos encuadernados, 40 ptas.
- AMERICANOS CÉLEBRES (GLORIAS DEL NUEVO MUNDO), por la BARONESA DE WILSON (2.^a edición). Dos tomos rústica, 10 ptas. — Encuadernados, 12'50.
- APÉNDICES AL CÓDIGO CIVIL, por D. LEÓN BONEL Y SÁNCHEZ. Cinco tomos, 7'50 ptas. uno. — La obra completa, 35 ptas.
- LOS CANARIOS, por el Dr. BAERM. — Guía práctica para la cría y alimentación de los canarios, ruiseñores, mirlos, etc., con 6 láminas en colores. En rústica, 1'50 ptas.
- IRREIVINDICACIÓN DE EFECTOS AL PORTADOR EN LOS CASOS DE ROBO, HURTO Ó EXTRAVÍO, por D. JUAN MALQUER Y VILADOT, Fiscal del Tribunal Supremo de Justicia, con un prólogo del Excmo. Sr. D. ANTONIO MACRA. Encuadernada en tela, 4 ptas.
- NUESTRA AMÉRICA, por CARLOS OCTAVIO BUNGE, con un prólogo de RAFAEL ALTAMIRA. (*Agolada.*) Un tomo en rústica, 3 ptas.

MI INFANCIA



BIBLIOTECA DE NOVELISTAS DEL SIGLO XX



M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

MI INFANCIA



BARCELONA — 1906

IMPRENTA DE HENRICH Y CA — EDITORES

Calle de Córcega, 348

Es PROPIEDAD

I

La historia que aquí da principio es la mía sin quitar ni poner. Esto no impide que me figure algunas veces que lo que voy á escribir es soñado, que no es visto y vivido. Tan lejos están de mí aquellas horas sombrías, tan lejos aquellas noches en que mi alma vivía muerta en mi cuerpo miserable, como un rayo de sol en el fondo de una cripta. Al reir ahora algunas veces, con mi risa de mujer feliz, de humor igual, aunque un poco escéptico, deténgome súbitamente, como si el pasado me cogiera por los hombros con su garra potentísima y me pregunto si no será ahora cuando estoy soñando... soñando de verdad, precisamente, y no como en la época aquella, de vida pavorosa.

Y al tender en torno la mirada, al ver mis cuadros con firmas de grandes pintores, mis muebles artísticos, mis alfombras ricas, mis *bibelots*, mis

cuadernos de música, puestos allí, junto á mi gran Pleyel; al sentir las risas de mis hijos, esas risas, cuyos acordes, más sonoros que todas las músicas, llegan á mi corazón desde nuestro jardín, con la brisa trasminante de esta gloriosa mañana de Mayo, me pregunto melancólicamente: «¿Soy yo, madre santa, soy yo aquel engendrillo, hija de un cartero de pueblo y de una pobre trabajadora campesina, sin otro patrimonio que el triste jornal de mi padre, en un pueblo costeño, andaluz, tan miserable, — andaluz y todo, — que para evitar gastos hasta evitaba con el exterior toda clase de correspondencia?»

Sí, yo soy Paca Cielos, sépanlo todos; yo soy Paca Cielos, descendiente única de Baltasar, pobre, honradísimo varón, cuyos hados, para ironía de su apellido, le fueron tan fatales. Yo soy hija de aquel Baltasar y de *Belica la Fontanera*, del linaje famoso de los Matas torroxeros, de gran renombre por su honradez en los pueblos numerosos de la costa.

En una dulce tarde de otoño, estando mi madre junto al hogar, con Frasquita Antúnez su suegra, asesinaron á Baltasar Cielos en el mismo escalón de nuestra casa. Yo tenía siete meses.

Quedé huérfana del modo más rápido y cruel que pueda la imaginación concebir. Trabáronse en pendencia dos hombres; fué en nuestra puerta; mi padre llegaba; era joven, generoso; intervino con ánimo de calmar á los que combatían y reci-

bió en el corazón una puñalada. La puñalada iba de un contendiente á otro, pero le mató á él; le mató en el acto, y fué á rodar á los pies de mi madre, que me amamantaba. ¡Oh, Baltasar Cielos! Tú fuiste un ejemplo más, muy doloroso, de lo inconveniente y costosísimo que resulta el papel de redentor. Hundíase así para siempre un hogar dichoso, mantenido, aunque lo creáis imposible, con cinco reales cada día, sacados de las cartas y con la ayuda de las hortalizas, leña y frutas, provenientes de unos terroncicos de Frasquita Antúnez, sin otras aspiraciones, felices en su pobreza é ignorancia.

Muerto mi padre, la raza de los Cielos quedó representada aún por cuatro hermanos suyos, Vicente, José, Félix y Salvador, los cuatro solteros. José y Félix se engancharon para Cuba antes de la unión de los Cielos y los Matas, con el matrimonio infeliz de Baltasar y *Belica*. José murió á poco de la fiebre y Félix contrajo enlace con una mulata, según rumores que á mi abuela llegaron. La pobre Frasquita Antúnez bajó á la tierra sin saber ya de su hijo Félix, y ésta es la hora, aunque hace veinticinco años que embarcó para Ultramar, que no se han tenido noticias suyas, prueba fehaciente de que murió ó se hizo rico: que la riqueza es como el morir, si se trata de dar noticias á parientes pobres; es decir, que si el buen tío Félix no murió y es rico, calla y calla como un muerto, lo que constituye, pensándolo

bien, una ventaja, porque el pariente pobre no da en la tentación de pedir y el rico no vive atormentado con el temor de que le pidan.

Vicenta casó pronto con un *Alcuza* y murió de sobreparto. El tío Salvador quedó soltero, con la abuela. A casa de la abuela fuimos á parar mi madre y yo, como dos tristes hojas arrastradas allí por el otoño. Dicen que mi madre no dejaba de llorar día y noche, pensando en sus miserias y en su muerto. Aunque llorase á más no poder, es una verdad ¡ay! que á los tres años casó nuevamente, y casó esta vez con un viejo labrador de las cercanías. Cuando yo tuve criterio para apreciar estas cosas, no elogíé ciertamente la conducta de *Belica*; pero personas de la aldea hiciéronme pensar de otro modo, andando el tiempo. No fué una historia que me contasen; pude yo ir atando cabos y haciendo deducciones, y la memoria de *Belica* Mata quedó limpia en el corazón de Paca Cielos, su ángel muy amado. *Belica* se casó desesperada. Las brutalidades del tío Salvador la volvían loca. Mi abuela era una buena alma, pero al tío Salvador nadie podía sufrirle. Á *Belica* Mata, lo mismo que le hubiera ocurrido á su hija hallándose en su caso, — aquella hija, gusanillo flébil entonces, que no tenía más mundo ni más credo que buscar ansiosa con su boquilla seca la desmedrada ubre, — se le hizo intolerable vivir en casa de su suegra, pensando siempre que estaba allí de limosna, oyendo todos los días indirectas que rasgaban el

corazón. Isabel Mata no quiso ser una pegadiza, — ¡la gran hambroña! — como el tío sin piedad *clamaba* en sus momentos más inspirados, frase tremenda que tantas veces oí en mi infancia y en mi juventud de los mismos labios de donde habían salido para mi madre.

¡Oh, madre sin ventura! Sí, se casó desesperada y con aquel casamiento fué de Herodes á Pilatos. El viejo quería engalanarla y pavonearse con ella, pero ella no salió nunca con él ni con nadie, como no fuese sola y al templo de Dios en las mañanitas domingueras, modestamente, con los ojos bajos, aquellos ojos grandes, tristes, asombradísimos, asombro medroso, como si estuviese contemplando en todas las horas, en todos los minutos de su existencia mísera, al hombre adorado, en el instante de caer á sus pies con las manos apretadas sobre el corazón partido. Como si estuviera viéndole caer siempre junto á sí, estrellándose la frente sobre el empedrado, sin un grito, sin una palabra, sin una queja, muerto, ¡muerto! ¡¡muerto!!

Yo, que me conozco y sé cómo soy, y juzgo que mi madre sería como yo, tengo para mí que vivió loca, sin que nadie se diese cuenta, los cuatro años que tardó en seguir á Baltasar Cielos, para descansar como él, acostada en la tierra. Pasa por mi mente, como una sombra borrosa, su imagen triste, macilenta, acurrucada todo el día, hiciese calor ó frío, en una silla baja, junto al fogón, conmigo en brazos, sin que bastasen á sacarla de su

absorción fatal las palabras indecorosas, las maldiciones de aquel viejo infame, acompañadas á menudo de algún estacazo que sonaba en su carne sorda, horriblemente. Á estos golpes del verdugo, celoso de Baltasar Cielos, como de un fantasma que siempre le persiguiera para robarle su mujer, seguía un lamento desgarrador de la mártir, y después nada, ni un gemido, ni una lágrima, la misma inercia pavorosa, replegada, acurrucada en su silla junto al fogón, con Paca Cielos en el regazo.

Y allí, en su silla, junto al fogón, replegada, acurrucada, la encontraron muerta una noche, con el corazón partido indudablemente, como el propio Baltasar Cielos; sólo que, en partírselo, para más desventura de la infeliz mujer, habían empleado cuatro años, y Baltasar Cielos fué á Dios en un segundo, sin dolor físico ni moral, por su suerte. No sé si el viejo verdugo le dió á mi madre algunos palos todavía, después de muerta, en su rabia celosa, viendo que al fin Baltasar se la llevaba sin que pudiese impedirlo nadie. Únicamente puedo decir que murió á los cuatro años de haber muerto mi padre, un año después del segundo matrimonio. Yo tenía cuatro años y cinco meses, y contaba en el mundo, como único amor, con el amor de mi abuela, y como único amparo — ¡Dios piadoso! — con el amparo del tío Salvador. Con estos auspicios comenzaba mi vida.

II

Mi padrastro marchó del pueblo y no supimos más de él. El tío Salvador ocupó la vacante de Baltasar en la cartería, pero no repartió cartas mucho tiempo. Casquivano y voluble, otras ideas trastornaban su mente. Quiso abandonar el pueblo, porque era Málaga, según él, campo más grande para buscar la vida. Mi abuela, sin ánimos ya y sin voluntad, desde la muerte de su hijo mayor, encogíase de hombros. Parecía una esfinge, con su cara rugosa, tostada, su cuerpo derecho, erguido y su mirada inmóvil, como absorta en una misteriosísima y perenne contemplación interna. Viendo el tío Salvador el terreno abonado, apretó en la demanda, después de la muerte de mi madre. Vendióse la casita, vendiéronse los terrones y salimos por fin para la capital mi abuela y yo. Íbamos solas. El tío Salvador entretuvo un día aún para buscar carro y cargar los

muebles, mientras mi abuela hacía indagaciones de una casa en que instalarnos. Este fué el pretexto; en realidad, se detuvo para mostrarse vanidosamente en todas partes, despidiéndose de los vecinos, de puerta en puerta, que le despedían á su vez con dolor hipócrita, alegres por dentro, porque se quitaban de al lado un mozo quimerista, agresivo y de entrañas duras. Le conocían bien.

No puedo decir mucho de mis *impresiones* de viaje. Son muy vagos mis recuerdos. Salimos de Torrox una noche calurosa, poco después de obscurecido, y al amanecer estábamos en Málaga. Apunto estos detalles, no porque yo los recuerde; oí hablar de ello á mi abuela en muchas ocasiones. Tengo idea de un camino ancho, polvoriento, sinuoso, que costeaba el mar. Alguna ola inquieta solía entrar con su lengua redonda y bullente en el camino, y la borriquilla, sobre la cual yo asentaba mi humanidad respetable, deteníase con inquietud al sentir en las pezuñas y algo más alto el frío del agua. Otra impresión menos borrosa es el recuerdo de una galera enorme, tirada por cuatro mulas, con un borriquillo delantero, hermano carnal de la borrica en que yo cabalgaba, ó pariente próximo sin duda. El agudo sonsonete de las arandelas del galerón, y la voz aburrida y como agonizante del mayoral, animando de tiempo en tiempo á las bestias del tiro, vibran aún, con música singular, en mi mente, algunas noches,

ya en la cama, cuando un dulce sueño va dominándome.

No creo que mis escasas memorias de aquel viaje, sea porque mi corta edad me impidiera conservarlas: sólo tenía cinco años, pero recuerdo con mucha precisión escenas y lugares, presenciados en aquella edad. He de suponer, por lo mismo, que mi falta de impresiones obedece más bien á que dormí la mayor parte de la noche. ¡Oh, Paca Cielos, qué bien cabalgabas en tu borrica, dentro de aquel gran capacho, sentada sobre mullida zalea puesta en el fondo, con otra no menos mullida por espaldar! Yo era valiente; ningún temor inquietábame; para mayor tranquilidad estaba segura de que *mi* capacho no se hundiría, porque el del otro lado se atestaba, como contrapeso, con tres arrobas de batatas, de aquellas de Nerja, sabrosísimas, que la abuela llevaba como presente á un señorón malagueño, único tributo de gratitud que la pobre podía rendirle por cierta merced recibida.

Seguramente, yo dormí por el camino, sin preocuparme de los quebraderos de cabeza de la abuelita. Ella iba andando, valiente, impasible al parecer, estoica, derecha como un huso. Yo abría los ojos plácidamente de tarde en tarde y los volvía á cerrar, dichosa al ver á mi abuela al lado mío, al sentir el rumor de las espumas lamiendo la playa, y el otro rumor, agrio ó quejumbroso, de las arandelas del galerón. Era una

noche hermosa; no había luna; la inmensidad parecía un gran manto negro espolvoreado de oro.

Quisiera contar detalles interesantísimos de nuestra instalación. Los recuerdo perfectamente, y esto prueba lo que más arriba dije de mi memoria. Limitándome á lo de más importancia, hago constar que nos dejó el arriero en la posada de *La Corona*, donde descansamos algunos minutos. En la misma mañana decidió mi abuela hacer su presente al señor malagueño. En el acto, después de la visita, buscaríamos casa. Tenía que ser así, para que el tío Salvador no nos diese un disgusto al llegar, como lo haría desde luego si no encontraba dónde poner sus chismes. Nos acicalamos con los trapitos de fiesta que Frasquita Antúnez sacó del arca trabajosamente; y fué su trabajo, por estar el arca al igual que la de Noé, en un Sinaí de sacos de harina, seras de higos y cajones de pasas. Frasquita Antúnez, con su falda de coco, su mantón de merino y su pañuelo de seda, todo negro, perenne tributo concedido á sus desgracias, seria, ágil, fuerte, y yo, con mis calzapollos blancos, mi faldilla rameada y mi pelo cogido en el mismo occipucio, con una cinta negra como el rabo de un derviche, nos pusimos en camino. Un zangón de la posada conducía el presente, previa discusión de honorarios, que se convinieron por último, después de grandes argumentaciones de entrambas partes, en tres cuar-

tos justos, ni más ni menos; que entonces los intrincados laberintos de la moneda decimal no habían podido explicarse aún en el cerebro de la plebe malacitana.

Y allá traspusimos por la ciudad famosa, la abuela Antúnez, su nieta Cielos y el zangón posaderil, con el presente de batatas para el señor de referencia. Al punto de dejar la posada, subimos por la Virgen de los Dolores, quedándose á nuestra derecha la calle del Marqués y nos encontramos en uno de los tres puentes tendidos sobre el Guadalmedina, aquel puente viejo que, más tarde, con la iglesia de la Aurora, la calle del Tiro y tantos otros lugares del barrio de la Trinidad, habían de ser teatro de las grandes hazañas de Paca Cielos.

Entonces vi por vez primera el pasillo de Guimbarda, que tantas veces había yo de atravesar tiritando de frío, á la luz macilenta de los faroles, en las horribles madrugadas de Diciembre y Enero; entonces vi por vez primera el gran bullicio de arriería de la embocadura de la calle de los Mármoles; entonces vi la calle de la Almona, con sus gitanas peinándose en las puertas y las fraguas ardiendo en los portales, con aquellos vulcanos negrotos, andrajosos, mustios, con aquellos gitanillos de imposible descripción, revolcándose por el arroyo; entonces, ¡ay, Dios!, vi la calle del Tiro. A esta calle nos encaminábamos. En ella vivía el señor malagueño que ya

mencioné; allí, sépalo el mundo, en el trozo que comprende las embocaduras de la calle de la Trinidad y la de la Jara.

En la puerta había un chicuelo de uno ó dos años más que yo. Entreteníase en arrancar el empedrado, junto á la pared, con un escardillo. Era un morenete de ojos negros y cara seria. Conociáase al mirarle: debía á la fortuna bastantes más favores que yo. ¿Dónde, Virgen piadosa, iban á ponerse mis calzapollos de cuero duro, con sus botas de charol lustrosísimo, ni mi faldilla ridícula con su indumentaria de señorito mimado? Tenía la chilustra descubierta, veíase su frente anchota y su pelo lacio, del cual se destacaba, no obstante en la coronilla, un mechón rebelde é implacable, signo, sin duda, del genio indómito del sujeto.

— ¿Está tu padre, Pepito? — preguntó mi abuela, untosamente.

«Sí, estaba». Pepito lo dijo mirando á la vez con atención respetuosa el saco del presente. Me lo confesó con el tiempo, cuando una cierta amistad fué engendrándose entre nosotros. Había sospechado el contenido del costal, y Pepito sentía, precisamente, una santa adoración por las batatas, asadas, sobre todo; cocidas, no mucho; crudas, tal cual.

Entró el chicuelo en la casa como un torbellino, anunciando con voz potente la presencia de la mujer de Torrox. Una señora salió á los corredores pidiendo por la Virgen al chiquillo que se calmase;

aunque muy honrados con la visita, no era cosa para escandalizar de aquel modo.

— ¿Quiere usted hablar al señorito? — preguntó después bondadosamente. Sin esperar respuesta, hizo indicación á un criado que asomaba entonces también al corredor y condujo á Frasquita Antúnez.

Subió mi abuela. El señor salía del despacho en aquel punto. — Hola, Frasquita, ¿la tenemos ya por aquí? — Fueron sus palabras. Parecía un señor muy amable. Entró otra vez en el despacho con mi abuela y yo me quedé con la señora á quien el mozangón hacía entrega del presente. La señora reíase con bondad, protestando á la vez del sacrificio hecho por la pobre Frasquita; y Pepito, sin acordarse del mundo ni de sus miserias, escogía gravemente la batata mejor, para que se la asasen acto seguido.

Me besó la señora y me hizo muchas preguntas. Me preguntó mi nombre... Me habló de mi madre, la pobrecita que murió, y tuve que decirle que estaba yo contenta y que viviría en Málaga muy á gusto. En una cosa me llegó al alma principalmente; al asegurarme que podría ir cuando quisiera á jugar con Pepito. Era mucha señora. En cuanto á Pepito, ejerció sobre mí desde el primer instante un influjo supremo por su desenvoltura, su linda ropa, la superioridad, en fin, que mi timidez é ignorancia le reconocían.

— Sí, que venga — exclamó el niño, miran-

dome con gran reposo; — le enseñaré mis juguetes y jugará con ellos. — Corrió escapado á una sala inmediata y volvió sin pérdida de segundo con unas estampas muy lindas y unas casitas de cartón tan primorosas, que me hicieron estremecer de gusto. — Toma, para que juegues tú cuando no estés aquí.

«¡Para mí aquello!» Eché mis manos atrás, irresoluta:

—Tómalos—me dijo la señora, besando al niño. —Yo tomé los juguetes, con unas ganas muy grandes de llorar.

Salieron del despacho el señor y mi abuela. Don Gabriel Alcudia, supe después que se llamaba. Yo no quiero hacer alardes de mi precocidad, ni sé si sería precocidad aquello, pero me pareció que mi abuela había llorado. Sin embargo, estaba contenta. Don Gabriel me besó. En aquella casa de la calle del Tiro todos besaban y decían cosas amables.

Mientras mi abuela hablaba con los señores de Alcudia, Pepito me llevó de la mano hasta la sala donde estuvo antes. ¡Pobrecitos los ojos de Paca Cielos! Quedaron deslumbrados. ¡Lo que vi allí! ¡Cuánto lindísimo juguete! Cornetas, sables, tambores, fusiles, cajas de soldados, todo un ejército, con caballería, cañones y tiendas de campaña... No había muñecas, ni otros juguetes propios de niña, pero ¿qué importaba? No desdené nunca los juguetes de los chiquillos y hasta

sentía por ellos secreta inclinación, que nunca observé se desmintiera, como nuncio y comprobante quizás de mi esforzado ánimo y energías varoniles, de las que puedo hablar, gracias á Dios, con toda la inmodestia de que vosotros, lectores, tengáis á bien tacharme.

¡Válgame Dios, qué rato de juego! Me olvidé de Torrox, de Málaga y hasta de mi abuela. Para jugar á la pelota no había sitio, por lo que, inmediatamente, desechamos este *sport*! ¡Qué palabra! ¡Quién había de decirme entonces que, andando el tiempo, la sabría yo pronunciar, la sabría escribir y sabría su equivalencia en lenguaje de cristianos!

Pepito Alcudia me enseñó otras estampas y otras casitas de cartón, admirablemente hechas. En lo que estuvo á gran altura fué en el ejercicio militar. Cogía su fusil de hojalata con un donaire, que para sí lo hubiesen querido los militares de veras. ¡Y qué arrogancia para sus voces de mando! ¡Qué altivez, qué grandeza de porte! Empezó á enseñarme el ejercicio. Me puso un morrión y me dió un fusil. Yo no cabía en mi pellejo de orgullo. Me explicaba con mucha paciencia lo que tenía que hacer, cuando él diese las voces de orden, y yo le escuchaba con una ansiedad indescriptible, atenta, fuera de mí, para que se mostrase complacido. ¡Ah, si hubieseis visto á Paca Cielos con su faldilla ridícula, sus calzapollos famosos, su morrión tirado hacia la

nuca, sobre el rabillo del derviche y su fusil empuñado rabiosamente, colorada, anhelante, perdida la memoria de todo lo del mundo! Fué un golpe tremendo cuando mi abuela entró en la sala á besar á Pepito y á decir que nos marchábamos. Yo me eché á llorar. Mi amigo disimuló su enojo á duras penas.

—Bésala—le dijo su madre cuando nos íbamos.

El señorito Alcudia me dió un beso en la mejilla, y sus labios, yo lo sé, humedeciéronse con mis primeras lágrimas de dolor en el mundo.

III

Íbamos á buscar albergue. El tío Salvador estaría ya en camino con su carreta. A los pocos pasos de la mansión de los Alcudia, detúvose la abuelita delante de una casa, especie de corralón en pequeño. Ya sabéis que en Málaga el corralón, como en Sevilla el corral, es donde habita gente jornalera ó miserable, en cuartos diminutos por precios muy módicos, y donde se confunden con deplorable frecuencia las familias honradas y trabajadoras con seres abyectos de la peor índole. Al preguntar por la casera, salió una mujer viejísima, negrucha, muy limpia, muy peinada, muy blanqueada, que nos miró con ojos desconfiados y astutos. Cuando dijo mi abuela que iba de parte de don Gabriel el vecino, mostróse más asequible. Vió la abuela dos habitaciones vacías y pronto se decidió por una sala baja, interior por supuesto, sin otra luz que la que entraba del patio por la

misma puerta. Nada de ventanas inútiles. La habitación valía doce reales al mes, pero pagando por semanas. Frasquita Antúnez echó sus cuentas: «Dios daría».

Recuerdo muy bien que la sala sería de tres metros en cuadro. Despedía un olor horrible, de haber estado cerrada y sin ventilación mucho tiempo. La abuela pidió un tiesto á la mujer de la sala de al lado, otra le prestó una escobilla, y en un periquete le dió á la sala una mano de blanqueo, muy digna de loor. Por la tarde, medio á oscuras, le dió otra, y á la madrugada, en fin, la última. Inmediatamente se puso al fregado de suelo y puerta, y dejó la habitación como el oro, sin cansarse, lista, nerviosa, con su cara de es-finge siempre, su cuerpo entallado de mozueta, y sus ojos grandes, de una misteriosa y triste dulzura.

¡Qué alegría de vivir! Mientras mi abuela se hacía pedazos en el gran ajetreo, yo tenía que contenerme para no saltar de alborozo. Lo debo decir: desde muchacha tuve fuerza bastante sobre mí misma para no exteriorizar mis sentimientos, alegres ó tristes. Mi placer, mi dicha loca, consistían en que íbamos á vivir cerca de los señores de Alcudia. Podría ir cuando quisiera, como la señora me había brindado, á jugar con el señorito.

Tengo que manifestar que los señores de Alcudia no consintieron que fuésemos á dormir aquella noche á la posada. Dormimos en el hospitalario

hogar, ¡ay Dios!, y en la sala de los juguetes. Antes de acostarnos, hubo también una gran sesión entre Pepito Alcudia y Paca Cielos, enseñándola él unas estampas con unos señores y unas damiselas muy graves, con unos danzarines que daban saltos interesantísimos, haciendo palpar el corazón de la chiquilla torroxeña. También debo mencionar un muñequín de peana de plomo que siempre quedaba de pie, por muchas y diferentes formas que se empleasen para tirarlo sobre la mesa, y no digo nada de unos trompos de metal, brillantísimos, bailando sin volantín, y derramando al bailar, alrededor, deliciosas músicas. Soñé mucho aquella noche, la primera que dormí en Málaga. Soñé con mil cosas estupendísimas: los señores aquellos de las estampas vinieron á saludarme con mucha gravedad; los bailarines danzaron sonrientes en torno mío; aquella figura extravagante que siempre caía de pie, sin yo comprender entonces ¡ay de mí! que tenía los pies de plomo, vino dando tumbos hasta mi cama, y cogiéndome de la mano con una sonrisa triunfante, me hizo levantar y me mostró después unos vestidos llenos de lazos y piedras relucientes y despidiendo todos sutiles ambrosías. Me puso él mismo, el mejor, inclinándose á la vez á todos lados, con mil contorsiones de risa. Luego, me llevó á un gran sillón que yo había visto en una sala muy hermosa de los señores de Alcudia, y me repantigó en él dejándome muy á mis anchas.

¡Qué cuidado tenía yo con mis adornos para que no se ajasen! Mi abuela estaba en el colchón aún, y el colchón, por arte milagroso, había venido hasta mis pies, arrastrando, desde la sala de los juguetes, con mi abuela encima... la abuela, con los ojos cerrados, rígida, estirada, inmóvil, dormida, con un sueño dulce, sin respirar, sin abrir los ojos nunca.

Por la mañana, sentada en el escalón de la calle de nuestra nueva casa, mientras la abuela fregoteaba puerta y suelo, dirigía yo los ojos temblorosa de placer á la casa de los Alcudia, de donde hacía poco habíamos salido, sin que turbase mi alegría el recuerdo de lo que soñé la noche antes, al contrario, contribuyendo á mi satisfacción. ¡Oh, terrible egoísmo de la infancia!

A las once llegó el tío Salvador con la carreta. Habíamos dejado dicho en *La Corona* á dónde tenía que acudir con los chismes. Al ver la sala hizo un gesto desdenoso, pero sin comentario alguno de otra clase. Se descargó la carreta, y en un cuarto de hora estuvo todo listo. La cama grande, de bancos y tablas, con los dos colchones, en un ángulo; á la derecha de la puerta, junto á la cama, á los pies, el lavabo de hierro con la ajofaina de barro vidriado; el arca, — lo más vistoso del menaje, — frente á la puerta; colgado de la pared, por encima del arca, el espejo pequeñito, de marco encarnado; una silla de vitoria, junto á la cama; otra á la izquierda del arca. No había más sillas

ni hubiesen cabido. En el centro una mesa microscópica. Para dormir el tío Salvador, se sacaría la mesa al patio y echaríamos al suelo uno de los colchones. Para cocinar, un cajón vacío detrás de la puerta y sobre el cajón el anafe; en una tabla triangular adosada á un rincón, los cuatro platos, la cazuela, los dos tazones, el mortero de barro, la plancha de asa rota, todo en fin lo que componía el menaje del planchado, la vajilla y el tren de cocina; y como complemento de tan limpia miseria, el sol entrando en oleadas, salvaje, brutal, llenando toda la sala, y el patio por último, el patio blanqueado, empedrado, barrido, fresco, riente, con su pozo de agua dulce riquísima, su gran rosal, su dompedro de flores de carmín y nieve, sus macetas de aureola, su gran geranio, su poyete brillante, con macetillas de albahaca olorosa, y su parra frondosísima, y pendiendo de la parra los gajos enormes, apretados, dorados, con su polvillo cenizoso que atraía la mirada avarienta de la hija de Baltasar Cielos.

Pronto fui haciéndome cargo de la vecindad; estoy segura de que me impuse antes que la misma Frasquita, en mil pormenores. Fui haciendo mis amistades, sin escogerlas, como supondréis, como tampoco escogí á mis enemigos, — enemigo, para mejor explicarme, — pues sólo tuve uno, que fué la *señá* María Caballero. Esta mujer era la casera. Donde yo veía un claro, por allí me colaba, sin otro veto que el suyo. La *señá* María era lo único

que turbaba mi gloria de vivir. Se declaró mi enemigo por la ira que le produjo siempre ver en la casa el más insignificante hilacho que la ensuciase; una brizna, una pelusa, un descochón que cayese de una grieta del techo, cualquier cosa era bastante para que la *señá* María levantara una polvareda de mil demonios, poniendo á los de la casa como un trapo, y á mí en particular. Su manía era la limpieza. Peleaba con todos, y hasta con su misma sombra hubiese peleado por tal motivo. Siempre iba recorriendo la casa con la escoba ó el trapo de fregar, tocando en todas partes y renegando de todo bicho viviente. Siempre tenía clavados en mí sus ojillos fogosos, como queriendo escudriñar en mi conciencia los escarabajos de mi último crimen. No quiero hablar de una mañana que me sorprendió de puntillas sobre el poyete, arrancando uvas con esfuerzos gigantes, del racimo en que más ella tenía puestos su corazón y sus ojos.

Era comprometedora, insolente, agresiva. Temíasela como al demonio, y en su industria, sin embargo, se la admiraba y buscaba por su gran aseo solamente. Por las tardes, arremangados los brazos hasta el codo, con un gran delantal limpio y limpia toda ella como el fuego, ponía en remojo el bacalao y preparaba la masa. Cubría después las fuentes con sendos paños de blancura inverosímil, pues la nieve era negra si con ellos comparábase. Al oscurecer plantaba un anafe en

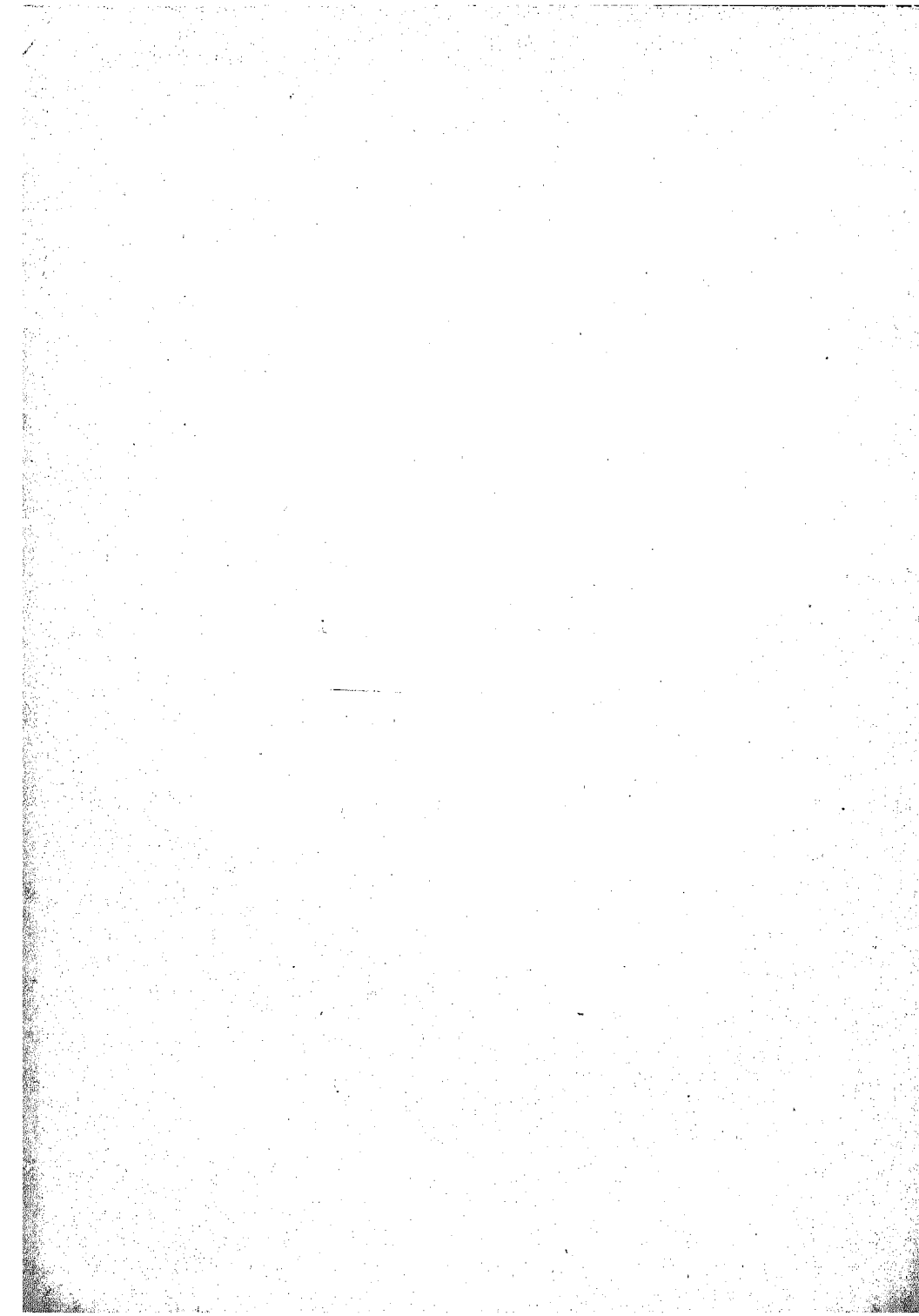
el escalón de la puerta, sobre el anafe una sartén monumental rebosando aceite; al lado una mesilla gastada ya por el estropajo; en la mesa las fuentes, y un candilón de metal pulimentadísimo, brillante, arrojando sus lenguas de luz por las cuatro piqueras, iluminaba con vigor la freiduría, el fondo de la casa y el de la calle, oyéndose ya durante algunas horas de la noche el alegre chirrido en la sartén, de las tortillas más sabrosas, tiernas y afamadas que se amasaron y frieron en el barrio de la Trinidad, aquel barrio famosísimo por los compadres, por las campilleras, por los guapos, por la Pola, y por las tortillas de la *señá* María Caballero.

Consecuente con su manía de limpieza, antes de instalar su *tinglado* de noche, colgaba una amplísima hoja de lata en la pared y sobre ella el candilón para defenderla de su contacto; ponía latas también, para resguardar el muro de las salpicaduras de aceite, las ponía en el suelo en fin, y todas las noches al concluir el despacho, fregaba rabiosamente, anafe, sartén, candil, mesa, hojas de lata y suelo... Y todas las mañanas al levantarse, acudía febril, con el tiesto de la cal y la escobilla, y arremetía frenética contra tal ó cual salpicón, increpándole y escarneciéndole, como enemigo odiado á quien con todas armas se arremete. ¡Pobre *señá* María Caballero! Más tarde comprendí su gran corazón. Pude observar en mi experiencia triste de la vida, que no hay seres de

carácter así que no tengan un fondo honrado y leal.

Pero hablé ya bastante de mi único enemigo. En cambio, el señor Gutiérrez tuvo por mí desde el primer día gran predilección. Era un zapatero que vivía en el patio, frente á nosotras. Siempre veíasele en su silla baja, con su mesa delante, trabajando como un energúmeno y cantando cosas de la República. La República le traía fuera de sí. Era un republicano tremebundo y alegre, con un bigotazo gris como un demonio, y unas cejas grises, que allá se iban con el bigote, hasta el punto de ocultarle los ojos ó poco menos, sin que lo creáis exageración. Era viudo, sin hijos... Pasaba la vida cantando y trabajando. Al zapatero de la República le vino Paca Cielos como de molde, para que le fuese todas las mañanas á comprar algunos artículos, *óleo* por ejemplo, café, azúcar, *papas*, vino — si caía, — pitillos y otros menesteres indispensables, servicio que él agradecía mucho y que solía pagar contándome historias y hablándome de la República. Por pan nunca le fuí; lo llevaba el panadero diariamente en su ruchilla y lo sacaba de los enormes capachos, muy sabroso, del mismo Alhaurín, para él y los demás vecinos. Hago constar aquí solemnemente, que no le parecerían bastante al republicano para pagar mis servicios, su agradecimiento, aunque fuera grande, y sus historias y hablanzas de la República, porque, de noche, al regreso de entregar su obra,

solía traer en su pañolillo alguna golosina barata; también solía regalarme oportunamente zapatos recios de buena hechura, y no pocas noches, una tortilla de á cuarto de la *señá* Caballero fué galardón del republicano sublime y cena substanciosa con que se acostó agradecida la panza voraz del engendrillo torroxeño.



IV

Lindante con los Cielos, en el mismo patio, vivía también un matrimonio de mucha edad. La mujer era ciega, y el hombre, poco menos. Pedían limosna y tenían siempre un humor de dos mil demonios. Cada contienda armábase en el cuarto de los ciegos, de noche, cuando se retiraban, que ardía el mundo. A la casera acometíanla intenciones de estrangularlos, al empezar todas las noches su trifulca. Por lo demás, eran puntualísimos en el pago del alquiler, aunque su sala valía más que la nuestra. Sabíase bien en todo el barrio: tenían una gran *clientela* y cogían limosnas buenísimas. Guardaban un gato bien repleto. ¿Para quién sería, no conociéndoseles familia ni amistades de ninguna especie? Al tío Salvador le preocupaba esto mucho. Iban muy limpios y bien calzados, él, delante, ella detrás, muy próxima, con la mano en el hombro del viejo

y marchando un poco á la derecha para no tropezar con sus talones. Llevaban el paso á lo militar, solemnemente, uno tras otro, y como el viejo perdiera el compás, la vieja cogíale un pellizco atroz. Yo no lo vi nunca; fué confidencia del viejo. Como en los matrimonios ha de dominar alguien siempre, en aquel matrimonio dominaba la mujer. Llegaban de noche, echaban la llave á la puerta y poníanse á reñir. Oíase todo muy bien, porque era delgado el tabique. Las riñas surgían siempre, contando las limosnas; y era el motivo, el amor propio de los dos, sosteniendo cada uno con la misma furia, que tal ó cual limosna la habían dado por él. Arrojabán en sus combates, sapos y culebras por aquellas bocas, de tal modo, que era increíble. Alguna vez condimentábase este sabroso guiso con un *palo de ciego*, lo que quiere decir, por si no lo expliqué bien, que la vieja soltaba un palo á su marido; y lo peor era— ¡misterios de la *táctica*! — que solía acertar, según el aullar del viejecillo. Aburríanse de reñir, dormíanse, y salían á la madrugada, silenciosos como espectros, sin oírseles hablar ni pisar, sin otro ruido que el de la llave, cuando cerraban la puerta. Decían intencionados malévolos, que iban borrachos todas las noches; es posible; no supe nunca la verdad, ni supo nadie dónde hacían sus comidas.

La fabricante vivía en la sala baja de la calle; era joven, sola, seria, guapa, gallardísima. Se

llamaba Carmen, de apodo la *Corza*, y era el tipo verdadero de la trinitaria malagueña. Tenía fama de hacendosa y limpia; soltaba un terno como un tiro en terciándose; pero era honrada y sin experiencia de lo malo, como la más inocente criatura. Me quería mucho. Como era sola, venía á nuestra sala de noche y los domingos. Mi abuela le tomó afecto, aunque reñía siempre con el tío Salvador, poniéndole con mucha desfachatez de vuelta y media. Se levantaba á las cinco, para estar en la fábrica á las seis; volvía á las ocho de la noche; llevábase el almuerzo frío en una cajita de lata y le llevaban la comida á las dos de la tarde, de no sé dónde. A esta Carmen, blanca, de ojos negros, de pelo rizado, de boca pequeña y labios rojos, alta, esbelta, seria con los hombres, de humor alegre y simpático en la intimidad, y de condición al parecer algo *expeditiva*, no se la vió jamás hombre alguno al lado, en la casa, ni en la calle, ni en el taller.

Me gusta haber hecho resaltar aquí el caso de esta criatura, sin padres ni otros parientes ó amigos, porque á pesar de la fama justa de que gozan las fabricantes malagueñas, de algo que no hay para qué decir, Carmen era buena, leal, honradísima, lo es aún, lo será siempre, y lo mismo que ella las hay á granel entre los centenares de mujeres que pueblan la fábrica chica y la grande, es decir, *La Aurora* y *La Industria*.

Carmen influyó verdaderamente en mi destino.

Ella pudo suggestionar á mi abuela poco á poco para que me dejase ir á trabajar á *La Aurora*. Era para la pobre Frasquita un gran incentivo, el pensamiento de que yo le ganase con qué pagar la sala, pero pasó mucho tiempo, que yo aproveché muy bien, antes de resolverse.

El tío Salvador, en realidad, con su mal genio y todo, sus brutalidades y sus baladronadas era un buscavidas. Yo pude oír algunas conversaciones entre mi abuela y su hijo antes de dormirme, cuando ellos, después de cenar, hablaban de sus asuntos. Por aquellas conversaciones que yo escuchaba quedándome dormida supe la causa del conocimiento de mi abuela con don Gabriel Alcudia. Estas cosas las oía yo, anotándolas maquinalmente en mi cerebro, sin que se me hayan olvidado nunca. Don Gabriel era abogado de renombre; ganaba mucho en su carrera. Un criminal de Torrox había querido apoderarse mañosamente de lo que mi abuela tenía, esto es, la casa y los cuatro terrones. Mi abuela vino á Málaga en busca de alguien que la socorriese en su aflicción. La recomendaron al señor de Alcudia, y éste la dió buenos consejos, guiándola, y poniéndole el asunto en buenas vías. Don Gabriel tuvo ocasión de hablar con mi abuela algunas veces; compadecíase de sus desgracias, de sus hijos perdidos en Cuba, de su vejez, de su valentía, de su resignación, de mi orfandad. Cuando resolvió mi abuela venirse á Málaga, don Gabriel

la amparó nuevamente, buscándola comprador para sus *propiedades* torroxeñas, que valdrían en junto cuatro mil reales, por las que ofrecían dos mil los ricachos usureros del pueblo, y por las que mi abuela cobró dos veces más — trescientos duros contantes y sonantes, — gracias á la protección y amparo del señor don Gabriel, todo esto sin interés de ninguna clase, con sus palabras consoladoras siempre, y aceptando una sola vez, por condescendencia que Frasquita Cielos (como la llamaron después en la calle del Tiro) agradeció mucho, cierto presente de que ya se hizo mención. Pero lo que más agradeció mi abuela fué el placer que parecían encontrar los señores de Alcudia en que yo estuviese á todas horas en su casa, jugando con Pepito... ¡Oh, Pepito, cómo se cimentó nuestra amistad! Es cierto también que yo hacía todo lo posible. Con una sumisión, con una docilidad, con una timidez como la mía, tratándose del señorito Alcudia, y muy extraño en mí, pues era revoltosa y arisca hasta lo último, no hubiera podido nunca rechazarme. No solamente no era así, sino que buscaba la compañía de Paca Cielos, en honor de la pobre chiquilla sea dicho, con más afán que la de los señoritines iguales suyos, que asaltaban su casa frecuentemente.

Pero ¿por dónde voy? Me salí de la senda. En tocando, por casualidad, en los señores de Alcudia, ya no sé lo que me digo. Vuelvo á mi cauce,

esto es, á los vecinos de mi casa. Conocéis á los de abajo; de los de arriba poco he de decir: unas chalequeras—tres hermanas,—muy ruidosas, muy vanidosas y altivas, creyéndose superiores á todo el mundo por sus chalecos; un guardia de orden público, con su mujer, una mujer escuetísima, que siempre se quejaba del vientre, y dos hijos ya zangones que iban á la escuela; un alpargatero, en pugna á todás horas con el señor Gutiérrez, envidioso quizás porque el zapatero de la República trabajaba en cueros y él en cáñamos..., como si el trabajo de uno y otro no hubiese sido, en realidad, el muy noble y honroso de obra prima; un lañador con dos hijas y su mujer —lañaban todos,— un velonero, ó vendedor de velones, distingamos; no los fabricaba, los vendía por las calles, sin pregón, anunciándose con un aparato de bronce, muy singular, que repicaba y vibraba en sonsonete rítmico y agudo á la vez, muy conocido y famoso en Málaga entera; y la *señá* María, en fin, que ocupaba la sala alta de la calle, la más buena, como supondréis, con un balcón enorme, panzudo, atestado de claveles, alielies, rosas, dalias y galas de Francia, balcón nombradísimo en todo el barrio, que se distinguía, desde lo hondo de la calle de la Jara, al que daba frente, como un rosetón inmenso de vivos colores.

Por fin, la abuela accedió con repugnancia á que fuese á trabajar á *La Aurora*. *La Aurora* es el nombre de la fábrica de tejidos de *Don Carlos*.

Tuvieron que ocurrir para esto infinitas contrariedades. El tío Salvador, ya lo sabéis, se buscaba la vida, pero no le era posible negar su carácter tornadizo. En poco menos de un año, tuvo siete u ocho ocupaciones. Fué albañil, mozo de café, vendedor de hortaliza, carbonero, aguador, *hombre de la mar* y agente de policía. En todo ganaba, pero ganaba de un modo originalísimo; ganaba perdiendo, lo que ponía á la abuela mustia y cavi-losa, porque el porvenir presentábase con mucha claridad, es decir, demasiado obscuro. En cualquiera de los modos ya expuestos de ganarse la vida, hubiese el tío Salvador conseguido el bienestar para él y para nosotras, sólo con que no se hubiera cansado del oficio. Pero ¿qué se adelantaba si á los veinte días de ser albañil sostuvo muy formal que aquel oficio no era para él? La abuela se vió precisada á echar mano al depósito sacratísimo, oculto en el más intrincado rincón del arca, para comer mientras el tío buscó otro oficio. Entró al fin de mozo de café. La colocación era buena; sacó, desde el primer momento, abundantes propinas, pero ¿qué importaba, si hubo que echar mano otra vez al depósito para comprar al hombre un traje decente, que le costó á la abuela quince duros? Antes de tres semanas metiósele en la cabeza al tío vender hortaliza, pero venderla por las calles, para más *independencia* y mayor movimiento en el tráfico. Mano al depósito para comprar una buena caballería y los corres-

pondientes serones... Cuando empezaba á sacar algún producto á su nueva profesión, empezó á quejarse; estaba *harto de berza*; el oficio de carbonero hubiese sido mejor; era algo sucio, pero más práctico y de ganancia más pronta y positiva. En marcha; otro tiento á la casita y los terrones torroxños, para pagar un traspaso y hacerse de mercancía, pero en gran abundancia, que el tío Salvador todo lo hacía en grande. Por fortuna, el borriquillo de la hortaliza pudo servir para el carbón; todo se redujo á tiznarse un poco; el borriquillo pasó de hortelano á carbonero, con la misma filosófica impasibilidad que la abuela metía mano al rincón del arca, en cuanto á aquel loco de hijo le venía en antojo. Ganaba mucho también con el carbón, pero ¿qué era aquello si poco después — ¡Dios me perdone! — quiso repartir agua á domicilio y hubo que comprar barriles, y poco después quiso ser botero porque le gustaba mucho el mar y hubo que comprar un bote? ¡Ay, con el bote desaparecieron del todo la casilla, los terroncicos, y hasta la idea, ni en sueños, de que hubiese aquello estado en ningún rincón del arca! El tío vendió el bote, se dejó el mostacho, compró una porra y se hizo agente de policía. Así acabó el demonio de llevárselo. Perdonadme; lo dije todo de una tirada. No hablaré más de los oficios del tío Salvador.

V

La abuela veía la conducta del tío Salvador con una impasibilidad fatalista. Yo, entretanto, dábame unos trotes de jugar como para mí sola, con Pepito Alcudia cuando podía y con los muchachos de la calle siempre. No turbaba mi vida ninguna contrariedad. Apenas me levantaba, lanzábame al almuerzo que ya tenía preparado mi abuela, devorándolo como una leona. Hacía después sus encargos al hombre de la República y me iba inmediatamente en busca de los chiquillos á la del rey. ¡Dios poderoso, qué mañanas, qué tardes, qué noches aquéllas! Jugábamos al salto de la sogá, al esconder, á las estampas, á los broches, tirándome, destrozándome por aquellos portales de la calle de la Jara y la calle del Tiro, con las otras chiquillas. ¡Qué desconcierto! ¡Qué furia de jugar! ¡Qué trompicones muchas veces! ¡Qué porrazos! ¡Qué descalabraduras! Me puse grande y gorda

como un sollo. La pobre abuelita pasábase el día y la noche suspirando y remendándose las ropas ó lavándolas. Era una lucha horrible, que no tenía término jamás, la entablada entre las dos Cielos, una para ensuciar trapos y destruirlos y otra para recomponerlos y limpiarlos. Éramos famosas las dos en nuestro prurito y así tenéis, que yo me encontraba como por arte fantasmagórico, siempre sucia y siempre limpia, siempre derrotada y siempre apuntada y recosida, siempre con las guedejas de pelo por la cara y siempre peinada y fresca como una rosa. El rabito del derviche había ido alargándose y engrosando, y caía atrás en una trenza famosa contra la cual el peine de mi abuela se ponía también en lucha en mil ocasiones diarias. ¡Y el zapatero de la República! Yo lo juro: hacía más zapatos para Paca Cielos que para todos sus clientes. He de decirlo: en esto invertía el hombre todos sus ahorros y hasta llegó á imponerse tremendas privaciones; pero yo había sabido con mi intuición femenil hacerme su tirana. Sin que nadie me hubiese enseñado, no sé de dónde pude sacar tan pronto aquella coquetería infantil, aquellos desplantes sutiles, aquel felino modo entre burlesco y sentimental, de envolver en mis redes al buen hombre, que fué poco á poco poniendo en mí todo su cariño. Al hacerme unos zapatos, cuando yo, con mil zalamerías, le daba las gracias y besaba su rostro peludo de oso viejo, unos lagrimones monumentales, pareciendo salir de debajo

de las cejas, iban á perderse en el gran promontorio gris del bigote. Ante aquel beso, hundíase hasta la República. Siendo mala como un diablo, me querían todos, desde los señores de Alcudia hasta el maestro René, el barberillo; desde la arropiera de la esquina de enfrente, hasta el amo y los mozos de la taberna de *El Fraile*; desde los *Bolos*, herreros de la calle de la *Almona*, hasta la sin igual Anica *Papo*, la tendera del portal de nuestra casa; desde Carmen la fabricanta — lo diré ya para vuestro mayor asombro, — hasta la misma *señá* María Caballero. ¡Ah, también la *señá* María Caballero cayó bajo mi influjo, aunque fué la última y la que más rabió para someterse! El mundo era mío. Yo era mala, malísima; tenía ocurrencias atroces, pero era servicial hasta la exageración, fiel sin medida, cariñosa y zalamera con todos. Por grandes que fuesen mis travesuras, se me perdonaban y volvía otra vez á la predilección de la persona á quien había mortificado. Al hombre de la República le hacía sus recadillos; á la mujer del *Bolo*, el de la fragua, tenía la chiquilla mientras preparaba el almuerzo del hombre; á René, el francesillo, le barría la tienda todas las tardes; á las de los chalecos, les iba por hilo y botones; al de las alpargatas, — con cierta contrariedad, por supuesto, del hombre de la República, — le llevaba algunas veces la obra al taller; á la arropiera de la esquina, solía ayudarla en sus faenas, y á la *señá* María Caballero encendíale

el fogón y la ayudaba también á fregar y á otros menesteres importantísimos, y hasta la suplía, digna, solemnemente, cuando ella tenía que ir á ver á su hermana la de la fonda de la Victoria. Como alguien se presentase á comprar, atendíale yo muy diligente, cogía los cuartos y entregaba después mi cuenta exactísima. Sólo una vez tuve tropiezo en esta grave y difícil misión, que la casera confiábame. Se fué la *señá* Caballero y yo quedé sentada, muy seria en una silla alta, junto á la fuente de las tortillas, esperando á los compradores. En ese instante solemnísimo, que nadie se arrojara á mí en són de juego. Ni el mismo Pepito Alcudia hubiese tenido poder bastante para conseguir que yo cometiera infidelidad alguna, separándome de mi puesto de honor.

Aquella mañana bajó el lañador y se detuvo en la puerta, junto á la fuente, depósito del preciadísimos producto, para decirme, según costumbre suya, varias cuchufletas. Había que verle, con sus ojos redondos, saltones, su nariz ganchuda, hasta donde no podréis imaginar, su boca de á cuarta y su cuello larguirucho, con una nuez en mitad, grande como un membrillo. Yo me reía, en su misma cara, escueta y larguísima, de hambrón empedernido, y en aquella ocasión solté mi risa al verle, en honor suyo.

Estuvo decidir el hombre. Charlaba como una cotorra. De pronto, señaló al patio y dijo no sé qué cosa de las macetas de flores que se veían

desde el portal. Volví la cabeza un segundo, y cuando dejé de mirar al patio, observé que la nuez ó el membrillo — como queráis — del lañador, movíase violentamente, pareciendo que se le atragantaba algo. Después siguió en sus majaderías. Una mujer pasó entonces, quejándose amargamente, porque se le acababa de perder su niño. — ¿Será aquél que va por allí? — preguntó el lañador impasible. La mujer se alejaba ya. Miré yo maquinalmente hacia donde había indicado y no vi á nadie; pero observé nuevamente, en el acto, que el larguirucho hacía esfuerzos con la garganta, como si se le atragantase alguna cosa muy gorda. Así me distrajo en cinco ó seis ocasiones, hasta que dí un grito de estupor. Acababa de mirar la fuente, y eché de menos algunas tortillas. «¡Dios mío, qué diría la casera!» El lañador quiso marcharse, pero pensé de pronto en aquellas contorsiones del cuello que me habían sorprendido y empecé á gritar. El infame se había echado una tortilla al colete cada vez que logró distraerme, haciéndome volver la cabeza. Dí voces, pidiéndole las tortillas. Iba á escurrirse, pero me cogí á él, gritando con más fuerza. Acudió por un lado el zapatero de la República, por otro mi abuela; Carmen salió también — era domingo y no trabajaba; — asomáronse á los corredores las tres chalequeras; empezó á gritar y á quejarse del vientre la de orden público; acudió el alpargatero; salió de su barbería el *franchute*, afilando su única na-

vaja; Anica *Papo*, la de la tienda de comestibles, acudió con su gran pañuelo á la judía, su gran delantal de sacas, y su gran escoba; la arropiera también presentóse, gesticulando y manoteando en defensa mía; el *Bolo*, grande y negro, apareció detrás con su mandil de badana y su martillo enorme. Yo quería hacer al lañador que soltase mis tortillas. ¡Sí, soltarlas! El lañador negábase jurando que eran embustes míos; la lañadora bajó como un ciclón en defensa de su hombre; las lañadorcillas bajaron también como dos rehiletos sucios, y aumentaron la confusión hasta dar espanto. Unos reían, otros chillaban; el lañador quería escaparse; el velonero tocaba su tintín; la gente deteníase al pasar; venían luego á aumentar el grupo gentes de las calles de Zamorano, de la Jara, de la Trinidad, y de la misma calle del Tiro. Fué un barullo horroroso, una algarabía sin nombre. En lo más grande de la trifulca, llegó la *señá* María Caballero, arrojó el mantón, púsose en actitud, tiró una garfada á la lañadora grande, dió tres achuchones á las lañadoras chicas, haciendo rodar á una, cuadróse delante del lañador y le sacó una túrdiga de la cara al primer envite. Llegó el orden público *de la casa*, llegaron los municipales; el lañador confesó su crimen; yo quedé victoriosa; la *señá* María Caballero cobró sus tortillas, y los lañadores fuéronse al día siguiente de la casa para no volver más.

VI

Prefería siempre para mis juegos á Pepito Alcudía. Bien sabe Dios que si no estaba metida más horas en el hogar de aquellos señores no era por mí, sino por la prohibición absoluta de mi abuela, que temía cansarlos. Pepito Alcudía no era como yo. Él tenía, como todos los niños de buena crianza, sus horas para recreo por la tarde, cuando no salía á pasear con don Gabriel. A esas horas me presentaba siempre en casa de mi amigo, tímidos los ojos, las manos atrás, jugueteando con los dedos, sin saber qué decir, muy ruborosa y muy mosquita muerta, acabada de zurcir, de lavar, de adobar por Frasquita Cielos la incansable. Pronto las palabras de afecto de la señora de Alcudía dábanme ánimos. Pepito me hacía una señal, y nos íbamos escurriendo con mucha cautela hacia la sala de los juguetes, como amantes ansiosos á la primer cita. Hacíamos casas, jugábamos al trompo

y á los soldados. Me perfeccioné admirablemente en el ejercicio de las armas. Pepito Alcudia quería ser militar. Conociáanse sus aficiones, porque la sala de los juguetes era su campamento. En muchas ocasiones, para que las batallas fueran de veras, le hacía á un criado comprar pólvora, — clandestinamente, por supuesto, — y cargábamos el cañón de metal, muy conmovidos. Se armaba la guerra y yo, que estaba prevenida, al sonar el cañonazo daba un empujón á la mesa donde alineaba en batalla todo el ejército, y todo caía estrepitosamente. ¡Gran Dios, qué mortandad! Pero nunca pasaba la guerra de ahí; ni aun se recogían los heridos, porque la señora, al oír el primer disparo, salía á escape llena de miedo á quitarnos la pólvora y á reprender al sirviente porque accedía á las exigencias del señorito. Ya nos costó algunos chamuscones. La guerra, lo podéis creer, nunca trae nada bueno.

Un muchachito venía á acompañarnos en nuestros juegos, aunque no muchas veces. Era también de familia modesta y no sé explicar qué impresión causaba la primera vez y siempre que se le veía. El señor Alcudia daba de noche unas clases de mucha trascendencia, para mí al menos, que no asistía, como supondréis; acudían á ella unos cuantos jóvenes ya talludos, de mucha seriedad. Entre éstos iba un señor Bonet, trabajador de *La Aurora*. Carmen le conocía y nos habló de él en casa, muchas veces. Era mecánico-montador. Le

gustaba mucho el estudio. Leía y sabía muchas cosas profundas. Perdió á su madre hacía poco tiempo y le quedó un hermano pequeñín. El padre había muerto poco antes de nacer el niño.

El señor Alcudia estimaba mucho á Bonet y le dijo que enviase cuando quisiera su hermanillo á jugar con nosotros. Así lo hizo. Era fácil, porque vivían cerca, en la misma esquina de la calle de la Trinidad. Cuando ocurrió esto, hacía más de un año que el señorito Alcudia y yo éramos amigos. La amistad que contrajimos con Genaro — Naro, como Bonet le llamaba — no enfrió de ningún modo la nuestra. Además Naro, aunque era tan niño, ejercía sobre nosotros no sabíamos qué extraño influjo, que nos coartaba frecuentemente. Parecíamos así, como si aquel niño, menor que nosotros, no fuese cosa de este mundo. Había en él algo de abstracto, de intangible, aunque era de carne y hueso como cualquier otro niño. Claro es que estas impresiones no las analizaba yo en aquella época, sino después, en mis horas de soledad, acordándome del pasado, por la costumbre que adquirí de la meditación. En resumen, amábamos á *Narito*, y á pesar de esto no jugábamos con entera satisfacción y desenvoltura al lado suyo. Cuando estábamos solos, entonces eran los juegos intrincados y las grandes algaradas. Comprendíamos con nuestra intuición de niños, que era Naro muy superior á nosotros. El señorito Alcudia con sus juguetes de gran precio y sus

lindas ropas, y yo sin juguetes y con mis faldillas remendadas, éramos criaturas en verdad terrenas. Algo misterioso nos decía que Naro, el dulce y triste Naro, era una cosa forjada en distinto modelo; que él, aunque estaba con nosotros en este bajo y encantador mundo, elevábase á otras esferas donde no podíamos alcanzar nosotros con la mirada ni con el pensamiento. No obstante, veréis en breve de qué modo y por qué circunstancias llegué á intimar con Naro, tanto ó más, si esto hubiese sido posible, que con el señorito Alcudia.

Quiso Frasquita Cielos ponerme en la escuela, á ver si me podía sujetar un poco. No fué Carmen partidaria de esta decisión que la pobre abuela quería tomar. Carmen creía más práctico que fuese á la fábrica, sin que dejase por eso de aprender algo de lectura y escritura. Ella sabía correctamente, y se brindó á enseñarme de noche. Daríamos lección antes de acostarnos. Cuando yo oía hablar de leer y escribir, ponía un gesto de á cuarta. Parecíame horrible aprender tales cosas. ¿Qué necesidad había de aquellas mortificaciones? Por otra parte, el señorito Alcudia, que era hijo de todo un señor, muy sabio por cierto, no iba á la escuela, ni aprendía paparruchas de ningún género, todo lo cual hacíame permanecer en mi bella idea. Después, ¡ay! supe que si Pepito no iba á la escuela, era sencillamente porque el señor Alcudia no quiso abrumarle prematuramente, habiéndose propuesto, por una convicción suya, no

enseñar á su hijo ni la *a*, mientras no tuviese ocho años, cuando menos.

Frasquita insistió como nunca, y fui á la escuela del rey, sita en la calle de la Trinidad. Todas las mañanas, después de hacer mis recados al hombre de la República, peinábame mi abuela, me daba solemnemente un pedazo de pan y allá iba Paca Cielos, fresca y luciente, con el pan en la mano, tirándole tremendas dentelladas, á la academia de doña Adelina. ¡Ay, Carmen tenía razón! La escuela fué un motivo más de placer para mí. Quien primero experimentó los terrores de mi presencia fué la misma directora. Yo no aprendí una palabra, es verdad, pero en cambio la escuela era una revolución perenne. La pobre doña Adelina, con su nariz microscópica que apenas percibíase, sus quevedos de oro, que se sostenían en la nariz por don milagroso, su boca grande... grande, de labios finísimos, que parecían una raya horizontal, tirada á regla debajo de la nariz, y su cuerpo enteco y prolongadísimo, era mi diversión más grande, y conseguí que lo fuese también de mis condiscípulas. Sacando de quicio á otras muchachas, anticipábamos las vacaciones de la canícula y hacíamos la *rabona*, yéndonos á pasar las horas de la escuela al Calvario ó al Arroyo de los Angeles; cuanto más lejos, más encantador me parecía. También escogíamos para nuestras excursiones el cementerio de San Miguel y los altos de Guadalupe. Me gustaba mucho venir para abajo

siguiendo el curso del hilachillo de agua, extasiándome á un lado y á otro, en los campos llenos de verdor y en aquellos árboles, muy parecidos á las largas hileras de soldados en formación, de Pepito Alcudia. Nos metíamos en las grandes hazas, á corretear y revolcarnos por los trigos, desquitándonos con su frescura de los ardores de nuestra piel y nuestra sangre, requemados con aquel sol de Junio. Nos deteníamos algunas veces á ver las pedreas, aquellas pedreas descomunales, á las que ponía término la guardia de la cárcel, saltando los paredones con los fusiles dispuestos y las bayonetas caladas. Eran mucha cosa los mocitos de los dos bandos y había que ver la braveza de su sangre. Bajábamos más, dejando á derecha é izquierda los paredones goleteros y trinitarios, el Llano de Mariscal y el callejón de Natera, la cárcel y el cuartel de la Guardia civil, y nos encontrábamos algún galerón arrastrando como gazapo enorme, y las mujeres que lavaban, con blancos pañuelos por la cabeza, para resguardarse del sol. Divisábanse acá y allá los montes de ropa blanca lavada, como puntitos de nieve en los bordes húmedos de las riberas. Era una delicia llegar hasta la playa, pasando bajo los puentes, descalzarnos y meternos en el mar dando gritos, con la ropa hasta las ingles.

En el Arroyo de los Ángeles subíamos á ver los locos, colándonos en el vestíbulo, —aquella especie de patio inculto adonde daban las venta-

nas de las celdas, — por los agujeros del portalón medio caído. Subíamos á gatas el cerro Coronado, tirándonos en su cumbre, como locas, extenuadas, rendidas, para revivir al momento en un maravilloso éxtasis á la contemplación del mar sereno, como un incommensurable cristal plano, pulimentadísimo, y entre el mar y nosotras, la ciudad, como una sábana inmensa de nieve, con algún desgarrón acá y allá, indicando las plazas y las calles de fuste.

Doña Adelina tuvo que llamar á mi abuela y decirla que no podía seguir *instruyéndome*, porque era yo el propio enemigo, frase usual de la pobre mujer, en sus momentos de indignación suprema. Frasquita Cielos preguntó la causa, impasible, mirándome á la vez con misteriosa ternura, aquella ternura con que ya dije solía quedarse contemplando alguna dulce visión interna. La directora se lo dijo: antes de entrar en clase, había yo cogido un cacharro viejo de la acera, lo había llenado hasta los bordes de agua sucia, pestilente, negrísima, del arroyo, — el barrio de la Trinidad no estaba alcantarillado ni se cuidaba nadie de la higiene, — y lo rocié en una oleada inmensa, con tal arte lanzada, que no había escapado del horrible remojo ninguna de las niñas que esperaban conmigo á que abrieran la clase.

Mi abuela me cogió de la mano y salimos. No decía nada ni yo tampoco. Al pasar por la casa de Pepito Alcudia para ir á la nuestra, don Gabriel

que salía, preguntó lo ocurrido. Yo estaba con la cabeza baja. Lo contó mi abuela, estrechando mi mano, como si en aquel instante me hubiese querido más que nunca. «Todas, todas las niñas, habían tenido que marcharse á sus casas.»

¡Qué horror! ¿Por qué había hecho aquella barrabasada? Don Gabriel me hizo tal pregunta, severamente, pero mirándole yo con disimulo con el rabo del ojo — Dios me perdone, — creí que hacía esfuerzos para aguantar la risa. Yo dí mi razón: «hacía mucho tiempo que las niñas venían fastidiándome porque mi falda tenía zurcidos. Oyéndolas aquella tarde lo mismo, tuve una idea... Una idea excelente y conseguí que las faldas de todas resultasen peor que la mía.» El señor Alcuía, sin condenar mi conducta ni elogiarla, me regaló en el acto un duro, para que mi abuela me hiciese una falda superior, y recomendado por él, á los pocos días, con mi vestido nuevo, por supuesto, me llevaron á otra escuela, en el pasillo de Guimbarda.

VII

Como este colegio estaba más distante de la casa, entendí que mi libertad sería mayor para las correrías á que tanto me aficioné. Efectivamente, mientras estuve en el colegio del pasillo de Guimbarda, llegaron á su colmo mis escarceos callejeros. Poco á poco fui tomando la tierra, y, poco á poco, las niñas de mi edad y aun mayores fueron alborotándose. Cuando yo conté las causas de que me hubiesen expulsado del colegio de la calle de la Trinidad, pasé por una heroína: cuando expuse con traidora cautela lo delicioso que resultaba irse de *boleo* por esos mundos durante las horas que tan tontamente habíamos de pasar encerradas y machacando sobre lo mismo, se me miró ya como cosa del otro mundo. La semilla estaba arrojada. No tardó mucho en fructificar.

Conseguí algunas prosélitas, é hicimos sobre la marcha los primeros *novillos*. Lo hubiera hecho

antes, con mucho amor, pero no tenía con quién, y sola, no le encontraba gusto. La guerra, no obstante, había empezado con anterioridad entre la maestra y Paca Cielos. Doña Asunción llamábase. Era regordeta, muy simpática, de alguna edad ya, sus ojos negros, muy vivos, sus pómulos muy colorados, con unas vetitas azules destacándose en el rojo, que prestaban al semblante un aspecto singular. Era casada con don Lorenzo Mancebo, un señor muy untoso, ya viejo, irreprochable en el vestir y muy aficionado á pasar á las alumnas los dedos por las mejillas. Don Lorenzo era maestro también y tenía en propiedad la escuela pública de niños de la *Espencilla*. No iba nunca por la escuela; había puesto un sustituto. El señor Mancebo, que visitaba más á las niñas de la escuela de su mujer que á los niños de la suya, pronto me distinguió entre las demás sin que yo sepa todavía por qué, como no fuese por lo arisca, desaplicada y revoltosa. El tal don Lorenzo se propuso, con muy buena intención, meterme en el cuerpo, como él decía, aunque sólo fuesen las cinco vocales, cosa que no consiguió nunca, en mi descrédito se diga, por más que en una ocasión, tan rabioso se puso, que estuve cierta de que las vocales iban á entrar en mí por el vientre, según las ganas con que me amenazó con el puntero, como con un espetón donde las vocales dichas, al igual que sardinas, estuviesen ya ensartadas. Cuando se proponía hacerme nom-

brar una letra, ya estaba yo con la cara de hurón, enfurruñado el hociquín, y los ojos fijós en el suelo, sin ganas de ver ni oír al dómíne y rene-gando de todo bicho viviente. Decíale don Lorenzo á su mujer con mucho coraje, que eran propósitos míos, muy firmes, de no aprender pa-lote y aun de no demostrar saberlo, si por casualidad lo aprendía. Doña Asunción encogíase de hombros, dando á entender, muy gráficamente, que yo era una idiota, y el señor Mancebo contestaba encolerizado, que, pasándome de lista para todo, no iba á ser burra más que burra, para aprender cinco letras. ¡Cómo trinaba! Era un gusto. Luego venía muy lamioso á pasarme los dedos por la cara, y yo tenía que hacer uso de toda mi voluntad para contenerme y no responder con un mohín. Debo deciros en honor de la verdad, que un día tuve suficiente descoco para hacerle un visaje. Don Lorenzo se alejó amoscado, como si no lo hubiese visto.

Faltaba yo de clase muchas veces, sin que mi abuela lo sospechara; al contrario, creía que mi aplicación era mucha. Pronto fueron quitándosele las ilusiones. En aquel tiempo mis escapatorias no tenían fin. Doña Asunción no se cuidaba ni de preguntarme los motivos de mi ausencia. Cuando yo no iba, notábase en el colegio. No era lo peor que yo no fuese, sino que engatusaba á otras niñas conmigo. Las mentiras para disculparnos, eran enormes. No sé cómo pudimos sacar tantos

absurdos de nuestras cabezas, que pareciesen verosímiles, que era lo más dificultoso.

¡Entonces sí que fueron frecuentes las excursiones al campo... á Guadalupe, á Martiricos, á las dos Virreinas, — la Alta y la Baja, — á las huertas de Ortega, de Soler y Villazo! Al Calvario también menudeaban. Nos entró la afición por algún tiempo de ir á Martiricos. Martiricos es una ermita con una torre diminuta que se levanta á la derecha del río, siguiendo su corriente, frente al Llano de Mariscal, tributo piadoso — el de la ermita — á la memoria de los santos hermanos Ciriaco y Paula, patronos de la ciudad, que sufrieron martirio en aquel lugar, cuando estas cosas ocurrían. Allí había una especie de sacristán, con su sacristana adjunta y dos sacristancillos, uno de tres años y otro de cuatro. Era sitio lúgubre, porque muy próximo se levantaba el tablado para las ejecuciones. La sacristana había visto muy buenas cosas en eso de los ajusticiados. Nos contaba algunos infundios espantosos que nos ponían el pelo de punta, y de paso, con mucha suavidad, nos cogía la merienda de las manos ó las bolsas para dársela á los sacristancillos. Todos los días de difuntos, á las doce de la noche sin falta, con esa exactitud propia de los aparecidos, salía de la ermita una procesión horrorosa, compuesta de todos los que habían sido ajusticiados en aquel lugar. Iban con túnicas negras, cirios encendidos, arrastraban

unas cadenas feroces y tenían todos la lengua colgando, como se les ponían cuando los agarrotaban. Era atroz. Contábanos aquello con una risita muy sutil, mientras atiborraba con nuestra merienda á los sacristancillos.

La procesión daba una vuelta en el sitio donde el patíbulo se levantaba, como si la diese alrededor del mismo patíbulo, y volvía otra vez silenciosa, desapareciendo de pronto los fantasmas con sus túnicas, sus cadenas, sus cirios y sus lenguas colgando. Preguntábamos á la mujer, aterrorizadas, si lo había ella visto, y respondía muy suave que ciertas cosas no pueden verse. Ella se acurrucaba en la cama bajo el cobertor, con su sacristán grande y sus sacristanes chicos, liándose y reliándose todos allí, al punto mismo de la media noche, en que la procesión salía. Quien viese la procesión, — sabíase muy bien, — quedaba muerto en la misma noche. Nos mirábamos locas de miedo, como para echar á correr. La sacristana ilustraba aún su historia manifestando que algunas gentes creían que la procesión era de las ánimas, y otras, que era una procesión de ángeles. — Embuste puro, — afirmaba la de la ermita, — lo sé bien; agarrotados y nada más que agarrotados... Que vengáis mañana, y os contaré otra cosa. — Esa era su muletilla de siempre para concluir. Lo que quería sobre todo la infame era que le llevásemos buenos bocados. ¡Miseró mundo!

Algunos días, por aquellos mismos lugares, sin llegar á la ermita, cogíamos cotufas, descubrimiento que hizo una de las muchachas,—cotufas nos parecían al menos.—Las desenterrábamos con las uñas, y á previsión para este importante asunto, llevábamos después tijeras. Ibamos otros días á una huerta, detrás del cuartel de la Trinidad, lindando con las hazas de Henares. Dábamos un cuarto cada una al dueño de la huerta, y teníamos derecho para estar cuantas horas nos conviniese, desenterrando *palodá*, que nos chupábamos con tierra y todo. En tiempo de lluvia, nos poníamos los vestidos y los zapatos imposibles, hundiéndonos en aquellos barrizales. Fué una época de libertad sin medida, de delirio de independencia. La abuelita, al verme entrar sucia, rota, despeinada, poníase las manos en la cabeza, permaneciendo así un rato, como si el mundo se le hubiese caído encima... Había un carnero grandullón en una casa de la Goleta. Lo ataban á una ventana, en la calle; yo me complacía en irme hacia él con las manos en actitud como para hacerle topar. Un día se soltó, vino á mí, el *topetazo* fué formidable, me revolcó y me llevaron á mi casa con una herida monumental en una ceja. La cicatriz de la herida la tengo aún. ¡Cualquier nacido puede figurarse hoy de lo que esta señal proviene! En Guadalmedina quisimos pasar el agua en otra ocasión. Nos descalzamos; al volver á la orilla de donde habíamos partido,

me encontré con la más horrenda de las catástrofes: mis medias y mis zapatos no estaban... No parecieron. Me presenté descalza delante de mi abuela; descalza y con la ropa chorreando. Por vez primera en mi vida conocí en Frasquita Cielos intención de pegarme. Pero el hombre de la República se interpuso, y en el momento, soltando lo que hacía, comenzó á trabajar en unos zapatos para su tirana.

No se crea que olvidé nunca al señorito Alcudia en estos *sports* formidables. Se lo contaba todo cuando hablábamos; era mi confesor; el dueño único de todos mis secretos. Quedábase encantado oyéndome... Suspiraba de envidia... ¡Ah, si él hubiera podido acompañarme! ¡Qué lástima me inspiraba siempre, viéndole prisionero, sin poder salir, como no fuese en compañía de don Gabriel! ¡Oh, Pepito, nunca jamás se apartó de mi memoria en mis excursiones aventureras! Podéis creerlo: nunca disfrutaba una satisfacción, sin compartirla con él en mi mente. Le llevaba *cotufas*, le llevaba *palodú*. Un día, cerca del ingenio de la calle de los Mármoles, allá, junto á Zamarrilla, vi pasar unos carros atiborradísimos, como de costumbre, de cañas de azúcar. Corrí al último carro, me colgué de la punta de una hermosa caña que asomaba por un agujero del serón, caí hacia atrás, haciéndome una descalabradura enorme en la cabeza, pero el precioso fruto quedó en mis manos. Salí corriendo para mi casa, y al ver la

sangre, me recibió mi abuela con hondas lamentaciones. Curáronme la descalabratura, cogí la caña y corrí nuevamente, pero esta vez á casa de mi amigo. No consentí en chupar un canuto siquiera. Toda fué para él.

VIII

Confieso sinceramente que doña Asunción, mi otra directora, era más práctica que doña Adelina, la de la calle de la Trinidad. Conociendo que le sería imposible sacar provecho de mí, me utilizaba en lo único que podía serle útil: en hacer recados. Se los hacía con mucho gusto, porque me servían de pretexto para mis escapatorias.

Un día, lo recuerdo como si acabase de ocurrir, tuvo la idea de mandarme por tomates. Estaba sin criada — me dió su explicación y todo; — es verdad que nunca me ocupó en cosas de esta índole; siempre me enviaba por hilos, agujas, algunas muestras de tela, cosas, en fin, propias del colegio. Fui por los tomates. ¿Por qué no? ¡Apenas si hacía yo recados de esta índole! ¿No era yo

para esto, el paño de lágrimas de toda la calle del Tiro? La tienda donde había de comprar los tomates estaba muy próxima; pero yo, después de comprarlos, me fui Pasillo arriba, eché por el Puente Viejo, me vi en la plaza de Arriola, me encontré á poco en la calle de Panaderos, inmediatamente en Puerta del Mar, en la Alameda á seguida, encantada, embobada de tanto establecimiento lindo, tanta dama lujosa, tanto caballero encopetado. Dí vueltas alrededor de la fuente, donde hoy está ese buen señor Larios de hierro fundido, me colé en el Muelle, dándome el gran contoneo entre aquel señorío que paseaba, contoneándose á su vez, en dirección de la farola. A todo esto, yo, con mis tomates, eso sí, á la maestra no le faltarían; tal era mi intención al menos. Subí por la escalera del callejón de la Aduana, como para encresparme por allí en las alturas de la Coracha, y me asomé satisfechísima por el barandal que cae al callejón. La gente movíase abajo, viniendo al Muelle por la calle del Císter y la Alcazabilla. De cara á mí tenía los ventanones de las oficinas de Hacienda y los empleados tendidos en sus sillas ó recostados sobre las mesas. A un lado la multitud bullente de la placeta de la Aduana, y á la izquierda, el mar sereno y dulce, como la frente y los ojos de Naro, con sus barquillos deslizándose como plumas y sus barcos grandotes llenos de cuerdas, palos y marineros.

De pronto, pasó por el callejón, debajo de mí,

una pareja, — matrimonio parecía ó cosa por el estilo; — el hombre con su traje negro, muy apretado, muy cinchado, con su sombrero cordobés, braceando al andar, como las jacas de la tierra del sombrero; y ella alta, arrogante, pechugona, con un mantón de Manila que quitaba el sentido, y un brazado de claveles en el pelo; pero se daba la mujer una importancia tan fuera de tino, miraba á un lado y otro, tan afectada, tan insolentemente, para llamar la atención, que me llenó de coraje, y la quise castigar. Pronta en mis decisiones, como de costumbre, eché mano á un tomate, el más gordo y maduro, anduve algunos pasos, acelerada, junto al barandal, para adelantarme á la pareja, puse los otros tomates en el pretil, tendí los brazos por encima del barandal, estrujé el tomate fieramente cuando la mujer pasaba, ¡Virgen del Carmen!, y cayó el chorro con tal tino, que toda la espalda del mantón la adorné con varios regueros del maldecido zumo, echándole á perder el mantón y reventándole de golpe los cuatro ó cinco mil reales que le habría costado. Sentirlo la mujer, quitarse el mantón de pronto, lanzar un ¡ay! lastimero, levantar el hombre la cabeza, verme en el barandal, caer en la cuenta de lo que había sido, lanzarse en carrera precipitada hacia la escalerilla para cogerme, coger yo los tomates del pretil, y echar á correr en huida loca, todo fué uno. ¡Cualquiera cogía á Paca Cielos! Mientras el hombre subía la escalerilla, me

planté yo por el otro lado en la plaza de la Aduana, me hundi en la calle del Císter, enloquecida, corriendo, sin mirar atrás. No sé cómo me vi en la Plaza, en Puerta Nueva, en Guadalupe, en la calle de la Almona, en la calle del Tiro, hasta caer como muerta junto al escalón de mi casa, con un tomate en cada mano. Nadie en el mundo logró sacarme el motivo de mi huida loca, ni el origen de los dos tomates famosos. Nadie logró que yo pusiese los pies de nuevo en la escuela del pasillo de Guimbarda. Fueron á preguntar á la maestra, y ella se encogía de hombros, sin decir nada, sin saber nada. No supo hacer luz la muy ladina ni aun sobre la procedencia de los tomates. Así quedó el segundo intento de mi abuela, de que yo aprendiese lectura y escritura.

Volví á mi vida antigua, á corretear las casas de los vecinos y á jugar con Pepito Alcudia. ¡Ay, pero esta vida duró ya poco! Algunas veces, cuando más embebidos estábamos en nuestros juegos, la señora de Alcudia contemplábame silenciosa. Había una lástima profunda en aquellos ojos. Entonces no lo podía yo comprender, más tarde sí, pensando en mis desdichas, y acordándome de aquellas miradas.

¡Cuánta razón tenía! El tío Salvador, que tuvo en pocos meses una docena de oficios honrados y ganó dinero en todos, dejándolos volublemente, en el oficio de polizante, que para algunos no es hon-

rado, no ganaba nada y no lo pudo ó no lo quiso dejar. La miseria entró de golpe en el hogar de los Cielos. El tío Salvador hízose más huraño, más agresivo, más intransigente. Por cualquier cosa armábase en nuestra sala un gran estropicio. Dios lo sabe, lo armaba él solo. Nuestro cuarto, cuando el tío Salvador estaba en él, había llegado á competir con el de los ciegos. Mi abuela nunca le replicó; yo, al principio, contentábame con hacerle un mohín por la espalda, pero fuí alentando, y en no pocas ocasiones, le hice vomitar rayos y centellas con mis réplicas contundentes. Lanzábame entonces los calificativos más groseros, los que partieron el corazón de mi madre; no los he de apuntar en estas páginas; ofendería á mis lectores y me ofendería á mí. Por fortuna, quedábase fuera de la casa, noches y días enteros, con los otros polizontes, sus compinches. Mi abuela, impasible al parecer, melancólica, resignada siempre, con una resignación de que debería Dios estar admirado en su trono augusto.

Un día, jugaba yo con Pepito. Mi abuela fué á ver á don Gabriel. Sin explicarme el motivo, la miré intimidada. Pude escuchar luego, perfectamente: don Gabriel se lo dijo delante de mí. El buen señor hablaba con el reposo de un corazón honrado: — Nada, Frasquita; usted se viene aquí diariamente; comerá en la casa y ganará cualquier cosa. Paca, ya lo hemos convenido: se irá con Carmen, á aprender; pasará sus trabajos y

ganará algo desde el primer día; si más tarde quiere instruirse, verá usted cómo entonces lo hará sin violencia. Al tío Salvador déjelo usted en paz. Que él se las busque.

Mi abuela no hablaba, no lloraba. Sus arrugas hondas parecían más hondas; su rostro cetrino, más cetrino; sus ojos, más grandes también, — porque al adelgazar la pobre habíanse agrandado — los tenía fijos en mí, dulces, febriles, misteriosos, como nunca. Aquella mirada fija en Paca Cielos era un poema de dolor. La abuela era fatalista, como aquellos moros torroxeños, de los cuales provendría á buen seguro. Encogiéndose de hombros lentamente, dijo con una impasibilidad, de cuya grandeza se compenetraron bien los señores de Alcudia:

— Bueno. —

La señora no habló. Pepito mirábanos como inquieto. Yo le miraba á él. Cuando oí decir que me mandaban á la fábrica, una pregunta dolorosa empezó á quemar mis labios, sin que me hubiese sido posible hacerla. Me cogió mi abuela, pasando blandamente una mano por mis cabellos. La pregunta se me escapó entonces:

— ¿Y Pepito?

— Pepito irá á la escuela.

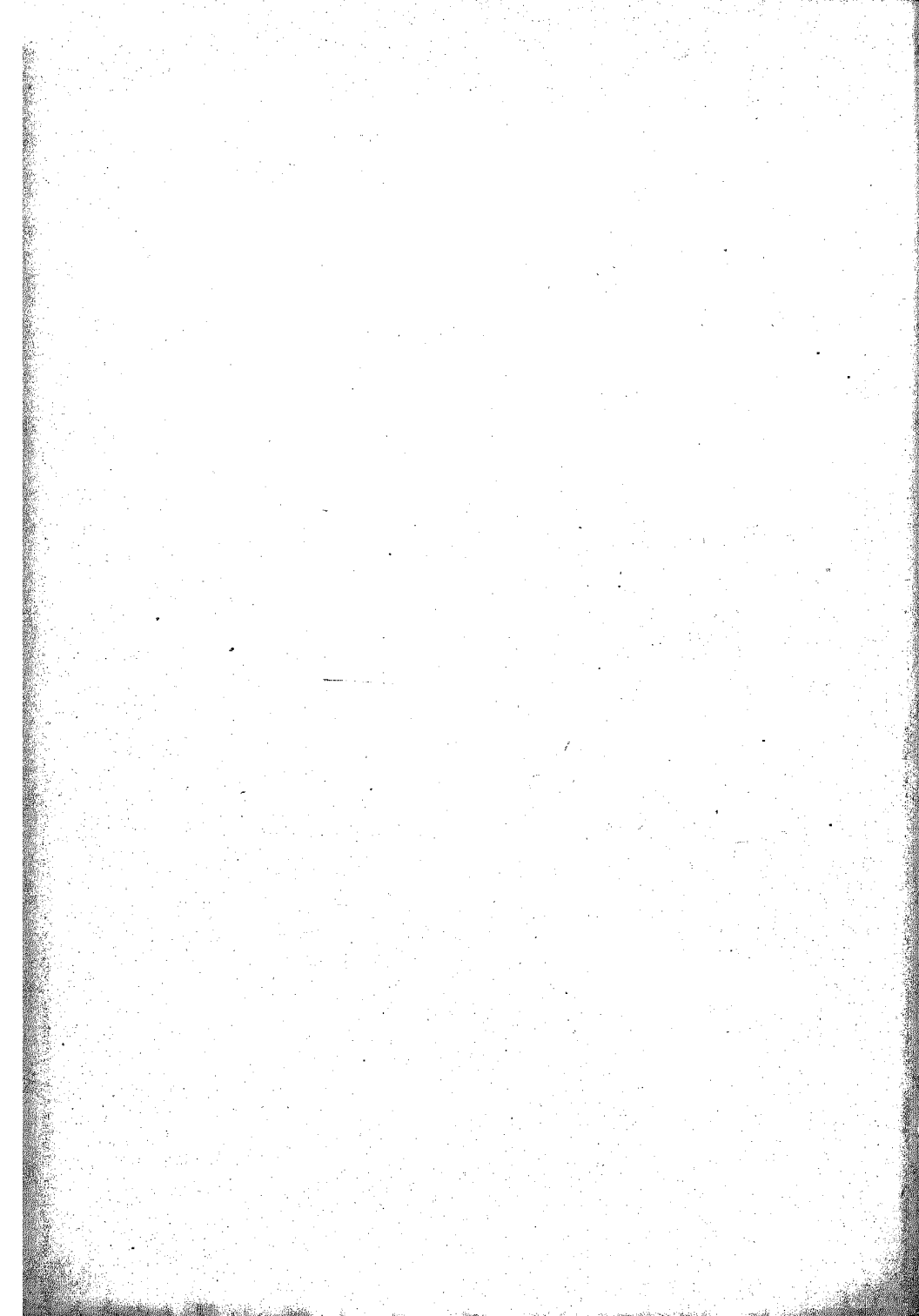
Así habló don Gabriel, volviéndonos la espalda bruscamente.

La señora de Alcudia cerró los ojos, como si hubiese pasado por sus retinas una visión triste.

Mi abuela me cogió de la mano... Nos íbamos. La señora dijo á Pepito, como en otra ocasión:

— Bésala.

Me besó y salimos. Al otro día fuí á trabajar á la fábrica. Tenía siete años.



IX

¿Cómo transcurrieron otros siete años? No sé si les denomine pesadilla, porque en ese tiempo, algunas horas iluminaron mi alma con resplandeciente suavísima luz. El señorito Alcudia fué á un colegio, de donde salía los sábados por la tarde, para regresar los lunes muy de mañana. Yo fuí á *La Aurora*. Los dos primeros años de *La Aurora* los califico resueltamente de pesadilla, negro, horrendísimo dormir; los cinco restantes no fueron de felicidad, pero entré en un reposo, en una calma, que hicieron volver á mis labios la sonrisa, por exigirlo mi existencia exuberante, no porque en realidad tuviese razones para reir.

Ni el afecto de Carmen, ni mis propios méritos si los hubiese tenido, ni las recomendaciones y propósitos firmes del mundo entero hubieran bastado para que yo dejase de tener siete años y, teniendo esa edad, para que dejaran de consi-

derarme como lo que era realmente, como una aprendiz. La misma Carmen no podía prescindir de esto, aunque me quisiera y aprovechara cuantas ocasiones podía para demostrarlo. La aprendiz es, generalmente, en los telares un ser odia-dísimo. Hay en la fábrica unos celadores, y cada celador tiene á su cargo veinte ó treinta telares. El celador reparte el trabajo, entrega el material, se entera de las piezas y las anota, repara cualquier pequeño desperfecto que en la máquina ocurra, se entiende con las maestras y se entiende con las aprendizas, las distribuye, las quita, las pone; es, en fin, el reyezuelo de aquel mundo femenino, gobernándolo á su antojo, con más ó menos tiranía, según su buena ó mala índole y según las circunstancias algunas veces; que no son, en resumen, aquellas las mujeres que más fácilmente se dejan gobernar. Todos los lunes, al empezar la labor, se agrupan las aprendizas con los celadores en un callejón de telares. Forman las aprendizas en largas hileras..., ¡ay, cuántas veces me acordé aquellos lunes de los ejércitos del señorito Alcudia! El maestro distribuye las aprendizas, designando un número de ellas para cada celador y el celador á su vez las distribuye en los telares de su *fila*, según corresponda. La aprendiz que nada sabe aún, la paga la fábrica, siempre gana alguna cosa; la aprendiz que sabe ya, es pagada por la fábrica también, pero si hay que castigar á una tejedora por cualquier concepto, se le pone una

aprendiza y tiene que pagarla ella. Con este sistema comprenderéis lo que más arriba dije del odio que á la aprendiz se le tiene y la imposibilidad de que yo estuviera siempre al lado de Carmen. Precisamente era Carmen una tejedora apreciadísima por su comportamiento, por su exactitud á la fábrica y por su habilidad, de modo que no se dió el caso nunca, mientras yo estuve en la fábrica, de que le pusieran una aprendiz como castigo.

La fábrica ponía también aprendizas en los telares para su enseñanza y las recibían las tejedoras tan mal como á las de castigo, porque eran un estorbo, una especie de cirial ó espantajo que ponían junto á ella sin poderlo utilizar, y sintiéndose, en cambio, molestada, atisbada, entorpecida en aquel espacio reducidísimo. De todas suertes la aprendiz sufría su calvario. Cuando íbamos los lunes detrás de los celadores como triste rebaño de ovejas de vellón sucio á formar en el callejoncillo para que nos distribuyesen, entonces empezaban las tejedoras sus comentarios, sus maldiciones con gestos más expresivos aún que las frases más contundentes. En fuerza de la costumbre de hablar por medio de la mímica, el gesto de todas era de una expresión *tan sublime* como la del histrión más afamado.

Podéis pensar con lo dicho cómo seríamos acogidas y tratadas por las tejedoras, dada la condición de éstas, de ordinariiez y grosería, pro-

ducto lógico de la educación, con ligerísimas excepciones, como Carmen, la Montero, á quien pronto conoceréis, y otras muchas que es inútil nombrar aquí. Podéis pensar asimismo, la zozobra, el verdadero horror con que estaríamos esperando puestas en fila que nos dijese con qué maestra nos tocaba. Eran verdaderos demonios algunas, y en la ceguedad de su ira al encontrarse con el castigo, muy capaces de cualquier infamia contra nosotras. Las había también humanitarias, de un fondo buenísimo, pero siempre teníamos que sufrir su mal humor. ¡Horas penosas, ay de mí! ¡Cuántas veces, sin haber amanecido aún, en aquellas horribles madrugadas de invierno, tiritando de frío, las manos bajo el delantal, esperé con angustiosa incertidumbre que el celador me indicase el telar á que había de dirigirme! Nunca como en aquellos minutos fatales pasaron con tal vigor por mi mente, á semejanza de mariposas de oro, los recuerdos de mis pasadas correrías al aire libre por los campos exuberantes. Y mientras me dirigía, como el reo al patíbulo, al telar indicado, con la tejedora que me deparó la fortuna, parecíame sentir bajo mis pies la arena fina y crujiente de la orilla del mar; parecíame sentir en mis pulmones las amadas brisas, con el balsámico perfume de los trigos tostados por el sol y las plantas verdes; parecíame que aquellas luces fétidas del gas se convertían en rayos puros del sol adoradísimo.

Los castigos á las maestras solían ser por *las marras*, *los casamientos* y *las pelotas*. También había castigo por incuria para el telar. El telar debía encontrarse limpio siempre como una lámina de plata. Las *marras* eran resultado, igualmente, de la incuria y abandono de la tejedora. En un momento enredábanse los hilos. Si al punto se acudía, deteniendo el telar, la cosa no tenía importancia y el remedio era fácil; pero si la tejedora no estaba atenta á su trabajo, si el telar seguía, si la lanzadera no cesaba en su rápido ir y venir, armábase un lío espantoso: era *la marra*. Cuando *la marra* no era grande, la tejedora procuraba disimularla inútilmente, arreglando los hilos con un alfiler, dándoles goma, pasándoles yeso, pero la fealdad aparecía en la tela siempre. Sólo *pasaba* como la tejedora estuviera con el celador en *auge* y si la falta no era de mucho bulto, que después y como resumen, había que contar con la inspección del *Despacho* á la entrega de la pieza. *La pelota* era otra falta muy común, castigada muy severamente. A cada tejedora hacíasele entrega de un número determinado de canillas; las canillas contenían el hilo con que había de sustituirse al que se concluyese en la lanzadera; al poner la canilla en la lanzadera, no haciéndolo cuidadosamente, se vaciaba el hilo; aquel hilo ya no servía; era inútil; la mujer ocultábalo afanosa hasta que podía salir de él, en el pecho, en el arquilla de la merienda, en

cualquier parte; de la fábrica no podía sacarlo porque se registraba á todo el mundo minuciosamente. Era un gran compromiso, porque el celador vigilaba, cuidadoso, inspeccionando todos sus telares. Solía ocurrir que la tejedora tuviese nuevos contratiempos de canillas antes de haber hecho desaparecer el rastro de las anteriores y le resultaba *la pelota*. Entonces padecía de verdad, para salir de ella, antes que el celador la echase mano. Las tiraban por los pasillos próximos ó las dejaban con sigilo, junto al telar de otra compañera. Algunas, en instantes de distracción de las tejedoras inmediatas, las arrojaban por encima de su telar, cayera donde cayese. A la que le cogían *la pelota* sufría el castigo, y ya procuraba, por su cuenta y razón, salir de ella también quien la recibiera. Un medio muy usado para quitarse de encima el atroz martirio de *la pelota*, era meterse entre las piernas, aunque fuera grande, con mucho disimulo y alejarse del telar con pretexto de ir al retrete ó algún otro sitio. Si veían ocasión, soltaban *la pelota*, pasando sobre ella muy tranquilas... Cuando otra maestra veía *la pelota* ya era tarde, el gatuperio estaba hecho. De este modo expeditivo, podían llevarla á donde quisieran, pero tenía que ir *arriba, muy arriba*, y era preciso saber andar con ella á fin de que no cayese no siendo oportuno. La ofensa mayor que se le hacía á una fabricanta, era hierla con esta feroz injuria: ¡*Pelotona!*

Un casamiento era lo más grande, lo más triste que á una maestra le podía ocurrir. Sin embargo, resultaba facilísimo que ocurriese. Sólo consistía en poner una lanzadera en el telar y que el telar marchase sin haber sacado la otra, olvido que, sin pecar de distraídas, podían tener las mujeres en la misma absorción del trabajo. Al echar á andar la máquina, el estropicio era inmenso, chocaban las lanzaderas, los hilos saltaban, las telas arrollábanse ó se rompían, y aún podía ocurrir que el telar se hiciese añicos. Ante un *casamiento*, la tejedora prefería que la fábrica se hundiera y la tierra la tragase.

La *marra* y el *casamiento* tenían como castigo el pago de la pieza de tela, cuyo coste venía á constituir el jornal de cerca de dos semanas, sin que dejasen por eso de ponerle una aprendiz. Figuraos á una mujer loca por la pérdida de nueve ó diez jornales y que le ponen, como coronación, una aprendiz. Esta aprendiz tenía que ser por fuerza su desquite. Las rabias, las maldiciones y aun los porrazos eran para la aprendiz, su enemigo más odioso, lo más detestable de su castigo. Un resbalón, un movimiento falso, un tropiezo, eran suficientes para caer sobre un telar por la distancia escasísima que había entre un telar y otro, y el resultado más probable de una caída de aquellas, era un brazo, una mano ó, cuando menos, algunos dedos perdidos. Un empujón casual, por leve que fuese, podía consti-

tuir venganza bastante contra una aprendiz infeliz y desahogo de una maestra iracunda. ¿Por qué no repetirlo, si ya lo dije? Las había malísimas. Verdaderos demonios.

Cerca de dos años padecí de maestras. Fué el gran tormento de mi vida. Algunas veces sentíame con ansias de salir de aquel antro, de aquella inquisición pestilente y enfermiza, y no parar, en carrera loca, hasta tirarme sobre un terruño de la campiña á que bebieran mis pulmones el aire á bocanadas y á emborracharme de luz, aunque el sol me hubiese abrasado. Nunca lo hice. No sé qué me detuvo. ¿Sería tal vez la misma vida que ya me hacía reflexionar y detenerme con su propio peso?

X

No es posible seguir detalle por detalle mi existencia de aprendiz. Sería preciso acumular en estas páginas una serie de horrores, que pondría en angustiosa tensión mi espíritu, sin conseguir tal vez, por una amarga ironía de la suerte, llevar el ánimo del lector al sentimiento de realidad que las inspira. Aquellos dos años de aprendizaje fueron una eternidad entonces para mí, y hoy, acordándome de aquella eternidad, me parece una nube que no se disipa nunca, ni aun en mis horas más felices; una nube negra que envuelve en su medroso fondo figuras vagas de monstruosas visiones apocalípticas. Algunas veces, hoy, de noche, en mi sueño apacible de mujer feliz, despierto con grito agudo y respiración estertorosa, como si una garra monumental pesase sobre mi pecho. Esas pesadillas son siempre para trasladarme á aquella época y hacerme vivir otra vez aquella vida. Cuando

despierto, cuando me aseguro de que soñaba..., de que soñaba realmente, una alegría recóndita, frenética, invade mi corazón, mi sangre, mi carne, mis nervios, y todo parece que va á estallar hecho pedazos. Creo en esos instantes que voy á volverme loca. «¡Otra vez aquello... No, ya no!» Y todo mi ser descansa, dilátase, hasta que cierra mis ojos, suavisima... blandamente, un delicioso sueño reparador, que me vuelve á la vida.

Ya dije que nunca falté á la fábrica. No sé qué atractivo tenía para mí, en medio de aquel horror que me produjo siempre el pensamiento solo de acercarme á ella. Muchas madrugadas, en los rigores del frío, deteníame horrorizada en el gran portalón, viendo á lo lejos la lucecilla medrosa que salía como una lengua de oro de la puerta del *despacho*, por la que había que entrar para ir al salón. Un rápido impulso me hacía retroceder, pero la avalancha humana, desbordándose en el patio atropelladamente para *no perder la hora*, empujábame hacia la puertecilla aborrecible, baja, estrecha, fuerte, como todas las de la fábrica, con algo repugnante, parecido á fortaleza ó capilla de ajusticiados. Iba así, entre el gran aluvión de hombres, mujeres y niños, sin que pudiese nadie sospechar la horrible tragedia de mi corazón, en la incertidumbre solamente, de si entraría ó volvería atrás, aunque fuese abriéndome camino con dientes y uñas entre la multitud que me impelía adelante. Y después, al avanzar un poco de esta

manera, cuando iba acercándome angustiosa al rastrero postigo, abrasábame toda de repente, un deseo de adelantarme, de correr; hubiera querido pisotear á los otros, subir por encima de ellos, aplastarlos, para entrar la primera. Era esto, á semejanza de una brizna miserable, que se moviese con indecisa lentitud, en las aguas espumosas de un remolino, y de pronto, vertiginosamente, se hundiera en él. ¿Qué atracción peligrosísima era aquélla?

Una curiosidad invencible acometíame otras veces, y me metía entonces, por los escondrijos más apartados, á escudriñar los que me parecían indescifrables misterios, sintiendo siempre tras de mí, delante, arriba, debajo de mis pies, la trepidación imponente, sorda, de los telares, por lejos de mí que estuvieran, como crujir de mandíbulas, de un monstruo sepultado vivo, que devorase la tierra, agujereándola para salir á estirar sus músculos gigantesco en la inmensidad. Deslizábame como una partícula de aquel polvillo blanco del espulgo, que hería, con herida mortal de tuberculosis, los organismos más fuertes. Entraba en el cuarto de las Gachas ó el del Tinte; subíame á los almacenes, por la Mecánica, iba por el lado de los Coches, por el de las Caldas, por el de las Devanaderas, por el de las Madejas, por el del Espulgo, quedándome absorta y amedrentada, de aquellas viejas energúmenas que se escurrían por allí, en su labor rastrera y pacientísima, sin que

su olfato se molestase con los hedores irresistibles de aquel hacinamiento de gérmenes, imán y foco de todas las enfermedades. Me gustaba ir á la Mecánica, con cualquier pretexto, para observar absorta aquellos trabajos, tan distintos de los del salón; para abstraerme en la vista de aquellos tornos, largos, larguísimos, donde se torneaban las piezas de dimensiones grandes, para las máquinas de los otros departamentos. Aunque allí sentíase también el ruido de vida del trabajo, era de otro modo. El rumor de la lima en el acero, de la broca en los taladros, de las cuchillas en los tornos, de los machos y martillos en las bigornias, y el resoplido de toro, en fin, del aventador, al enviar el aire por la tubería á los fuelles de las fraguas, todo esto era un ruido más natural, más acorde y humano, puede decirse, dentro de aquel otro, imponente y ensordecedor de los telares. ¡Qué admiración me producían la Mecánica y los operarios aquellos! Aquellos eran hombres, aquellos no eran parias viles, que se doblegasen hasta besar la tierra como los del salón. Aquellos no le decían al amo, *amo*, que le llamaban por su nombre. Aquellos tenían más horas para sus comidas y salían más temprano del taller, llevándose tras sí, al atravesar el salón para ir á la calle, las miradas sombrías ó envidiosas del mísero rebaño.

Lo que más me atraía, enloqueciéndome á la vez de terror, era asomarme al cuarto del Diablo,

y ver girar aquella rueda inmensa de la gran máquina motriz. Parecíame que avanzaba para tragarme y esconder mi personilla, hecha polvo, en cualquier microscópica hendidura de sus dientes. Y á pesar de esto, yo avanzaba, avanzaba á la gigantesca rueda, hasta sentir en mi rostro, contraído de horror, el aire que arrancaba en su giro, como el aliento cálido de una furia. Tenía que hacer esfuerzos espantosos para separarme de allí, para no avanzar, avanzar... hasta que la formidable rueda me hubiese cogido, para estrellarme en el techo, en el suelo, en los muros, llevándome con ella... con ella, rodando, rodando y estrellándome siempre. ¡Oh, lo vi en muchas ocasiones! Como ocurriera un accidente, por pronto que corrieran al cuarto del Diablo, para advertir que detuviesen la máquina; cuando la máquina deteníase, la víctima, hombre, mujer ó niño, por lo regular estaba ya despedazada; era un horrible montón informe de carne, huesos y harapos. Yo he visto á los ocho años, cuando mi corazón empezaba á abrirse como una flor á la luz del mundo, un ojo, parpadeando aún, en un pedazo de cara, sobre un montón de despojos humanos, cuya vista hacía enloquecer... ¡Ah!... ¿Por qué hablé de eso? ¡Es que la verdad se escapa sin querer de la pluma, como el ay de dolor surge inconsciente de los corazones heridos!

La máquina deteníase, pero el tiempo sólo que se invirtiera en despegar del eje de transmisión,

del engranaje, ó de donde fuese, las partículas del espantoso despojo; y con la máquina deteníase el movimiento y el ruido en todas partes. Echaba á andar otra vez al punto, para llevar el movimiento nuevamente á toda la gran balumba de las mil máquinas del salón y los talleres; pero aquel silencio formidable de algunos minutos, había sido una oración por el muerto, más solemne que cuantas hubiera podido elevar una corte entera de santos. La máquina seguía su marcha majestuosa. Un momento que dejase de andar ¿no equivalía á la pérdida de algunos centenares de duros? Es extraño que á ningún dueño de fábrica, ni á don Carlos en particular, se le hubiese ocurrido nunca exigir á la familia del muerto, ó al mismo muerto dentro de su tumba, la indemnización correspondiente, por detener sus máquinas en casos de esta índole.

Las maldiciones, los golpes, las palabras obscenas, todo esto era muy común en las tejedoras para mí, como para las demás aprendizas. Las aprendizas se endurecían, se acostumbraban, después harían lo mismo que las maestras; yo no me endurecí; yo no logré acostumbrarme como las otras. Me herían en el corazón, en las mejillas, como latigazos que me señalasen por dentro y por fuera las palabras viles, más que los golpes con que mi cuerpo estaba siempre señalado. Una vez — ¡fué próximo al telar de Carmen! — cierta mujer joven, guapa, lenguaraz, rebelde para el tra-

bajo y para todo el mundo, túvome por aprendiz. Me arrojaron á esta mujer, como una condenada á un despeñadero. Su saludo, apenas me vió adelantarse á ella, suplicando piedad con dulce, silenciosa súplica de mis ojos, fué darme una puñada en el pecho, acompañando la acción con una injuria horrible. Caí hacia atrás y una rueda, como por vía de caricia, de caricia solamente, me cogió por un codo y me partió el brazo. Tuve fortuna, no sé qué impidió que la máquina me tragase después de haberme cogido. No suelen las máquinas dejarlo así. Son peores que las fieras hambrientas. Las fieras se hartan; las máquinas, no. Bueno: perdoné á la infame el golpe, le perdoné el brazo partido. No sé si vive ó ha muerto. Muerta ó viva, la palabrota, la injuria brutal, no se la perdono.

He de decir retrocediendo un instante, que al irse los lañadores de la casa de la calle del Tiro, nadie pareció á ver la habitación vacía. Fué deslizándose de este modo cerca de un año. La *señá* Caballero se irritaba. Mi abuela había conocido á Bonet en casa de los señores de Alcudia. Hablaron algunas veces. Supo Bonet lo de la habitación. Desde la muerte de su madre, no estaba contento de la que él tenía y pronto le convencimos para que alquilase la de los lañadores. Bonet era en la fábrica persona bien quista *del amo*, á pesar de su carácter adusto; que á don Carlos, Dios le perdone, sólo le gustaba la gente chismosa y parlan-

china, que secretamente le llevase historias de deslices y faltas de los trabajadores. Era la fábrica y no sé si lo será todavía, una especie de Venecia del siglo xvi, gobernada al modo que aquel gobierno lo hacía, castigando cruelmente, sin decir al acusado por qué, pero obedeciendo el castigo siempre á un aviso misterioso, á una secreta delación, á una calumnia vil que nadie se molestaba en comprobar. De esta manera vivían hombres, mujeres y niños, temiéndose unos á otros, desconfiando todos entre sí, sin deslizarse nunca en lo más ínfimo, ó procurándolo al menos, ante la idea de que algún ser *invisible* anduviese en su acecho, lo que redundaba, como supondréis, en bien del amo, aquel generoso *amo*, que nunca dejó de gratificar espléndidamente á quien le iba con una delación más ó menos verosímil, corrompiendo así las almas de todos sus trabajadores. Vosotros, honrados trabajadores, los que lucháis por la vida, alta la frente, con la conciencia de vuestra propia dignidad, ved en estas páginas una lección dura ciertamente, pero muy provechosa. No lo olvidéis. Los malos padres hacen los malos hijos. Los malos patronos hacen los malos obreros.

Bonet era en la fábrica un ser independiente. Había vivido hasta entonces ajeno á aquella gran miseria de vivir. Tenía fama en su oficio. Su misión consistía en ir inspeccionando las máquinas de salón y talleres, seguido de un ayudante. Donde había un desperfecto, era atendido en el acto; un

eje partido, una rueda rota, algún piñón de engranaje saltado, una chumacera inservible, una tubería que reventase, allí teníanle siempre, pronto, hábil, activísimo. Su gran mérito consistía en la rápida concepción para atender al daño sin pérdida de segundo; allí, sobre la misma máquina, dentro de ella, entre sus dientes, entre sus brazos, entre sus uñas, hasta que salía de allí, sudoroso, tiznado, imposible para exclamar lacónicamente: — Adelante. — Marchaba otra vez la máquina y marchaba él á otro lado.

Nuestra vecindad y conocimiento con Bonet me sacaron de mi purgatorio. Lo que no logró Carmen en más de un año, pudo él conseguirlo en un minuto. Nadie pensó en su influencia y en lo útil que podría serme. Fué el acaso: estaba yo en el almacén de las madejas. Me habían echado allí según costumbre, al azar, como á las otras aprendizas. Había un maestro en las madejas, largo, zancudo, muy viejo, de hombros caídos, con una gran corcova, no obstante su largura y al cual maestro motejábale de imbécil. Lo era en verdad; su cara alelada, su persona toda era revelación patentísima de su idiotez. Sentía este idiota complacencia horrible en ver sufrir á sus semejantes; viéndolos sufrir experimentaba verdadero espasmo, pero él no era capaz personalmente de matar una mosca. Para conciliar sus malas intenciones con su carencia de valor, había inventado, imbécil y todo, un medio de satisfacer cumplida-

mente sus instintos feroces. Se juntaban en las madejas quince ó veinte muchachas de siete á once años. La invención del viejo fué muy *graciosa* y de resultados positivos, desde que se puso en práctica. Consistía en dar tarea á todas y castigar con una *pelusa* á la última que concluyese. La *pelusa* era una paliza suministrada por todas á la infeliz que se retrasara.

En fuerza de sufrimientos y alternativas de mi gran calvario de dos años logré manejar un telar perfectamente; pero en aquella labor de las madejas, aunque cosa muy fácil, no estaba ducha, por la poca costumbre. Yo lo sabía y esperaba con resignación mi suerte, aunque mi genio indómito, por encogido que estuviera con el terror del aprendizaje, se rebelase contra el pensamiento de que las aprendizas me embistiesen á una como energúmenos. En estas inquietudes angustiosas, pasó el día aquel de las madejas, y como yo creía y estaba en el ánimo de todas, me tocó la *pelusa*. Conseguí resignarme... ¡Qué haría! Como lo esperaba, lanzáronse sobre mí, cuando el viejo villano gritó gangosamente: — ¡Una pelusa! — lanzáronse sobre mí, y á los primeros golpes, aunque no eran fuertes, perdí el equilibrio y caí por tierra. Continuaron enardecidas, mientras el viejo vil seguía gritando en tonillo gangoso como salmo lastimero: ¡¡Una pelusa!! ¡¡Una pelusa!!! Llovían los golpes, que sufrí sin defenderme. Se enardecieron más con mi actitud pasiva y levantáronme la falda

para que los golpes diesen en lo vivo. No pude resistir ya; me rebelé; pero no me rebelé á los golpes, sino al ultraje, la vergüenza, la ira, que me causaron los ojillos del viejo, chispeantes, libidinosos, clavados en la carne de mi cuerpecillo de mujer incipiente. Revolvíme como una leona; la Paca Cielos de la calle del Tiro apareció por vez primera y única en la fábrica de *La Aurora*. Saltaba sobre aquellos demonios, mordiendo, rugiendo, arañando. Perdí noción del lugar; todo se fué de mi memoria, para pensar solamente en mi carne desnuda y en los ojillos felinos, avarientos, de una lascividad espantosa, que me sublevaba sin comprenderla siquiera. La lucha hacía-se feroz, encarnizadísima. Eran todas contra mí. Tenía el cuerpo lleno de bocados y garfadas. Rugían como yo, pareciendo todas pequeños tigres en un instante de vértigo misterioso. Me hubieran matado seguramente, si unas manos poderosas no me sacan de pronto de aquel círculo de fieras. Fué Bonet quien me sacó de allí. Nos había visto al entrar en el almacén. Me sacó de allí sin decir una palabra, dejando á mis enemigas rugir de cólera ya impotente, y al viejo, alelado, abatido, vidriosa la mirada, como si empezase á salir de los espasmos de su crisis repulsiva, para continuar como nunca en aquella imbecilidad degradante.

Estuve enferma algunos días, sin ir á *La Aurora*. Con motivo de la anterior aventura se habló de mí en la casa. Carmen tuvo entonces el buen

acuerdo de recomendarme á Bonet, pero ya para Bonet no necesitaba yo recomendaciones de nadie. Me cobró afecto al recordar ¡triste de mí! cómo me defendía contra veinte que podían lo mismo ó más que yo. Volví á la fábrica cuando me puse buena, pero fué á un telar. Bonet me lo había conseguido. Un telar junto al de Carmen. ¡Ya era tejedora! Ya era maestra... ¡Bendito sea Dios! Tenía nueve años.

XI

Comprenderéis por lo expuesto, de qué modo había cambiado mi vida y qué pronto tuve que enseñarme á dominar los ímpetus de mi voluntad soberana. Tenía nueve años al hacerme entrega del telar, y confieso, con alguna vergüenza, que sabía tanto de esta miserable vida como si tuviera veinte. No era la misma, en verdad, que cuando entré en la fábrica á raíz de mi famosa aventura de los tomates. Cuando tuve el telar, mi ánimo fué esparciéndose otra vez, aunque no dí ya nunca en aquellas aventuras legendarias. Al principio no lo creía, parecíame imposible que aquel telar fuera mío; que las piezas de tela que aquel telar tejiese á mi cuidado, me las pagaran á mí, á mí sola. Para convencerme, para asegurarme, tenían que repetírmelo Carmen, Juana Montero, el mismo Naro, porque Naro se iba con ellas durante el día.

Queriendo Narito estar en la fábrica con su hermano, como á Bonet le era imposible llevarle de acá para allá mientras no fuese mayor, habíalo confiado á Carmen y Juana, las dos únicas mujeres de *La Aurora* en quien se atrevía á confiar. De esta manera, Naro y yo vinimos á estar siempre juntos, en la casa y en el taller. Era muy listo y gentil. Aprendió pronto, pero no tenía fuerzas para manejar una máquina.

Frasquita Cielos estaba todo el día con los señores de Alcudia. Un poco antes de yo volver del trabajo, esperábame ya con mi cenita dispuesta. Generalmente, mi cena consistía en algún resto que los señores de Alcudia le daban para mí; pero lo que yo comía con más gusto era lo que Pepito me guardaba los sábados, que comía él con su familia. Carmen y yo veníamos juntas de *La Aurora*. Después de cenar hablábamos un poco de la fábrica. A mi abuela interesábanle mucho estas conversaciones. Temía siempre un accidente, por mi carácter impetuoso é irreflexivo.

Bonet bajaba muchas noches á nuestra habitación con un libro, después de salir de casa de los Alcudia, y nos leía cosas interesantes, es decir, se las leía á los demás, que yo me quedaba dormida desde que comenzaba el sonsonete. Los demás eran Frasquita Cielos, que hacía calceta; Carmen, que componía sus trapos, y Narito, el sin par, que oía á Bonet con atención religiosa. Como me quisiesen hacer oír, soltaba yo un bufido, y revolviame

en mi silla, recostando la cabeza sobre un brazo, en el espaldar. Pero muchas noches no me dormía, aunque los otros lo creyesen, y quedábame atenta, observando á Narito, por entre mis párpados á medio abrir. Tendría unos nueve años, la misma edad que yo; pero su constitución era tan débil, tan delicada, tan dulcemente femenil, que parecía tener tres años menos. Su desarrollo físico no correspondía á su edad; por eso principalmente consentía Bonet que estuviera en la fábrica, consagrándose á ciertos trabajos, rudos para él. Su desarrollo intelectual era en cambio excesivo. Su alma consumía su cuerpo. Era espigadillo, blanco, lento en el ademán, al contrario de Pepe Alcudia, que era vivo é impetuoso como yo. Su cara, como la de mi abuela, no parecía revelar sus sensaciones, pero sus ojos eran de una expresión imponente, para mí al menos. Estaba siempre muy lavado y peinado, le sentaban muy bien su pantalón de pana y su blusita azul. En la limpieza parecíase á Bonet; yo no sé cómo estos dos hermanos podían vivir con tanta pulcritud, siendo solos, sin mujer alguna que los cuidase. Les llevaban á la fábrica el almuerzo y la comida á las horas convenientes, de un modesto restaurant donde Bonet habíase ajustado; y de la comida apartaban un resto frugal para la cena.

Yo observaba á Naro con una curiosidad que nada en absoluto tenía de femenil. Había algo más grave en la atención que puse en él; era como una

especie de intuición de lo que Naro valía, de su espíritu superior, que me había predispuesto á tenerle como un ser sobrenatural, una cosa del otro mundo, sin que pudiese apartar nadie aquel pensamiento de mí.

Bonet no quería á Naro en la fábrica; parecía mejor que fuese á la escuela. — ¡Qué afán el de todo el mundo de mandar los niños á la escuela! — Pero Naro, para no parecerse á ningún niño, quería ir á la fábrica y estudiar; las dos cosas. De día en la fábrica, de noche estudiando. Y si iba á la escuela, durante todas las horas del día, no podría estar allí. ¿Qué haría en la casa solo siempre un niño de aquella edad? Mientras Bonet estaba de noche con el señor Alcudia, Naro quemábase los ojos con sus libros. Bonet le repasaba la lección al acostarse. Ninguna noche quedó descontento. No he visto jamás en mi vida un amor tan grande como el de estos dos hermanos.

Era en la fábrica donde mi curiosidad tenía más ocasión de satisfacerse, con respecto á Naro, por ser donde yo tenía más ocasión de observarle. En medio de aquel ruido atronador de ruedas y poleas, de ejes, de piñones, de cilindros, de lanzaderas, de maquinarias de todas clases, tamaños y aplicaciones; en medio de aquella balumba sin igual, formada por los ruidos sordos, agudos, agrios, aceradísimos, de telares, coches, caldas, bombos, rugidos de válvulas y miles de instrumentos, precipitándose, rodando, subiendo, dete-

niéndose, que se cruzaban unos con otros cual signos macabros, en contorsiones singularísimas, conjunto espantoso, ensordecedor, hasta el vértigo, donde el diapasón humano perdíase, no habiendo otro remedio que entenderse por señas, lenguaje convencional de aquel mundo abigarradísimo, tan pintoresco y curioso como ninguno de los que la humanidad haya inventado ni invente, Naro, el dulce, el estoico, el misterioso Naro, quedábase inmóvil, fijos los ojos, sin saber en qué, en algún punto indeterminado del salón, como si hubiese aparecido allí de pronto algún otro ser fantástico que le hablase en otra lengua más difícil tal vez, pero nunca tan original como la que en la fábrica se empleaba; como si le hiciese alguna relación de interés gravísimo, como si le quisiera convencer de algo inmenso, trascendental, de que Naro precisamente quisiera ser convencido.

Yo le tocaba en el hombro á Juana Montero alguna vez con gran cautela, para que se fijase en Naro cuando le sorprendía así. La Montero sacábale de su abstracción, reprendiéndole dulcemente y conminándole á que no se abstrayera tanto; cada llave, cada tuerca, cada perno, cada piñón, cada elemento en fin, por sutil que fuese, de aquella gran quimera de la industria, era un tigre, dispuesto siempre á dar la dentellada. Esto decía Juana Montero riéndose, sin pensar ya en el asunto. Pero yo no me reía. Una tarde, cuando le sorprendí como otras veces, pasé de mi telar á uno

de Carmen, donde él estaba entonces y le pregunté de pronto:

— ¿Qué haces? ¿Con quién hablas ya en el otro mundo?

Me miró como espantado, sin contestar. Sentí pesadumbre de haberle sorprendido así. Me retiré á mi telar muy cavilosa. No quise aguardar su respuesta, pareciéndome que le había interrumpido en lo más interesante de un diálogo con algún fantasma... ¡quién sabe si con un ángel introducido por la mano del Señor á través de la inmensa montera de hierro y cristales, en el salón de la fábrica chica, solo y exclusivamente para hablar con Naro!

Yo era despreocupada, pero cavilé mucho. Luego, al obscurecer, cuando la inmensa máquina motriz, sin mover menos sus espaldas, sus brazos, sus músculos formidables, aceitosos, como sudor escupido de sus mismas entrañas de acero, parecía retemblar fatigada, tendida siempre en su cama de piedra y bronce; cuando las ruedas descomunales volteaban en los ángulos oscuros con el tintineo férreo de sus engranajes untuosos, como fieras mordiéndose y retorciéndose silenciosas, presa de un sentimiento desconocido hasta entonces para mí, me acerqué á Naro y le dije con el aliento, de tal manera, que me comprendió sin oirme:

— Naro, ¿me perdonas?

— ¿Qué?— Y me miró con sus ojos grandes, dul-

ces, soñadores, que parecían mirar siempre algo muy grande, más allá de los cielos.

— Ya sabes, — dije temblorosa.

No contestaba. Su silencio me conmovía más que una oración muy patética. Incliné la cabeza sobre los hilos. El telar movíase vertiginoso. La lanzadera de puntas de acero, relucientes, iba y venía entre los hilos, rebotando, como una centella de un lado á otro. Naro, sobre un tarugo de madera para dominar el telar, inmóvil, como una figurilla de *biscuit*, arrancaba con sus tijeras algún granito, algún hilachuelo de la parte ya tejida. Los hilos iban pasando con suavidad á través del peine, enlazándose con el de la lanzadera. Allá, en el fondo, levantábase una masa oscura. Era la sombra. Era la noche. Algo inmenso me pareció que iba á desprenderse de aquella masa, para aplastarle. Pero ardieron las luces de pronto, á centenares, á miles y todo se deshizo.

Volví á mi telar. Naro no alzó la frente. Después, pasado un gran rato, vino hasta mí, sigiloso. Aunque no alzó la voz, le oí muy claro... Dijo con gran recogimiento:

— Hablaba con mi madre.

Sentí algo frío, cogiéndome el corazón. No dudé. ¿Qué hablaría con ella? Nunca lo supe.

Antes de irse al telar, añadió muy despacio, levantando mucho la voz, como por ser ya el motivo puramente terreno:

— Eres buena.

No se habló más de aquello. Seguíamos en nuestro trabajo de la fábrica, ó en nuestra casita vieja de la calle del Tiro, muy juntos, muy amigotes. Sólo en una ocasión, después de algunas semanas, viéndole en una de aquellas grandes abstracciones, me fuí sigilosa al telar donde estaba y díjele ahogadamente:

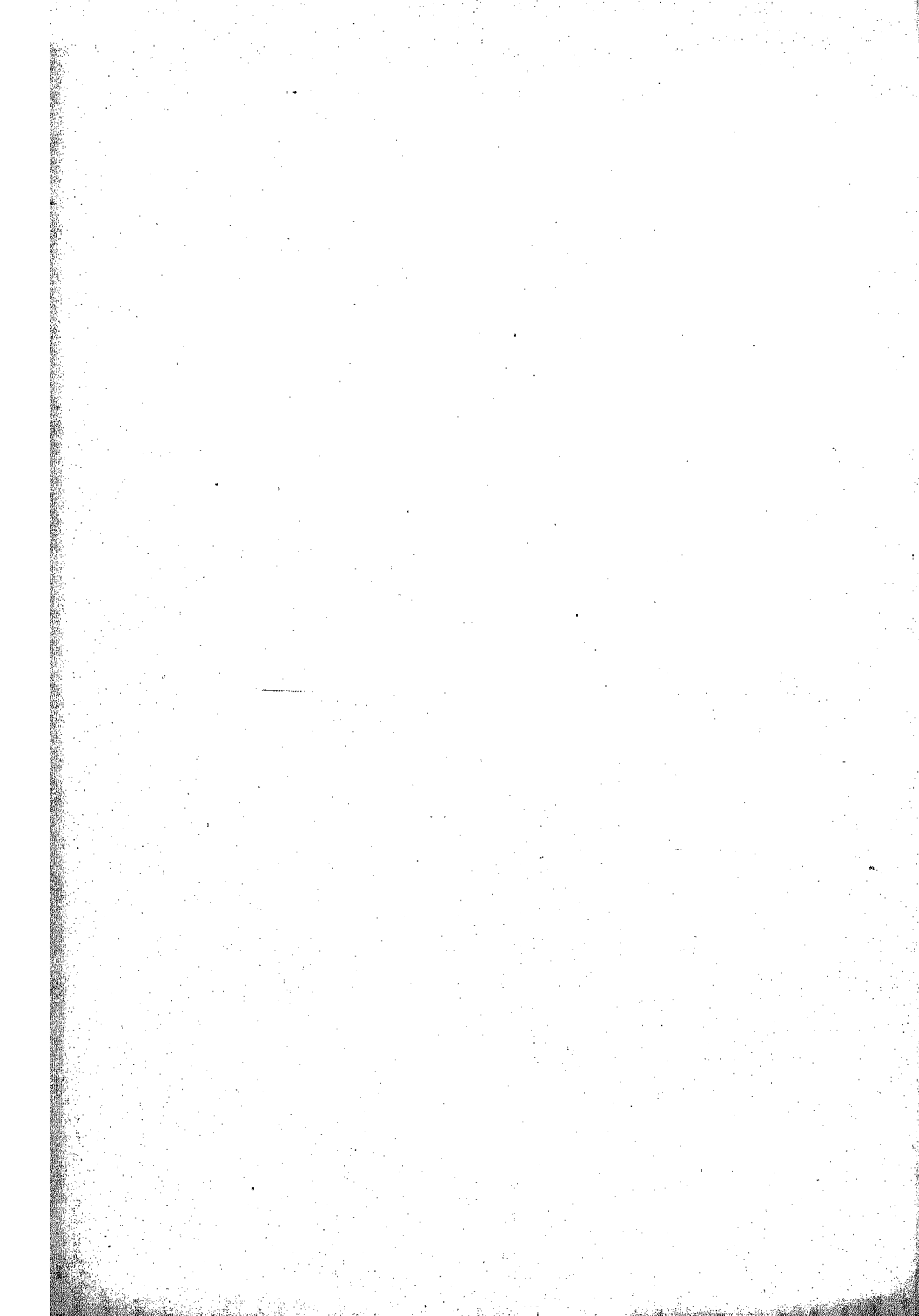
— Dile que me ampare... Rezaré por ella. — Empezaba á conocer la vida. Me acordaba siempre con pena honda, que no sabía definir, de Pepito Alcudia.

Cuando le dije aquello, empezaban á parar las máquinas. Sus mil voces, sus mil lenguas, sus mil manos, sus gritos, sus silbidos, sus clamores, en la fiera lucha del día, cesaron súbitamente, cogiendo aquel silencio las palabras que pronuncié como una inmensa mano de nieve, que las estrujó y me las devolvió á la garganta; pero él las había oído; me miró un instante con ojos húmedos, sin responderme. Nos lavamos, y salimos delante de Carmen y Juana Montero. Ya en la calle, después de haberle registrado el gran Manuel y de habernos registrado á nosotras la mujer encargada de esta comisión delicadísima, echamos á andar silenciosos por los callejones. Detrás sentíamos á tres ó cuatro pasos el cuchicheo de las dos mozueltas. Ibamos á doblar hacia la calle de Don Iñigo. Naro díjome entonces, de pronto, en voz muy baja:

— Bueno, pero ya sabes.

Le comprendí. Quiso darme á entender que

le guardara el secreto. Se lo guardé siempre. Estaba convencida. Naro había venido al mundo para alguna cosa importante, mandado por quien tuviese poder para ello. ¿A qué había venido, si no era así? ¿A aprender á leer? ¿A tejer varas de lienzo? No valía la pena.



XII

Le miré siempre con un respeto indecible. Lo que nadie había conseguido de mí, lo consiguió él sin darse cuenta de ello. Cuando estaba junto á Naro, sentía yo una quietud, un reposo inexplicables; parecía más seria y reflexiva. Naro, en poquísimos tiempo, influyó mucho en mi carácter. Lo sé muy bien; puedo asegurar que este niño primeramente y Juana Montero después, lograron hacer de mí una mujer muy distinta de como lo hubiera sido con seguridad si la suerte no me hubiese deparado su trato íntimo. Fuí cambiando de tal manera, que llegó el caso de que lo observaran Frasquita Cielos y todos los vecinos, dándome bromas por ello. El hombre de la República, con las cejas más largas, con el bigote más grande, con su cariño á mí más fuerte, decía en tono doctoral, que no se me hizo justicia en otras épocas; que había gozado fama siempre de ser el mismo diablo,

cuando era en realidad una buena muchacha. Yo me echaba á reir, dándole un beso en pago, cosa muy rara, porque desde la segunda y última vez que me besó Pepito, me iba siendo más difícil besar á nadie ni consentir que me besaran.

¡Oh, señorito Alcudia! La separación forzosa no había conseguido separarnos en nuestra amistad! De noche hubiéramos podido vernos alguna vez. Esta fué mi esperanza al principio, pero tragué verdaderamente mucha bilis cuando me convencí de que aquella esperanza había quedado en un sueño, como tantas otras. Ya en el capítulo anterior se me deslizó cierta frase, de que iba sabiendo lo que era vivir.

Mi esperanza no se realizó, porque Pepito Alcudia, ya lo sabéis, fué llevado á un colegio de mucha monta, de donde salía una vez solamente por semana. Oía yo decir en casa de los señores de Alcudia que el señorito hacía grandes adelantos en sus estudios; pero ¿qué me importaban á mí los adelantos ni los estudios de mi amigo, no pudiendo verle ni hablarle á él?

Durante algunos meses, las mañanas domingueras fueron consagradas á nuestros juegos. Gozábamos en aquellas expansiones infantiles. Nuestro disgusto grande era que no las pudiésemos dedicar más horas. Desgraciadamente, tuvieron fin también. A medida que íbamos creciendo me compenetraba yo con inquietud de que aquella amistad no sería duradera. Nuestros corazones podrían

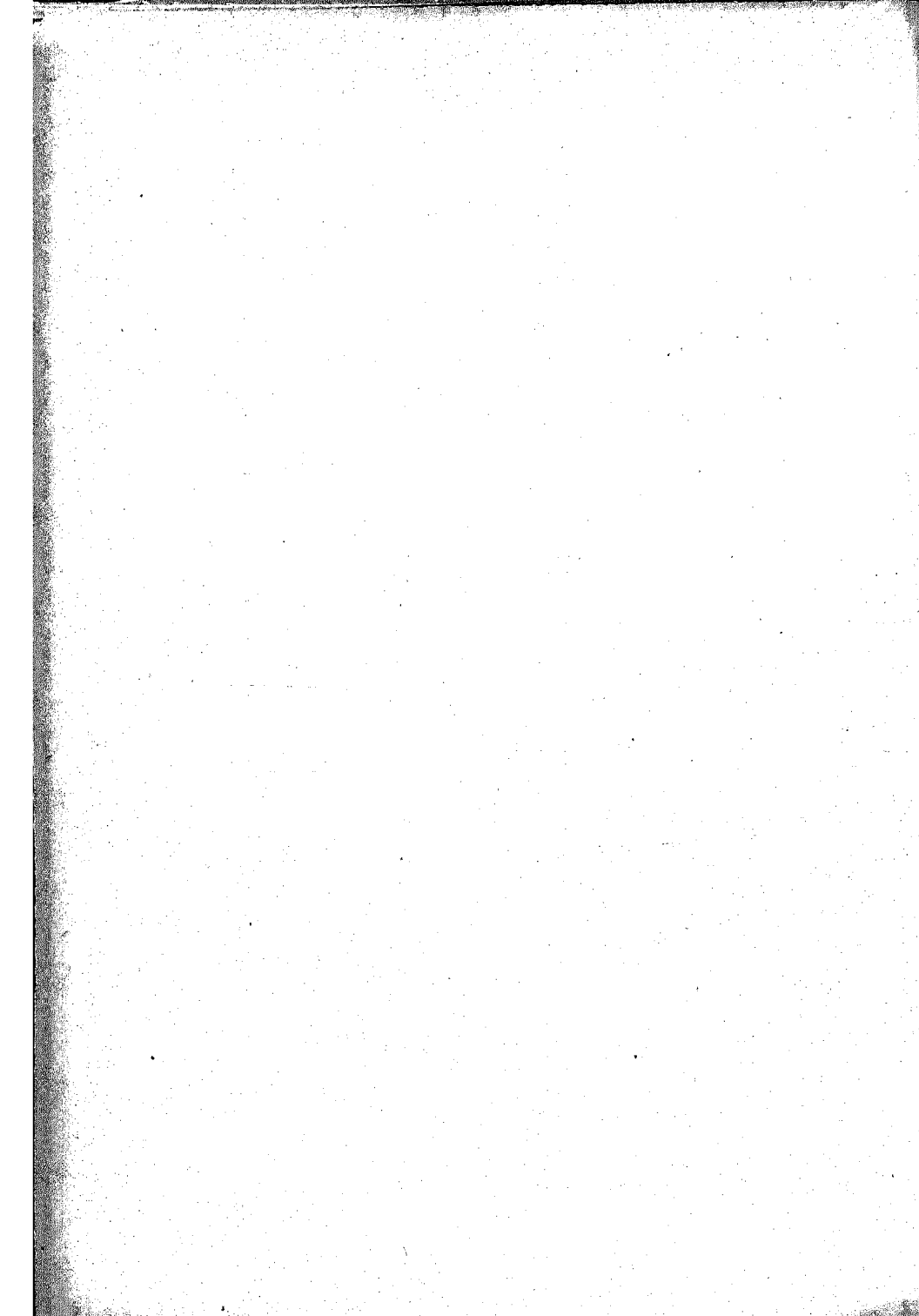
tal vez mantenerse fieles, pero las exigencias del mundo fueron interponiéndose poco á poco entre nuestros corazones. Nunca noté en la casa de Alcudia la menor cosa que pudiese herir mi orgullo de chiquilla mimada. De la sinceridad de Pepito hubiese podido responder con mi propia vida; pero lo que no encontraba en ellos, que eran siempre amables, generosísimos para mí, lo encontraba en las personas de su amistad y parentela, no hallando bien estos señores que una muchacha de la fábrica, que es todo cuanto puede decirse en sentido de menosprecio, entrase allí con desparpajo y libertad inconcebibles. Yo me quejaba á mi abuela amargamente, pero en casa de los señores de Alcudia no supo nadie jamás la pena acerba que me costó muchas veces mi devoción por dichos señores y Pepito.

Cuando estábamos juntos, no pensaba yo en estas inquietudes. Me enseñaba sus libros, sus estampas, y yo quedábame absorta, embebida, oyendo y viendo todo aquello. Me hablaba de su escuela, allá en la plaza de Arriola, — ¡qué casualidad! — al lado mismo de la posada, en cuya puerta, el borriquillo torroxeño, después de ocho leguas de camino á orillitas del mar, sintióse aliviado de la carga del presente famoso, y de Paca Cielos famosísima. Tenían horas de recreo y jugaban bastante, en unos hermosos patios. Los balcones daban á la plaza de Arriola y á Guadalupe. Era el colegio de la Virgen de la Cinta. Yo

le contaba cosas que me parecían en verdad mucho menos interesantes. El señorito Alcudia no conocía la fábrica, ni el sitio donde estaba siquiera, allá, en lo último de los Callejones, sobre el Arroyo el Cuarto. Primeramente tapias, muchas tapias; luego en la esquina, una puerta gris, grande, grandona... A la izquierda el portero, el gran Manuel, á quien el amo tenía allí, como un perro de presa, en su covacha, esto es, en la portería, azuzado siempre contra los trabajadores, que entraban y salían por allí, mañana y noche. Después, aquel gran patio, adoquinado y ornamentado con arbolillos diminutos. La puertecita del *Despacho* al fondo, como la boca horrenda de un bicho pestilente, negro, grande, grandísimo, y la fachada en fin de un lado del salón de telares, de ventanas corridas, como otras tantas trompetas, por donde salía vibrante aquella horrible balumba de dentro. A la izquierda, sobre el mismo ángulo de la portería, las casas pequeñas de los empleados; y siguiendo á la izquierda, los hornos, las calderas del gas, y otra puertecilla, la de la huerta, aquella huerta famosa, con sus estanques, su arbolado, sus flores raras, sus pajarillos, que eran mi embelleso, cuando podía entrar, y sus casitas muy monas, como aquellas de las estampas de Pepe Alcudia, pero casitas de cristales, transparentes, en cuyo interior sólo había flores y plantas, raras algunas, y feas otras como diablos, cuyo gran mérito yo no podía comprender, comparán-

dolas con nuestros claveles dobles, nuestras rosas de cien hojas, nuestros nardos y jazmines. Aquellas casitas de cristales eran invernaderos de gran fama, por el valor de sus flores, pero todos juntos no los hubiese yo cambiado por el balcón de la *señá* María.

De Naro hablábamos también cosas de mucha trascendencia. Yo no revelaba el secreto de mi amigo, pero había tema bastante para hablar sin que lo vendiese. El señorito Alcudia movía la cabeza filosóficamente, en sentido de duda. Lo indudable era, que no sabía lo que pensar de Naro. Le estimaba mucho. «Si alguna vez, tarde, más tarde, cuando Pepito fuese hombre, pudiera ayudarle y protegerle, lo haría con todo su corazón... Pero había alguna cosa en Naro que era imposible comprender». Yo era entonces quien movía la cabeza; estaba segura de que por Naro no podría hacer nadie nada. Ya había dicho yo mil veces que no era de este mundo. Pero me gustaba la seriedad y sencillez con que el señorito Alcudia brindaba su protección á los demás humanos, para cuando *fuese grande*, como si viviese seguro de estar llamado por disposición del cielo á grandes destinos.



XIII

Naro no iba los domingos á casa de los señores de Alcudia. Poco á poco fué alejándose de este buen hogar. Pretextaba sus estudios ó su cansancio, de noche, después de la vuelta de la fábrica. Los domingos por la mañana prefería quedarse leyendo, ó acompañar á su hermano en alguna excursión campestre. En realidad, su alejamiento era porque no le agradaban las diversiones de los niños; observé siempre en él una gravedad impropia de sus años, pero sin petulancias ni majaderías; no era un infante precoz, de esos que mortifican á los demás mortales con una suficiencia atormentadora de privilegiados.

Los domingos por la tarde solía dar un paseo con las muchachas amigas; pero estoy segura hacíalo por no separarse de Bonet, que venía con nosotras. Era adoración la que estos dos hermanos se profesaban. Las muchachas éramos Carmen, Juana Montero y yo. Iban las dos mocitas como

dos pimpollos, con sus vestidos de percal de buen corte, muy almidonados y ahuecados, las enaguas blanquísimas, con sus bajos de encajes de lo fino, las cabezas sembradas de claveles, los piececillos de andaluza, bien calzados, y sus grandes pañuelos de Manila con más pájaros y flores que los que se hubiesen podido encontrar en la huerta y los invernaderos de *La Aurora*. Eran estas dos mocitas dos alegrías del cielo; los hombres parábanse en las esquinas para lanzarles sus piropos, á los que ellas contestaban, Carmen en particular, con un donaire, para visto solamente. Las mujeres se asomaban á las puertas alabándolas como á cosa de las alturas, y los chiquillos del barrio corrían á darlas besos, como las mariposas á la luz. Cuando había que pasar un arroyo de aquellos emponzoñadísimos de las calles trinitarias, era cosa de verlas cogerse los trapitos y dar el salto, y había que ver también aquellos primores de la ropa interior en encajes y randas costosos, y aquellos pies como avecillas saltando para no tocar con sus alas la tierra inmunda.

Figuraos la satisfacción con que yo iría con ellas. Me querían mucho. Juana Montero, tanto ó más que Carmen, aunque me había conocido después. Como la abuela comía con los señores de Alcudia y aun le daban algún dinero y yo ganaba ya algo en *La Aurora*, pagaba el cuarto y podía la pobre comprar para mí algunas prendas. Yo era su amor y su orgullo. Tenía mi faldita

de cretona, mis medias finas, mi pañuelo de talle, filipino; en cuanto á calzado, ni la misma reina tenía que hacer con Paca Cielos, gracias al amor siempre fiel del hombre de la República. Los padres de Pepe Alcudia, la *señá* María Caballero, Carmen, el zapatero republicano, los *Bolos*, el *Franchute*, la arropiera, Anica *Papo*, las de los chalecos, toda la calle del Tiro en *masa*, decíanle á mi abuela, llenándola de satisfacción, que parecía imposible que yo fuese aquel diablo de otros tiempos, cuando iba los domingos al caer de la tarde con mis dos amigas y protectoras, muy seria y muy metida en mí, haciéndome cargo ya de que mi pelo adquiriría un matiz brillante, de que se emblanquecían y redondeaban mis mejillas, de que se estrechaba mi cintura y se modelaban mis pechos, dulce, suavísimamente, como si algún ser divino, oculto dentro de mí, trabajase muy misterioso en tan noble labor. En cuanto á las caderas, iban acusando una amplitud algo escandalosa para mis pocos años y mi falda corta todavía.

En aquellas tardes, en aquellas horas, el barrio de la Trinidad ardía en fiestas, flores, vino y mujeres guapas. Los hombres discutían á gritos en las puertas de las barberías, ó en las esquinas, formando grupos, con sus chaquetas nuevas, sus sombreros cordobeses, sus tufos, sus cigarros de diez céntimos, vanidosos, hinchadísimos, como si no cupiesen en la calle, ni fuese el mundo bastante para encerrar su guapura. Las mocitas sentá-

banse junto al escalón del portal, en los patios, ó paseaban las calles pestilentes. De las tabernas salían rumores sordos de risas, de cantos, de discursos de todos los matices, y un vaho especial de vinos y salsas picantes. Los patios parecían sonreír al transeunte como altares llenos de flores, saludándoles al pasar con risas y suspiros olorosos. La taberna del *Fraile*, la que daba frente á la calle de Almona, parecía un jubileo; sus dos puertas granduchas como bocazas de toneles repletísimos, no eran bastante para la entrada y salida de tanto hombre borracho ó para emborracharse. Las tabernas de la calle de San Pablo, las de la calle de la Jara lo mismo, y todas en fin las del barrio celeberrimo. En calles, callejones, plazas, plazuelas y plazoletillas, veíase el barrio en toda la fuerza típica de su carácter; era un marasmo inconcebible de retruécanos, agudezas, risas, flores, vino, piropos, guitarras y coplas. Soltaban á las mujeres al pasar indirectas como bayonetazos, requiebros como bofetones, epigramas que sajaban el corazón ó hacían reír. No había mente que no estuviera excitadísima, cerebro que no anduviese en desequilibrio, corazón que no quisiera saltarse del pecho. Todo el barrio fundíase en una carcajada, un vaso y una copla; y de pronto, cuando menos pensábase, gritos, carreras, lamentos, caer de sillas, cerrar de puertas, volar de faldas y mantones. Era que unos mozos embestíanse á cuchillada limpia.

Teníamos costumbre de esto; pero corríamos, como supondréis, á resguardarnos en la primera puerta. Los balcones se atestaban al punto de mujeres llamando á la guardia ó llamando á los suyos, y de hombres presenciando la lucha. Las hermanas, las madres, las hijas, colgábanse del cuello, de los brazos de los combatientes. Vimos cosas horribles. En cierta ocasión un hombre desarmado corría vertiginosamente delante de otro, que corría como él, alcanzándole con su cuchillo. Iba el desgraciado en su carrera terrorífica á guarecerse en un portal; cerraron la puerta á la vez, chocó el hombre con la puerta y el cuchillo le dejó allí clavado. Siempre nos acordábamos de esto como una atroz pesadilla, y otra tarde, andando el tiempo, acordándose Carmen de la enseñanza, tuvo bastante valor para salvar á un hombre, por lo que adquirió fama de valerosa, aunque lo hizo horrorizada y fría como una muerta. Era el mismo caso que ya expuse: estábamos en nuestra casa de la calle del Tiro, sentadas con otras mujeres. Vimos correr un hombre hacia nosotras por la calle de la Jara, cuya embocadura, ya lo sabéis, teníamos enfrente. Otro hombre corría detrás de él con un cuchillo habanero; era horroroso; las mujeres metieron en la casa dando alaridos; una quería cerrar; Carmen la empujó ferozmente en una sacudida nerviosa. Yo me acordé del hombre á quien clavarón en una puerta y comprendí lo que pretendía. Todo esto fué rá-

pido como el rayo. Entró el perseguido como una tromba, y antes que entrara el otro, cerró Carmen de golpe; no pudo echar la aldaba, pero el golpe de la puerta coincidió con el del otro al chocar con ella... Fué tremendo: el perseguidor cayó á tierra y el cuchillo quedó clavado en las tablas, pero no había ningún pecho humano atravesado en él. Carmen cayó también en nuestros brazos sin sentido. Sin color, con los ojos cerrados y todo, estaba bonita como el cielo. El hombre á quien acababa de salvar, le besaba las manos llorando.

En otra ocasión estuvimos á punto de ser víctimas. Íbamos las tres solas, sin hombres, gracias á Dios. Era en la calle de los Mármoles; Carmen tenía muchos ánimos; yo también, pero Juana Montero echábase á morir. Siempre iba con esta incertidumbre: «¿Se armará *quimera*?» Y parecía mentira: conforme le asaltaba el pensamiento, al punto, la *quimera*. ¿Por qué llamarán quimera en los barrios malacitanos, al hecho de que uno ó más hombres se pongan á pelear, blandiendo sus cuchillos? En la tarde á que me refería subieron á Juana medio muerta á una sala de la calle... Íbamos pasando junto á cuatro hombres que hablaban con gran calor. Al pasar precisamente junto á ellos, empujáronse fieramente unos á otros para abrir círculo y sacar sus *herramientas*. El empujón nos dió de rechazo á nosotras; yo fuí á parar contra la pared. No sé de qué modo se encontró Carmen, sin pretenderlo como supondréis,

entre los cuatro cuchillos de aquellas fieras. Juana se quedó inmóvil, lívida como la misma muerte. Carmen, saliéndose como una raya de sol, de entre los cuatro hombres que se acometían, tiró de Juana con una fuerza que no sabíamos de dónde sacaba en tales extremos y nos metimos por una rendija de puerta, que nos abrían á la vez, con gran precaución en la inmensa balumba de maldiciones de los que luchaban, lamentos de las mujeres, carreras, vuelcos de sillas, golpes de puertas y portones y pitos de paisanos y municipales. A Juana tuvieron que socorrerla, parecía morir y eso que era valerosa, pero con valor de otra índole, grande, mucho más grande que el nuestro, ya lo veréis.

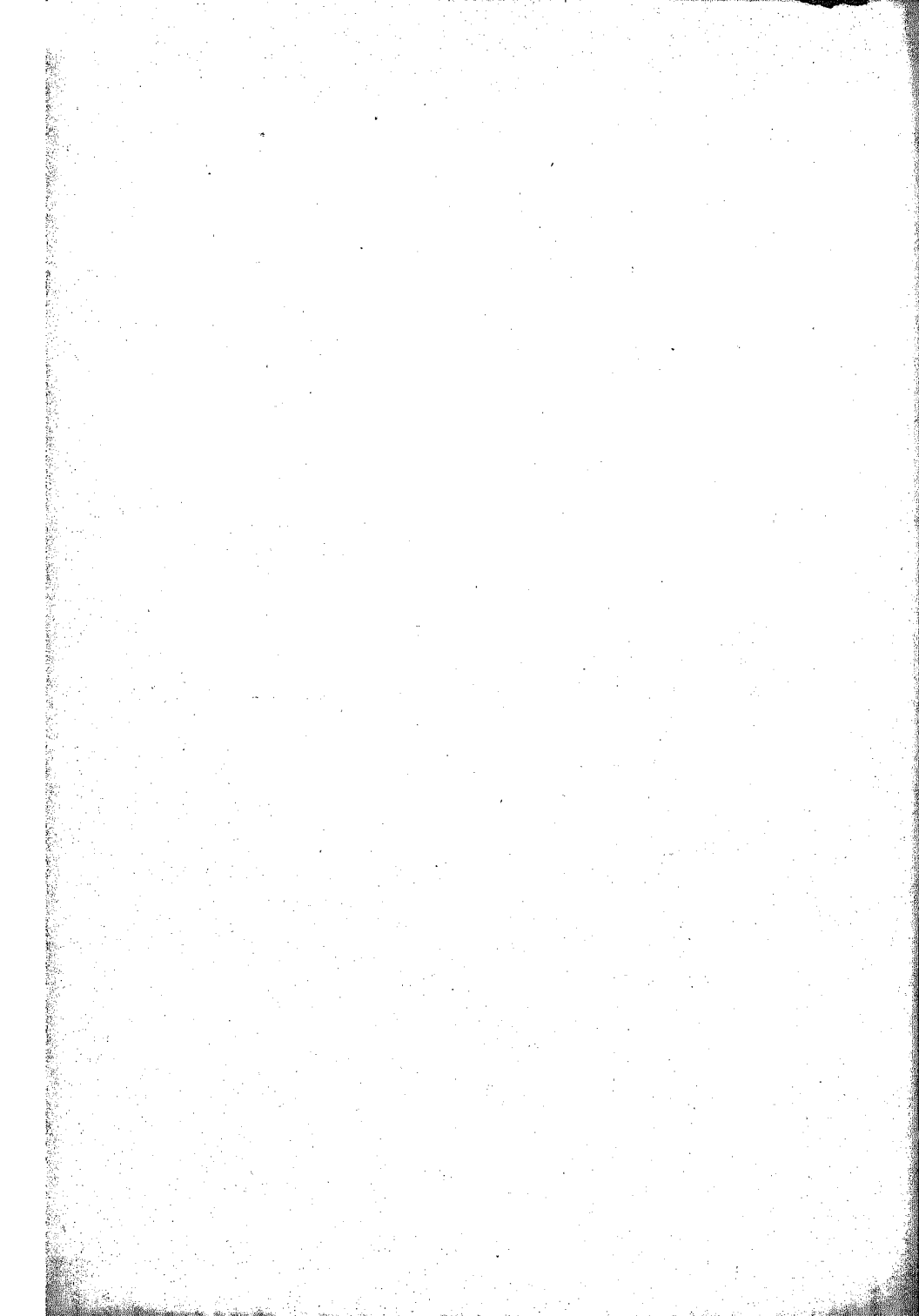
Subimos y me asomé al balcón; uno de los hombres yacía ya en el suelo, debajo del balcón casi; los tres restantes habían desaparecido. La calle estaba desierta; los balcones, atestados de criaturas, parecían resentirse con el peso. ¡Oh, no, el drama no había terminado! Había una expectación pavorosa. Era inmenso; hubiérase oído el aletear de una mosca; hasta las piedras de la calle solitaria parecían esperar, palpitando en una vida súbita de sus entrañas de granito. Una puerta se abrió de repente, como si estallara; uno de los hombres salió corriendo; detrás otro, alcanzándole con el cuchillo; detrás una mujer desgredada, lívida, rugiente de dolor y espanto; detrás de la mujer, el último, con una escopeta asida por el

cañón para descargarla sobre el cráneo de la mujer. En todos los balcones vibró una tempestad de gritos y lamentos, avisando á la mujer el golpe próximo. La escopeta cayó; no le dió á la mujer; no la pudo alcanzar, pero con la violencia impulsiva dió la culata en el suelo y cogió la cola del vestido. La mujer cayó hacia atrás. ¿Qué misterio fué aquél? ¿Por qué cayó? Cayó de espaldas; la escopeta se alzó de nuevo y cayó otra vez, pero cayó como una maza sobre la cabeza de la infeliz, cuyos sesos salpicaron la calle. Un alarido inmenso de la multitud de las alturas llenó la tierra. El otro hombre perseguido se revolvió como un tigre para hacer frente al que le seguía y claváronse á la vez mutuamente sus armas. Una mujer muerta, dos hombres muertos, uno gravísimo. El matador de la mujer logró huir. Le cogieron, pero poco después se le vió por la calle muy tranquilo. Entonces no había jurados que absolviesen á todo hombre que matara á una mujer; había otra cosa mejor: había *padrinos* para absolver á todos los criminales. Desgraciadamente, aunque parezca otra cosa, los padrinos no se han acabado.

La que referí fué una tragedia de amor, de adulterio, de honra, desenlazada como de costumbre en el barrio famoso. Era horrible lo que germinaba y fermentaba en aquellos cerebros los domingos. Con el vapor de la bebida, el barullo de las fiestas, el incentivo de las mujeres, desperta-



ban hervorosas las pasiones adormecidas. Una sola frase pintaba gráficamente ese día de fiesta: las mujeres, los hombres, en sus momentos de altercados ó malhumor, solían decir: «Verás tú el domingo». Eran cóleras mortales, celos ardientes, envidias enconadas, dolores contenidos, penas silenciosas, pasiones sin fin, nobles ó viles, amalgamado todo, agrandado, tergiversado, fermentado y estallando con pretexto de una tos, de una risa, de una copla, estallando con estallidos tempestuosos de ira y muerte. Los municipales, escogidos, bravos también, á tenor de aquellos leones, acudían sí, pero les era imposible estar en todos lados y á todas horas. La guardia de la cárcel tenía que correr con frecuencia para intervenir de cualquier modo, aunque fuese á tiro limpio, en las tremendas batallas, hasta separar ó tender por tierra á los combatientes.



XIV

El barrio de la Trinidad era así. Había que tomarlo como era. Los trinitarios pacíficos veían aquello con horror y no se marchaban del barrio. A otros tiempos otras costumbres; digo otras costumbres, porque en realidad era así; costumbres malas, tremendas, es cierto. Hoy se bebe lo mismo, se ama lo mismo, los celos son iguales, las mujeres iguales, los hombres idénticos, las pasiones idénticas; pero no es moda matarse como antaño, sin haber para qué, sin pensarlo, sin quererlo, matarse como se dice un chiste, como se da una broma. *Los guapos*, aquellos hombres espantosos, han concluído. Ya no hay guapos.

Tal vez... ó seguramente, saldrá algún crítico, más ó menos sutil, que me contradiga, que asegure que el guapo existe. No importa. Desde luego, al poner el *presente* en *pasado*, se habrá hecho honor

en estas páginas á la cultura y al pueblo malagueño.

Hay cosas á que no es posible acostumbrarse nunca. A las quimeras del barrio, lo podéis creer, no se acostumbró Juana jamás. Volvíase loca de horror. No vivía en la Trinidad, vivía en el Perchel, que, en resumen, era lo mismo; pero su habitación estaba en una calle retirada, muy tranquila. Los días de fiesta por la tarde venía á la Trinidad por afecto á Carmen; porque yo también se lo pedía... Hubiéramos podido ir nosotras al Perchel, pero era el caso que la calle del Tiro y la casa de la *señá* María Caballero tenían para ella una grande, aunque no confesada atracción. Esta atracción se llamaba Bonet. No he de ocultarlo más; sépalo el mundo: Juana y Bonet iban á casarse. Fué germinando esto lentamente. En la fábrica no había ocasión de hablar mucho; pero los ojos hicieron esta vez más que las palabras. Sin hablar apenas, sabían los dos á qué atenerse sobre las cualidades de cada uno. Bonet era lo que se puede llamar, llenando mucho la boca, un hombre de bien, demasiado serio quizás, pero la seriedad no estorbó nunca á la honradez de una persona. De Juana Montero, por ella y por vosotros querría hacer aquí una acabada pintura. Bastaría decir: era un carácter, pero reconozco que en esta ocasión no basta. Yo me he explicado siempre á Juana Montero tal como era y comprendo que debía ser así. Los detalles que yo puedo dar de

su vida anterior á aquella época los supe después. Entonces, en nuestra época de la fábrica, yo no tenía edad, reflexión ni conocimiento de los detalles susodichos, para pensar como pienso hoy, aunque ya amaba y respetaba á Juana Montero como á un espíritu superior, con estímulos de mi propio ser y de mi alma entera.

Juana Montero nació en la comodidad, en la riqueza puede decirse. Su padre fué un industrial que reunió lentamente una pequeña fortuna, y la explotó después en más grande escala. No era mezquino para su familia, aunque hubiese dado el corazón por justificar, como buen comerciante, un céntimo de diferencia en una factura, si el céntimo resultaba en su contra. La madre sólo pensaba en la iglesia y los santos. Un cura era para ella la representación de Dios, Dios mismo. Esto contrariaba al padre algunas veces, pero la esposa no hacía caso de él, sacrificándose por amor á Dios ante todo. Esta señora vivía con criados, porque el marido nada escatimábale, y así, tenía lugar suficiente para entregarse á Dios en pleno.

Como si no fuese bastante el sacrificio que había hecho de ella por la iglesia santísima, hizo también el de Juana, — puso de su parte, al menos, todo lo posible. — El industrial, embebido en sus cavilaciones, pensaba en su mujer cuando le era preciso, por exigencias de su temperamento, pero nunca en su hija, porque su temperamento no la necesitaba. Lo dicho solamente

es muy sobrado para retratar al padre de Juana Montero.

Juana estaba siempre en la iglesia con su madre. Conviene decirlo: iba gustosa; pero de la iglesia *para dentro* era ya otro mundo al que no se aficionó nunca; hablo de la sacristía, ese mundo misterioso, imán de mucho más atractivo que la iglesia misma para el beaterío andante. Encontraba en la iglesia un encanto singularísimo. La idea de Dios lucía en su cerebro con verdadera, suavísima luz. Sin censurar á su madre, ni fijar siquiera atención en sus actos, llenó su espíritu de aquel sentimiento piadoso y grande, sin exageración, sin arrebatos, sin esos histerismos históricos, que han hecho de algunas hembras seres aparte, alcanzando sin término medio el ludibrio ó la admiración de la Historia.

Lo probó y pudo estar satisfecha. A los catorce años, en esa edad peligrosa, moral y físicamente, cuando estaba ya habituada á ciertos gustos, á ciertas delicadezas de gentes ricas, en sus costumbres, en sus relaciones, en su educación, porque el padre no había tenido reparo en empezar á costearla buenos maestros, hizo el buen hombre una combinación de bolsa desastrosísima, que dió por tierra con las tres cuartas partes de su fortuna, á la vez que un centro bancario de gran renombre se comía con una quiebra la parte que restaba. Fué una caída brutal, espantosa; la de la madre, teniendo que dejar el templo de

Dios y la sacristía, que era lo más triste, para fregar los platos y espumar el puchero; la del padre, á la idea solamente de que le era forzoso empezar otra vez. Fué una catástrofe de verdad, silenciosa, obscura, pero no menos horrible. A los dos años, la madre había muerto imbécil, el padre había muerto loco. La catástrofe, en realidad, no fué para ellos.

No he hablado de otro individuo de la familia, el señor Montero, abuelo de Juana. Este hombre, de edad ya, retirado del trabajo y de la lucha por la vida, contento de sí mismo y de su hijo, que trabajaba y prosperaba, se dedicó á Juana, después de la catástrofe; trabajó de nuevo con una resignación sin parecido á la de su nuera, que, con resignación noble, no hubiese muerto embrutecida por el dolor y el miedo á lo porvenir. Este viejo digno, trabajó en lo que pudo, con fatiga indecible; hizo copias para una escribanía, tuvo algún destinillo sin importancia, vivió, consiguió hacer vivir á su nieta, milagrosamente. Creía cumplir un deber y este mismo deber le daba fuerzas para cumplirlo. ¿Y Juana? Esta fué la gran víctima. Lo pienso siempre: la miseria en una infeliz como yo, que había nacido y vivido y sido dichosa en ella, no resultaba un enemigo mortal. Yo, otras como yo, no la temíamos, sabíamos sonreirla y amarla; amarla como amamos nuestro propio dolor y nos dignificamos en él. Pero pensar en la miseria de Juana, era feroz,

terrorífico, verdaderamente. Ser pobre hasta tener que ganarse el sustento, cuando se ha sido rica y se han conocido ya los goces de la vida y el mundo, á esa edad en que, invirtiéndose el cosmos, la tierra nos parece un cielo y el cielo un mundo en que no se piensa; cuando todo nos sonríe, todo nos ama, todo nos seduce; cuando el dolor nos vuelve la espalda, para que no nos conmueva su gesto trágico y la risa nos saluda con su más bello gesto, á esa edad y en esas condiciones, tuvo Juana que trabajar á su vez para hacer vivir á su abuelo. Vencido en la lucha, no pudo el pobre seguir trabajando. Quedó inmóvil de pronto, en su viejo sillón de vaqueta. La vida habíasele concentrado en sus ojos y en su voz. La parálisis fué en esta ocasión la gran trágica. Nunca, jamás, habíase presentado con tan horrendo encono. Cuando la catástrofe de los padres, tenía Juana doce años; cuando la del abuelo, catorce.

Entendía algo de costura y bordado y no supo hacer otra cosa. No bastaba esto para las necesidades de los dos. Una mujer de la vecindad, que trabajaba en la fábrica, francota y compasiva, como la generalidad de ellas, cuando no se exaltan en sus pasiones, empezó á infiltrar en su mente la tentadora idea de la fábrica. Iría la mujer con ella; la mujer la enseñaría; la mujer solicitaría *del amo* la entrada; *el amo*, después de todo, con sus rarezas, con sus genialidades, con

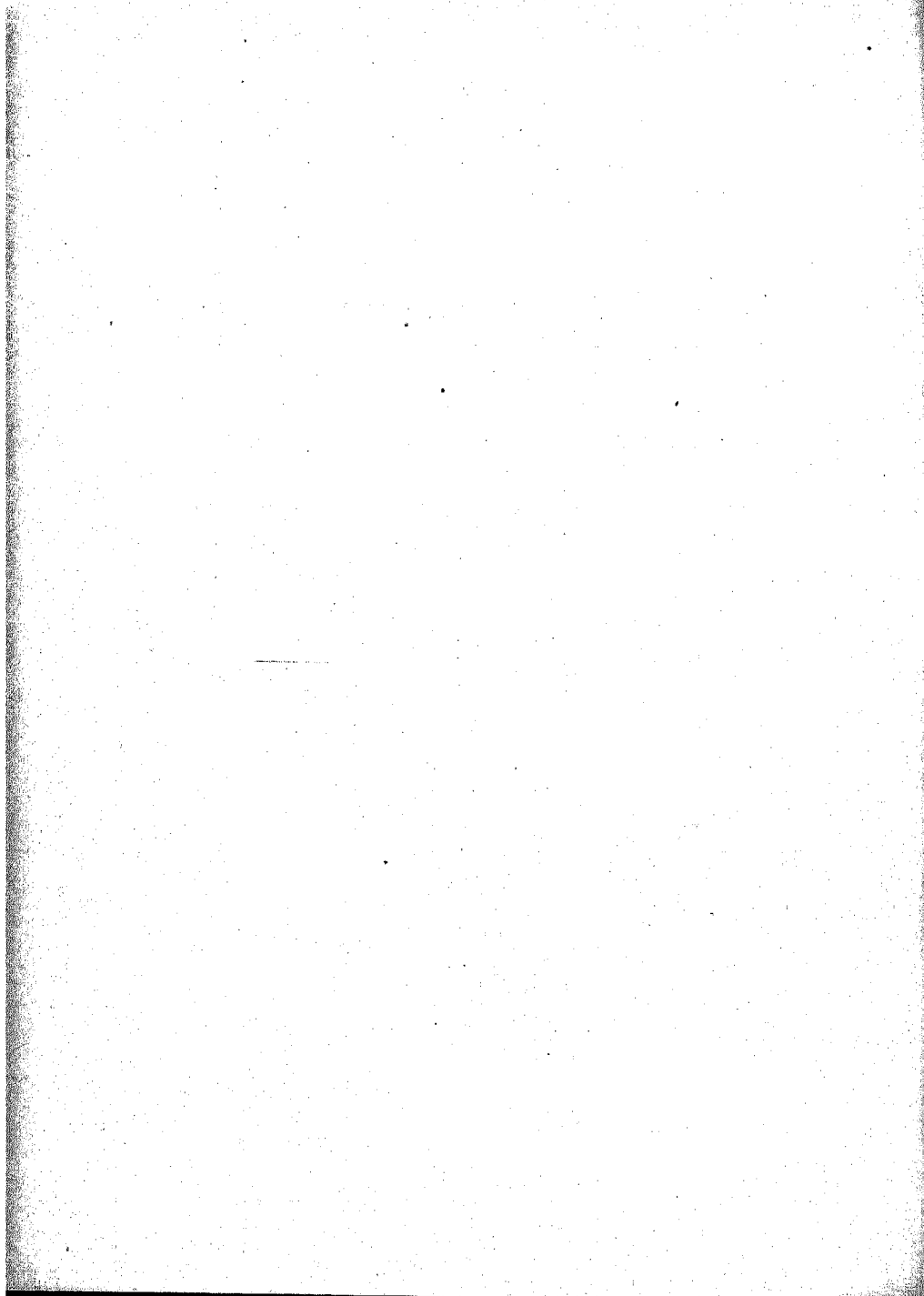
su carácter discolo y excéntrico, no era un mal hombre. Desde el principio ganaría malamente lo que ganaba con la costura; al poco tiempo ganaría doble; concluiría, como la misma mujer, por sacar un salario muy decente. Se trabajaba por cuenta; consistía todo en la aplicación, en la seriedad y laboriosidad de la tejedora. Juana Montero temió ya solamente la opinión, un poco dudosa, de las mujeres de la fábrica, á lo que la mujer, con una gracia y desparpajo que conmovían, contestábale muy pronto, que la mujer honrada lo es en todas partes. Juana Montero fué á la fábrica.

Pronto tuvo la destreza y habilidad de su consejera y amiga; á los pocos meses ganó más. Un año después, cuando su amiga salió de la fábrica de don Carlos para ir á *La Industria*, ganaba tanto como aquélla. Pronto superó á las más hábiles. Había semanas que salía por cuatro duros. Seria, digna, atenta á su labor, los tres telares que llegó á tener parecieron adquirir como ella una tensión, una constancia, una fortaleza misteriosas. Jamás sufrían un contratiempo, jamás se rompía un tornillo, ni un eje; nunca aflojaba una tuerca, ni saltaba una lanzadera. Los telares, dóciles á aquella hermosa y suave figura de mujer que los manejaba y atendía, trabajaban á su vez, como si toda su armazón mecánica se hubiese animado con un soplo vital; como si sus dientes, sus uñas, sus ruedas, se hubiesen convertido por influjo misterioso de la dulce encanta-

dora, en dientes, uñas y vísceras de verdad; como si todo se hubiese bañado y alentado en una sangre joven y pura; como si un pensamiento hubiese partido de allí para compenetrarse del pensamiento de ella, acatarle y obedecerle.

Una amargura turbaba la vida de trabajo y reposo de esta mujer; la soledad en que el abuelo tenía que quedarse. Aunque vecinas generosas le atendieran y consideraran, ella volvía siempre al hogar con un sobresalto y miedo indescriptibles. No respiraba contenta en todo el día hasta no entrar en su casa y no ver al viejecito y sus ojos dilatados clavándose en ella, como contándola en aquel minuto supremo de todas las noches, sus cuidados, sus penas y aficciones de todo el día. Pero nunca hizo á nadie partícipe de sus temores; á nadie atormentó con historias retrospectivas, que la hubiesen hecho con seguridad antipática á sus compañeras. Era respetada y considerada por todos, desde el *amo* hasta el último aprendiz, en aquel antro imponente y abigarradísimo. Se había librado hasta del apodo, cosa de que nadie se libraba jamás. A Bonet le llamaban *Cataluña*; á Carmen la *Corza*; á mí la *Pelusa*, desde aquella paliza monumental de las madejas, que recordaréis; á Naro, el *Niño de Dios*... ¿á qué seguir? ¡Oh, instinto del pueblo para pintar en ocasiones un carácter ó un tipo por un apodo! Toda persona, en conclusión, desde el *amo* para abajo tenía su apodo. Juana Montero, ninguno: *Juana*

Montero sencillamente. Había que ver á Juana cuando iba al Despacho ó algún otro sitio, atravesar aquellos largos callejones que formaban los telares, alta, esbelta, armoniosa en toda su figura, con su cara hermosa en la que había siempre cierto sello de bondad y pena; sus ojos magníficos, de un azul intenso, misterioso, sus cabellos dorados, su gran delantal de mayorquín á rayas, haciendo resaltar su redonda cadera, el pañuelo de talle sobre los amplios hombros y el abultado seno, recibiendo sonrisas y signos de amistad por todas partes, con aquel espontáneo ser de la gente baja. Os hubiera parecido una reina de verdad, atravesando en triunfo sus dominios. Un pensador, un filósofo, se hubiera preguntado, tal vez, observando á esta criatura extraordinaria, como un ser aparte, en aquel antro singularísimo: ¿Habrá venido al mundo á cumplir alguna misión?



XV

En Juana Montero puso su amor José Bonet. No fué rechazado, pero antes de comprometerse permaneció Juana muchos días meditabunda y más seria que de costumbre. ¿Queréis saberlo? Me lo confesó Juana como si ya presintiese que muy pronto, por azar de la fortuna, había yo de ser su mejor amigo, el más leal y desinteresado. Me confesó que no quería á Bonet. Apreciaba sus cualidades, reconocía en él un ser superior para el ambiente en que vivía, pero no le amaba. Su profundo aprecio no era amor, estaba segura. No obstante, aunque tenía pretendientes á granel y entre ellos un tal Caparrota, apodo como supondréis, empleado de la fábrica, sé decidió por el mecánico. Olvidó por completo sus principios, su bienestar anterior, preocupaciones nocivas que, dicho sea con verdad, no la habían molestado mucho. Era una obrera y quiso casarse con un

obrero. Hay que considerar también que se trataba de un obrero ilustrado, sin ser un pozo de ciencia, pero como en España no se acostumbra, habilísimo, trabajador, incansable, honrado hasta la intransigencia, con un *jornal* que para sí lo hubiese querido el empleado de la fábrica de más categoría.

Recuerdo bien una esquila de Juana Montero: estaba escrita con lápiz. Se la dí yo á Bonet... Decía así: «Conforme, si me retiro de la fábrica, para cuidar de usted, de Naro y de mi abuelo». Bonet creyó volverse loco. Su seriedad, aquella seriedad adusta, se convirtió súbitamente en alegría estruendosa. El único temor de Bonet había sido que Juana, si consentía, no quisiese salir de la fábrica. La nueva corrió como un rayo. Voló en un minuto desde los Telares á la Mecánica, desde el Tinte al Despacho, desde los Coches á las Devanaderas, desde el Gas al último rincón, por escondido que estuviese, de la fábrica de *La Aurora*. «*Cataluña* se casaba con la *Mística*.» El apodo de Juana Montero surgió á la par que la noticia de la próxima boda. Brotó rápido, terrible, cruel, al unísono, como una planta rica que brota de la tierra, llevando ya en su seno el parásito mismo que la ha de devorar.

—¿Te casarás sin quererle? —le pregunté á Juana una tarde, al oído, en voz temblorosa. A lo que contestó con una dignidad que me hizo inclinar los ojos:

— Yo le querré.

Aquella frase era un retrato fidelísimo de Juana Montero. Decía más que todo lo que yo he dicho de esta mujer infeliz. Añadió pensativamente:

— Si no estuviera segura, no me casaría.

— ¿Por qué no aguardas? — dije con timidez.

— Porque no quiero descorazonarle. Porque quiero salir de aquí, pronto, pronto. — No habló más, pero yo lo sé, pensaba en su abuelo.

Todos en la fábrica rabiaron de envidia, las mujeres por Bonet, los hombres por Juana. Desde que la nueva se supo contaron allí con pocos amigos. A ella la motejaron ya de hipócrita, á él de imbécil. La hostilidad fué surgiendo lenta, muy lentamente, como bicho inundo que sale de su cubil. Aquel *Caparrota*, el empleado pretendiente de Juana, que nunca se hubiese atrevido á aproximarse á ella, no sólo se aproximó, sino que empezó á molestarla con frases y proposiciones ambiguas. Los cuchicheos, los comentarios contra Juana de aquellas gentes que antes la rendían culto, encontraron coyuntura con esto para ensañarse contra ella. Inspiraban horror aquellos demonios, hombres y mujeres, en sus asechanzas, en sus deducciones, en sus comentarios, por una frase sin intención, por una mirada inocente, por un movimiento casual... ¡Oh, los trabajadores!... ¿Qué espíritu de solidaridad hay á veces en ellos para una causa mala como la podría haber para una buena? ¡Cuántas veces

esas grandes masas arrojan, en esos grandes centros, como en los talleres insignificantes, inconscientemente, instrumentos de una fatal fuerza inexplicable, una honra ó una vida! Vosotros, sociólogos profundísimos, que os dedicáis á estudiar á los trabajadores solamente en sus luchas con los patronos, ¿por qué no los observáis también en sus luchas, en sus rivalidades, en sus enconos entre sí, en su existencia íntima del taller y del hogar y hasta donde llegan en sus pasiones, impelidos erróneamente por la malicia con que suplen el saber?

Pero dejo ahora á *Cataluña* y la *Mística* para hablar de otro asunto que me interesaba muy directamente. Noticia sensacional: el tío Salvador se casaba. Desde que vió el buen tío mi pan y el de mi abuela asegurados, su indiferencia hacia nosotros fué más grande. Sabíamos, no por conducto suyo, que era de la policía. aún, pero no sabíamos más. Con pretexto de que yo era grande y no cabíamos decentemente en la sala, de noche sobre todo no dormía allí. A comer no iba, porque tendría para comer en otra parte ó por estar seguro de que en nuestra casa nada hallaría.

Pero entró de pronto una noche diciendo que iba á casarse. Iba muy puesto de nuevo y dándose una importancia que irritaba. A Carmen le era imposible *tragarlo*; frase textual muy común en ella. En resumen, no había minuto que perder, y la abuela tenía que presentarse con el tío

Salvador en cierto sitio para dar el consentimiento. Carmen y los demás vecinos aconsejaron á Frasquita que no fuera, que no lo diera; pero ella, encogiéndose de hombros, con la propensión suya á no decir jamás que no, porque las cosas que han de ser, *son*, aunque el mundo se oponga, salió muy pasiva con el tío y volvió más tarde con la misma pasividad. Estaba hecho. Pronto se efectuó la boda, á la que no asistimos, mi abuela porque no se encontraba bien y yo porque no quise. De los vecinos de la casa es inútil hablar; no fueron convidados, y á serlo no hubiesen ido. Como no podía ser de otra manera, el matrimonio tuvo que presentarse á Frasquita Cielos, que se conmovió bastante al verle. Fué el gran caso: era de noche y escogió el tío la hora sin duda para colarse en la casa sin tropezar con nadie. Al llegar á la puerta de nuestra sala quedáronse como dudosos; no contaban con que estuviéramos tan favorecidos. Nos acompañaban Carmen, su novio, Bonet, Naro, el hombre de la República y la *señá* María Caballero. Cuando columbramos en la penumbra á la señora del tío Salvador, tuvimos que hacer esfuerzos grandes para no reir. Mi tía era vieja como un palmar y fea como un demonio. Le faltaba un diente. La punta de la nariz volvíasele á un lado como queriendo buscar la oreja, y tenía una oreja más grande que otra. Hacia la menor, hacia la oreja menor, volvíase la punta de la nariz indómita. Era muy negra la

señora, y aquel negro intenso tenía un baño horrible de blanquillo. Comprendíase la jugada del tío Salvador: la vieja tenía cuartos; se conocía en su indumentaria lujosa.

Mi abuela, cuando se fueron, dió un gran suspiro. «¡Se acabó para siempre el único hijo que le quedaba... Los cuatro..., todos desgraciados!» Lo repito, comprendíase bien: el tío Salvador, no teniendo por donde tirarse, se había arrojado por aquella horrible sima que encontró en su camino. Cuando se marchaban, Angeles, se llamaba Angeles la tía, ¡justo Dios!, me besó en la mejilla, dejando en ella algo helado y punzante que no se me quitó en mucho tiempo. Mirándome con su pupila amarillenta y hablándome con una voz dura y agresiva, aunque hiciese entonces, tengo la seguridad, esfuerzos grandes por afinarla y endulzarla, me invitó á que me fuese con ella algún tiempo. Cuando quise contestar, no sé hoy lo que hubiera contestado, había ya desaparecido.

Por consideración á mi abuela, abstrajéronse de hacer comentarios, pero se veía en todos la impresión penosísima que habían sufrido. Al fin, no pudimos aguantar. Yo fui la primera en burlarme de mi tía. La abuela movió la cabeza, reconviniéndome. Naro tenía fijos en mí los ojos... Parecía un iluminado. Bonet, mirándole, dijo sonriendo: — Sé en lo que piensas. — Púsose el niño muy encendido; así me pareció; recuerdo bien aquel momento. Como si contestase á su hermano

indirectamente, díjome bajo, con su sencillez abrumadora:

— Cuando tu abuela falte ¿no tendrá que ser la tía tu único amparo?

Una horrible conmoción apoderóse de mí. Por vez primera en mi vida, caí en el pensamiento de que mi abuela pudiera faltarme. La miré furtivamente, y al punto, sin serme posible disimular, lágrimas ardorosas quemaron mis ojos, lágrimas que dejaron de salir inmediatamente también, como si se hubieran detenido en el pecho y el corazón se me ahogase en ellas.

Esto fué un sábado por la noche. A la otra mañana, hice mi visita como de costumbre á los señores de Alcudia. Noté en ellos una preocupación grande. Claro es que yo, pobre gusano de la tierra, por mucho que me doliese, no iba á permitirme preguntar á nadie en la casa el motivo de aquella actitud de los señores. Me acogieron muy bien, como siempre, y pronto llamaron á mi amigo. Él me llevó á la sala de los juguetes, convertida por ley fatal del tiempo en cuarto de estudio. Sin embargo, los juguetes no eran despreciados, ni ocupaban allí lugar ridículo. Eran algo como un recuerdo histórico. Habían pasado sí, á la historia.

Nuestras entrevistas, cada vez más rápidas, hay que decirlo, no se consagraban ya á los juguetes. Nos acordábamos mucho de ellos, hasta designábamos con una sonrisa algunos que nos habían di-

vertido y llamado más la atención. Hablábamos de nuestras cosas. Me complacía oír sus grandes proyectos y que me hiciese partícipe de sus grandes esperanzas. Decididamente sería militar. Su afición á la milicia estaba arraigada como nunca. ¡Pobre de mí...! ¿Dónde estaría yo cuando Pepito Alcudia, hecho todo un personaje de tropa, correteara el mundo cascando las nueces á todos los ejércitos, ganando batallas y conquistando naciones? Estas entrevistas inclinábanme mucho á la tristeza. Había en nosotros algo de ese sentimiento que nos domina cuando presentimos un momento supremo en la existencia. Yo me animaba al oír sus fogosos discursos, hablando de sus amigos, de sus lecciones, de sus premios; acabaría *el grado* inmediatamente é ingresaría en la Academia al punto. Me complacía y consolaba que nunca dejase de pensar en su modesta compañerita de juegos. Su afán mayor era ser hombre y conquistar gloria y riqueza para sus padres y para mí. Yo me quitaría de la fábrica y viviría con mi abuela en una casa llena de flores en el campo, ó en la población, á orillas del mar, si era más de mi gusto. Como veis, en todos estos escarceos, jamás asomé la serpiente al paraíso de nuestras almas. No habíamos tenido nunca un pensamiento, ni aun por soñación siquiera, que pudiéramos llamar transcendental. A los catorce años había yo visto muchas miserias en el mundo. Aquel antro peligrosísimo que frecuentaba desde mi niñez, donde la

depravación y la ignorancia eran los dos santos primeros á quienes rendíase culto, me había permitido ver de cerca lo más innoble de la vida, y aun puedo decir que era mucho menos inocente que el mismo señorito Alcudia; pero las pasiones no habían despertado en mí aún... Yo lo suplico: no me confundáis con vuestro desprecio si hablo de pasiones en una muchacha de catorce años. Necesitaria haceros ver en un libro de otra índole, que por otra parte, yo no sabría escribir, — un libro moral y filosófico, — lo que es una muchacha andaluza á esa edad y aun de doce años, y lo que es sobre todo en esos centros fabriles, donde pululan en mezcolanza vituperable, niños de ambos sexos, sin higiene física, sin higiene moral, creciendo y viviendo á los impulsos propios de la naturaleza, sin la menor inquietud en la familia, que ha crecido, que ha vivido, en iguales circunstancias, sin preocupación tampoco por parte del industrial, un gran señor siempre, pulcro, timorato, cristianísimo, que va á misa todas las mañanas, que todos los domingos confiesa y comulga, que si un obrero se destroza el cráneo entre dos engranajes, ó se tritura las costillas y el corazón entre dos cilindros, paga generosamente la sepultura y dispone el entierro deprisa, deprisita, con el menor ruido posible; que si oye decir que una muchacha y un muchacho, encontráronse con intención ó por casualidad, en algún sitio obscuro de la fábrica, que los hay muy oscuros, acordán-

dose prematuramente de que son hombre y mujer, dispone su casamiento, sin más averiguación ni preámbulos, porque la moral es así entendida por él, regalándoles algunas monedas para el ajuar, — dos bancos, tres tablas, tres sillas y cuatro trapos, — ó los arroja de la fábrica como perros si no quieren casarse ó sus mayores no lo permiten; en un lugar donde ocurren estas cosas y otras que ponen el vello de punta, relacionadas con el sexto, octavo y noveno mandamientos, convendréis conmigo en que las pasiones se despiertan pronto, tempestuosas, ardientes, trágicas y que viviendo Paca Cielos en un lugar así, desde los siete años, bien puede decirse con extrañeza que su alma no hubiese despertado á las pasiones todavía.

Recuerdo sin embargo el sentimiento, la impresión particularísima que experimenté aquella mañana en mi conversación con Pepito Alcudia. Encontraba motivo con cualquier pretexto para no salir del cuarto de los juguetes. Lo escuchaba todo con gran interés, haciéndole cambiar de tema á cada instante. A mi amigo se le iba el tiempo también muy á gusto, hablándome y oyéndome hablar. Hubo una ocasión en que no pude resistir la idea de preguntarle las causas de la preocupación que había notado en la señora, y allí fué cuando nuestra entrevista tuvo un interés latente. El señorito Alcudia quedó meditabundo, mirándome como absorto en algún pensamiento. Una nube obscureció su cara, de rasgos que empezaban

ya á acentuarse. Le sentí suspirar, aunque lo hizo de un modo tan imperceptible, que ni él mismo creo que lo notara. Luego se expresó lentamente; «me lo decía en reserva, para nosotros... Nosotros nada más lo sabríamos; no era solamente la señora la que estaba así. ¡Si hubiera visto á don Gabriel! ¡Aquello sí que era grande! Sin duda, había tenido disgustos gravísimos por causa de dinero.» Al oír á Pepito me inmuté. ¿Los ricos, disgustos por dinero? Yo creía que esos disgustos eran sólo para los pobres. «Sí, disgustos muy grandes». Y Pepito movía la cabeza gravemente. «La mamá consolaba mucho á don Gabriel, pero luego á solas parecía morir de dolor».

Yo no volvía en mí de la sorpresa; primeramente, que los ricos sufrieran dolores por el dinero; después, que en aquella casa, donde habían pasado las horas más felices de mi vida, en aquel palacio de ilusión, con aquel camarín de hadas del cuarto de los juguetes, hubiera personas amantísimas, respetadísimas, que lloraran sin poder consolarlas. Sentí arder en mi sangre no sé qué ansias de poderío, para amparar á aquellos seres amados. Pasó sobre mí cual mole inmensa el sentimiento de mi inutilidad. Por vez primera en mi vida tuve idea exacta de mi propio valer, y una ola amarguísima vínoseme al corazón y á los ojos, haciéndome cargo de mi mezquindad y pobreza. Fué entonces cuando surgió, sin yo saberlo, sin yo pretenderlo, mi propósito firmísimo de hacerme

superior, de dignificarme á mis ojos y á los de los demás, ya que no por mí misma, por lo que pudiera valer á mis semejantes. Y no pude hacer otra cosa en mi vértigo de tristeza y desolación, que abrir los brazos á mi amigo y lamentarme, con lágrimas de piedad, y tono, al que mis propias sensaciones daban más energía, de ser una triste, sin fortaleza ni empeño para ayudarle á él y á los suyos, ya que ellos, como cualquier mísero desheredado, hallaban también ocasión para sufrir en el mundo. No sé qué cosas añadí, sólo sé que el alma se me fué con todo aquello que dije. Y recuerdo ¡ay, Dios! que Pepito estuvo oyéndome con una seriedad —cosa extraña—que no me desconcertó..... Y luego, muy pálido, con los labios muy apretados, tendiéndome los brazos también, me estrechó en ellos fuertemente y lloramos juntos.

XVI

Deseaba que llegase el otro día de fiesta para ver á Pepe Alcudia. Contaba las horas como si fuesen siglos. Pregunté á Frasquita Cielos á menudo si ocurría algo en casa de los señores, y respondíame vagamente que don Gabriel no parecía muy bueno. Encogíase de hombros á mis instancias de una manera que hubiese llamado mi atención, sin mis grandes cuidados por mi amigo y los cuidados suyos. Mi abuela no hablaba más y mi decepción era grande, como si ella forzosamente hubiera de estar en los más íntimos secretos de los señores de Alcudia, sólo para saciar mis ansias y angustias opresoras. ¿Qué le pasaba á don Gabriel? ¿Qué era aquello que yo había observado? ¿Qué me había dejado entrever Pepito con aquella cosa de dinero? ¿Qué obscuro, silencioso drama desarrollábase en aquel hogar y en aquellos corazones? Es lo fijo que pasé seis días en

una agitación muy grande. No me preocupé de mi abuela, ni de Carmen, mi maestra, ni de la cuestión magna de la boda de la Montero, ni del matrimonio del tío Salvador, de cuyo matrimonio nada volvimos á hablar. No me preocupé siquiera de Naro, de quien ciertamente con un gran libro no habría espacio para apuntar, abreviándolo mucho, lo que yo pudiera decir.

Cierta noche, al volver de la fábrica, me dió mi abuela una noticia que me hizo cerrar los ojos un instante y cortó mi respiración, como si para siempre el aliento me fuera á faltar. Don Gabriel parecía más abatido, y habían dispuesto de pronto irse á *la hacienda*, una finca muy hermosa que tenían en los Montes. Se habían marchado aquella misma tarde don Gabriel y Pepito, á quien se llamó del colegio. Le acompañaban dos criados. A la madrugada siguiente se iba la señora con la servidumbre restante. Cerraban la casa. Sentí en los ojos un fuego como si fuera á quedar ciega. Pero no lloré; cuando pasó un poco mi impresión fui, sin decir nada, á casa de los señores. Al verme, la señora de Alcudia me abrió sus brazos. Yo la estreché en los míos con grandes congojas, al ver en aquel rostro noble las huellas de un profundo dolor. ¡Ah, estoy segura! Aquella mujer digna no me hizo en tal punto confesión detallada de sus penas, no por considerarme un ser inferior, sino por suponerme demasiado niña para comprender el mundo, y con poca experiencia aún

para apreciar en todo su triste valor la medida de los dolores humanos.

Permanecí un instante con la cabeza sobre su pecho y en aquellos segundos pensé, desolada, que era sábado, y que al día siguiente hubiera visto y hablado á mi fiel amigo. Me despedí de la señora, y al estrecharla otra vez sobre mi corazón, pensé en Pepito Alcudia. Era á él á quien abrazaba.

Pasaron días, semanas y meses de aquel medroso invierno, con una lentitud aterradora. Como no había quedado nadie en casa de los Alcudia, con mucho trabajo podíamos tener noticias de ellos. Cuando venía algún mozo á la ciudad de tarde en tarde, nos traía memorias y sabíamos algo. Don Gabriel no empeoraba, pero no mejoraba tampoco. ¿Y Pepito? Nadie, nadie me hablaba de él.

Yo iba á la fábrica y volvía, con la esperanza siempre de ver á Pepito de un momento á otro. Carmen estuvo sin ir al trabajo algún tiempo, por haberla herido una lanzadera, y yo iba sola. En otra ocasión me hubiera desagradado, pero entonces encontraba un secreto placer en ello, para variar nuestra acostumbrada ruta. Siempre nos íbamos por la calle de los Mármoles arriba, al llano de Doña Trinidad, y dábamos pronto en los *Callejones*. Pero yo alargaba gustosísima el itinerario, sin temor al frío ni al agua como lloviese. Subía por la calle del Tiro, bajaba por la de la Trinidad, pasaba costeanado el paredón de Guadalme-

dina por la iglesia de la Aurora, seguía todo el *Pasillo* junto al mismo paredón, hasta dejar atrás el Puente Viejo y por la calle de Zerezucla entraba en los Callejones. Al extremo de los Callejones estaba la inquisición. Rodeaba mucho, pero lo hacía por disfrutar el consuelo de tender la vista, al pasar, á la casa abandonada de los señores de Alcudia, y por mirar también, cuando pasaba junto al puente de madera, el colegio de mi amigo, cuyas fachadas obscuras distinguía trabajosamente sobre el otro paredón del río. Y al pasar frente á la casa ó frente al colegio, siempre hacíame en mi corazón la misma pregunta: ¿Cuándo estará ahí otra vez? ¿Qué ajena vivía yo entonces de que á su casa volvería por algunas horas! ¿De que al colegio no volvería más!

Era una obsesión que más tarde me expliqué perfectamente. No vivía, no pensaba, como no fuese en la vida y en el pensamiento de Pepe Alcudia. Mi alma se iba á él, sin yo saberlo, sin yo pretenderlo, como las mariposas se van á la luz. Allí se quemaba y allí moría. Iba yo sola á las cinco de la mañana de aquel triste invierno, por las solitarias, silenciosas calles, sin temor alguno, sin pensar que iba sola, y si lo pensaba, alegre por ello. Muchos faroles estaban ya apagados. De tarde en tarde se distinguía allá, lejana, una luz. Era el farol de un sereno ó el de un triste vendedor, aterido, acurrucado en una esquina, para aprovechar tan de madrugada la venta que pudiese ha-

cer entre los primeros trabajadores que iban á los talleres, ó, lo que es lo mismo, entre la gente de las dos fábricas. En cucullas, en el suelo, con un trapajo liado á la boca y las manos ateridas debajo de los sobacos, esperaba así, delante de su cesto de batatas asadas, humeando á través de los costales doblados y redoblados que lo cubrían, el cuarto ó los dos cuartos de la venta de su artículo! Sobre la inmensa boca de alcantarilla de la calle de los Mármoles, había siempre un hombre de éstos; otro en la subida del Puente Viejo; cerca ya de la fábrica, dos ó tres. Estaban allí todas las mañanas, todas las noches, para hablar apropiadamente, aunque llovieran chuzos de punta. ¡Ah! Ellos sabían también que aunque lloviesen rayos tendríamos que pasar nosotras. Pero yo, cliente admirada por mi voracidad de los vendedores de batatas malagueñas, había perdido la estimación de todos. Pasaba sin mirarles; mi inapetencia era mucha. A la inapetencia siguieron insomnios. Cuando dormía un rato, soñaba con mi abuela, con don Gabriel, con Pepito, con Naro, con la tía Ángeles. Siempre los unía en mis sueños, que, en muchas ocasiones, eran pesadillas horrendas. Algunas madrugadas, al pasar delante del Puente Viejo y tender la mirada á la escuela de Pepe Alcudia, en el silencio medroso de la calle, á la vaga claridad de algún farolillo de luz medrosa, arrebujaada en mi mantón gris, pensando en Pepito con dolorosas opresiones, un ruido singular

helaba la sangre en mis venas. Este ruido producíase al meter arrastrando en el coche de los muertos un ataúd con el cadáver de algún asilado de Santo Domingo.

En esta época crecí mucho, adelgacé, hasta quedar en los huesos; comía apenas y alimentábame solamente de suaves memorias. Pensaba como nunca en mi amigo preferido. Muchas veces, con los ojos cerrados apretadamente, aunque despierta por el insomnio, creía ver al señorito Alcudia, allá, en un fondo negro, rodeado de un círculo de estrellas. Parecíame que iba á venir hasta mí, que iba á hablarme; yo sentía una opresión inmensa, sin saber definir si era de felicidad ó dolor, y en esto alejábase la figura lumínica, perdíase, borrábase, dejando un vacío inmenso en mi ser, la impresión como de un abismo inconmensurable que hubiesen abierto en mí misma. A estas impresiones de orden puramente moral, uníanse, para aumentar mi postración, los tormentos físicos ocasionados por las últimas poderosas sacudidas de mi naturaleza estallante, para convertirme en mujer. No sé cuánto tiempo pasaría. Sé que aquélla fué una época que no puedo analizar. Fueron horas crueles, de un dolor misterioso y dulce en que mi alma dispuesta á todos los sacrificios, quería morir por cualquier acción buena, y que la delicia de pensar en este momento supremo, me consolaba de todo cuanto sufría y cuanto sufrir pudiese.

Llamaron una noche á nuestra puerta y me senté

en la cama de un salto. Parecía como que hubiera estado esperando siempre aquellos golpes. No me extrañó, cuando sentí abrir la puerta y oí hablar á la *señá* María Caballero con un mozo de los señores de Alcudia, ni el recado que trajo para mi abuela de que fuese á escape, que don Gabriel había llegado malísimo, con la familia. Mi abuela se fué á medio vestir, y yo me vestí apresuradamente. Toda la casa se puso de punta, comentando con la casera la triste noticia, porque era don Gabriel muy querido en el barrio. Yo fui detrás de mi abuela, ansiosa de ser útil, y quién sabe — dirá el lector, razonadamente, — si con la secreta esperanza de hablar y consolar al señorito Alcudia. Cuando llegué á la casa tuve una impresión inmensa de frío, aunque ya Marzo tocaba á su fin, y la primavera como tempranísima flor envolvía á la ciudad andaluza con su aliento tibio y su perfume del cielo. Entré y subí, sin que nadie se diese cuenta de mi persona, y estuve de esta manera en la misma entrada del cuarto de don Gabriel. A nadie hice preguntas, pero saqué de lo que hablaban entrecortadamente, alrededor mío, que don Gabriel, habiendo empeorado, se propuso á toda costa venir á Málaga. Sentí sollozos y entré, como impelida por una fuerza superior. A los dos pasos detúveme, sin saber lo que hacía. Una congoja mortal paralizaba mi sangre. La habitación era amplia. Había mucha luz. Vi á don Gabriel, con la cabeza alta, recostado en grandes almohadones.

La señora, de rodillas junto al lecho, sollozaba ahogadamente, besando una mano del señor Alcudia. El señorito, de rodillas también, inclinado, replegado, junto á su madre... ¡Oh Pepito, cómo volvía á verle! Mi abuela, en medio de la alcoba, mirábame y miraba á los demás, como si no se diese cuenta de lo que hacía. Nunca, como entonces, la vi en un estado tal de aturdimiento. Los criados movíanse por escaleras y corredores sin saber qué hacerse. Uno, más despierto, había corrido en busca del doctor de la casa; otro fué el que llamó á mi abuela, que no hacía allí falta ninguna. No sé cuánto tiempo estuve, dándome cuenta de que tendría por fuerza que moverme, que andar, pero sin hacer un movimiento ni dar un paso. Ponía la vista en los dibujos de la alfombra, queriendo distraerme, y lo hacía sin saber por qué, á conciencia de que, queriendo distraerme, no cumplía con el respeto y amor que don Gabriel me inspiraba, ni con Dios, ni conmigo misma. Sentía un súbito tropel de lágrimas brotar á mis ojos ante el dolor angusto de aquella madre y aquel hijo, é inconscientemente, en lo más grave de aquel momento psicológico, se me iba la mirada á los muebles y los cuadros elegantes que adornaban la alcoba, quedándome algunos segundos sin recordar dónde estaba, sin hallarme en contacto con aquellos corazones doloridos; por cuya felicidad, no obstante, hubiera yo dado la propia vida. Volví en mí, de aquello inexplicable, al rumor de unos pasos.

El médico entraba apresuradamente, seguido de dos ó tres personas, además del criado que había ido á buscarle. Quedáronse los otros junto á la puerta. Mi abuela, al ver al médico, cayó de rodillas, como delante de Dios, en quien únicamente confiaba. Yo me arrodillé maquinalmente al ver el movimiento de mi abuela, y el médico llegó hasta don Gabriel, silencioso, sin interrumpir aquel dolor inmenso y callado de los seres amadísimos de don Gabriel... «No había que hacer nada. Dios había querido disponer de un justo». Así habló el médico. Fué gran amigo de don Gabriel en vida. Besó la noble frente del cadáver, aquella frente ancha, bajo la cual habían germinado y desarrollado grandes ideas y fué á consolar el dolor de muerte de la piadosísima y amante mujer. «Lo sabía, lo esperaba ella... No podría resistirlo; le mataba su mismo amor á los suyos.» Fueron las únicas palabras de la señora. No pudo acabar; cayó como muerta en los brazos del médico. Corrimos á ampararla y la llevamos á su habitación. Ningún poder lograba arrancar á Pepito Alcu- dia del lado de su padre. Ni aun se dió cuenta de que se llevaban á la señora presa del síncope.

Pronto acudieron otros parientes. En la calle, en las casas próximas, formábanse círculos, comentando la muerte. Había sido un rayo. Se morían las personas buenas y no disponía Dios de tanto pillo como hay en el mundo. Dios me lo perdoné ó me lo cargue en mis culpas, pero pude entonces obser-

var que los parientes estaban allí como sobre ascuas. Aunque la pérdida de don Gabriel podía haber sido sentida en realidad, hallábanse todos con ganas muy grandes de poner distancia entre el muerto ó la familia del muerto y sus personas respetabilísimas. Oí algunos comentarios que caían sobre mi cabeza como mazas de plomo. Los calificativos al muerto, dichos con leve alzar de hombros y con urbanas y lastimeras sonrisas, venían á ser siempre lo mismo: *confiado...*, *almazas de Dios*, *sencilote...*, *demasiado hombre de bien...*, palabras todas de ese sentido, pero dichas de un modo que sublevaban la sangre, y hubo ocasión en que creí que el muerto, el propio muerto, iba á levantarse y á comenzar á pescozones con aquellos señoritanos imbéciles ó malévolos, para los cuales los calificativos á que debe aspirar el humano como emblema glorioso, venían á ser á semejanza de señales de la penca ó signo de hierro del verdugo. Enloquecía de indignación y no me lancé á ellos, con todos mis dientes y todas mis uñas, ya que el mismo don Gabriel no lo hacía, porque caí de pronto en que me hubieran arrojado de allí á bastonazos.

Sólo diré, yendo rápida en este capítulo de desdichas, que al día siguiente fué enterrado don Gabriel con una modestia que no correspondió á la comodidad y aun al lujo con que había vivido, y que al día siguiente de haber sido enterrado, la casa de los señores de Alcudia apareció cerrada. La señora había desaparecido y con ella mi amigo

sin igual, el pobre Pepito, á quien no pude dirigir la palabra, ¡ay de mí!, ni me vió siquiera en las horas tristísimas de duelo. Nadie volvió á saber de ellos. A nadie habló la señora de su partida. Desapareció en silencio... Con el mismo silencio augusto de su gran pesadumbre.

Lo que siguió fué más grande, más desolador aún. Un novelista no hablaría de otra muerte á continuación de la muerte de don Gabriel. Pero estas páginas no son una novela; son arrancadas todas á la realidad, y la realidad, por experiencia propia lo sé, es madre de todas las inverosimilitudes. En la labor dolorosísima, moral y físicamente considerada, de mi espíritu y de mi cuerpo, con la marcha de Pepe Alcudia á los Montes y la revolución grande que en mi naturaleza se operaba, yo no me había fijado poco ni mucho en el aspecto decaído y melancólico de mi abuela. Un instante solamente, en cierta noche de que haréis memoria, me fijé en ella cuando Narito murmuró algunas palabras á mi oído, referentes á mi orfandad y al único amparo que tendría cuando mi abuela faltase. Pero pronto olvidé la penosa impresión. Parecía tan imposible que mi abuela dejase de vivir á mi lado, de mirarme, de hablarme, de ser y vivir para mí, mientras yo viviese; tan absurdo, tan fuera de sentido, que no pensé más en ello. La desgracia, no obstante, pronto vino á llenar de luto mi corazón de catorce años.

Es imposible hablar de esto sin derramar lágrimas ardientes, amarguísimas, sangre dolorosa de mi corazón llagado. Las nubes amontonábanse sobre mí, ocultando el sol puro y límpido. Mi vida iba á entrar en una fase trágica, más trágica que la propia muerte, si Dios mismo, con un milagro de su divina piedad, no hacía el imposible de que las cosas dejasen de ser en su tiempo. Naro, ya lo sabéis, fué el augur.

Con los respetos debidos por mi abuela á don Gabriel; sin pasar los lindes que á la posición y al carácter que al magnánimo hombre acompañaban, es lo cierto que este varón respetabilísimo, fué desde nuestra llegada á la ciudad famosa, amparo y sostén único de Frasquita Cielos. No volcó don Gabriel su bolsillo ni sajó su carne en honor de mi abuela, porque no hizo falta, pero nadie negó ni pudo dudar nunca que fué el apoyo moral y material también de la madre de Baltasar Cielos. Mi abuela, sin discursos, sin adulaciones, sin ritmos, agudos ó vagos sobre el tema cacareadísimo de la gratitud, porque era mujer de no muchos alcances y de menos palabras todavía, con poca costumbre de exteriorizar sus sentimientos, alegres ó tristes, porque lo guardaba todo en su corazón inmenso, oculto con la tapa de su rostro de esfinge, corroído de arrugas, tenía puesta en don Gabriel su fe y su vida. Al irse don Gabriel de este mundo pareció que se llevaba con él aquel apoyo moral, soplo divino que logró sostenerla hasta en-

tonces en la tenaz, calladísima batalla. La desaparición y muerte de los tíos Félix y José — porque si sólo se tenían datos oficiales de la muerte de José, no por ese motivo en la de Félix creía menos, — el trágico fin de Baltasar, rey de los hombres y emperador de los hijos, la pasión y muerte de *Belica* Mata infelicísima, á la que amó como á los seres de sus entrañas y su sangre; la vida y boda del tío Salvador, siempre querido, siempre llorado en lo profundo de aquel corazón, bajo la cubierta de mármol de su cara, todo esto había corroído lentamente su naturaleza fuertísima. Las gotas de sangre de su corazón habían horadado una á una el hierro duro de aquella carne, y al morir don Gabriel volvió hacia mí los ojos, con todo el espanto y el frío de la tragedia de su corazón que fenecía. Ella, sin decirlo á nadie y á mí mucho menos, había confiado en don Gabriel, dándole gracias á Dios día y noche, ¡oh, ironía de la suerte! porque le deparaba aquel consuelo único de su existencia atormentadísima. Había pensado en el noble varón para morir tranquila, confiándome á él en la hora de su muerte. Para confiarle á Paca Cielos, la hija del hijo de su sangre, resumen de todos sus amores, trasunto adoradísimo de su alma, de su ser entero, y don Gabriel, ¡ay!, por mandato de aquel Dios piadoso, moría antes que ella... Moría, dejándola frente á frente de su última decepción; viéndolo todo á sus pies, todo derruído, viéndose á solas con sus ruinas, sin un

rayo de luz, sin un soplo acariciador, en el caos, en la sombra, en el silencio, en la soledad de su nada *infinitísima*. La muerte de don Gabriel la mató á ella. Murió inmediatamente. Murió de espanto de pensar en lo que sería de mí cuando ella faltase. ¡Frasquita Cielos, descansa en paz!

XVII

Hacía un mes de la muerte de mi abuela, cuando pude darme razón de las cosas. Volví á la vida, gracias á la solicitud, aunque lo creáis imposible, de la tía Ángeles. Los vecinos ayudaron piadosamente al tío Salvador á rendir el último tributo á Frasquita Cielos. El hombre de la República, la casera, Carmen, Bonet, todos hallaron ocasión, bien triste por cierto, para demostrar el cariño que á mi abuela tenían. Yo no hice nada. Tantos golpes, dieron en tierra conmigo. No vi la muerte de mi abuela, no supe cuándo fué enterrada, ni cuándo fuí conducida á casa del tío Salvador. Se dudó de salvarme, pero mi naturaleza fuerte salió vencedora; aunque tan combatida, supo resistir al enemigo negro que acechaba. Cuando las ideas débiles fueron tomando vigor, mi primer pensamiento no pudo ser más triste. La solicitud, la extremosidad de la tía, los elogios de

Carmen y el tío Salvador á esta mujer, por los desvelos que por mí se tomara, no me tranquilizaron. Pregunté á Carmen por la señora de Alcudia y su hijo, y sus noticias no pudieron ser tampoco más crueles. Nada se sabía de ellos. ¡Sola, sola! Así, en algunos días, rodé desde la cumbre de mi felicidad, aquella felicidad que yo no apreciaba entonces, al más horrendo abismo en que la humana criatura haya podido estrellarse.

¡Cuánta razón tuve para recordar las palabras de Naro, de aquella noche que el tío Salvador y su mujer visitaron á mi abuela en nuestra casa de la calle del Tiro! Mi enfermedad fué larga, pero brevísima la convalecencia. Antes de estar firme del todo empecé á sentir los efectos del amor grande cual ninguno que la tía me profesaba. No hubo gradaciones; desde el primer momento se mostró como yo presentía. Habitaban, cuando murió mi abuela, en la calle de la Jara, frente á la misma fuente de San Pablo. La fuente venía á estar en el centro de la diminuta plaza delante de la iglesia. Quedábame largos ratos con la vista fija en la iglesia ó en la fuente, sin saber siquiera lo que pensaba. Me era imposible soportar el pensamiento de la desaparición para toda la vida, estaba segura, no sólo de mi abuela sino de Pepe Alcudia y su madre. En mis horas de insomnio aparecían, ante mis pupilas febriles, la imagen de don Gabriel con su aspecto de bondad y cansancio, y la de Frasquita Cielos con aquel sem-

blante de resignación trágica y aquel misterio de sus ojos que fué con ella á la tierra. A la señora y á Pepito veíalos también perdidos para siempre, aunque llegaban sus imágenes hasta mí sin aquel aparato tétrico de mortajas y blandones. Sentía un ansia de soledad más molesta seguramente que la ambición loca, no satisfecha, de placer y bullicio. Metíame, cuando hallaba ocasión, en el cuartucho que me habían destinado, y á Dios y á mis lectores he de confesar que era este mi instante más dulce en medio de la tribulación y embotamiento de todo mi ser. Vivía con una aspiración inmensa de algo que no me explicaba y que me era indispensable, eso sí lo sabía, más que el comer, más que el dormir y el respirar. Con Frasquita Cielos, lo sentía entonces sin explicarme lo que era, habíaseme ido el alma; con Pepito Alcudia el alma y la vida. En mi vértigo, en mis ansias, en mis locuras indefinibles, no tenía dónde fijar los ojos ni dónde colocar mi mano para tenerme firme. No podía llorar, porque á la tía Ángeles la ponían nerviosa las lágrimas; no podía esconderme para llorar á mi gusto, porque la tía Ángeles afirmaba con una dulzura felina, fijando en mí sus pupilas amarillentas, que las muchachas no debían estar ocultas como si tuviesen algo que guardar de las gentes. Si me ponía á cualquier labor me la quitaba de la mano diciendo, con su sonrisa más sutil, saliéndosele el aire por la mella horrible y tirando como nunca la punta

de la nariz hacia la oreja menor, que no estaría mi espíritu con la desgracia reciente para trabajos insustanciales; si me sentaba junto á la mesa del comedor, la tía Ángeles acudía inmediatamente, con gran solicitud, alzándome del asiento poco menos que en brazos para que anduviese, para que me moviera... A mi edad y con los trastornos sufridos en mi pobre corazón, no me convenía de ningún modo apoltronarme. Y la oreja mayor parecía querer echar á volar, como un alón negro, llevándose la cabeza. Si daba abstraídamente alguna vuelta por la sala hacía-me cesar al punto, porque la debilidad me impedía entregarme aún á ejercicios demasiado violentos; si alguien le preguntaba por mí, decíale que no andaba yo bien y me era imposible salir; si yo preguntaba por alguien, que no se acordaban de mí y no tenía á nadie en el mundo más que á ella. Me incomunicó con todos. Si me levantaba temprano, me reprendía en tono dulzarrón, porque madrugar mucho pudiera serme nocivo. Si me levantaba tarde, metíase en una disertación singular sobre la pereza y sus resultados para las muchachas jóvenes. Ahogada en este círculo, pedía por Dios que se me dejase ir á la fábrica nuevamente; á lo que la tía contestaba quejumbrosa que mi ingratitud era mucha por preferir el trabajo rudo de la fábrica á la vida feliz de reposo que llevaba á su lado. Era para volverse loca.

El matrimonio parecía disfrutar de ciertas co-

modidades, pero yo no oí nunca nada que tuviese que ver con las fincas que poseyeran, ni con las rentas que recaudaran. Estoy segura de que no había nada de esto. ¿De dónde sacaban para aquel gasto diario de importancia relativa? En el tío Salvador no había que pensar. Sabéis perfectamente que no lo había Dios hecho para sostén de una casa. La tía Ángeles salía con frecuencia á ganarse la vida seguramente. ¿En qué se la ganaba? Yo la veía salir por la tarde con su falda negra, su invariable mantilla muy usada y sus invariables zapatos de satén, de tacones muy bajos, que pisaban misteriosamente. Siempre iba y volvía con algún paquetito en el brazo y con una cara de unción y mansedumbre muy digna de estudio. Yo no sé cómo la gente no comprendía que aquella cara no era la de la tía Angeles, que era una mascarilla grotesca y repulsiva. Yo, sin experiencia del mundo ni de las pasiones, comprendía que aquella mujer era una infame y no podía creer que hubiese gentes honradas que hablasen y tratarasen con ella, sabiendo quien era como lo sabía yo, como lo sabría sin duda quien la viese desde el primer momento. ¿Era entonces que no había gentes honradas en el mundo? ¿Es que en la vida, por fuerza, se han de mezclar los buenos y los malos, con plena conciencia mutua de lo que son, sólo por el egoísmo de vivir?

Me sentaba algunas veces en la sala, á la hora del crepúsculo, cuando las mujeres y los mucha-

chos formaban corro nutridísimo delante de la fuente, con sus vasijas y sus canutos para llenarlas; cuando la última caricia pálida del sol tendíase por las campanas y los jaramagos de la torre; cuando los niños gritando y bullendo, corrían con largas cañas cruzándolas y haciéndolas vibrar en el espacio, para cazar los murciélagos; cuando las golondrinas buscaban sus nidos y oíase dulcemente el toque de oración, cuyos ecos perdíanse en los espacios sin fin, por donde mi alma volaba con aleteo inútil, en busca del nido que no existía. ¡Ay, abuela! ¡Ay, Pepito Alcudia, el mejor y más juicioso amigo! ¿Qué sería de vosotros? La pobre esfinge de la calle del Tiro ya sabía, en resumen, donde se encontraba; con su Baltasar Cielos allá, en la altura, alto, altísimo; pero tú, amigo generoso, dueño de mi vida, desde que tuve la gloria de conocerte, cuando apenas mi razón empezó á brillar; tú, aquí abajo, en la tierra vil, donde había ángeles como la mujer del tío Salvador y donde había tantos tío Salvadores; donde los buenos, como la abuela y don Gabriel se iban, y los que quedaban, tenía que ser penando, como iba á pasar con la Montero — me lo daba el corazón, — con Bonet, con Naro, si Naro no desaparecía súbitamente de la tierra, como una visión fantástica que siempre me había parecido; tú, mi aliento y mi fe; tú, ¿dónde estabas? De mis febriles excitaciones de la imaginación, sacábame la tía acercándose á mí, silenciosa, con sus misteriosos za-

patos de satén, su falda oscura y su chaqueta de punto, del color de la falda. La veía de pronto, como un reptil negro, irguiéndose junto á mí, y me era imposible contener un estremecimiento de espanto. Cogíame blandamente, haciéndome dejar la sala, diciendo en su tono más melifluo, que aquel lugar era sólo para las visitas. Tres veces me sorprendió, con iguales pensamientos, en el mismo sitio; las tres veces me hizo idénticas observaciones, invitándome á salir, pero las tres veces el diapasón en que me lo indicara fué distinto; la tercera oprimió mi brazo, con sus dedos ganchudos, más de lo debido y clavó en mí sus diminutas pupilas amarillentas, fascinadoras, como alfileres encendidos, más duros y punzantes que puñales fieros. No entré más en la sala.

El tío Salvador ayudaba al principio diestramente á la divina Ángeles en sus *solicitudes*, pero se aburrió pronto, dejando á su mujer sola en la delicada tarea; y no podía negarse que despuntaba en aquello, por sus dotes especialísimas. Yo estaba loca por irme á la fábrica. No pensaba en Pepito solamente, aunque era objeto de mi principal culto. Pensaba en Juana, en Carmen, en Naro, en el hombre de la República, en la *señá* María, en mis amigos queridos. Además, en la fábrica, trabajando de firme, sentiría algún alivio en aquel mal grande..., grande, sin explicación, que me combatía, aun estando ya buena y vigorosa.

Lo supe mucho después; Carmen y Juana Mon-

tero habían estado un domingo á verme. Preguntaron por mí. La divina Ángeles, aproximando la oreja menor con mucho garbo, porque también les resultó á mis amigas un poco sorda, se hizo repetir la pregunta y contestó dulcemente que yo estaba en la calle, y no podía decir la hora de mi regreso. — ¿En la calle? Embuste. — Así contestó la Corza á mi tía, soltando de camino — como de costumbre cuando se enfadaba — un terno como un demonio. Tiró de Juana sin hablar más. Ya iban sospechando lo que la divina Ángeles daría de sí. No volvieron por no poner á mi tía las manos en la cara. Contaba esta aventura con una gracia sin igual, imitando el silbido de la mella de mi tía, la nariz doblada, la oreja mayor, la oreja menor, el oído sordo, los ojos felinos, traidores y la voz meliflua, en fin, de aquella mujer singular, á quien el tío Salvador había escogido por esposa y dulce compañera de toda la vida.

En la calle del Tiro supieron por Carmen esta historia, como se supo en la fábrica, y nadie se atrevió á ir á verme. No podía con aquella existencia ni conmigo misma. Una tarde me asomé un momento á un balcón. Estaba sola en la casa, con una mujerona, engendro espantoso, que hacía el servicio, marchándose de noche. Me asomé, exponiéndome mucho, porque ya la divina Ángeles me había prohibido resueltamente asomar los ojos por balcones ó ventanas, y tuve una impresión grande, de consuelo y alivio. Lo primero que vi

en la calle, allá, á lo lejos, fué el hombre de la República, que acechaba el menor resquicio para verme. ¡Cuánto me amaba! Hasta entonces, en aquel mismo acto, no me dí cuenta exacta del profundo cariño de este viejo bondadoso, no obstante su inocente máscara de descamisado. Hasta entonces no me dí cuenta de cuánto le amaba yo. Sentí en aquel instante un impulso de piedad y ternura y un deseo vehemente de llorar sobre su pecho. Iba á indicarle que se aproximara, pero vi á la tía asomar á la vez por la calle de San Pablo, y me escondí rápidamente. Me querían todos en la casa de la *señá* María Caballero, es verdad, pero como el hombre de la República, no. Hubiera dado su vida por mí, muy tranquilo, como cosa natural de que no había por qué extrañarse. Sin duda, la historia contada por mis amigas fué para él un golpe tremebundo. Aquella historia, con seguridad, habíale impedido ir á ver á su tirana. ¡Oh, cuánto tiempo hacía ya que la República había dejado de ser para el señor Gutiérrez, como se tratase de Paca Cielos! ¡Oh, señor Gutiérrez, amigo obscuro, hombre trabajador, corazón magnánimo! Si toda la gran familia trabajadora fuese como tú, ¡qué fecunda, venturosa y prepotente sería esta madre España, á quien tú adoras en lo hondo de tu corazón! ¡Oh, amigo entrañable, inocente en tu misma grandeza sencillísima! No fué no, la tirana Paca Cielos, la que derribó del altar tu ídolo adorado, tu divino ideal de belleza, tu imagen deliciosa

de la República. Fué tu propio convencimiento instintivo, que jamás te explicaste con argumentaciones razonadas, de que para la infeliz nación derruida, agonizante, no había salvación con la República tampoco, sino con algo más grande aún, con la perfección posible en los de arriba, eso siempre, pero en los de abajo también, en los de abajo, ¡ay, Dios!, más que en los de arriba. Los hombres son miserables. ¡Oh, gran Gutiérrez! Tú lo presentiste; la bondad humana es como la piedra filosofal ansiadísima. No hay hombres, no hay creencias. Los grandes y los pequeños, todos se ocultan con la misma máscara. Los grandes para subir más, los pequeños para ponerse donde están los grandes. Los pequeños con su ignorancia, los grandes con su saber, todos con su malicia, en el fondo sólo tienen un credo vil, el bien mejor de cada uno, haciendo á la nación víctima de un repugnante individualismo. No hay monarquía, no hay república, no hay solidaridad, no hay fe, no hay Dios para las gentes. ¡Oh, gran amigo! Tú te convenciste haciendo zapatos... Pero Dios, el Dios tuyo, ese Dios nuestro y de otras personas honradas, — que las habrá sin duda, — Gutiérrez sin igual, ese Dios tuvo lástima de ti. Se acordó de tu altar sin imagen y puso en vez del mito derrumbado á tu tirana Paca Cielos. ¡Oh, Gutiérrez sublime, tu tirana te saluda!

XVIII

No sabía de qué modo ni en qué hora decir á la tía Ángeles, pero decírselo terminantemente, que me marchaba á trabajar. El deseo de lograrlo dióme arrojo al fin. Respondió muy admirada que no podía ponerme en la calle sin tener mi vestido de luto concluido. Fuí yo entonces la que me admiré, porque no tenía noticia de que se hubiese ocupado nadie de tal cosa. «¡Qué ingratitud! ¡Conque creía yo que iba á olvidársele á ella!» Pasados algunos días se presentó una mujer en la casa, preguntando por la señora. Era del mismo aspecto y fealdad que la tía, sin llegar nunca á tanto. Se besaron y manosearon muy complacientes, y se me hizo saber que era una modista. Llevaba un vestido para probármelo. La tía Ángeles alabó el vestido pomposamente, é hizo gran elogio de la tela. Yo no tenía ganas de conversación ni de vestidos bonitos, sino de ir á la fábrica cuanto antes.

Pero no habría sido mujer si no hubiese echado una mirada de reojo, al menos, al vestido anhelado. Era un coco horrible, de un negro parduzco, que se clareaba como una tela metálica. Indudablemente, yo estaría en el vestido famoso como en un saco. No obstante mi situación, acometiéronme unas grandes ganas de soltar la risa, pero supe contenerme. Había hecho propósito firme de no dar ocasión á la tía Ángeles para que usase conmigo procedimientos *enérgicos*. A la idea sólo de que aquella mujer pusiese las manos sobre mí, acometíame una horrible impresión de asco que me volvía loca.

Marchó la costurera para volver al día siguiente con el vestido terminado. Antes de irse hablaron largamente las dos de mil puntos insustanciales, yo lo creía así. Sin embargo, alguna cosa entre-saqué del diálogo que me puso sobre la pista de la profesión — porque era una profesión sin duda — en que la tía ejercitábase. Hablaron de curas, de frailes, de beatas, de santos, de iglesias, de monjas, de reliquias, de ornamentos, de antigüedades religiosas... Me acordé de los paquetitos con que la tía Ángeles entraba y salía, su máscara de unción y beatitud, encima de su carácter tenebroso, que yo por instinto había adivinado. Lo que observé anteriormente, lo que oí aquella tarde entre las dos amigas, lo que pude observar después, todo esto indújome á la sospecha de que la tía era una beata, corredora, cambiadora ó como

quiera llamarse, de objetos religiosos y antigüedades relacionadas siempre con la iglesia, las cosas de la iglesia, y las santas mujeres y los santos varones de la iglesia. No me equivoqué en la deducción que hice, por más que entonces, aun sabiendo ya algo del mundo, no tenía edad ni experiencia para comprender que esta profesión decorosísima puede ser manto muy tupido para encubrir otros oficios y artes no tan decorosos ciertamente, como comprar y vender santos viejos y nuevos, crucifijos, sobrepellices y reliquias, en fin, más ó menos auténticas.

La beata-modista no volvió, de acuerdo, á mi parecer, con mi tía y señora. Mientras tanto continuó ésta en sus extremosidades para con la pobre Paca Cielos. En la mesa cortaba ella el pan para mí, tocándolo y retocándolo, por haber comprendido sin duda el asco horroroso que logró inspirarme. La beata del vestido no parecía ni se habló del vestido más. No sé á qué pensamiento pudiera obedecer la hipócrita oposición de aquel alma tenebrosa á que vistiese luto por mi abuela. Yo creo que fué sólo por producirme una mortificación más. Sabía aprovechar de una manera inconcebible todos los detalles para herir y hacer daño sin que lo pareciera, con su ademán reposado, su voz de falsete, que quería revestir en vano de una unción y dulzura pegajosas, sin que pudiese ocultar, por mucho que lo procurase, el impulso de acometividad y agresión con que nacían siempre las pala-

bras. Al levantarme, por casualidad ó de propio intento, poníase junto á mí. Cuando estaba vistiéndome, manoseaba mi cuerpo con pretextos fútiles. Sus manos ganchudas y negras paseábanse sobre mí, como dos arañas enormes que rastreasen por un tronco nervioso y fuerte. Sentía yo dentro de mi alma, sin que nadie me lo dijera, la verdad de aquel goce pérfido suyo, cuando rozaba mis mejillas ó mi frente, con las yemas reseca, duras, de sus dedos helados; un goce pérfido, por la conciencia que tenía, á su vez, del horror que así me causaba. Con mi sutileza grande, adquirida en mis trabajos de vivir, desde que entré en *La Aurora*, yo no hacía observación ni movimiento que revelase mi espantoso suplicio cuando me tocaba y acariciaba, pensando que lo haría ella mucho peor, en advirtiéndolo. Había tenido ocasión de observar que cuando inventaba un sutil artificio para hacerme padecer, como yo permaneciera impasible al ponerlo en práctica, desechábalo al punto por inútil. A medida que el tiempo iba pasando, fué ella mostrándose como debía mostrarse, pero sin dejar su tono dulzón y lamioso. Con pretexto de que la juventud debe vivir prevenida contra el pecado, me condenaba á rezar largo tiempo, imponiéndome el suplicio en tono inefable de manse-dumbre, bajo el cual hervía un infierno de odio y rabia, cuyo fundamento yo ni presentía. Tuve la esperanza de que el martirio del rezo pudiera proporcionarme algunos ratos de la soledad ambicio-

nada, pudiendo rezar ó pensar sin que nadie me interrumpiese; pero lo previno su astucia, obligándome á rezar en voz alta y al lado suyo; sazonzando mi rezo con palabras melosas de caridad, manchadas, envilecidas al pasar por sus labios.

La naturaleza invencible, sobreponiéndose á todo en mí, arrollándolo todo también, mis angustias, mis sobresaltos, mi vida de desvelos, se levantaba vencedora, formidable, después de mi enfermedad y mi convalecencia. Fuí sintiendo un apetito voraz, como sentía ansias poderosas de henchir mis pulmones de aires puros, sin aquel aplastante peso de la solicitud de mi tía. Ella fué notando cómo se despertaba aquel apetito insaciable en mí, y á la vez, como si no lo advirtiese, iba mermando mi comida. Padecí tormentos inconcebibles de hambre. Lo que más sentía, lo que me hacía padecer extraordinariamente, era la ausencia del pan. Ponía junto á mi plato un mendrugo manoseadísimo, húmedo de sus encías, señalado de su mella, haciéndome recordar, con esfuerzo profundo para no romper en sollozos, los grandes bocados que el engendrillo torroxeño tiraba al pan substancioso de Alhaurín, correteando en triunfo las casas vecinas.

Causábale profunda irritación — estaba yo segura, — el no oirme jamás una queja. Era un desquite sabroso por mi parte, tan sabroso como el pan que me escatimaba, y que no podía ella sacarme del corazón. Una vez no pude resistir. Pedí un poco de pan. Me lo dió en el acto con una sonrisa

horrible de complacencia, y mientras lo comía, disertó gárrulamente sobre la gula y los extremos espantosos á que podría conducirnos. Me dió el pan, para amargármelo solamente. Pero no quedó ahí; en lo sucesivo, á las horas de comer, me hacía rezar en voz alta, mientras comía ella con el tío Salvador, ó sola, si el tío Salvador estaba ausente. Después, comía yo con repugnante voracidad la ración escasísima que ella me apartaba, todo en bien mío, todo por amor á mí, todo en cumplimiento de la ley santa de Dios.

¿Cómo no protesté? ¿Cómo no luché? ¿Cómo no me levanté furiosa contra aquella voluntad infame que sobre mí pesaba? Después, meditándolo, pude sacar la consecuencia de que fué un caso como el de los comienzos de mi estancia en *La Aurora*. Fué un caso como el del terror del aprendizaje. La maldad misteriosa de aquella mujer — no sé dar á su maldad otro calificativo — ejercía sobre mí un dominio absoluto. Tenía sus argumentos sutiles para dar á una infamia el carácter de una buena acción, más, muchísimo más que á la misma infamia, presentándose de frente con todos sus horrores. No era un miedo vulgar lo que la divina Ángeles me producía, era un horror con mezcla de curiosidad que me impulsaba á ella, en medio de mi espanto, sin yo comprenderlo, como nos atrae la boca de un abismo.

No sólo inventó cuanto ya dije para mi mayor padecimiento; no fué tampoco lo de dejarme sin

comer y hartarme de oraciones mientras ella comía. Discurrió aún, por amor á Dios y á mí, inconcebibles trabajos. Hacíame limpiar todos los muebles, fregar todos los suelos, y los ensuciaba, inventando operaciones que parecían naturales para que volviese por fuerza, sin ella decírmelo, á limpiar y fregar. La mujerona de que hablé fué acostumbrándose poco á poco á la vida regalada, porque yo, sin explicarme hoy mismo la razón, lenta, inadvertidamente, con las argucias fantástico-religiosas de la divina Ángeles, iba encargándome de hacer todo cuanto á ella le correspondía. En una ocasión se puso la mujerona enferma, ó le mandó la tía que se pusiese; la acostaron en mi cama. Aunque había otras muy buenas en otros tantos cuartos, é innecesarias, según mi entender, la mujerona no fué acostada en ninguna. Fué en la mía. Yo dormí aquella noche en el suelo. La mujerona se puso buena al punto, pero no fué á la calle de noche. Siguió durmiendo en mi cama y en mi cuarto; yo en un pasillo, en el suelo, sobre una manta.

Nunca me alzó la mano, nunca apartó de su boca la sonrisa dulce ni las palabras compungidas. Hubo un tiempo en que ya no pudo hacer nada, como no fuese alzando la voz, alzando la mano y dejando la sonrisa; y juro por lo que más en el mundo amo, que lo hubiera preferido así. No podréis concebir nunca lo que era la amabilidad de aquella espantosa mujer. Pareció dejarme descan-

sar un poco en medio de mis trabajos y me entregaba á ellos indiferente, con mis pensamientos en otros mundos, donde yo no podía remontarme, condenada á fregar los suelos de la divina Ángeles. Ella salía y entraba, como si yo no existiese y hacía sus cosas, hablándome con su dulzura y mimo de costumbre, como si fuera muy natural y lógica la abyección á que me había condenado. Conociase al punto cuándo los negocios iban bien y cuándo caminaban torcidos, por las chispas que lanzaban sus ojos, de rabia ó satisfacción, pero sin descomponer nunca su semblante compungido, manso, de una dulcedumbre repulsiva. Por las mañanas — ya tenía yo datos suficientes, — correteaba los templos, no por piedad y amor á las cosas santas, sino por hacerse visible á los otros beatos y beatas que la hacían prosperar en su profesión lucrativa de vendedora de imágenes y los demás efectos que sabéis. No era por devoción aquel visiteo de iglesias, porque en la casa — tenía yo ocasión de observarla bien, y sabía á qué atenerme, — ni una sola vez se dió el caso de que alzase la vista á ningún santo de los que obstruían todas las paredes de los cuartos, sala y pasillos. Ni una sola vez rezó conmigo una oración, cuando me obligaba á que las rezase. Ni una sola vez hizo la señal de la cruz, cuando se levantaba ó se acostaba, y puedo decir que asistí siempre al gran acontecimiento diurno y nocturno de vestirse y desnudarse, de aquel engendro, entre mujer y demonio,

sin que pueda decir dónde acababa el demonio, para que la mujer empezase. Yo creo que aquella indiferencia con los santos provenía, principalmente, de su costumbre de comerciar con ellos.

De tres á cuatro salía á sus trabajos con los paquetitos á cuestas. Jamás se le deslizó una palabra que me pusiese, ni por asomo, en camino de saber lo que hacía en las dos ó tres horas que en la calle pasaba. Otras veces permanecía allí, é indefectiblemente, las tardes que no salía, algún caballero ó alguna señora iban á verla — ó señora y caballero á la vez, — muy vestidos de negro y muy misteriosos. La tía mandábame inmediatamente que me metiera en mi antiguo cuarto, y al mujerón que se escondiese por la cocina. Había entre aquellos señores y la divina Ángeles conferencias misteriosas, extensísimas muchas veces. Yo no me preocupaba de esto: hablarían sin duda de santos, para comprar ó vender, ó cosa por el estilo. Recogíame en mi cubil, y ojalá nunca me hubieran avisado para que saliese. Aunque mi desocupación era grande, pensaba alguna vez en aquellas largas entrevistas de la mujer del tío Salvador con los señores, de distinto sexo siempre, que honraban sus lares. En una ocasión tuve por necesidad que salir del cuarto y fué mi sorpresa enorme, cuando, al pasar junto á la puerta del de mi tía, entreví á ésta sentada, sola y en actitud meditabunda. ¡Oh, yo os lo aseguro; no estaba rezando sus oraciones! Me vió indudable-

mente y temí algún acontecimiento grave para después. Volví al cuarto, deshaciéndome en conjeturas. Los señores de referencia no habían salido. Permanecían en la sala encerrados. ¿Por qué la divina Ángeles no estaba con ellos? Cuando se marcharon aquellos señores, en contra de lo que yo temía, pareció la tenebrosa olvidada de que la desobedecí, saliendo del cuarto. No sólo no aludió á tal asunto, sino que la vi muy complacida, y aun la sorprendí contando dinero furtivamente. Lo supe después: había hecho aquella tarde un negocio de monta. Había vendido una virgen.

XIX

Debo manifestarlo: después de una tregua de cinco ó seis semanas en sus *solicitudes* para conmigo, dejándome en ese tiempo como cosa absolutamente perdida, sin llamarme ni hablar para nada, pues se valía de la mujerona para todo, teniéndome á mí en las rudas tareas de la mujerona; — después, digo, de aquella tregua, pude observar que volvía de nuevo á sus solicitudes con una dulzonería y ardor que me parecieron entonces muy extraños. Al principio no me fijaba, pero tan marcada fué aquella nueva forma de su amor *maternal* por mí, que me me puse pensativa. ¿Qué había en el alma tenebrosa de aquella mujer? Se quedaba reflexionando, atenta, con sus ojillos felinos, chispeantes, clavados en mí, como si no me hubiese visto nunca. Un día, al ponerse la man-

tilla para ir á la calle, observé de reojo que me miraba atentamente, mientras yo estaba en mis trabajos. Vino á mí; cogiéndome por la espalda me hizo dar una vuelta, inspeccionándome toda, de arriba abajo. Se marchó sin hablar. Desde entonces, poco á poco, la mujerona fué volviendo á las faenas que le correspondían. Ya no dormí en el suelo, volví á mi cuarto, volví á mi cama, volví á comer con la tía y no se acordó ya de pedirme que rezara. La mujerona rugía como un precito en las suciedades de su cocina, á la que había vuelto, loca de coraje, porque la sacaron de su vida regalada; y para colmo de admiración, una modista — modista de veras — me hizo un luto, sencillo, que me caía muy bien.

Con la misma aparente impasibilidad que había sufrido hasta entonces la protección de la divina Ángeles, sufrí sus nuevas solicitudes. Fui teniendo más libertad é hice de ella uso, en lo que me era permitido dentro de su casa, pero sin abusar, para no perderlo todo. Quería volver al lado de mis amigos, sin saber de qué medio valerme para lograrlo. A la calle me era imposible salir. Aunque la tía Ángeles salía frecuentemente, tenía en la mujerona un perro de presa constante, que se hubiese lanzado sobre mí con dientes y uñas al menor intento de huida que en mí sospechara. Levantábame á la hora de mi gusto, muy temprano, y no me impidió ya que me acostara temprano también.

Lo que nunca logré fué su permiso para encerrarme por dentro durante la noche. Yo lo hubiera hecho de todos modos, pero ella cogía la llave sin esconderse de mí, murmurando que no quería que cayese en la tentación de cerrar. — ¿Qué importa? — me atreví á preguntarla en una ocasión. Me miró como sorprendida de mi atrevimiento. Creí que iba á revelarse con un acto de violencia, como yo tanto tiempo esperaba. Con sorpresa mía se limitó á suspirar melancólicamente y á proseguir en tono melifluo como nunca, que no estaba bien que una niña á quien tanto se amaba en aquel hogar, se encerrase bajo llave. «Ya sabía ella que no era por huir de sus ojos, porque yo la amaba santamente, cumpliendo mi deber, sino por estar á solas con mis recuerdos doloridos; pero no, resueltamente, no me permitiría encerrarme. Ella, ella misma, quería ser mi consuelo.» Y para ser mi consuelo dejaba la puerta abierta, de par en par, sin que yo me hubiese atrevido en ninguna ocasión, aunque lo pensaba siempre, á atrancarla de firme, como contra el mayor y más odiado enemigo. Y para ser mi consuelo, muchas noches, cuando iba durmiéndome dulcemente, con el alma llena de Frasquita Cielos y el señorito Alcudia, estremeciame de pronto un frío glacial y despertaba despavorida ante aquel horrible engendro de mujer, que llegaba hasta mí, de puntillas, descalza, en camisa, con el pelo caído, inclinándose sobre la cama hasta dar en mis mejillas su aliento re-

pugnante, á través de la mella pavorosa. Encogíase mi corazón de miedo y un sudor copioso, helado, bañaba mi piel. En estas extravagantes visitas á mi habitación á media noche, era cariñosa y dulce como jamás la había visto y parecía complacerse en alabar una por una las perfecciones mil que iba observando en mi persona. Deleitábase en ponderar mi cuello carnoso, mis mejillas frescas, tersas, de suavísimo color, el dibujo armonioso de mis brazos, de mis piernas, de mis pechos, la blancura y dureza de mis carnes. Fueron cosas en que yo nunca había pensado y ella misma con sus ponderaciones consiguió que me fijara.

Efectivamente, no obstante mis grandes escarceos de imaginación, después de mis sufrimientos físicos ocasionados por la labor misteriosa de la naturaleza que me hacía mujer, después de las zozobras y pesadumbres por la muerte de mi abuela y don Gabriel, y la desaparición de la señora y Pepito; después de todo esto, que fué amalgamándose para traer la enfermedad que me puso á la muerte, haciendo de mí un ser raquítico, inútil para todo, — como si la enfermedad hubiese sido aluvión que arrastrase de mí toda impureza de sangre, todo miasma contrario á mi temperamento, toda materia nociva, en fin, dejando en su lugar tesoros de gérmenes nuevos, vigorosos, purísimos, — en poco tiempo, después de la convalecencia, y aunque las causas de mi dolor existían aumentadas con el peso abrumador de las solici-

tudes de la divina Ángeles, la naturaleza, á des-
pecho de todo, por encima de todo, estalló en mí
como estalla en los capullos, convirtiéndolos en
flores exuberantes; estalló en un himno humano
de fuerza, vida y amor, dando tersura á mi carne,
armonías á mi cuerpo, pasión y encanto á mis ojos
y haciéndome ver la vida, á través de mi pena por
los ausentes y mi repugnancia por el medio en que
asfixiábame, como una visión radiosa, en cuyos
brazos de luz quería ser envuelta, arrullada y
adormecida.

Alguna vez, al hacer el elogio de mis bellezas,
aquellas aterradoras noches en que me sorprendía
en mi sueño, pasaba su mano huesosa, larguísima,
por mi cara ó mis brazos desnudos, y al reple-
garme en un movimiento de repulsión, imposible
de evitar, sus pupilas amarillentas, que cobraban
tonos enrojecidos, al toque vigoroso de la luz que
llevaba en la mano y que ponía muy cerca, clavá-
banse en mí como uñas agudas, venenosas. Pare-
cía extasiada en mi contemplación, pasando aque-
llas horribles manos por mis cabellos sueltos y
hablando con abrumadora verbosidad, en voz pla-
nífera de falsete: «El tío Salvador no se retiraba
nunca temprano, como era su deber... Vivía sola,
muy sola, y era una pena. No estaba tranquila,
mientras él no regresase. Padecía insomnios... La
soledad era muy mala para su corazón y para sus
nervios.» Y me sonreía suspirante, me sonreía, sí,
con sus labios blanquizecos, enseñando las encías,

sucias, terrosas, abultadas, como henchidas de un horroroso pus virulento. ¿Querría matarme de terror?

No sabía de qué modo salir de aquella casa, cuyo recuerdo aun hoy, después de tantos años, me estremece. De día era imposible por la vigilancia tenaz de la mujerona, que me odiaba de muerte. De noche, más imposible aún, porque la tía echaba la llave, guardándola cuidadosa debajo de su cabecera.

No había tenido ocasión de ponerme de acuerdo con nadie de mi antigua casa de la calle del Tiro, aunque alguna vez entreví en acecho al hombre de la República. La llave ansiadísima quedaba sola bajo la cabecera, en aquellos mortales ratos en que la divina Ángeles venía de noche á mi habitación; pero ¿cómo ir por la llave? ¿Cómo escapar, estando aquel loco esperpento junto á mí? Menudeó sus visitas á mi cuarto para aliviarse, al decir suyo, de los fantasmas que le corrían por la mente. De día, separábase de mí lo menos posible, siguiéndome sin cesar por toda la casa como perro que espera humilde el golpe del amo. Yo no podía concebir aquella variación estupendísima en el alma negra del demonio. Una noche — se me enfrió el corazón recordándolo — me despertó bruscamente... Me despertó, deslizándose en la cama conmigo, quejándose á la vez, lastimera, como un alma del otro mundo... Me despertó en esa forma y yo, despavorida, horrorizada, sin darme bien

cuenta al principio, en los sopores del sueño, vi la palmatoria volcada junto á una silla, ardiendo casualmente aún. No sé por qué estaba la palmatoria allí. Esto fué rapidísimo. Vi centellear al propio tiempo, junto á mi cara, las pupilas amarillentas, sentí los brazos descarnados alrededor de mi cuello, sentí la nariz deforme aplastándose en mi mejilla, sentí meterse en mi boca su aliento de olor de cadáver, sentí las piltrafas sudosas de su vientre pegándose á mi vientre, sentí sus piernas como espadones aceradísimos, metiéndose, clavándose entre las mías.

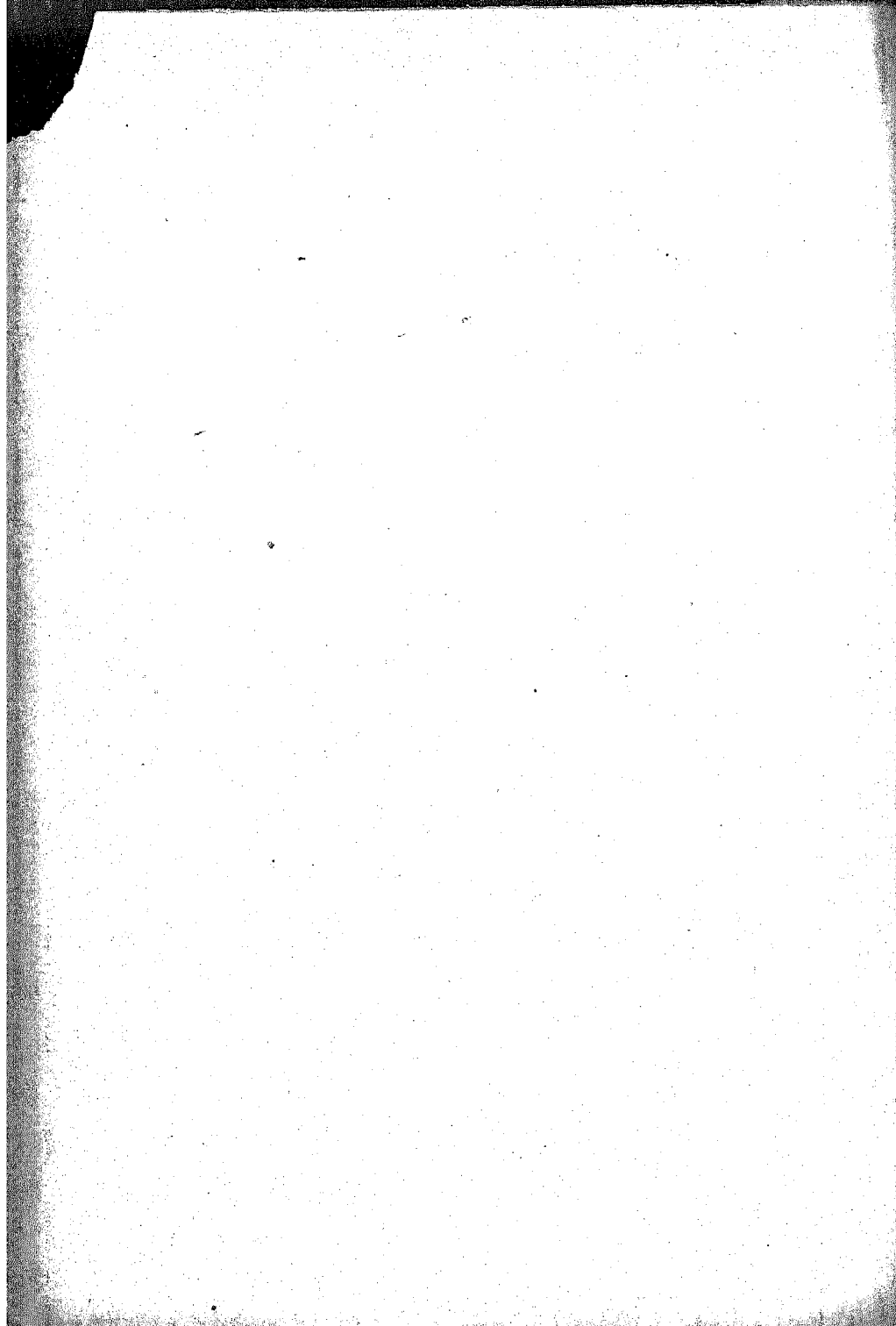
Sin darme cuenta de la horrible realidad, pero comprendiendo que era horrible, como el más espantoso sueño que pudiese la imaginación tejer, me debatí furiosa contra aquel bicho inmundo, helado, que se pegaba á mi rostro, que se enroscaba á mi cuello, á mi cintura, á mi busto, á mis piernas, que se embutía en mis pechos, que se incrustaba, que se moldeaba suelto y blanduzco sobre mi carne apretada y entera de virgen; con una espantosa ductilidad de huesos rotos y carne podrida. Me debatí gritando, rugiendo, revolviéndome contra ella, y ella, apretándose más á mí, con furioso poder epiléptico, se quejaba de su frío, de su pena, de la ausencia del tío Salvador, de sus insomnios, de sus noches solitarias, de sus miedos, de su fealdad, de mi hermosura, de mi ingratitud...

Pude desprenderme en un tirón formidable y

salté de la cama, quedando de pie, en camisa, en medio del cuarto, y ella allí, en la cama, suspirando, llorando, aullando, maldiciendo, retorciéndose con carcajadas pavorosas ó sollozos aterradores. Era monstruoso. Sentíase el crujir de la cama con las sacudidas fieras de aquel miserable cuerpo. Estábamos en Diciembre. Hacía un frío cruel. No me atreví á coger mis ropas, que dejé al acostarme junto á la cama, sobre una silla... No me atreví por miedo de que se enroscaran otra vez á mi cuerpo aquellas dos culebras negras de sus brazos. Tiritando de horror y frío, vi la luz apagarse. Quedamos á oscuras. Como si la luz extinguida súbitamente en la habitación hubiera ido á iluminar con la misma rapidez mi cerebro, anduve silenciosa, á tientas, hasta salir del cuarto...

Y el monstruo suspiraba, reía, aullaba, lloraba y retorciase. Pensaba yo que la mujerona dormía fuera de nuevo, que el tío Salvador no había regresado, que los vestidos que me quité para ponerme el luto estaban en una alhacena, sin cerrar, en la alcoba de la tía. Llegué á tientas á la alcoba, cogí en un puñado mi vestido viejo, me lo puse febril, de cualquier modo, calcé mis antiguos zapatos, sin atarlos, sin pensar en las medias, con el temor de que el tío llegase, con la incertidumbre angustiosa de que la tía me sorprendiese, busqué con ansiedad bajo la almohada, cogí la llave, me deslicé como una sombra, sin sentir ya el

frío, temblando, calenturienta, latíendome el corazón como si fuese á saltar. Introduje la llave... Abrí... ¡Libre! ¡Libre! Y corría velozmente, pareciéndome escuchar en mi fuga terrorífica los suspiros, los sollozos, los aullidos, las maldiciones y el crujir de huesos de la espantosa mujer.



XX

Verdaderamente fué dramática mi aparición ante Carmen por la hora y la manera en que me presenté. Serían las cuatro. Los faroles estaban encendidos aún; las calles desiertas. Tuve la suerte de no hallar á nadie en mi veloz fuga desde la casa de los tíos á la mía. Fué Carmen precisamente la que abrió, advertida por mí, con un gran repiqueteo en los cristales de su ventana y súplicas angustiosas de que abriese pronto, pronto. Salió alarmadísima, desnuda, con el terror y el asombro pintados en el semblante. Me abracé á ella sin hablar y entramos así en su sala. Le conté allí, entrecortadamente, á grandes rasgos, lo que me había ocurrido desde que salí de mi enfermedad. Temblaba ella de horror y coraje, y acercando la luz á mi cara, pudo observar, con sorpresa, el cambio inmenso operado en mi persona desde que no nos veíamos. Me lo dijo con

aquel salado gesto que tanto la favorecía: — Las pesadumbres *me llenaban*. Mi cara parecía una rosa, y mi cuerpo no parecía, sino que era un asombro. — Y no sé qué palabras añadió entre dientes, que no comprendí, pero me figuré que aludían á la «cochina vieja, sinvergonzona». Tendréis que dispensar el lenguaje de Carmen, que yo copio textualmente alguna vez en gracia á su corazón inmenso y á su virtud incomprensible en una criatura sin padres, abandonada de todos, aquella virtud que era su pensamiento único, la Egeria de todos sus actos. — Vivirás conmigo — añadió bruscamente para concluir.

Respiré al oirla sin pensar entonces en lo poco que hubiera costado al tío Salvador llevarme de nuevo á su casa cuando le conviniese. Parecía Carmen muy pensativa oyéndome contar la escena de aquella noche y mi escapatoria. Llegó en esto la hora del trabajo. Carmen se había vestido. Yo me arreglé un poco. Dejamos la casa sin hablar con nadie. Fué un acuerdo prudente para no dejar huella alguna caso de que el tío Salvador, á instancias de su mujer, siguiese mi pista. Cuando estuvimos en el despacho, el señor García, *tío Boega*, encargado de la fábrica, interrogó con su gruñido de cerdo en sazón la causa de mi ausencia. Contestó Carmen por mí. Mi abuela estuvo mucho tiempo en cama y había muerto. Hizo el otro un signo de que podía pasar al trabajo. Mi presencia en los telares fué un acontecimiento. A

los cinco minutos sabíase mi historia de tres meses, engalanada y aumentada por la inventiva de la imaginación fértil y novelesca de Carmen. No hubo quien no se condoliera de mí; no hubo quien no me saludara con una maldición para mi tía de pega. Naro me miró con su dulce quietud, produciéndome como siempre singular impresión. Juana Montero no estaba en su sitio. Sus telares los tenía otra mujer. Cuando yo, atónita, pregunté á mi amiga sobre el particular, me dijo rápidamente, no por señas de que las otras se hubiesen compenetrado, sino uniendo su boca á mi oído, que no hablase de Juana á nadie, ni á Naro siquiera.

No hice cosa alguna. Sentada al pie de un telar pasé el día. Mi telar lo habían dado. El celador ofreció tenerme uno para el día siguiente al lado de los de Carmen. Me daría uno de la *Mística*. La que los tenía era *poca cosa* para tres máquinas. Me hablaban las compañeras de la divina Ángeles, de su falsedad, de sus manejos viles, de sus cochinadas. Yo permanecía en silencio, fija la vista en el suelo pegajoso, apoyando en las manos mis mejillas. Allí, en el suelo negruzco y resbaladizo de un callejón de telares, se me apareció mi abuela con su faz augusta y dolorida, como la vi en momentos solemnes, antes que muriera, hermosa como jamás estuvo en vida, cual si el sello fatal que nublaba siempre su rostro hubiera desaparecido en su última hora, dejando allí el alma, al

irse desprendiendo de la materia, un destello de su hermosura. Se me apareció tendida, no como la divina Ángeles díjome algunas veces que se le apareció á ella, lanzando lamentos lúgubres y arrastrando hierros que sonaban tétricamente. Aparecióseme como una imagen consoladora, sin hablarme, sin mirarme, muerta, muerta. Sin mirar, sin hablar, pareció decirme, no obstante, en un lenguaje misterioso que Naro hubiese entendido con seguridad mejor que yo aún, que resistiese con entereza mis pesadumbres. No sé qué hálito tierno de bondad y ternura sentí que me rodeaba entre aquel estrépito infernal de telares en su teje-manaje sin fin, y lanzaderas en su correr loco de acá para allá, interrumpido con los golpes agrios de sus cajas.

Se fué la imagen, y al levantar yo la cabeza doliente, hallé unos ojos febriles clavados en los míos. Conocía bien aquella mirada, pero nunca había tenido tal expresión ni intensidad. Acercáronse lentamente aquellos ojos á mí; sólo veía su destello; lo restante, la cara pálida, la figura infantil, todo aquello lo veía borrosamente, lo presentía como una nube, confundido, alejado por el resplandor de aquella mirada. ¡Oh, Narito! No estrechó mi mano, no me habló de mi ausencia como los otros, ni de mi tía. Se inclinó á mí y dijo estas palabras sin forzar el tono, pero oyéndole yo como si una voz grande como el cielo resonara en todo mi ser:

— Era ella, ¿verdad? Te vi. — Sin darme tiempo á responder, se fué al telar donde antes estaba. Permaneció allí algunos minutos... Vino otra vez hasta mí, mirando cauteloso, como con temor de que lo sorprendieran, y como si no pensase ya en lo que anteriormente había dicho, habló así de nuevo con una gravedad impropia de sus años:

— Es mala, mala. Los buenos se mueren, tardan mucho ó poco, pero se van antes que los malos... Se los lleva... — Y señaló á la altura, donde tal vez habría algún ser superior familiar suyo.

Hubiera creído en cualquier ocasión que Naro aludía siempre á la misma persona, por la ilación escasa que había en sus palabras. Pero ya estaba él seguro de que yo no confundiría sus pensamientos: primeramente me habló de mi abuela; después, de mi tía.

— ¿Por qué es mala? — pregunté reflexionando entonces que en los tres meses que estuve al lado de aquella mujer no me gritó, no me pegó, no me injurió con palabras soeces. Pero él movía la cabeza con lentitud, repitiendo:

— Mala, mala... Te hará padecer mucho. Os hará padecer á todos.

Sentí un malestar indescriptible. Le miré temblorosa. Pero él añadió, mirándome sonriente, con una fe de iluminado:

— No le hace. La abuela mirará por ti.

Estas palabras coincidían con aquel hálito tierno y piadoso que yo había sentido junto á mí mo-

mentos antes. Sea lo que fuere, recobré al punto mis energías de costumbre.

No se habló más de aquello ni de ninguna otra cosa. Sólo una pregunta le hice: la recuerdo en este punto.

— ¿Y Bonet?

— Allá — dijo; — y señaló con la mano abstráidamente, no sé si al cielo ó al fondo del salón.

Me dió Carmen la mitad de su desayuno; lo mismo hizo cuando tocaron á la tarde para comer. Pero sin la comida de Carmen lo hubiese pasado perfectamente, porque fué monstruoso lo que la exageración popular, como de costumbre en ocasiones, hizo esta vez, inspirando á cada una de las cincuenta mujeres que teníamos más cerca, el pensamiento piadoso de cederme la mitad de su comida, como lo había hecho Carmen. ¡Válgame Dios! No podía desairar á ninguna. Tuve, en torno mío, pan, pescado frito, tortillas de patatas, huevos, ensaladas de cien clases, carne y otros mil artículos, condimentados y sin condimentar, que la pluma inepta no puede ir estampando con sus nombres auténticos. Había allí vitualla para comer un año, y no sé lo qué hubiese sido de Paca Cielos, si Carmen, la mismísima Carmen, no se cuadra delante de mí, á guisa de muro que me defendiese contra aquel aluvión, y no se pone á decir y á repetir, gesticulando y manoteando, en el lenguaje nativo por excelencia de las dos fábricas malacitanas, si no les parecía ya tanta comida para una

mujer sola un *puro pitorreo*. A las viejas de las pacas se les dió aviso y llegaron al pie del telar por aquel monumento de sabrosa manduca. Excuso hablar de su festín.

Tarde, mucho después de haber encendido el salón, cuando las mujeres, sin detener sus máquinas, cambiaban con rapidez las sayas del trabajo por los vestidos de calle, viéndose allí, durante algunos momentos á la luz vigorosa del gas, contrastando con el acero pulimentado de las máquinas, centenares, miles de torsos, espaldas y senos femeninos que hubiesen enloquecido á la misma Abundancia y á la misma Belleza, todo hermoso, blanco ó moreno, en la más incitante robustez, armonía y encanto de la forma; cuando la gran máquina motriz iba deteniéndose con lentitud de fiera cansada, y los ejes de las transmisiones, las ruedas, las poleas, los correaes, las máquinas de mil formas iban con la propia lentitud, cesando; cuando el salón recobraba lentamente también la sonoridad acústica que el enloquecedor ruido de aquellos centenares de miles de fauces de acero le robaba durante el día; en aquella hora, Carmen, metiéndose las enaguas cuidadosamente para no deshacer su peinado, después de cambiar su corpiño, vuelta de espaldas al celador, que le tenía *las de Catn*, dejándome ver con indiferencia suprema un nacimiento de garganta y dos pechos graciosísimos, de más valor, sólo por su virginidad, en la podredumbre de aquel antro de demonios,

que el mismo salón y la fábrica entera, con todos los millones de sus máquinas, de su algodón y de sus tejidos, díjome, poniendo su tono al diapasón de las máquinas, que iba amortiguándose:

— Se han casado... ¿Entiendes?

XXI

Ibamos á verlos. Era cerca. Habían tomado habitación en la plaza de Mamely, una casa preciosa, donde vivían con mucha comodidad el matrimonio, el abuelito y Naro. Narito y Bonet habían llegado ya. No comieron esperándome. Tenía Juana la seguridad de que iríamos. Corrió á mí, al verme, y me abrazó muy conmovida. Salió en esto Bonet, que estaba en su cuarto, y vi también conmoverse su cara franca y seria. Cuando Carmen, en tono pintoresco, algo más pintoresco de lo que tal vez hubiese convenido, le contó mi historia de tres meses, Juana lloraba y deshacíase en improperios contra la mujer del tío Salvador. Narito mirábanos silencioso. Su semblante dulce, de una tristeza sonriente por lo común, parecía muy sereno.

Bonet quedó pensativo. Juana le miraba ansiosa,

como si esperase de él algo de importancia en mi favor. Nadie se había atrevido á hablar con franqueza; pero giría Paca Cielos otra vez á casa del tío Salvador? Esta pregunta fué la que expuso Juana Montero sencilla, valientemente. «Sin duda que no». Así contestó Bonet al punto, sin reflexionarlo. No contestó él, fué su alma. La Montero, Dios se lo pague, se puso muy alegre. Si no iba á casa de los tíos, tendría que ir... tendría que vivir en alguna parte... ¡Pobre, una muchacha sola! ¡Cómo lo estaría pensando Frasquita Cielos en la otra vida!

— Conmigo, que venga conmigo — saltó Carmen.

Pero Juana cortó su entusiasmo prontamente. ¿Con Carmen? ¡Eso hubiera querido Carmen! Las dos muchachas juntas, no era igual. Necesitábase una sombra fuerte de hombre, ante el cual el tío Salvador y la divina Ángeles mordieran el polvo, si querían acaso oponerse. Aguardamos anhelantes. Ya sabíamos en lo que iba á concluir todo, pero estábamos conmovidos. Bonet exclamó algo confuso:

— Con Carmen, aunque te quiera como nosotros, no te convendría. Yo no valgo nada, pero si no tienes sombra que valga más que yo, buena es la mía. Paca Cielos, lo mismo da; que vengan á reclamarte, el tío Salvador ó su mujer. Nos entenderemos.

Juana le abrazó llorando. No tuvo más que esta

frase: «Eres un hombre». *La Corza* empezó á dar brincos de alegría, como un verdadero diablo. Narito me miraba con su risa misteriosa, como diciéndome muy callado: — ¿No te lo dije? ¿Ves cómo la abuela mira por ti?

Cogí las manos callosas de aquel hombre con una fuerza que no sé de dónde salió, y aunque se opuso rudamente, las besé agradecida.

— ¡Noble muchacha! — murmuró acariciando mis cabellos, como lo había visto hacer muchas veces á mi abuela. Con seguridad, pensaba en la pobre esfinge en aquel instante. — ¿No tendrás celos, Juana? — añadió riéndose. Ella se echó á reir con mucho garbo, y me besó ruidosamente, aunque no tenía costumbre de expansiones exageradas.

Carmen era feliz, viéndonos contentos. Se con vino desde el primer instante: todas las mañanas tocaría en la puerta al pasar para el trabajo; yo estaría prevenida, y andandín. Nada tendríamos que ver con los varones, ellos que fuesen á la fábrica solos ó acompañados cuando quisieran. Aludía á Bonet y Naro. La comida me la quiso preparar Juana. «Le sería fácil, á la par que la de Naro y el marido».

— ¡Primero la muerte! — gritó Carmen de pronto, con su divino y sin igual tacto. — Ella come conmigo; de mi comida, aumentándola más, comerá ella, costándole muy poco. ¡Dios! Estaría bueno que una chicuela, aprendiz casi, fuese á comer

como el señor Bonet, un personaje, montador mecánico, con un jornal de once pesetas. ¿De dónde lo pagaría?

De aquel modo gracioso y hábil, puso la sin igual criatura el dedo en la llaga, dándonos á entender bonitamente que allí no se trataba de sostener á un parásito... Y su propósito juiciosísimo era que la protección resultase más eficaz, no teniendo que poner el protector dinero encima. «Un cuarto, el más apartado y ruin, y el cuarto no se pagaba por no ofender la generosidad y delicadeza de los señores.» — Vaya; á ver el cuarto.

Nos echamos á reir, oyéndola, pero el cuarto fué visto; una salita al final del corredor, algo apartada, pero no muy lejos de mis amigos y nada ruin por cierto.

Nadie pensó hasta entonces en cenar. Cuando todo estuvo hablado, fué Carmen hacia la escalera, vivamente, con su rapidez de cervatillo.

— Ea, á cenar, señoras y caballeros; yo corro también, que estoy muriéndome de gazuza. Paca, chiquilla, á ti te obsequian esta noche y mañana también. En cuanto yo cene, voy y te compro luto; ya verá: mañana, cuando yo pase para el trabajo, *pon, pon...* golpe á la puerta; y os dejo el luto... Lo hacéis mañana mismo; si no da tiempo, que ayude una mujer. Pasado mañana, al trabajo. Ya lo sabes, vengo por ti. Hay que ganar la man-duca — y se fué, saltando alegremente.

Se hicieron las cosas como ella dijo. Tuve el luto. Fuí al trabajo; cosa extraña; nadie pareció en la casa de la calle del Tiro, ni en la de Bonet, inquiriendo por mí. Yo no salía los domingos, temiendo un encuentro con el tío Salvador ó una asechanza de su honorable esposa. Pero no me importaba no salir.

Era una casa de mucho atractivo; tenía un patio con honores de huerto. En el fondo del huerto, bajo un gran emparrado, colocábase el abuelito en su viejo sillón de vaqueta. Nos resguardábamos también cuando convenía con unos árboles frondosos en todas las estaciones, y al mismo tiempo nos confortaba un suave calorcillo. Me era más agradable aquel lugar que la bullanga de la plazuela de Mamely, que yo conocía bien, por tratarse de un sitio idéntico á los mil del barrio trinitario.

Las mujeres sentábanse en las puertas con los novios, muy pegaditos, retrepados en su silla, con el pelo á las sienes y el puro en la boca. Los borrachos mascullaban las palabras, en grupos, acá y acullá; las tabernas hervían de hombres y vino; las mocitas paseaban, con sus faldas almidonadas, sus cuerpos claros y sus flores en el pelo, como un resplandor en la frente de una imagen.

Nada de esto me cautivaba como la paz de aquel rincón del huertecillo, donde pasábamos muchas horas junto al sillón del abuelo de Juana, Naro y yo particularmente. El abuelo nos contaba gran-

des cosas. Allí había enjundia. ¡Vaya unas historietas saladas y unas guerras interesantes del francés y el español y el moro y el cristiano! ¡Y cada cuentecito que se chupaba una los dedos de gusto! Y detrás de cada cuento, ejemplar siempre, una sentencia que era su mayor encanto. ¡Buen viejo! En su cara pálida, en sus ojos tranquilos, en su voz dulce y firme, contrastando con su cuerpo inerte, advertíase la paz del deber cumplido. Lo repitió á menudo; pasó allí los dos años más felices de su vida. Acompañábanos Juana, cuando sus ocupaciones se lo permitían. El hombre de la República era también un frecuente y gran contertulio. ¡El hombre grande! Nunca fué tan feliz. De Carmen no hay que hablar: siempre llegaba con alguna noticia de sensación. Un domingo entró diciendo que se habían llevado en un *santiament* todos los muebles de los señores de Alcudia, quedando la casa cerrada de nuevo. Había sido esto un sábado. A ella le diéron la nueva por la noche, al llegar. La *señá* María, que vió el ajeteo de hombres echando fuera y cargando chismes, preguntó por los señores de Alcudia, y no dijeron una palabra. Nada sabían. La *señá* Caballero pudo entresacar que los muebles habían sido comprados por un almacenista alquilador de la calle de Beatas. Temblé de pies á cabeza, mientras Carmen estuvo hablando de esto. Al punto quise salir diciéndola que me acompañara. Mi pretensión era buscar á todos los alqui-

ladores de aquella calle hasta dar con el comprador de los muebles de los Alcudia y preguntarle por la señora y su hijo. Pronto caí abatida. Me hicieron ver que era día de fiesta y todo estaría cerrado. El lunes por la noche, fuimos sin detenernos al salir de *La Aurora*. Nuestro trabajo fué inútil. Ningún alquilador de muebles de la calle de Beatas había hecho compras en ninguna casa de la calle del Tiro. Era desesperante.

Con más ó menos éxito, procuraba yo ocultar mis impresiones. No sé hasta qué punto lo conseguía. Sólo he de afirmar que con Naro no era posible el disimulo. No podía ocultarle nada. Era asombrosa la penetrabilidad — lo diré así — de aquel cerebro, sin querer, inconscientemente, como condición innata del niño. Sabía él bien — porque lo dije en muchas ocasiones, sin ocultarme de nadie, — que era atroz aquello de que los niños tuviesen que aprender por fuerza, lectura y escritura.

En broma ó en veras, es la verdad que yo hacía estas afirmaciones á los quince años, ni más ni menos que cuando empezaba á tener uso de razón. Pues bien; una noche nos quedamos solos un instante. Juana acostaba al abuelo. Bonet había salido. Naro parecía absorto en alguna idea. Yo nada dije; mi silencio no era de extrañar, por la preocupación honda en que vivía, desde que Carmen fué con la nueva de los muebles vendidos y mis pesquisas inútiles. Más tarde tuve noticias

de que Bonet, sin decirme nada, las había hecho muy formales, con el mismo triste resultado.

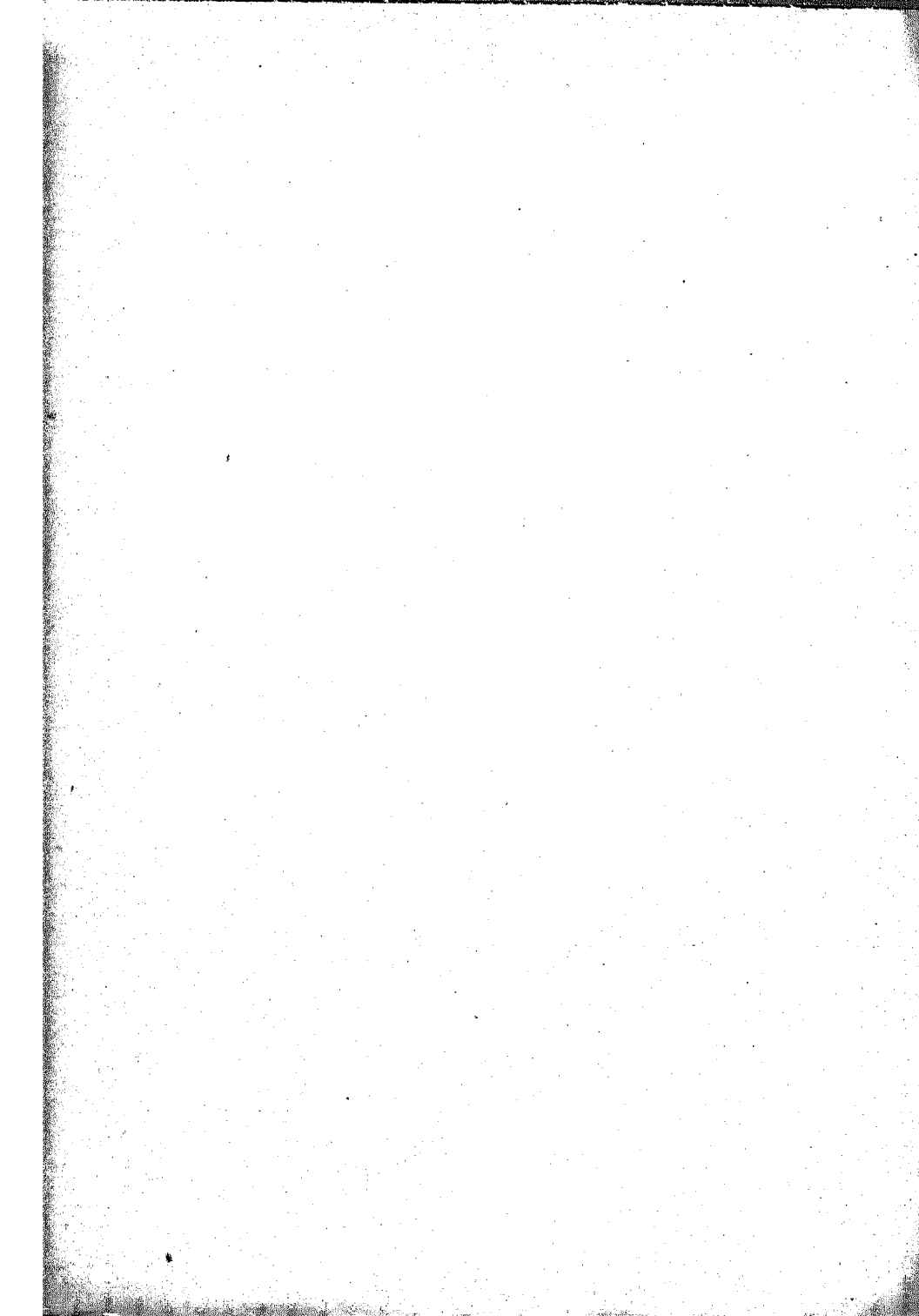
Aquella noche me sacó Narito de mi abstracción diciéndome sencillamente: — Mira, Paca — y me hizo levantar la cabeza. Le miré como me pidió, y añadió sonriendo, con mucha lentitud: — ¿Cómo te las arreglarías si Pepito te escribiese una carta? ¿Cómo la leerías? ¿Cómo la contestarías?

Aquellas palabras fueron como una maza de bronce con que aplastasen mis sienes. Quedé mirándole de pronto como si el mundo se me hubiera caído encima. No contesté, no supe, no pude. Fué aquello como la revelación, para mí, de que estaba ciega, de que estaba muda. Naro no dijo más. Se levantó, salió sin mirarme.

No dormí aquella noche. Sentía un desprecio grande de mí misma. Seguía creyendo estar ciega, pero ciega por mi culpa. Invocaba con arrepentimiento los nombres de don Gabriel, de mi abuelita, del mismo Pepe Alcudia, cuyas cartas, ¡ay Dios!, no sabía leer, ni las contestaría, por no saber escribir. Las figuras de doña Adelina, de doña Asunción, de don Lorenzo Mancebo, desfilaron con ademanes trágicos en mi mente exaltadísima, condenándome y despreciándome. Al otro día, en la fábrica, Naro no me miró ni me habló. Comprendí entonces, como nunca, su inmensa superioridad sobre Paca Cielos. No me atrevía á mirarle. Algunas veces se dirigían á él, como pidiéndole perdón, mis ojos encendidos del

llanto. Carmen, Juana, el mismo Bonet, advirtiéndome mi conmoción, preguntáronme. Yo no respondía. Ya de noche, en la casa, Naro me buscó cauteloso; díjome bajo, muy bajo, con su voz dulce, que oí yo como si bajara del cielo:

— Ea; no llores. Yo te enseñaré.



XXII

Fué un delirio. Inmediatamente tuve un silabario. Me lo compró Narito. Le miré, le dí vueltas, pensando con estupor que pudiera estar allí *toda la sabiduría* necesaria, para aquella cosa tan difícil y singular de poder enterarse del escrito de un joven y saberlo contestar. No dejé á Naro en todo el día. Le hice mil veces que me explicase bien los nombres de aquellas letras gordas que tanto había yo mirado en la escuela de reojo, con desdén absoluto, en apariencia, pero con terror invencible, en realidad. Narito sonreíase malicioso. Había esperado mucho tiempo la coyuntura, pero dió el golpe en firme. ¿Qué carácter era el de aquel muchacho? Estaba cierto, yo había de aprender lectura y escritura, pero no me habló jamás de ello, sabiendo el modo de pensar mío y mi condición arisca y huraña, muy particularmente, como se tratase de aquel asunto peligrosísimo. Esperó bien

la oportunidad y fué sobre seguro, sin largas explicaciones para convencerme. Sólo con una pregunta. El silabario fué desde entonces mi inseparable compañero. En la fábrica, en la casa, en el huertecillo, para comer, para dormir, en el pecho, en la canastilla de la merienda, en el telar. Cuando Naro tenía qué hacer, me iba á Juana. Cuando Juana no podía, á Carmen; hasta el abuelo entendió no pocas veces en mis lecciones; el mismo Bonet no pudo escaparse de las acometidas de aquella discípula feroz. ¿Lo creeréis? Bonet, aquel hombre serio, adusto, que parecía sin cesar absorto en mil preocupaciones, con sus trabajos y sus libros, era quizás el que con más paciencia dejáballo todo para atender á mi lección, riéndose de mis buenas disposiciones y comentándolas alegremente. Le admiraba mi tenacidad, que tanto contrastaba con mis *demoledoras teorías* de otro tiempo. A los tres meses leía á la perfección. En la escritura estaba muy mal, pero no desmayé. Acometía todas las noches valientemente, con furioso ímpetu, sin cejar, sin acobardarme, poniendo unas planas aterradoras, horribles, de borrones, y quedándoseme los dedos, como negritos africanos de la mayor autenticidad. A los seis meses, lo digo con orgullo, había triunfado. Pero ya no fué bastante aquello, y un profesor, escogido por Bonet, iba todas las noches. Era hábil, de gran experiencia, y supo aprovechar aquella disposición mía, aquel ansia indescriptible de saber que me inspiraba el

recuerdo glorioso de mi amigo, y la vaga esperanza de que me encontrase algún día digna de tender hacia mí sus ojos protectores, desde las alturas que ya, seguramente, estaría escalando.

El tío Salvador no daba cuenta de su persona. De la tía Ángeles nada sabíamos tampoco. ¿No era para extrañarse? Cuando yo hablaba de ello á Bonet, movía la cabeza indiferente. Así íbamos por la vida, siguiendo cada uno nuestro carril, que parecía entonces como si Dios hubiese tenido intención de llevarlos siempre juntos. Carmen alegre, dicharachera, dichosísima. Naro, con sus fantasmagorías místicas, el abuelo en calma, por no haber nube alguna en el hogar, y yo, con mis lecciones, con mi trabajo, con mis recuerdos. El señorito Alcudia y mi abuela eran dos sombras misteriosas que iban siempre conmigo. No daba yo un paso sin que ellos lo diesen al par que yo; no concebía un pensamiento, sin que ellos lo concibiesen también. Nunca fui inclinada á las malas ideas; pero estoy segura, si alguna vez lo hubiese sido, mis dos sombras buenas hubieran estado allí, para apartarme del mal sendero. Me acostumbré á esta vida de quietud y paz, animada y consolada con la protección de aquel matrimonio, al que rendía culto ferviente dentro de mi corazón reconocido.

No disfrutó nadie en el mundo la dicha que disfrutaron estos dos seres. Bonet era trabajador, animoso, honradísimo... Hasta parecía haber per-

dido mucha parte de aquella adusta seriedad que, sin saber por qué, me disgustaba un poco. Ella era hermosa, fina, jovial, los dos jóvenes. Al pasar por aquellas plazas y alamedas en las tardes festivas, debajo de aquellos árboles, misteriosas moradas de miles de pájaros, hacía volver el rostro al transeunte, él, con su traje flamante, su rostro blanco, enérgico, su bigote finísimo; ella limpia también, blanca, gallarda, con sus cabellos dorados, recogidos con donaire de andaluza, y su cara seria de mujer feliz, que sabe apreciar su dicha y le da por ella gracias á Dios.

Esta dicha fué colmada con otro encanto: la mujer se sintió madre. ¡Con qué graciosa majestad supo ser madre, desde el primer momento, la criatura blanca y dorada! Mientras Bonet no conoció á Juana, Naro fué su idolatría, su afán, su único amor. Naro, de todos modos, era su locura. Aquel hermanillo fué un legado que le dejó su madre. Al morirle le recomendó, diciéndole: «Te lo dejo; no tiene á nadie en el mundo!» No sólo le amaba por su madre, sino por él, por Naro mismo, que poseía el secreto misterioso de cautivar los corazones. Siendo Juana generosa y leal, siendo Naro tan dócil y prudente, no resultó en el hogar un intruso. Fué otro para amar y que le amasen. ¡Qué alegría la del hombre, al convencerse, después de casado, de que la mujer amaba al niño y de que el niño los amaba á los dos como á él le amaba antes! Al amor que Juana demostró al niño correspon-

dió el alma grande de Bonet con una sumisión respetuosa al abuelo.

No salía Bonet de su hogar, como no fuese para ir á la fábrica. Mientras no trabajase, le hallarian en él. Era su hogar templo precioso donde tenía sus dioses, donde estaba siempre su espíritu, si no podía con su presencia real. La vida de Bonet era su amor, su trabajo y sus libros. De una nerviosidad exagerada, de un sentimiento exquisito, su corazón, sin él saberlo, era un artífice admirable, entretenido incesantemente en hacer del nudo real otro nudo, de la vida verdadera otra vida, de las pasiones humanas otras pasiones... El mundo era para él un paraíso; la vida, una ilusión; las pasiones, santas, bellas... Y todo esto lo tenía en su hogar, en su mujer de cabellos dorados, con su alma grande y sus ojos profundos, dulces, aquellos ojos que eran la gloria, la verdadera gloria del cielo, puesta por Dios en la cara de Juana.

Ya lo sabéis: Bonet era aficionado á los libros; leía, leía mucho, quizás con menos orden del que á su imaginación fogosa conviniera, que así como una mala higiene puede minar un cuerpo robusto y destruirle, es fácil el desequilibrio moral en un ser superior de inteligencia mal cultivada. Yo entonces no podía darme cuenta de muchas cosas. Después, más tarde, una triste experiencia me hizo reflexionar lo peligrosas que pueden ser algunas lecturas para hombres como Bonet, aquel generoso utopista, aquel soñador impenitente. Pero

¿qué iba á remediarle?... Él no escogía sus libros. Por fortuna, allí entonces no había más sanción ni más crítica que la de Juana, con una intuición inconcebible de lo sano, con un horror inconsciente á todo cuanto pudiera ser nocivo á las facultades puras de sentir y pensar, no sólo de Bonet, sino de ella misma. Le gustaba oírle leer y empaparse en lo que oía, concienzudamente, con el reposo y sosiego de la mujer que sabe la misión que le corresponde en la familia. Por esta causa, de una manera insensible fueron alejadas de la pequeña biblioteca de Bonet ciertas obras á las cuales Juana sólo oponía un salado gesto. Las obras de viajes puede decirse que fueron las únicas respetadas: las narraciones de los grandes viajeros tenían para nosotros un encantador atractivo, y pasábamos largas horas en las noches de invierno, olvidados de todo en su lectura. Junto á estas páginas científicas y encantadoras al mismo tiempo, guardaba Bonet, y respetó religiosamente el escrutinio femenino, los libros de Víctor Hugo, no todos, para hablar en justicia, las obras de Walter Scott, el cantor romántico de la vieja Escocia, y las de Fenimore Cooper, el adorador sumiso y admirable intérprete de los misterios de las praderas. Dickens no sufrió tampoco persecuciones. Dumas, el gran farsante, — como Juana Montero le llamaba, ya supondréis á qué Dumas me refiero, — fué preso é incomunicado, y con Dumas, otras piezas peligrosísimas que había que coger con tenazas, yendo entre ellas, á

prisión é incomunicación de por vida, ciertos *Estudios* de Lassalle, Discursos de Hyndman, un libro de Augusto Bebel y folletos traducidos al español no se sabe por quién y llegados á la casita de la plazuela de Mamely no se sabe cómo, de Karl Kautsky, Guesde, Ferri (Enrico) y Karl Marx, en fin, y su satélite español, Iglesias. Bonet veíala hacer riendo, ó hacía como que no se enteraba. En realidad sentía orgullo de que Juana fuese su mujer. Era un trabajador, tenía por fuerza que casarse un día ú otro con una trabajadora; pero nunca había soñado que pudiera dar con una trabajadora como Juana. Ciertamente, no había nacido ella para esposa de un obrero, es decir, había nacido cuando lo era; lo que no pensó Juana nunca, fué que llegara á serlo. Hija de unos industriales acomodados, ya lo sabéis, pasó en la holgura su niñez y parte de su juventud. Su educación, sin ser muy esmerada, había dado fruto. Era una joven que sabía un poco de varias cosas, pero lo bastante para haber formado juicio justo de ellas y haber presentado la verdad de otras que no sabía. Supo apreciar por esto la lección triste de su juventud, la quiebra, el hundimiento, la ruina de su casa, golpe tras golpe, la muerte *ejemplar* de sus padres, la humillación, la miseria, el abandono de sus parientes ricos, el trabajo manual para atender á sus necesidades perentorias, su separación del medio en que hasta entonces había vivido, el trato con otra sociedad más humilde, la vecindad mo-

desta de trabajadores; y como una lucecita dulce, primer consuelo y primera alegría después de la catástrofe, la amistad noble de Carmen y Paca Cielos, su amistad más tarde con Bonet y Naro, el amor de Bonet seguidamente, el casamiento luego, casamiento sin amor por parte de ella, por lástima á Narito, por lástima á Bonet, por lástima al abuelo, entristecida de la soledad, del abandono de aquellas tres criaturas y aun de ella misma, viéndose sola, sin parientes que la amparasen, sin porvenir... Un casamiento á lo que Dios quisiera, como ella decía, granito de simiente que se arrojaba en terreno poco adecuado, pero que germinaría al fin, espléndido, como sol de soles, que brota á la vez por ocaso y por oriente y alumbra en un día mágico, eterno, sin noches, los espacios y los mundos.

XXIII

Como Bonet no salía nunca, le instaba ella alguna vez á que lo hiciese, con ofrecimiento modestísimo de sustituirle en la lección á Naro. Era Bonet dócil; salía, pero de tarde en tarde, al café ó al teatro. En esas noches se consagraba Juana á Naro y á mí. El abuelo acostábase temprano y pocas veces concurrió á estas veladas de estudio, en las que solía yo pensar á ratos, abstraída-mente, con inmensa gratitud, en mi buen sino, aunque se turbara á menudo con hondas vicisitudes. Confieso con modestia que debo á esta mujer sin igual, más que á Bonet, tanto como á Naro, más que al mismo Pepito Alcudia, mi serenidad de alma, la seguridad de mis decisiones, mi conocimiento, en fin, de la vida. Mi intenso afán de aprender y mi admiración por ella, lograron un fenómeno rarísimo: que lo que yo tuve siempre por una cosa inverosímil, inaudita,

sucediese con una sencillez y facilidad que no podía explicarme. No sé de qué manera sucedió; me parecía un sueño fantástico aquello de que yo pudiese coger un libro y embeberme en su lectura horas y horas, sin pensar ya ni remotamente en los trabajos sufridos para conocer las letras. ¿Quién pensaba en eso? ¡Ah, pero la carta suspiradísima por la cual yo aprendí á leer, aquella carta ¡triste de mí! no se había escrito aún! ¿Qué fué de aquellos seres amados? ¿De aquella señora pálida y grave que con tanta seriedad y ternura ordenó al señorito Alcudia en dos ocasiones solemnes que me besara? ¿Qué había sido de aquel muchacho generoso y amigo fiel? No, no pensarían en mí. ¿Quién era yo para que me recordasen? La señora pensaría siempre en su querido muerto. sin hacer memoria para nada de la pobre chiquilla torroxeña; y Pepito, el amigo lloradísimo de mi corazón, encontraríase ya dispuesto, arrogante-mente, con aquel uniforme tan lindo, cuya descripción en tantas ocasiones le oí, para alcanzar gloria, conquistando los reinos y tierras consabidas. No pensabas en mí, ¡oh, Pepito Alcudia! ¿Por quién querías ser rico entonces, además de tus padres? ¿Y aquella protección con que me brindabas? ¿Y aquellos tus magnánimos ofrecimientos de rey? ¿Y aquella casita de flores en el campo, ó en la playa, á la orilla del mar, donde más me agradara? ¡ay, Dios!

Estas ideas nunca alejábanse de mí. El trato

perenne con Narito, que era todo humildad y ternura, la franca y seria amistad de Bonet, y, más que todo, aquella manera de razonar de Juana Montero, el religioso fervor que ponía en todo lo de su casa, en su familia, en mí, sus ideas serias, sus sentimientos elevadísimos, expresados sencillamente, sin alardes, sin retóricas, á que su condición fué siempre bien ajena, todo esto, á la vez que yo fuí compenetrándome de mis libros, abría horizontes vastos ante mí, sin que yo lo pensase, sin que yo lo supiese, sin que yo lo pretendiese, dándome fijeza, enseñándome á reflexionar, á buscar el sentido de las cosas, haciendo adquirir, en resumen, á mi ser moral un aspecto nuevo. Al mismo tiempo, mi desarrollo físico avanzaba de un modo que hacía arrancar á Carmen ciertas bromas, que me parecían en ocasiones muy picantes.

Esperaba á mi amiga siempre, para irnos juntas á *La Auróra*. Llamaba ella, salía yo, llegábamos á la fábrica muy pronto, entre aquel tropel inmenso, aquel marasmo indescriptible de hombres y mujeres, que entraban á trabajar al mismo tiempo que nosotras. Nos poníamos al trabajo. Narito, que llegaba siempre un poco después, en su telar — le habían dado, hacía pocas semanas, otro de los de la Montero; — yo en medio — tenía ya dos telares — y la *Corza* á mi otro lado, con los dos que siempre había tenido. Poniendo mi mano en la llave, mis ojos en la lanzadera ó en el peine,

nadie me apartaba ya de mi trabajo, como no fuera para contestar á alguna pregunta de Carmen ó Narito. Tenía orgullo en parecerme á Juana, mi antigua maestra, y aunque me consideréis con excesivo amor propio, digo que lo conseguí. Jamás cometí una falta, jamás saqué un *casamiento*, ni una *marra*. Jamás hice una *pelota*, y si en algunas, poquísimas ocasiones, esto ocurría, era tan justificado, por el material malísimo ó deficiencia de las canillas, que el mismo celador me lo cambiaba dándose por satisfecho. Amé mis telares como algo humano que me tocara muy de cerca. Nunca confié á las aprendizas el cuidado de engrasarlos y limpiarlos; lo hacía yo, con tanto más gusto, cuanto más grande era el desdén que encontraban en estos degradantes oficios las demás maestras. Mi mano en la llave, digo, pronta á cualquier contratiempo, dispuestas tecla y tijeras, las máquinas iban sumisas, veloces, sin una rotura, sin una desviación, cundiéndome así el trabajo extraordinariamente. Llegué á entregar todas las semanas ocho piezas, cuatro de cada telar. Me las pagaban á ocho reales. ¡Oh, triunfo! Conseguía un sueldo de diez y seis pesetas semanales; un jornal de hombre. Podía estar orgullosa. Le daba tres reales á Carmen para la comida — comida bien sobria por cierto, — guardaba un real diario para mis ropas, lavandera y cualquier *empeño* que se me ofreciese; otro real para el profesor, á lo que añadía como gratificación al buen hombre los

tres reales que ahorraaba los días de fiesta comiendo con los Bonet... ¡asombraos! y ahorraaba tres reales diarios aún, que Bonet recogía para guardármelos, con una unción poco menos que religiosa.

Con un real tenía medias buenas, en profusión, ropa interior decentísima, varios vestidos muy primorosos, sin salir nunca de mi condición modesta de trabajadora. Fué mi época más tranquila. Hubiese sido feliz, muy feliz, sin aquella sombra imborrable en mi corazón y en mi pensamiento. Pensaba más en Pepito Alcudia y la señora, que en mi abuela y don Gabriel. Estos no sufrían, estaban con Dios. Pero los otros, ¿qué habría sido de los otros, hallándose entre los hombres?

Los que me habían conocido cuando entré en la fábrica á los siete años, se hacían crúces. ¿Era yo aquélla? Hablo de esto, no por alarde, sino por mi firme propósito de apuntar en estas páginas el último detalle, que hubiese podido influir más ó menos directamente en mi destino. Fué pródiga la naturaleza con Paca Cielos. Si en medio de los terrores, privaciones y trabajos que padecí bajo el yugo de la divina Ángeles, mi naturaleza se desarrolló, sin que pudiese apagar nadie su poderoso ímpetu, figuraos lo que sería cuando viví en paz serena, con mucha higiene, con un prudente trabajo corporal, con comidas sanas, aunque frugales, con noches reparadoras, de sueño y reposo, con mis amigos y mis libros. Juana lo decía

riéndose: «Desde que estudiaba, desde que leía, desde que mis pensamientos iban identificándose con otros pensamientos, desde que cultivaba en la medida posible mi inteligencia, desde que hacía, en fin, una vida más espiritual, algo de aquel espíritu mío, que abría los ojos, atónito, de tanta belleza y tanta luz, extendíase sobre mí, como un aliento invisible, afinándome, suavizándome, como si se me viese á través de un velo, que hiciera amortiguar asperezas, vigorizando á la vez y armonizando, como esos últimos toques imperceptibles que da el artista á su obra, y que son, sin embargo, el alma, la vida de ella, la perfección, en fin, del conjunto. ¡Ah, cuán cierto es que una inteligencia cultivada presta encantos á la misma fealdad, y hermosura á la hermosura misma! Mi pelo se hizo más oscuro y brillaba como mis ojos. Carmen decía que no estaba segura de que mis ojos fuesen verdes ó azules; y reía como una loca, asegurando que, si hubiese sido hombre, se enamoraba de mí, por mi pelo negro... negro, brillantísimo, y por mis ojos azules ó verdes... aparte de *lo demás*.» Y castañeteaba los dedos con un mómín indecente, muy propio de la calle del Tiro, que contrastaba con su condición de virgen — virgen del arroyo, pero inmaculadísima y pura, como las rosas y como el fuego.

Así dió á luz Juana, y así pasaron semanas y meses, sin otra novedad que la de ir acostumbrándose Bonet á la política, cosa que no podíamos

extrañar. Su corazón templado en la fuerza de todas las lealtades y todos los deberes, hubiera querido, aun á costa de sacrificios verdaderos, regenerar el mundo. Pero todo esto era nada, porque Bonet salía de casa con muy poca frecuencia, como siempre, é instigado por su mujer. No he conocido hombre más refractario á la sociedad de las gentes. Se lo dije en más de una ocasión y sonreía como asintiendo: «Hubiera querido regenerarlo todo, el hombre, el mundo, las cosas, pero desde una cámara oscura, bien clavada y reclavada, donde nadie supiese que él existía, embebido en el dulce *sport* de la gran obra divina y humana.»

Sin embargo, salía más que en otro tiempo... No voy á empezar, como acostumbran en las novelas, con la historia del desamor de uno de los cónyuges después de la luna de miel. Era lo cierto que además de su absorción en el trabajo y el estudio, le tomó el saborcillo al pensamiento de regenerar la patria por lo pronto, ya que no le fuese posible, hasta mejor ocasión, regenerar el mundo, y que pasaba buenos ratos con tal ó cual amigo, — tenía muy pocos — en amenas pláticas sobre la forma en que la regeneración había de empezar, mientras llegaba el momento de poner mano al asunto. No lo extrañéis. ¿Qué español no aspira en su fuero interno á convertirse en primer ministro de la nación un cuarto de hora, á fin de arreglarla en esos quince minutos? Son quince

justamente, media hora todo lo más, el tiempo que se necesita.

En cuanto á Juana, ni un solo instante había pensado que Bonet dejase de quererla, ni había dudado un solo minuto de la sinceridad profunda de su aprecio por Bonet. Estando Bonet fuera, no lo echaba de menos porque tenía confianza en él primeramente, y porque absorbía entonces todas sus facultades el chiquitín del hogar, que había venido al mundo para encanto y satisfacción de todos nosotros.

Algunas noches se acostaba Narito después de la lección y quedábamos Juana y yo esperando á Bonet, yo, con el pensamiento siempre en mi sombra adorada y ella en sus reflexiones tranquilas, pensando en el padre y en el hijo — sus dos hijos, — como ella afirmaba, el uno chiquitín, misterioso, como una burbujita de la tierra, y el otro grandullón y buenazo... ¿Le amaría ya? Tuve el atrevimiento de hacer esta pregunta á Juana y no me contestó, quedando pensativa. Pensando en Bonet y en el chiquitín, acordábase de pronto de Narito, sonreía confusa, y entrando sigilosamente en su alcoba, le besaba en silencio, mirándola yo hacer con un amor y respeto religiosos, de que Juana no se dió cuenta nunca. Se acostaba Narito más tarde algunas noches, y ella oíale sonriendo, después de la lección. Le hacía sonreír su charloteo de pajarillo. Hablaba de aquel trajín que tanto conocía ella, de máquinas, de engranajes,

de chumaceras, de bronces con sus cajas de aceite verdoso, para el que no era bastante todo el *esperdicio*. Su inteligencia precoz lo comprendía todo perfectamente, y explicábalo con unos giros pintorescos, sin desterrar nunca de sus labios cierta sonrisilla misteriosa y triste, que embellecía su cara pálida.

Veía Juana desfilan en su imaginación aquel inmenso tropel de figuras dantescas, de las Fraguas y el Gas; la gente del cuarto del Diablo; la del cuarto de las Gachas y del Tinte; las tejedoras con sus sayas azules á cuadros ó á listas, la cabeza empolvada, el pañuelo de talle, el gran delantal de amplios bolsillos, los brazos desnudos, las tijeras y la tecla, pendientes de un cordón en la cintura; y con las tejedoras, envuelto en no sabíamos qué brumas extrañas al pasar por la inteligencia y los labios de aquel niño—aquellos labios de sonrisilla de mártir y de ángel,—el gran salón de techo de hierro, acristalado en muchas partes, aquel salón donde se extendían como ejército en orden de batalla, cientos de telares primeramente, enfilados, muy juntos, como para dar paso á una persona entre uno y otro, y la tejedora al pie del telar, seria, espetada, viendo hacer de las suyas á la lanzadera de extremos acerados, puntiagudos, con su ir y venir, como desesperaditos de la vida; los tornos después con sus carretes, como duendecillos revolucionados; las devanaderas, como grandes pajaruchos de aletear descompuesto; las caldas

con sus agujas tiesas, finas, en pie, muy juntas, y aquellos haces de algodón blanquísimo arrojados y pendientes allí, como cabelleras nevadas de viejos gigantes; el espacio desde el suelo hasta los ejes de transmisión que rozaban los cristales de la techumbre, cubierta por una tupida red de correas, á centenares, á miles, moviéndose sin cesar, cimbrando, cruzándose, y todo esto, con el ruido atronador de llaves, de ejes, de ruedas, de piñones, de gritos, de silbidos, como horrible tempestad incesantemente desencadenada, y los bustos y las cabezas de las tejedoras en fin, asomando acá y allá, inmóviles, destacándose, recortándose por el pecho ó la garganta, y los cuerpos perdidos entre herrumbres y correas, como si el monstruo los hubiese ya devorado.

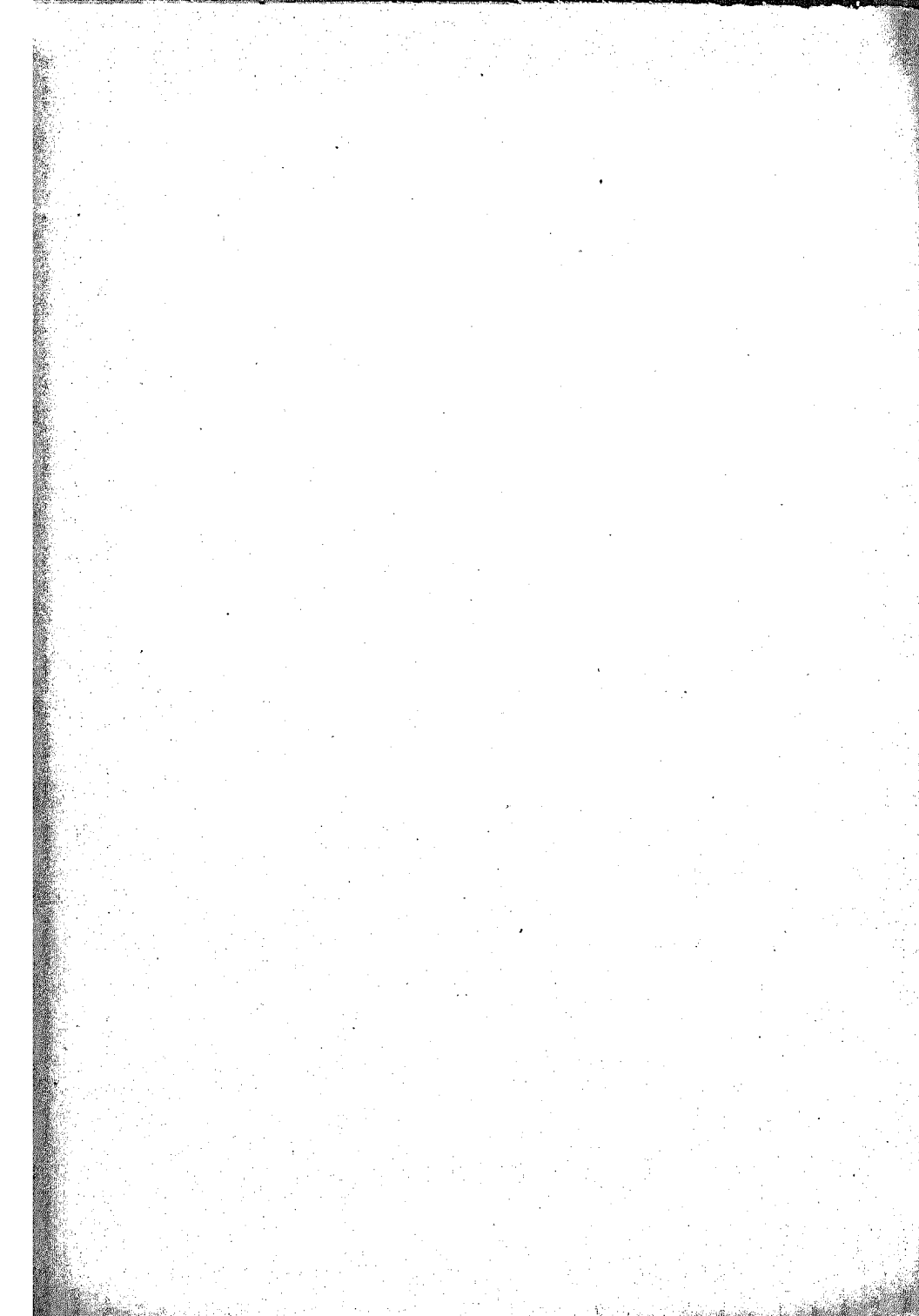
Cuando Bonet hallábase en estas conversaciones, movía la cabeza con disgusto. Naro iba á la fábrica, porque Bonet no quería contrariarle, pero tenía sus proyectos referentes á Naro y estaba decidido á ponerlos en ejecución inmediatamente. Naro negábase en absoluto por no estar lejos de él, pero era ineludible. Naro saldría de la fábrica para dedicarse á estudios más serios, sin robárselo á su descanso. No estudiaría una carrera costosa y larga, porque no estaba en los principios ni en los medios de Bonet, pero resultaría un hombre útil, sin necesidad de trabajos manuales, para los que su naturaleza pobre no estaba bien constituida. Era cosa resuelta.

Sentía Naro mucha pesadumbre por su próxima salida de la fábrica, teniendo que apartarse de su hermano, de Carmen, de mí, aunque sólo fuese en las horas del día. Estaba muy contento con su telar, que manejaba ya con perfección, pero lo decía él mismo, con un mohín gracioso y resignado. No tenía fuerzas bastantes aún. El telar andaba, andaba, con unos crujidos como de dientes, de muchos dientes rechinando con furia, porque no podían hacer presa en la carne. La lanzadera iba y venía como bichito loco, llevando detrás la hebrilla que cruzaba y recruzaba entre las otras; y Naro permanecía, como todo buen tejedor, atento al ir y venir, dispuesta la mano para torcer la llave, sin aturdirse de todo aquello que vibraba y crujía detrás, al frente, á los lados, encima, á sus pies, el voltear de las ruedas, el morder de los piñones, las correas con su tejer y destejer de hilos sin fin, las lanzaderas, con su ven-que-te-vás, los escapes de vapor, los mil ruidillos dentro de aquel otro indescriptible, el chascar, el chirriar, los golpes secos, las vibraciones agudas, la trepidación inmensa de los millones de cristales de las ventanas y las techumbres... Un día escapó la lanzadera de pronto como un proyectil, yendo á despuntarse contra una columna de hierro del salón. Tiró Narito de la llave, pero no pudo desviarla. ¡Se armó allí una! No llegó al despacho la noticia, porque Paca Cielos, la misma Paca Cielos, se lanzó á la llave como un rayo y

detuvo el telar con su fuerza de leona. La *Corcita* se lanzó también y ayudó mucho. — Que lo diga Paca, — añadió Naro riéndose. Refería Naro estas cosas á la *madrecita*, frecuentemente. Le gustaba hacerlo, por el amor y curiosidad con que era oído. Hablábamos con mucha tranquilidad de tales asuntos, sin alarmarnos, por la costumbre que teníamos de vivir en la fábrica y por la fábrica.

Sin que supiésemos el motivo, empezó á padecer Juana algo de insomnios. Algunas noches tardaba en dormirse, acordándose de Narito. Cierta noche soñó con unas fieras negras, de garras monstruosas, encendidas, dientes de fuego también y ojos grandes, fijos, arrojando llamas como los dientes y las uñas. Las fieras devoraban á Naro en su alcoba, oyéndose en el silencio espantoso el crujir de huesos entre las mandíbulas... Primero á Naro, luego á Bonet; y ella misma oía crujir sus huesos, sus pulmones, su corazón en las bocazas repugnantes... ¡Ella y aquel pobrecito querubín á quien amamantaba con su seno! Despertó despavorida, angustiada, teniendo Bonet que darle ánimos con su voz enérgica y varonil; teniendo ella que ver al mismo Naro en su alcoba, durmiendo tranquilamente, para estar segura de que fué una pesadilla. Durmióse de nuevo, sonriente, dándole gracias á la Virgen, de quien era muy devota, porque sus penas, si algunas tenía, las tenía en sueños; en sueños, sí, que en la vida real, cuando estaba despierta y bien despierta, por muy

dichosa podía tenerse. Y así, soñando desdichas y gozando realidades, al contrario de lo que suele ocurrir en el mundo, donde se vive en guerra siempre, soñando siempre en la paz, pasaba los días riendo, feliz, sin un dolor, sin una nube, viéndolo todo iluminado; la tierra, el cielo, el hogar; los corazones de Bonet y Naro y el corazón suyo, en aquel sol de soles, siempre resplandeciente.



XXIV

Pasado algún tiempo, otra vez volvieron los insomnios de Juana. No tardé mucho en saber á lo que obedecían. Me puso ella en antecedentes, y aunque su amistad hacia mí no se hubiese comprobado esa vez más con su confesión, yo hubiese pronto comprendido lo que era. Lo digo tristemente: participé al punto de sus temores y zozobras, pero sin extrañeza alguna por mi parte. No nací para disfrutar una paz, relativa siquiera, mucho tiempo.

Dos meses deslizáronse desde que Juana me descubrió las causas de su inquietud. Vivíamos en una incertidumbre cruel, con el temor de una desgracia, y sin hallar remedio en nuestra turbación, ni aun para prevenirla.

—¿A que no sabes con quién estuve toda la tarde? — dijo Bonet un domingo, sentándose á cenar.

Estábamos en la mesa, además del matrimonio, el abuelo, Carmen, Naro y yo. Aunque me encerrara en lo de mi comida con Carmen, los días festivos tenía por fuerza que comer con ellos. Almorzaba con la *Coreita*, que concluyó por venirse también á vivir al Perchel y comíamos las dos con nuestros amigos.

Juana y yo cambiamos una mirada medrosa. Encogió ella los hombros graciosamente, como esperando que Bonet hablase. El golpe que temíamos lo descargó Bonet sin saberlo:

— Con *Caparrota*... ¿Te acuerdas de don Miguelito?

La Montero se puso muy pálida, pero Bonet no se fijó. Vi temblar la cuchara en las manos de mi amiga y la infundí aliento con los ojos. Carmen, que no supo nunca dominar sus impresiones, exclamó agriamente, en su lenguaje gráfico cual ninguno: — ¡Vaya un tío sinvergüenza!

Nos echamos á reir de la salida de la *Corza*, aunque sabíamos, Juana y yo por lo menos, que el asunto no era para risas. Bonet había dicho algunas frases más, abstraídamente: «Don Miguelito le encontró en el café y hablaron de mil cosas». También hablaban con frecuencia en la fábrica; lo habíamos observado Carmen y yo, y pudimos observar que aquellos contactos era *Caparrota* quien los buscaba siempre, de modo que no lo pareciera. Conociase el empeño de aquel hombre en intimar con el mecánico-montador.

Cuando Bonet dijo que había estado con *Caparrota*, Carmen no pudo contenerse. Había comprendido que aquel Judas acababa de dar otro paso y no corto en la intimidad de Bonet; cosa fácil, porque Bonet, tan cándido en realidad, como adusto é inabordable parecía, era incapaz entonces de concebir en ningún semejante doblez de ninguna especie.

Pero había otro punto que Carmen desconocía, porque no tuvo ocasión de hacer ciertas observaciones que nosotras habíamos hecho, un punto bien oscuro, causa, para decirlo ya, de nuestras profundas inquietudes. *Caparrota*, cuando estaba seguro de que Bonet no le vería, paseaba con un cinismo infame la plazuela de Mamely. Aunque con poca experiencia de la vida para ciertos casos, comprendíamos bien que la gente necesita poco para dar en la maledicencia, y que da en ella al fin, aunque sea sin motivo, con el pretexto más fútil. Había pasado y cruzado *Caparrota*, mirando puerta y balcones. No se atrevió á más, pero temíamos que se atreviese, y aun sin atreverse, ya era bastante si una sola persona de la fábrica le veía en la plazuela. Es horrible para una mujer encontrarse víctima de una vileza, sin poderla castigar por sí, ni hacer que la castiguen, por no exponer la vida de otros.

La noticia de Bonet nos demostró en resumen que no trataba ya de rondar la casa solamente como colegialillo, sino de inspirar afecto al amo y

meterse en ella sin tropiezo alguno. Seguramente, *Caparrota* era un corazón vil. Era preciso guardarse, defenderse, pero ¿cómo lograr esto? La única persona con quien podía contar Juana para su defensa y apoyo era Bonet, quien temíamos más que se enterase por miedo al conflicto. Y precisamente era Bonet quien venía á agravarlo todo.

Carmen habló pestes de *Caparrota*, pero sin decir nada que no fuese cierto. Este don Miguelito era también del barrio de la Trinidad, un vago, un hambrón, indecente, granuja é hipócrita, palabras textuales de la *Corcita*, que yo debo dejar estampadas en honor á su estilo gráfico y contundente. Sólo había que ver á *Caparrota* el hocico, para estar seguro de que sería capaz hasta del crimen por satisfacer un capricho. Ya, ya le conocía ella. Vivieron juntos en la calle del Carril... Vivía el padre de Carmen aún. El tal don Miguel — ¡vaya un *don*! ¿de dónde lo sacaría? — el tal don Miguel tenía treinta años y parecía tener cuarenta. Era que estaba consumido de envidia y hambre. No lo empleó nadie nunca por no tener aptitud para nada y porque era antipático y repulsivo á todo el mundo. No se explicaba la *Corcita* por qué puerta misteriosa — trasera desde luego — logró meterse en la fábrica para ganar un duro cada día con que entretener el hambre y morderse los codos, tirado sobre una carpetita, y no como se ponen á trabajar los hombres de valer, con la frente alta y orgullosa. Era frío, seco, duro, agresivo,

deslenguado, cobarde, hipócrita, todo esto, con los hombres; con las mujeres, matón y cruel. No había, en fin, por donde el demonio le cogiera. Adivinábase al punto su cobardía en aquellos labios delgadillos, amarillentos y en aquella tremenda bocaza de tigre.

El padre murió. Fué un medicucho homeópata, que moriría satisfecho de haber engendrado tal hijo. La madre — una vieja gorduncha, egoísta, orgullosa — vendía gallinas en la plaza. Hacíase llamar doña Pura — el *don* por delante, — y á quien no la llamaba así le metía los puños por los ojos, haciéndole ver lo formidable de su genealogía á fuerza de trompicones. Eran una *cosa* la madre y el hijo. Y la *Corcita* despotricaba de un modo para que se viese y oyese. Era la madre, vieja, grandota, panzuda, con una nariz larguísima, y un coco raído que le salía del occipucio, como una banderilla de señales. El hijo, largo, escueto, bilioso, derrotado, con un aire de grandeza que producía náuseas, y un andar de *tenorini*, copiado, exactamente copiado de alguna ópera que por casualidad vió en su vida. Tenía siempre los codos raídos, el pantalón con rodilleras, y el levitín con flecos, detalles de su indumentaria que le conquistaron el apodo de *Caparrota*, unido muy sabiamente, por venir que ni de molde, al don que él se ponía.

Doña Pura — ya lo dijo Carmen — se dedicaba á vender gallinas, matadas ó muertas, que de

todo habría, en un puestecito de la plaza pública. Levantábase á las cinco, se peinaba, se adobaba, se hacía su café, se lo bebía, cargaba con su fuente llena de muslos, pechugas, mollejas, higados, alones, cuellos, patas, tripas, sangre, todo, en fin, lo del animalito de Dios. A las nueve, ya lo tenía todo vendido. Volvía, llamaba á Miguel... — ¡án-gel adorado! — volvía á llamarle, estaba llamán-dole hasta las doce. Nunca logró que se levantara un minuto antes. Se levantaba á las doce y se co-mían las piltrafas que desecharon en el puesto por sospechosas. Después de comer, dedicábase la vieja barriguda á recibir visitas á *ocultis*, de su *parro-quia*. Era curandera y sacaba los ojos á los imbéciles, por unos medicamentos muy chocantes. Él, se sentaba en el patio con las vecinas á ofender-las con palabrotas, porque no las podían defen-der los maridos, padres ó hermanos ausentes. Ella, la misma Carmen, pudo verlo: cierto día, estando *Caparrota* sacando agua del pozo, una pobre mu-jer dijole buenamente que no derramase mucha, pues la tendría ella que fregar luego. La contesta-ción de *Caparrota* fué volcar á la infeliz toda el agua del cubo por la cabeza. Era en Diciembre. En otra ocasión, una muchacha, bonita como el cielo — acababa de casarse, — le dijo en broma que debía trabajar y reunir para casarse también. Contestó *Caparrota*: — ¿Para qué casarme, te-niendo siempre mujeres? Una eres tú. — Y le re-cordó, delante de las demás vecinas, la hora y la

casa donde se habían visto en muchas ocasiones, todo falso por supuesto, pero con una seriedad y unos detalles, que la pobre muchacha le dijo llorando como una Magdalena, que era un vil, embustero, deshonra-mujeres. «No solamente las deshonra, sino que las pegaba». Así lo dijo él, y así lo hizo: la abofeteó; y no teniendo bastante, la arrastró por el patio. Al llegar el marido, hallóla en cama muy malita, pero nadie, y la mujer mucho menos, declaró el motivo, para no buscar una perdición al buen hombre. No lo supo nunca. Tal era el sujeto que había logrado meterse en la fábrica de *La Aurora*, ganándose poco á poco las simpatías del amo y el odio de los trabajadores.— José Bonet — concluyó Carmen, respirando ruidosamente, — mucho ojo; ese es el amigo que busca, según se ve, la confianza de usted... Por algo la busca. No es usted ningún niño. Le abro á usted los ojos.

— ¿Por qué ese encargo tan particular? — preguntó Bonet mirándola atento.

— Porque sí — repuso ella desabridamente. — Haga usted lo que se le antoje.

La hubiese abrazado con toda mi alma cuando concluyó su discurso. Lo que más me cautivó siempre en Carmen, fué la prontitud y fiereza con que hacía cara al peligro. A saber Carmen las andanzas del honorable sujeto por la plazuela de Mamey, estoy segura, de otro modo más contundente y provechoso para Bonet hubiese concluido su pe-

roración. Pero fuímos cobardes, Juana por Bonet, yo por Juana. Temíamos poner á Carmen al corriente de lo que ocurría, porque no cometiera una imprudencia en su buen deseo, sin que reflexionásemos entonces, por nuestra misma ceguedad y temor de comprometer á Bonet, que Carmen no solía ser imprudente, ni aun cuando con más ligereza y como al acaso parecía hacer ó decir.

Bonet quedó pensativo y no se habló más del asunto. Quizás pensaba en aquel instante que la *Corcita* había ido demasiado lejos. Quizás su corazón honrado no quisiera admitir que tanta vileza pudiese encerrar otro corazón. Pudimos observar, sin embargo, y yo se lo advertí á Juana, que la amistad de *Caparrota* y su marido no parecía consolidarse, á lo menos, por lo que en la fábrica advertíase. Con seguridad, no era Bonet quien buscaba á *Caparrota*. Sin revelárselo á Juana, por no aumentar su pena, Carmen y yo íbamos haciendo, por otra parte, muy tristes observaciones.

Cuando la Montero salió de la fábrica para casarse, se habló mucho de ella, ya lo sabéis; la envidia estalló como un volcán, cuya lava todo lo invadiera. De aquel fuego pudo Juana librarse, porque Bonet, Carmen, yo, algunos amigos probados, pero muy pocos, estuvimos á guisa de parapeto fuerte y duro que la rodeara. Como ella no puso más los pies en la fábrica, no fué imposible conseguir que permaneciese ajena al furioso hura-

cán contra su honra desatado. Es inaudito lo que puede levantar la calumnia, inconsciente, sobre la vida de una mujer. He dicho inconsciente sin más análisis, porque es una palabra que necesitaría un volumen en este caso para su definición. Tanto se complacieron en hablar mal de ella que llegaron á creer de buena fe que era verdad lo que hablaban. «No tenía padres conocidos; su abuelo fué un capitán de ladrones famoso, y no sabían de qué podredumbres la sacó á ella. Ella fué querida del viejo ladrón hasta que la Virgen Santa dió á éste el castigo con aquello de la parálisis. Juana tuvo hombres, antes y después del ladrón; en la misma fábrica se le habían conocido varios. Era hipócrita como ninguna, hipócrita, perra y vil como un demonio. Estuvo mucho tiempo haciéndose la santa para llevarse á Bonet...» Porque puedo deciros, que de las quinientas ó seiscientas mujeres que en la fábrica habría, la mitad ó más, esto es, todas las mozuelas, habían tenido el sueño de casarse con Bonet, y las restantes habían tenido también *el sueño*... aunque fuera sin casorio. Esas seiscientas mujeres fueron los seiscientos tumores fríos que salieron á la honra de Juana. En cuanto á los trabajadores de *La Aurora*... ¡Ah! los trabajadores de las fábricas algodonerías malagueñas fueron siempre, no sé si lo serán hoy, peores que ellas, más malos, más chismosos, más charlatanes, más cazoleteros y más calumniadores. Daba asco.

A Bonet llegaba algunas veces la ola de inmundicia vomitada sobre su mujer por aquellas mil bocas y aquellos mil corazones, respondiendo siempre con desprecio y desdén. En cierta ocasión le oí contestar valientemente á Pepa Garrido, una harpía de veinte años, hermosa como la Virgen: — «¿Que querías que me casara contigo? No, me casé con ella. Tú y yo, ¿qué teníamos ya que hacer? Bien lo sabes.» — Y era una gran moza. No, yo lo digo: Bonet no había sido manco antes de casarse. Cogió y arrambló de firme en aquel inmenso prado de flores más ó menos virginales. Pero la culpa no la tuvo él, la tuvieron ¡ay! las pobrecitas flores.

Cuando yo volví al trabajo después de la muerte de Frasquita Cielos, ardía la fábrica con lo del casamiento de la *Mística* y *Cataluña*. Por eso me dijo Carmen que no me oyesen nombrar á Juana. Su nombre nada más era siempre motivo de contienda. Tenía quien la defendiese, aunque eran pocos, pero no podían aguantar aquello. La prudencia de Bonet, aunque algunas veces se exasperara, la de Carmen, la mía, la de los pocos amigos que teníamos, en fin, consiguió apagar lentamente aquel fuego de rabia de la multitud. No teniendo con quién pelear, ni aun discutir, cansáronse de la guerra, sin que por esto asegure que se perdona ni olvidase á la *Mística*. De tarde en tarde, un chispazo prendía los corazones y producíase una asonada. Después, todo volvía á la quietud.

Así pasó mucho tiempo, aquella era verdaderamente tranquila, que siguió á mi escapatoria de la casa de los tíos y mi instalación en la de Bonet.

Pero desde el domingo que Bonet sacó en la mesa la conversación de *Caparrota*, el primogénito ilustre de la panzuda gallinera, sin saber cómo, fué tomando otra vez incremento en la fábrica el furor de muerte contra la *Mística*. Era horrible. Parecía como si alguien atizara misteriosamente los enconos. Yo no había visto nunca, creo que no lo verá nadie, un rencor tan hondo, tan sin piedad mantenido, contra un alma buena que no lo merecía. Indignaba, repugnaba, enloquecía aquello. Juana, á quien esta vez llegó el pestilente vaho de la alborotada ciénaga, quiso aconsejar á Bonet que dejase de trabajar allí, pero no se atrevía. Carmen no tuvo reparo en hacerlo. «Sí, que se fuera; que dejase la fábrica, por Juana, por él mismo.» Cuando en voz temblorosa, sin que nadie me viese, estrechando su mano con gran afecto, le dije, bajando mucho la voz, «¡Váyase usted de la fábrica, Bonet!», observé con miedo su mirada angustiosa é indecisa. Carmen y yo lo veíamos aterradas: Bonet — lo sabíamos seguramente — empezó á preocuparse de aquella cruzada feroz y misteriosa, cuya explicación no podíamos darnos, pues hacía ya tiempo que en *La Aurora* apenas se nombraba la *Mística*. Fué una explosión. Carmen, con su entendimiento clarísimo, aunque sin educar, con aquella intuición finísima tan suya, pre-

sentía un enemigo formidable en la sombra. Le vió venir aun sin haber nacido; lo anunció con entera seguridad y gesto fiero, por no saber de dónde vendría, para salir á su encuentro y combatirle; y presintió, vió todo esto, al darse cuenta de que Bonet empezaba á desviar la conversación abs-tráidamente, cuando se le hablaba del asunto. Sentíamos frío en el alma. ¡Ah, los hombres! ¿Sería posible que en Bonet empezase la duda? ¿Es cierto, en fin, que una gota de agua puede horadar, cayendo siempre, el bronce y el granito?

Una tarde llegó Carmen al telar, con el portaviandas en la mano. Había ido por nuestra comida al portillo. Siempre mandábamos una aprendiz. La tarde á que me refiero, fué ella no sé por qué. Para ir al portillo había que atravesar por las pacas. Nosotras no íbamos allí nunca. Lo observé al instante: tenía Carmen el rostro pálido y trastornado. La pregunté alarmadísima.

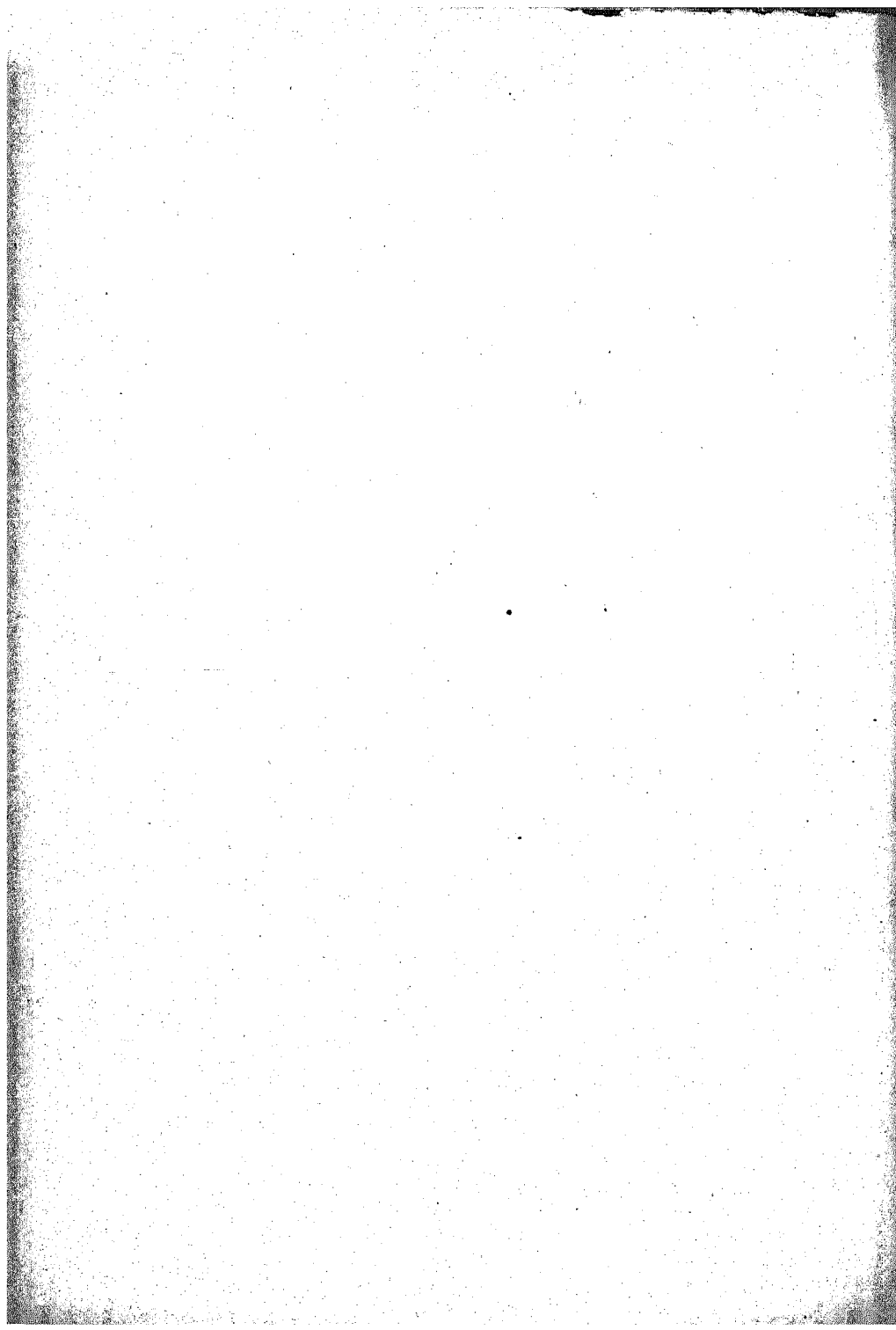
— ¿Sabes á quién he visto en las pacas, vistiendo y trabajando como las demás viejas? — dijo, en contestación á mi pregunta. — *A tu tía.*

La miré como si soñase. ¿Se habría vuelto loca?

— A tu tía sí, — repitió Carmen, — allí, cuchi-cheando con las otras mujeres... Y allá, en otro lado de las pacas, á la mujerona que la sirve. La conozco bien, aunque sólo una vez la he visto.

Toda la fábrica dió vueltas delante de mis ojos, no sé cuánto tiempo. Creí que me caía... Que me hacían pedazos todas las máquinas á la vez. Lo

pensé temblorosa: «Sí, sí, ya teníamos la clave de todo. La divina Ángeles estaba en campaña, con ayuda seguramente del tío Salvador y los misteriosos señores negros que la protegían.» Acordándome de la tenebrosa y de su casa, gotitas de sudor brotaron en mis sienes, punzándome al salir, como si fueran de acero. Sentí algo helado, belfo, blandujo, espantoso, que rozaba mi carne; y dentro de mi alma invoqué los nombres de mi abuela y Pepito Alcudia, pidiéndoles amparo.



XXV

El terror que me produjo aquello en el primer instante, no significaba en mí la cobardía vergonzosa del que huye. No podía *prescindir* del terror, pero hice esfuerzos poderosos para dominarle y hacer frente al enemigo. ¿Qué quería, qué se proponía la divina Ángeles? En resumen, una mujer era como cualquier otra y el tío Salvador un hombre también como otro cualquiera, con la ventaja por nuestra parte de que nosotros éramos buenos y ellos no! Á los diez y seis años, ¡qué fácil es creer en la justicia y en el éxito de las buenas causas! Son utopías de la edad, que pronto se desvanecen ante la verdad espantosa de vivir.

No comimos siquiera; mientras me repuse, mientras acordábamos lo que debíamos hacer, pasó algún tiempo. Tuve una idea de pronto: la de ir yo misma á las pacas y abordar á mi tía resueltamente. Que hablara al menos; que conociéramos

sus intenciones. Á Carmen le gustó mi idea; se ajustaba á su modo de ser. Detuve los telares y me fuí á las pacas resueltamente. Acometíame una sensación grande, de espanto y repugnancia, al pensamiento de que iba á ver el rostro y los ojos de la *tenebrosa*, pero esto no pudo detenerme. Llegué á las pacas, busqué atónita por todas partes. La tía no estaba allí, la mujerona tampoco. ¿Haría Carmen perdido el juicio realmente? Pregunté, dí las señas de ellas, y me dijeron que habían entrado á trabajar juntas hacía un mes. Aquella misma tarde, hacía pocos minutos, enfermó una, y la otra la acompañó á su casa. Me lo expliqué entonces: habían observado que fueron sorprendidas por Carmen, y no entrando quizás en las combinaciones de la tía que yo la viese, fueron al punto. ¿Qué importaba ya? Presentíamos que el objeto de haberse introducido la tía Ángeles en la fábrica como una trabajadora, estaba realizado. Volví con profundo desaliento. Es horrorosa la convicción de que hemos de recibir un golpe, sin que podamos prevenirnos contra él por no saberse cuándo ni de dónde ha de venir.

Á la Montero nada le dijimos. Ya tenía bastante desde que vió pasear en la plazuela á *Caparrota*. Observaba á su marido, sin explicarse su conducta. Era cariñoso, amante, considerado, siempre, la misma delicadeza, la misma dulce seriedad; en todas ocasiones... pero ¿qué le ocurría? Le preguntaba á Carmen, me preguntaba á mí... Sin poner-

nos de acuerdo, la decíamos lo mismo: que eran fantasías suyas. Pero ella nos miraba con aire indeciso y seguía en sus faenas reflexivamente... hasta que no preguntó más. Su admirable instinto habíale hecho comprender lo que Bonet tenía. Lo que tenía era la turbación dolorosa que producía aquella cruzada infame de que era Juana víctima. Sin creer de ningún modo en aquellas absurdas manifestaciones de la idiotez y la envidia, vivía abrumado con el suplicio de tenerlas que oír, y si no las oía, de estar seguro de que á su espalda, lejos ó cerca, pronunciábanse. No nos lo decía, pero sabiendo nosotras la manera de ser suya, comprendíamos bien que seguir nuestros consejos, de que se marchase de la fábrica, lo consideraba como una huida vergonzosa, y hasta una confesión tácita de que pudiera estar de acuerdo en el fondo de su conciencia con los detractores de su mujer. La amaba como siempre, comprendía su valer, estaba seguro de su virtud. Sin embargo, por ese egoísmo que existe siempre como bestia en acecho, en los corazones más bien templados, sin darse él mismo cuenta, irritábase contra su mujer, causa inocente de la honda perturbación en que vivía. Nunca, nunca, en aquellos días mortales de prueba, hizo nada Bonet, ni dijo, delante de Juana, para que ésta pudiese sentirse herida en su corazón ni en su amor propio, pero hay que decir que no obedecía esto principalmente á la humildad y templanza de Bonet, ni á la delicadeza de su ca-

riño; era que el hombre hallábase de tal modo rodeado del ser moral de Juana, que se le hacía imposible, aunque hubiese tenido intención de ello —que no la tuvo nunca— lanzar una expresión que hiriera el sentimiento más exquisito; quiero decir, que era Juana, la misma Juana, quien mantenía á Bonet en aquella tesitura con el influjo misterioso de que sabía rodearse y rodear á su marido.

No puede concebir nadie el talento de esta mujer en aquellas horas peligrosas de la vida; cómo analizaba los pensamientos, los actos, las palabras del hombre, para amoldarse á ellos, con una serenidad sonriente, con una templanza y naturalidad admirables, demostrando, como no haya podido hacerlo jamás mujer alguna, que un temperamento bien equilibrado ejerce gran influencia para la conquista masculina y simplifica mucho su conservación. Se echaba á solas en mis brazos, pidiendo á Dios fuerzas, y mostrábase inmediatamente á Bonet, con una alegría tan natural, con una jovialidad tan dulce, tan generosa; decía, hacía de tal modo, que no dejaba entrever á su marido que conocía su debilidad contra ella, consiguiendo, por el contrario, que se prometiese Bonet á sí mismo velar siempre por ella y no hacerla víctima de su contrariedad, como la turba feroz de la fábrica la hacía víctima de sus calumnias. Nunca llegó á sospechar Bonet que aquella mujer admirable sabía, con dolor inmenso jamás demostrado, lo que ardía contra ella en *La Aurora*, y la abrumadora carga

que esto había llevado al corazón del hombre. Le aliviaba á Bonet su pena con una divina intuición femenil, sin que él supiese que era un premio que recibía en pago de la pena que ella misma, sin querer, le ocasionaba.

Así iban las cosas, cuando Carmen hizo el descubrimiento fatal de que la tía y la otra mujer iban á la fábrica fingiéndose trabajadoras. Sabíamos á qué atenernos. De las pacas había salido esta vez la explosión formidable contra la *Mistica*. Bonet se replegó en sí mismo, desconcertado. Entregábase á hondas reflexiones. No nos atrevíamos á herirle con nuevas angustias, pero la *Corza* aseguraba resueltamente que era preciso contarle lo de la tía. El descubrimiento de Carmen fué un sábado, lo recuerdo bien. Aquel mismo sábado, ya de noche, cuando faltaba poco para salir, oímos por vez primera una especie, que nos produjo ya vértigo de rabia, aunque no la debíamos extrañar. Tratábase de la *Mistica*, como supondréis. Habían visto á *Caparrota* pasear delante de su puerta, y por si no era bastante, le habían visto también entrar en su casa. «Al fin venció el hombre, aunque para decir lo cierto, la fortaleza no era muy resistente.» Vi á Carmen temblar de ira. Por lo que en mí pasaba, no habiéndola observado hubiera podido comprender lo que pasaba en ella. Se propuso hablar con Bonet en la misma noche, si era preciso. Detuvo sus máquinas para ir en busca de Bonet, sin inventar pretexto alguno, y aun expo-

niéndose á caer bajo la misma garra poderosa que había hecho presa en Juana Montero. Como nosotros salíamos después, quería advertirle que le tenía que hablar para que aguardase en su casa. Iba dispuesta, si hallaba coyuntura, á hablarle en aquel momento, sin otro retardo. La detuve de pronto. Se me ocurrió que fuera Naro á decir á Bonet que queríamos hablarle. La *Corza* se conformó; así era más propio. Pero volvió Narito al punto. «Su hermano acababa de marcharse.» En efecto: era la hora de salida en la Mecánica.

¿Cómo pueden influir de un modo tan hondo detalles infinitamente pequeños en las supremas crisis de la vida? Pasó hora y media, que llegó á parecernos una eternidad, antes que saliéramos de *La Aurora*. Estábamos ya dispuestas cuando tocó la campana. Salimos inmediatamente... Naro se fué solo. Sin hablar, pensábamos por la calle en lo mismo: «¿Estaría Bonet en su casa?» Al llegar, nos dijo la Montero que Bonet acababa de irse. «Tenía que hacer aquella noche». Habló Juana muy natural, pero nos conmovía con sus hermosos ojos suplicantes. — ¿Qué ocurre? — preguntó al fin en voz temblorosa. — Nada — contestó la *Corcita* bruscamente. Y escapó, echando venablos.

La Montero no hizo más preguntas. Yo me entretuve en mi cuarto con pretexto de lavarme y arreglar mis ropas. Temía sus ojos escrutadores. Reflexionándolo bien, ¿qué íbamos á conseguir con atormentar con nuevas historias aquel corazón do-

lorido? Naro fué á buscarme para estudiar como todas las noches y tuve ya valor para ponerme delante de mi amiga. Me fingí absorta en mi estudio, pero sin querer la miraba de reojo alguna vez, conmoviéndome su rostro intensamente pálido aquella noche, pero con una expresión de tranquilidad tan digna, que admiraba tanto como su propia belleza. Era muy tarde cuando regresó Bonet. No habló como otras noches del motivo de su tardanza, en lo que parecía siempre complacerse. Narito dormía echado de brazos sobre la mesa. Aquella noche no se quiso acostar sin ver á su hermano y, esperándole, se quedó dormido. Bonet le contempló un momento tristemente sin hablarnos; le cogió con dulzura, ayudándole á ir á su alcoba. Naro despertó y oímos su charla mientras desnudábase. Estábamos atentas; la voz de Bonet no se oía. Cesó Narito y pasó tiempo. Juana se levantó silenciosa, dió algunas vueltas como abstraída por la sala donde estábamos, dirigiéndose luego á la alcoba de Narito. Pasó después á la suya; volvió inmediatamente. Su palidez era terrosa; sus ojos parecían haberse hundido en aquel minuto como por un año de sufrimiento; pero me dijo tranquilamente:

— Se ha acostado.

— ¿Sin decirnos nada? — exclamé, no pudiendo dominarme.

— Dispénsalo, estaría rendido.

Así habló ella, mirándome como debe mirar el

cielo el naufrago que se ahoga. No habló más. Nos abrazamos y fué á acostarse. Yo fuí también á mi cuarto en una excitación que obedecía, indudablemente, á las sensaciones últimas. Pensando en la tía Ángeles, en la actitud de Bonet, de aquella noche, precisamente cuando queríamos Carmen y yo hablarle de algo gravísimo, no me pude dormir. Daba vueltas en mi cama, buscando inútilmente el sueño. Sentía un calor bochornoso, aunque estábamos en Mayo aún. Abrí la ventana de mi cuarto, que daba al huerto que recordaréis. Aspiré con ansia la brisa olorosa de los montes. La suave, perfumada frescura, la inmensidad silenciosa de aquel cielo bordado de estrellas, llevaron lentamente mi imaginación á otros días. Pensé en un ancho, sinuoso camino, á la orilla del mar, y sentí el ruido quejumbroso de las arandelas de un galerón; las olas arrullaban dulcemente en mis oídos, y la voz lastimera del mayoral arreando sus mulas, perdíase como otra queja, en el espacio. Como destacándose del huertecillo, desprendiéndose quizás de aquella misteriosa bóveda sombría cuajada de estrellas, una figura suave me pareció que se aproximaba á mí, entrando por el hueco del postigo y una voz grave de mujer llenó mi corazón sin que yo supiese de dónde venía, exclamando: — «¡Bésala!» — ¡Oh, Pepito Alcudia, qué sería de ti! Tu primer beso y nuestro abrazo, la última vez que oí tu voz querida, eran las memorias más felices de mi existencia accidentada. Tu beso y tu

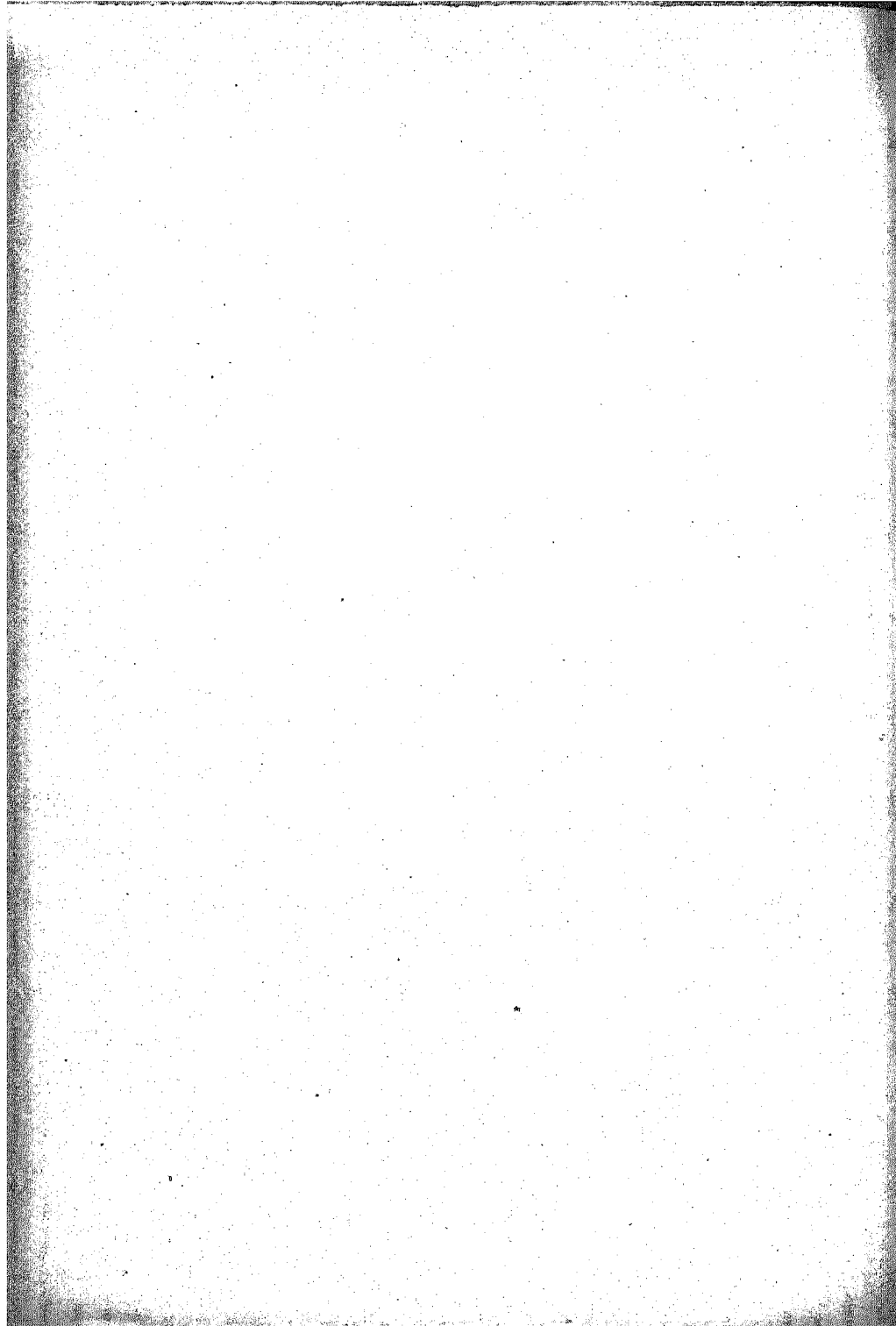
abrazo los sentía siempre como caricia suprema con el candor de niña primero, y con la pasión ardiente de mujer más tarde. Sin remordimiento, con una deliciosa sensación, aun en mis horas más amargas, advertía yo que las imágenes de mi abuela, de don Gabriel y la señora de Alcudia se iban esfumando en unas lejanías, donde, sin perderse del todo, estaban como un suave fulgor. La imagen del señorito Alcudia, en cambio, crecía, ardía en mi cerebro con formidable poder, aunque ya mi esperanza de verle no era mucha á los años ¡ay! de su desaparición misteriosa.

Con estas ideas, de una melancolía y encanto dulcísimos, ya tarde, muy tarde, próximo al amanecer, el sueño empezó á rendirme. Me acosté, dejando la ventana entreabierta y cubriéndome sólo con una sábana. Dormí algunas horas en un reposo absoluto, hallándome al despertar en una deliciosa mañana de Mayo. Juana, lo supe más tarde, había ido á la iglesia, con la mujer que la servía, que llevaba el niño. El abuelo estaba en el huerto, como siempre, en su sillón, debajo de su emparrado. Bonet y Narito fuéronse al amanecer á los montes. Bonet sabía lo que amaba Naro la Naturaleza. El campo le volvía loco. Deteníase una hora mortal delante de una brizna del suelo, atentísimo, sin hacer caso de nadie. Tengo para mí que hablaba también con las florecillas de la tierra, como con su madre en las alturas. Bonet le acompañaba siempre, le contemplaba, le mimaba, como

á un niño pequeño, más pequeño de lo que en realidad era. Ultimamente habíase exacerbado este amor por Narito; se había refugiado en él, en sus hondas tristezas. Naro era para Bonet una segunda vida. Sin Naro, sin su amor, no hubiera podido resistir su alma los hondos, imprevistos dolores que le combatían. Juana no demostró nunca tener celos por esta ciega obsesión de Bonet. No los demostró ni los tuvo, no solamente por ella sino por su hijo, porque Juana era un espíritu perfecto. Lo que hizo en aquellos días de prueba, fué refugiarse en su fe religiosa, yendo á la iglesia más á menudo, como Bonet, desorientado, entristecido á los primeros reveses de la vida, por su temperamento soñador dado á la utopía, se refugió en Naro. Desperté en aquella deliciosa mañana primaveral, la mañana de un domingo que no olvidaré nunca. Por la ventanita entreabierta, metíase en oleadas un aire tibio cargado de aromas de nardos y claveles. Los árboles, los arbustos, las florecillas del huerto, saturaban también mi alcoba con su perfume vivificante. Yo dormía ya sin dormir, sin darme cuenta aún de mis ideas, mal cubierta por la sábana, suelto el pelo, fresca, limpia, en reposo todo mi ser, embriagándome en aquel dulcísimo hálito primaveral que conmovía mi carne virgen con vibraciones deliciosas.

Sentí de pronto abrirse la puerta con gran sigilo. Nunca me encerré por dentro. ¡Ah, no era

allí como en casa del tío Salvador! Sentí la puerta, pero no me moví ni abrí los ojos, encadenadas aún mis facultades todas por el dulce sopor. Sería la Montero que entraba para algo. Quizás Carmen que fué temprano, para hablar con Bonet. Este pensamiento me volvió súbitamente á la realidad. Iba á levantarme, pero sentí entonces un rugido sordo y un violento tirón de la sábana que arrancaron así de mi cuerpo... Me incorporé azoradísima... ¡Dios!... ¿Había llegado mi última hora? Junto á la cama, de pie, cerca de mí, erguíase una espantosa visión. La tía Ángeles.



XXVI

Ahora mismo que lo cuento, aunque segura de que ocurrió, me parece increíble. Era ella. Estaba allí. En mi gran espasmo de terror, tuve, no obstante, el suficiente espíritu para hacerme cargo de su aspecto. La miré, intentando rebujarme en mi camisa, único muro que podía defender mi vergüenza de sus ojos abrasadores. No grité, no hablé, no pude. No sé si mi asombro..., si mi estupor, fueron más profundos que mi miedo. Tenía en una mano una llave, con la otra cogía aún, nerviosamente, el pico de la sábana, que estaba á sus pies. Era la tía, más horrible, más repulsiva, más odiosa. Había pasado el tiempo sobre ella, como si hubiese sido de plomo. En dos años pareció haber envejecido diez. Su cara era más cetrina; su oreja grande, más grande; su oreja menor, menor. La punta de la nariz había avanzado buen trecho por el camino que ya recorda-

réis, de la indicada oreja. Los ojillos feroces tenían menos pestañas. Los párpados, como la punta de la nariz, habían adquirido un color entre rojo y azul, que la hacía horrorosa, manifestaciones indudablemente del alcoholismo. Un mechón gris penetraba rebelde por los encajes de su mantilla vieja de color de ala de mosca; y á todo lo dicho, había que añadir la expresión de su semblante, de aquel semblante horriblemente macabro, palabra que no empleé jamás, pero que me parece en esta ocasión la única. El vestido, viejo, ajado, era un conjunto de chafarrinones de grasa. La visión no podía resultar más espantosa. Lo era más aún porque había interrumpido un dulce y delicioso sueño. A la idea de este mismo sueño, al que iba mezclada con misterioso fulgor la imagen de Pepito Alcudia, acorriéronme secretos ánimos; y á mi asombro, á mi terror, fué siguiendo..., filtrándose entre aquellos dos sentimientos, como un hilillo de luz entre dos rocas, una curiosidad invencible, sin que por esto me atreviera á respirar ni á moverme. ¿Qué iba á decir? ¿Cómo había entrado en casa de Bonet? ¿Qué pretensión era la suya? Y pensándolo, sin hablar, sobreco-gida, pasaba los ojos, de su cara repugnante, á sus manos ganchudas, negras, que oprimían siempre, de una manera nerviosa, la llave y la punta del lienzo. Y así quedé, mirándola, á medio incorporar, sin encontrarme dueña de hacer un movimiento para cubrir ó intentar cubrir mi carne.

Habló. Su voz fué como siempre, dulce, con una dulzura antipática, insidiosa, agresiva, que me hizo estremecer á la idea sólo de lo que hubiera sido de mí en aquellos dos años, si no hubiese conseguido escapar de su garra fría y negra.

«Logró al fin su propósito. Podía verme á su sabor. Había esperado, anhelante, la hora de volver á contemplar á su sobrina adorada.» ¡Y qué odio tan feroz advertíase en cada una de estas frases, que apenas parecían salir de aquellos labios negruzcos! Habló, habló... «Habíamos tenido una criada que se vendió á ella, es decir, que le vendió una llave del portón de la casa, de las dos que tenía la Montero. La sirvienta se fué para que no se la hiciesen preguntas.» Hablándome aquel demonio, recordé el incidente: una llave se había perdido, pero no se nos ocurrió pensar que la criada se la hubiese llevado. «La llave estuvo en poder del enemigo algún tiempo, y el enemigo acechó siempre, sin dejarse ver de nosotros, esperando oportunidad de poderme ver á solas, como había al fin ocurrido. Entró exponiéndose á ser sorprendida, pero ¿qué la importaba?... ¿Quién la había de condenar porque hubiese ido á ver á una parienta adoradísima?» Y era horrible el tono de mofa que entremezclaba, sencillamente, en su discurso, de una dulcedumbre inconcebible. «Además, para cuando la sorprendiesen, si llegaba á suceder, me lo habría dicho ya todo. Nada le hacía, en fin, que yo lo contase luego; al contrario,

sería una gala suya, que todos lo supiesen en aquel *tranquilo hogar*; pero quería decírmelo á mí sola.» — Ay, hija; el tío Salvador, por quien tú siempre te *descriviste*, cambió bastante en tres años, pero no favorablemente. Se hizo jugador, pendenciero; hasta dicen que ha cobrado el barato; no me extraña, aun siendo de la policía y todo; porque ese hombre es un gerifalte en lo de sacar dinero de donde no sea posible sacarlo; de las mismas entrañas del granito lo sacaría. ¡Ya ves, me lo sacó á mí! Me lo sacó todo..., es decir, no todo; mira lo que son las cosas, y vivimos juntos, juntitos, sin habernos tirado los trastos á la cabeza... Nos hacemos mucha falta, hijita... Él á mí... Yo á él... ¡Quién sabe! — Y quedó un momento callada, inmóvil, hiriéndome, desconcertándome con sus inquietas pupilas amarillas, de un fulgor venenoso. — ¿No lo sabías? Cuando con tanta ingratitud huiste de mi casa, el tío Salvador se presentó á tu Bonet para reclamarte; tu Bonet no te lo habrá dicho, ya le conozco. Tu Bonet le respondió tranquilamente que lo intentara. ¿Qué haría Bonet para impedir que te vinieses con nosotros? Se lo preguntó el tío. Y Bonet, que le tiene al tío las de Caín, lo explicó al punto: te dejaría venir; y cuando estuvieras con nosotros, todas las mujeres de la fábrica, aquellos mil diablitos encendidos, armarían en nuestra puerta un motín, sin ejemplo en el barrio de la Trinidad, pidiendo á la justicia que te sacase de *aquel sitio*.

—La tía Ángeles suspiró beatíficamente. Conociase; lo que estaba contándome se le atragantaba sin duda, pero se había propuesto contármelo. — Nos dió miedo. ¡Hubieran podido enredarse tantas cosas, de un negocio tan inocente, como el de devolver á su hogar honrado á una ovejita descarriada! Temimos las consecuencias. Además, ¡dijo tales cosas el buen Bonet al tío Salvador, enseñándole de paso, complacidamente, sus puños como dos mazas de bronce! Le dijo mil calumnias de mí. No las repetiré para que no se ofendan tus oídos, ¡oh casta, oh dulce, oh buena Paca Cielos! Lo más *agradable* fué, que yo era una bruja, celestina, deshonesta, con quien ninguna joven de honor podía vivir. No quiero decirte más. El tío Salvador, gachas las orejitas, haciéndose el muerto, volvió á casa y así quedó todo, en espera de mejores días ¡ay de mí! que tanto tardaban y que al fin han llegado.

Fué tan grande, tan honda, tan repulsiva la fruición con que le silbaron las últimas palabras al escapar por la mella negra, que cerré los ojos un instante. Saqué bríos de mi mismo horror, considerando que cuanto hiciese por descubrir sus propósitos, sería en beneficio de las personas amadas, y dije con profundo desprecio:

—¿Qué necesidad tenía usted de hacer lo de la llave para verme? ¿Por qué valerse para llegar hasta mí de unos medios tan reprobados?

No contestó. Mirábame intensa, ardientemente,

con sus ojillos viles, de párpados sin pestañas, ribeteados de rojo. Su respiración, mientras estuvo oyéndome, pareció que se hacía más violenta. Algo duro, fuerte, como lleno de espinas, creyérase que pasó por su garganta. Tardó un momento en contestar y me sentí molesta, avergonzada bajo aquellos ojos inquisitoriales, livianos. Me incliné entonces para coger la sábana, pero tiró de ella y avanzó más. Me intimidé de nuevo y el ademán que hice para coger la sábana sólo sirvió para aumentar mi desnudez.

— ¡Bruja, celestina, deshonestas! ¿Qué te parece lo que le dijo tu Bonet al tío Salvador? Las mismas palabras que á tu Bonet le habrías tú dicho.

No contesté. Le dije indignadísima que saliera, que iba á vestirme.

— ¡Celestina y deshonestas! — Y haciéndose su voz más dulce, más insinuante, tomando un tono de espantosa ironía, añadió estas palabras, acompañándolas con el silbido, tenue ahora, de la mella: — ¡Pobre mundo, que no sabe hasta dónde puede tender sus alas un espíritu amante de la belleza!

Se sublevó mi sangre; despertó en mí aquel genio díscolo y acometedor que la miserable mujer con su hipocresía cínica, supo dominar en otro tiempo y dije violentamente:

— Es usted embustera y mala. No sé si es usted deshonestas y celestinas, ni hablé nunca con nadie de eso, ni me importa. Pero sé que es usted una

perversa criatura. ¿Por qué no se muestra usted tal cual es, una vez sola, delante de mí? Hágalo para que vea siquiera que no la temo. Soy más curiosa que cobarde. A un bicho venenoso se le debe temer, no lo dudo. Un bicho venenoso es usted, pero la forma en que se arrastra, la forma en que escupe su virus, es lo que en usted más detesto. No finja usted más. Hable usted y pelee y mate si le es posible, pero cara á cara y mirando á los ojos. ¡Si yo sé que no es usted como se muestra conmigo, que tiene usted que ser de otro modo por fuerza! ¿por qué finge usted ese tono y esos ademanes, tan hipócrita, tan vergonzosamente?

Y me tendí tranquila y cerrando los ojos con suavidad, como si no hubiese nadie conmigo en la alcoba... Nadie, ¡gran Dios! y estaba á punto de llamar, de gritar, creyendo que me sería imposible contener el doble espanto que ya sentía, por la horrenda visión y por las palabras que le había dirigido.

— ¡Ah! ¿Sí? — repuso de pronto, irguiéndose, como para caer sobre mí en una feroz zarpada. — ¡Conque por ahí sales, mi cordera! Bien que aproveché el tiempo la inocente, para aprender cosas lindas y tirármelas á la cara, en viniendo á punto. ¡¡Conque no es sólo el cuerpo!! — No la comprendí. Anduvo un paso aún, y la esperé ya sin temor. Me inspiraba menos espanto verla irritada que oyéndola aquel tono horriblemente melifluo y viendo aquella inmovilidad gatuna de su infame

rostro. Era entonces mi curiosidad mayor que mi espanto. — ¡Ah! ¿Sí? — proseguía, descompuesta de cólera, silbándole el aliento, chispeantes las espantosas pupilas amarillas. — Siempre dije que tenías ojos dobles para ver á las gentes por fuera y por dentro. Pero en aquella época, cuando con tanta solicitud y amor yo te amparé, no te percatabas aún de tus buenas cualidades. Sin embargo, yo sé que tú sabías lo que yo era y soy, aunque no me lo demostrases tan contundentemente como hubieras querido. ¿Qué importa? — Sus ojos brillaban con lucecillas de muerte. Por las comisuras de sus labios deslizábase una babillosa sucia; sus dedos, como víboras, se enroscaban á la llave y se clavaban en la sábana. — Oye, Paca Cielos... Te odio, porque eres todo lo contrario de lo que yo soy. Por eso te odio. Te odio á ti y odio todo lo que te rodea. Odio el suelo que pisas, el techo que te cubre, el asiento en que descansas, el pan que comes, los ojos que te miran, los labios que te sonríen. Te odio y odio á tu Bonet, más que á ti todavía. ¡Tu Bonet y tu Juana... tus protectores! — Y una risilla lúgubre rasgó su boca. — Te odio porque no soy como tú; porque mis ojos son ruines, y los tuyos poderosos y deslumbrantes; porque mi cara es rugosa y cetrina, y la tuya blanca y satinada; porque mi pelo es ruin como mis ojos, y el tuyo magnífico y esplendente; porque tu cuerpo es vigoroso y erguido, y mi cuerpo decrepito y desmedrado; porque tu

carne es dura piedra pulimentadísima, y la mía vieja y pelagrosa. — Sus ojos agrandábanse entonces, como para poder arrojar de una vez todas las llamas de su furor. — Te envidio y te desprecio; te aborrezco y te adoro... ¿Por qué todo eso tuyo no es mío? Te odio tanto, escúchame bien, que siento dentro de esa misma pasión inmensa que me abrasa, un escozor de cariño. Como en el centro rojo de una hoguera intensísima se ve una aureola blanca que parece el corazón de esa hoguera, así mi rabia furiosa contra ti, tiene amor. Pero ¿qué hablo? Parece que enloquezco. Maldita seas. Odio á todas las mujeres en ti. Lo aborrezco todo, y tú, á quien aborrezco por encima de todo, estás sobre todo, como una llama que no puedo apagar ni conseguir que de mí se aleje. Me abrasa mi propia impotencia y me revuelvo de furor, porque, queriendo matarte, aparece tu figura dentro de mí como un resplandor divino que me deslumbra. ¡Maldita! ¿A quién has salido? ¿De quién trajiste esa insolente y *honrada* carne que perturba mis sentidos muertos de todo, mis ojos gastados de resbalar sobre las carnes de los dos sexos, toda una época? ¿De quién trajiste esa morbidez que enloquece, ese pelo que encadena, esa llama interior de vida que hace morir, esa piel de seda que un cuchillo no traspasaría? ¿De quién trajiste eso á los diez y siete años? ¿Te lo dejó Baltasar, el zafio cartero de la tierra torroxeña? ¿Te lo dejó *Belica*, la palurda de los campos de cañas? ¿Viene

de Frasquita Cielos, la beduina negra que rumiaba sus dolores estúpidamente, como una cabra sus hierbajos, cuantas veces quería? ¿De dónde has salido, aborrecible monstruo de vida y hermosura? Por un beso tuyo dado con amor, me daba de puñaladas. Porque sé que jamás obtendría eso de ti, quisiera matarte. Desde la vez primera que te vi en tu casa de la calle del Tiro, te aborrezco y aborrezco todo lo tuyo. ¡Quizás fuera porque presentí desde el primer momento que nunca podría traerte á la buena senda!... Teniendo yo todo lo tuyo, y ya que no fuera posible, teniéndote á ti, hubiéramos sido azote del hombre y de la humanidad mucho tiempo. ¿Conoces tú esa dicha? ¿Puedes presumir siquiera hasta dónde alcanza? Pero no; si yo te tuviera, te ocultaría á todos, poniéndote un altar en el sitio más ignorado del mundo... Ya lo sé, tendría que matarte para eso... ¿Por qué no te mato, si yo sé matar, santa, dulcemente, como si fuera bendiciendo? Te detesto, y no puedo nada contra ti. Tiemblo mirándote, como el demonio en la gran piedra, delante del Señor. Quisiera perderte, no sé cómo hacerlo, y creo, si lo intentase y lo consiguiera, que me haría pedazos después yo misma, desesperada de mi triunfo. Cúbrete ya, maldita, añadió, rugiente de cólera é impotencia.

Tiró de la sábana á la vez y la arrojó crujendo sobre mí. Si en aquel segundo, lejos de cubrirme con la sábana, hubiera hecho delante de mi tía lo que Friné delante de sus jueces, la habría matado.

Pero yo no podía comprender entonces, porque no tenía experiencia del mundo ni de las miserias de la carne para analizar la locura vil de aquella negación de mujer, demonio injerto en sátiro, que un acto mío de impudor hubiese podido apartar de la cabeza de las personas queridas una amenaza de muerte, quitando del mundo al mortal enemigo. Yo no sabía esas cosas, ni era Friné tampoco. Si las hubiese sabido, sin ser Friné, aunque después me arrepintiera, ¿quién sabe si en aquel acto no hubiera tenido arrojo para hierirla de muerte, con aquel alarde, que me hubiese yo podido dispensar en mi conciencia, pensando que no lo hacía como Friné, por egoísmo propio, sino por salvar á los seres amados de los peligros mil á que aquella arpía los llevaba! Nada hice, sino seguir oyéndola con una mezcla de admiración y horror que me impedía hablar. Me arrojó la sábana, diciéndome que me cubriese. — Cúbrete — repetía — porque creo, si no lo haces pronto, que rasgaría esa única tela que te cubre, y me llevaría entre mis dientes un pedazo de tu seno, de tu torso, de tu nuca, algo de esa carne maldita, para morderla y remorderla en señal de mi odio y para saborearla y morir en plena dicha. — Su voz fué tomando de nuevo el tono melifluo de burla que tanto mal me hacía. — Adiós, Paca Cielos... Acuérdate de mí. Tu Bonet, tu Juana, tú misma, tendréis recuerdos míos. Tu Carmen, tu Naro, no me preocupan. ¿Quién sabe! Quizás vengan las

cosas en mi favor. Descuida; os nombro á todos en mis oraciones... Mi labor de la fábrica empieza á dar su fruto. ¿Es cierto? Hice lo que pude, modestamente. Lo demás, ha de venir solo... solo. Hay que conocer á los hombres y en este caso particularísimo, al buen Bonet, ese *loco, que parece cuerdo*, ese sesudo varón que no sabe del mundo ni á la vuelta de la esquina. Tu Bonet y tu Juana, caerán; los conozco. De ti, de los demás, nada digo. ¿Quién sabe! Habla. Cuéntalo. Ponles sobre aviso. No importa. ¿Quién detendrá la marcha de lo que fatalmente ha de avanzar! A los ríos van los arroyos. A los mares van los ríos. ¿Quién podría volverlos atrás!... ¿Quién podría!... Mi obra está hecha... Para vosotros, ha empezado... Para mí, concluye... Desaparezco...

Extinguióse la vocecilla lúgubre. La visión fatídica habíase desvanecido.

XXVII

Quise levantarme y no pude. Mi cuerpo no obedecía á mi voluntad. En un minuto, mil ideas trágicas, en mezcolanza inverosímil, con otras sin tensión ni arraigo fundiéronse en mi mente. De todo aquello sólo sacaba una impresión de miedo indescriptible, por mis amigos más que por mí. Pensando en lo que podría esperar de aquella repugnante visión, parecíame de pronto que eran imaginaciones de una pesadilla de que acabara de despertar; que no había sido ella la que acababa de hablarme, la que acababa de salir, hiriéndome con su última mirada de infame adoración y furia de muerte. Sí, era ella; eran sus horribles ojos de vieja bacante, de demonio y sátiro. ¡Eran sus ojos!... Y los míos se cerraban inconscientemente, como para correr un velo entre aquella formidable figura apocalíptica y yo, aunque resultase inútil cerrarlos. Fuera y dentro de mí, en los espacios impalpables, en mi retina, como cal-

deada y quemada por un fuego de maleficio, donde quiera que volviese mi pensamiento ó mis ojos, allí resplandecían con luz tétrica sus ojillos desmedrados. Cuando pasaron algunos minutos, cuando pude dominar trabajosamente, mis facultades todas, que habían quedado como aplanadas, cuando ordené mis ideas y fui compenetrándome de que no se trataba de un sueño, que se trataba de una peligrosa realidad, sin que fuese mi temor menos, la resolución de defender á mis amigos como pudiera, uniendo mi suerte á la suya, calmó un poco mi agitado espíritu.

Me levanté entonces rápidamente. Quise ver si estaba aún al alcance de mis ojos, sin que ella lo advirtiese, alzando yo un visillo del balcón de la sala. Pero pensé de pronto que aquello era pueril. ¿No la había visto bastante aún? Me vestí despacio, me recogí el pelo reflexivamente, proponiéndome maniobrar con calma y fuerza en el ánimo de Bonet, pero en el acto, sin el auxilio de Carmen si ésta no llegaba á tiempo. Después de todo, por el paternal amor que me profesaba sin duda, sabía Bonet considerar y respetar un juicio mío, como si se tratase de Carmen y aun de su misma mujer. Él estaba seguro de que, en asunto serio, nunca emitía yo una palabra inútil, no obstante mi poca edad, ni un juicio que no estuviese muy madurado. Allí lo práctico, lo inmediatamente preciso, era lograr que Bonet se retirase de la fábrica evitándole un conflicto grave, que sin duda había de

venir, y poner en el acto también mucha tierra por medio entre la *Tenebrosa* y nosotros. Ya he dicho que estaba dispuesta á correr la misma suerte que mis amigos. Esto no era huir; era evitarnos muchos males de enemigos contra los que nada podíamos hacer.

Bajé al huerto con el abuelito, que me acogió afablemente. Hablamos de algunas cosas y pude notar en sus palabras cierta preocupación y melancolía, que me lastimaron. ¡Pobre señor Montero! Empezaba á entrever los disturbios de aquel hogar en que tantas esperanzas de ventura había fundado para su nieta; de aquel hogar que parecía llamado á no sentir nunca el soplo frío del dolor. ¡Pobre señor Montero! Había vivido esclavo siempre de su amor á los suyos. Primero, la incertidumbre de si el hijo llegaría á vencer, creándose la ansiada fortuna; después, la otra incertidumbre, de si la sabría conservar, cuando la hubo ya creado; luego, la catástrofe, la orfandad de su nieta, la lucha *otra vez* por la vida, pero lucha increíble, titánica, para un pedazo de pan; lucha en que, por aspiración tan escasa, caía y arrastrábase moribundo, porque su edad y sus trabajos anteriores le hacían combatir, tardo el ademán y el pulso tembloroso. ¡Pobre señor Montero! ¡Pobres, oscuros luchadores, santos desconocidos, héroes del deber que pasáis y morís como un hálito imperceptible, entre los hombres y las cosas! ¡Vosotros sois la única verdad del mundo!

Le pregunté si había venido alguien estando yo acostada. Dijo que no. La *Tenebrosa* había entrado y salido, silenciosamente, como el mal. Quedamos callados, porque al hablar parecía que nos turbábamos mutuamente en nuestros pensamientos. La actitud recogida y grave del pobre anciano enardecíame más contra quien había interrumpido la paz de aquella casa.

Llegaron en esto Bonet y Naro. Naro vino apresuradamente á saludar al abuelo. Cuando les vi en conversación, sin mirar nada, sin pensar en nada, me deslicé rápidamente por el huertecillo y subí, encontrándome á Bonet en el pequeño comedor, sentado junto á la mesa, solo, como yo le quería. Mi presencia le pareció la de un enemigo, juzgando por la inquietud en que le puso. ¿Por qué sería aquella inquietud? Como sabía que yo no lo era y como se haría cargo de mi cara demudada, me interrogó solícito, por mi salud. Me encogí de hombros, diciéndole resueltamente:

— Bonet, mi tía ha estado aquí. Acaba de irse. Entró sin que la vieran. Ha estado en acecho de la ocasión de verme á solas. Ha entrado, valiéndose de una llave que le compró á la criada que tuvieron ustedes últimamente, llave que se echó de menos y creíamos perdida. No hablaré de mí; yo no importo y tengo la obligación de hacer á usted que comprenda, si es que usted abiertamente se ha encerrado en no comprender; y si no quiere comprender al fin, salgo al punto de esta casa. El mal

que á ustedes ha de venir por mi tía, soy yo quien lo traigo; porque la tía, se venga por el amparo que aquí se me dió; por habérseme defendido contra su saña, contra su insidia vergonzosa.

Mirábame tembloroso, angustiadísimo, pero no tuve piedad.

— ¿Sabe usted cuál fué la última infamia? ¿La última calumnia?

Dejó de mirarme; apoyó los codos en la mesa, la cara en las manos y quedó contemplando con mirada fija, vidriosa, un dibujo del tapete. Anduve un poco alrededor de la mesa, para ponerme frente á él.

— ¿Sabe usted cuál fué la última, fresca, de anoche mismo? Hablar más claro sería ofender el nombre de la desgraciadísima mujer ausente. ¿Será preciso que lo diga, avergonzándome yo delante de usted, de cosas que mis labios no deben pronunciar? ¿Es que usted no lo sabrá mejor que yo seguramente? ¿Cuál es su objeto? ¿Cuáles sus intenciones, al permanecer en la fábrica? Ya le dije que mi tía ha estado aquí... ¿Sabe usted á quién vió Carmen ayer en las pacas; allí, trabajando, manipulando y chismorreando con las otras viejas? A mi tía. ¿Sabe usted desde cuándo estaba en la fábrica? Desde hace un mes, desde que empezó esa última campaña monstruosa contra una pobre criatura, esa campaña infame que tanto nos hiere en nuestros corazones. ¿Quiere usted más todavía? De todo lo que me dijo hace un momento esa infame, lo que

más me hirió fué lo que había hecho en *La Aurora* contra usted y su mujer. Yo me he reído fingiendo despreciarla; pero con risa que hizo detener la mía, con mofa mucho más horrenda que su risa, lo explicó ella perfectamente. «¿Una calumnia no es nada? Algo queda; y lo que queda, para ciertos corrazones como el de Bonet, es un clavo que no sale nunca. Si la paz se interrumpe en un hogar; si entra la desgracia en la forma en que yo aquí la introduje, ¿qué más quiero? Es el principio. Lo demás viene por sus pasos contados.» Todo eso, Bonet... Y otras muchas cosas. Hay que salir de la fábrica, pero inmediatamente: salir de la fábrica y de Málaga; y si no lo hace usted, es porque quiere sufrir y que sufran los demás, por amor *al arte*, por amor al mismo sufrimiento. ¿Es que habrá hombres también así? Hombres que...

Se abrió en esto el portón de la calle y no pude continuar. Creí que era la Montero. Sentimos pasos rápidos por la escalera y crujir de faldas. Era Carmen. Precisamente iba á llamar cuando salía Narito por cigarros para el abuelo. Subía Carmen, sabiendo ya por Naro la ausencia de Juana y mi presencia y la de Bonet arriba. Entró como un torbellino, guapa, limpia, olorosa, según costumbre.

—¿Qué... se lo has dicho ya? —Fué su saludo dirigiéndose á mí. Yo me senté como muerta, sin contestar. —Sí, se lo has dicho —añadió resueltamente; — os veo á los dos; pero no le hace; algo habrá quedado para mí. Ahora es la mía.

Miré á Bonet y no pude remediarlo: me eché á llorar de lástima. Carmen, que había empezado su discurso, soltó un terno de los más brillantes de su repertorio, amonestándome por aquel llanto fuera de tiempo.

— Aquí no se llora; aquí hay que disponer lo que haya de hacerse, pero con energía y sin melindres. Al grano, pronto, pronto. — Y su voz era viril y fuerte, y su mirada segura clavábase en Bonet ó en mí, filtrándose en nosotros su destello purísimo. — Aquí ha de haber alguien que ponga las cosas en su lugar, para que, detrás de las cosas bien puestas, venga el remedio. Andando y fuera lágrimas. José Bonet: ¿Juana es mala ó buena? Pecho para contestar es lo que aquí se quiere. No hay que bajar la cabeza y taparse la cara con los brazos. Al revés. Levantarla y mirar á los ojos. — Y con aquella fuerza de que había dado ejemplo en solemnes ocasiones, hizo levantar la cabeza á Bonet, que nos miró, pálido, desencajado como si fuera á morir. — ¿Es buena ó mala? — repetía implacablemente. — A un hombre de bien va la pregunta. Si contesta que es mala, es un vil. Si no contesta, un cobarde. Si contesta que es buena, un loco... Porque con una mujer buena, teniendo el convencimiento de que lo es, no hay razón para ser infeliz, ni hacer del mundo ni de la vida un dramón en veinticinco actos. ¿Es mala ó buena?

— ¡Déjame! — exclamó Bonet ahogadamente.

— ¡Ah, conque es cobardía! — gritó Carmen roja

de indignación. — ¡Conque ni una cosa ni otra! ¿Y eres tú un hombre de bien? Mentira. Juana no debió nunca levantarte hasta ella. Creíamos todos que se casó con un hombre... Lo creía ella también; pero no fué con un hombre; fué con un cobarde. Un cobarde no es un hombre. Se casó Juana con un cobarde y se ha perdido.

— ¡No! — gritó Bonet de repente, como con remordimiento de haber ultrajado á Juana. — ¡Es buena! ¡Es buena! Yo lo digo. Yo lo juro.

— Vaya — murmuró Carmen, limpiándose con su lindo pañolito unas gotillas de sudor, imperceptibles casi, que apuntaban en su frente. — Su trabajo costó que el hombre fuera hombre.

Me levanté de pronto. Era allí donde yo quería llevar á Bonet, cuando me interrumpió la *Corza*:

— Y si Juana es buena, si lo sabemos, si lo juramos, si podemos poner las manos en el fuego, y el corazón y el alma con las manos; si hasta hablar de esto, si hasta poner en litigio su honra, si hasta defenderla es un pecado infame que cometemos nosotros, ¿por qué entonces vivir esclavos de la calumnia, de lo que sabemos que ni es calumnia siquiera? — porque no hay enemigo oculto — añadió, mirando á Carmen — porque ha estado aquí la tía y ha confesado con su mala intención, que todo, como estábamos seguras, ha salido de ella. Si todo eso es así ¿por qué ese temor á lo que dicen, sin el consuelo tampoco de poder castigar á los ruines, malos? ¿Es que va usted á arrancar mil lenguas?

¿Es que puede usted cerrar mil bocas, cuando sabe usted bien por qué esas lenguas, dentro de esas bocas, saltan y silban? ¡Ah, Bonet! Si no hubiese usted *vivido* tanto como ha vivido entre esas mujeres con promesas más ó menos graves, y desprecio absoluto de todo aquello que había prometido, á todo aquello que había libado y de que había *vivido*, esas mismas hembras despreciadas, asociando en su odio de despecho á las otras, indiferentes, y á los hombres con más facilidad aún, por admiración á Juana y por envidia á usted, el hombre preferido ¿se habrían enroscado como serpientes al cuello de usted, al corazón, á los pulmones, á su alma y á su cuerpo, para triturarle y matarle? ¿No ha pensado usted eso nunca? No hay efecto sin causa. La causa no ha sido ella, la honradísima madre de su hijo; ha sido usted la causa. La tía Ángeles ha sacado de ahí, sin yo quererlo, pero por causa mía también, el cuchillo para herirle. Y usted ¿á quién puede herir? ¿A quién puede castigar? ¿De quién puede vengarse? ¿Puede usted matar á esos mil que le están matando? ¿Va usted á matar á una vieja decrepita y loca? Son pues, aun siendo tan reales, enemigos fantásticos los suyos. ¿Va usted á combatir á esos enemigos? ¿No es preferible, con la conciencia de su honra y la del ser amado y con desprecio á los infames viles, á quienes, por otra parte, no puede usted combatir, alejarse de ellos y de la fábrica y de Málaga para siempre, y mucho más cuando en cualquier país

industrioso han de apreciar y pagar doblemente su labor de obrero sin competencia?

— ¡Como los propios libros! — grito Carmen entusiasmada. — ¡Fuera, á mil leguas de aquí! Á tu mujer, á tu Naro, á tu infante y á tu hogar. Si no lo haces, yo te lo anuncio: te la encuentras muy pronto. Al tiempo.

— Lo haré... haré lo que me aconsejáis — dijo él, abstraídamente.

— ¿Cuándo? — preguntó la *Corcita*, ansiosa.

— Sí, lo haré — repetía el hombre moviendo la cabeza, como si hablase consigo mismo. — Sí, lo haré.

— ¿Pero, cuándo? — repitió la *Corza*, con un ímpetu agresivo. — Porque tú no sabes, — dirigiéndose á mí con la palabra, coléricamente. — Este hombre está loco y hay que traerlo á la razón; traerlo, pero por la fuerza, si bien á bien no quiere. Lo que le pasó ayer no lo sabíamos... No te lo habrá contado ¿es verdad? Me lo han dicho esta mañana. ¡La de *vámonos*, con Pepa Garrido! Esa está que brama... no perdona ni un pelo... Lo que tú dijiste: Pepa Garrido es una de las florecitas que vendimió este tonto en el prado de *La Aurora*. Y ahí la tienes: la flor se le ha subido á la cabeza. No será la única, descuida. Lo que pasó ayer tarde fué, que Pepa, á la hora de la limpia, cuando aflojaron las máquinas, echó por aquella boca sapos y culebras, sabiendo que estaba éste arreglando un telar muy cerca y oyéndolo todo. De

Pepa salió ayer tarde la barbaridad de lo de *Caparrota* y la *Mística*... ¡Eh, quieto! — añadió, sujetando á Bonet, á quien había acometido un temblor nervioso. — Aquí se han de decir las cosas por sus nombres: de *Caparrota* y la *Mística*. ¿Entiendes, Paca Cielos? Yo curaré á éste á fuerza de cáusticos. ¿Qué puede ser? ¿Que me mate? Bueno. Más vale que la maten á una de mala manera, que no ver y oír tanta porquedad. ¿De dónde sacó Pepa Garrido esta idea? Porque he de decirte, aunque tú, Paca Cielos, lo sabrás como nosotros, que Pepa Garrido es una divina mula gallega, con ojos de cielo y cara de ángel, incapaz de sacar de su magín una sola idea, buena ni mala, y no sacó esa tampoco. ¿Sabes quién dice ella misma que se lo dijo? Una vieja de las pacas. Vé apuntando, José Bonet. Pepa Garrido despotricó allí como una garrotera que es, y porque no se ha cerrado ni ha de cerrarse la heridita que tú le hiciste, hijo mío, aunque después de todo, la moza no es un mal corazón ni mucho menos. Despotricó allí como una garrotera y cubrió de fango hasta los ojos á la *Mística*... No te revuelvas, José Bonet, que fué de ese modo. Fué á Juana, á tu mujer. Dijo ferocidades. Lo dijo todo, porque sabía que estabas oyéndola. Y tal lo dijo, que te fuiste á ella con el martillo levantado, para aplastarle las sienes... y porque diez ó doce mujeres y hombres te lo impidieron, no se le quedaron allí aplastadas. ¿Es eso lo que tú buscas? ¿Un espectáculo de esa in-

dole á cada instante? No, tú no te quieres á ti mismo, ni á tu mujer, ni quieres á tu hogar, ni á tu hijo, ni á tu honra. Cuando no puede uno coger en sus manos las mil gargantas de mil infames que nos injurien, y estrangularlas de un apretón, se aparta uno y se traga su bilis, para no estar al menos aguantando la saliva en la cara eternamente. Apurar ese martirio no es valentía, es debilidad. Por lo que estúpidamente llamas huir, permites con tu presencia, sólo con ella, la deshonra de tu mujer. Ea, ya está dicho. Si tú eres la causa principal, largo de la fábrica, para que no acordándose nadie más de ti no la deshonren más á ella.

Bonet iba á hablar. Se levantó briosamente. Sus ojos adquirieron por un instante el brillo de la locura. Pero se oyó el portón de pronto. Abrían con llave. Juana entraba sin duda. Un cambio súbito se operó en Bonet.

— ¡Calla, que no se entere, calla! — dijo así, rápido, tembloroso, mirándonos con angustia.

— ¡No callo! — gritó la *Corcita* fieramente. — Sales de la fábrica ó aquí se habla todo hoy.

— Sí, te lo aseguro — añadió él nerviosamente.

— ¿Es palabra de hombre?

— Es juramento. Por la memoria de mi madre.

— ¡Vaya por aquella pobre! ¡Juana, Juana! — llamó, después de haber contestado á Bonet. — Sube. Aquí estamos.

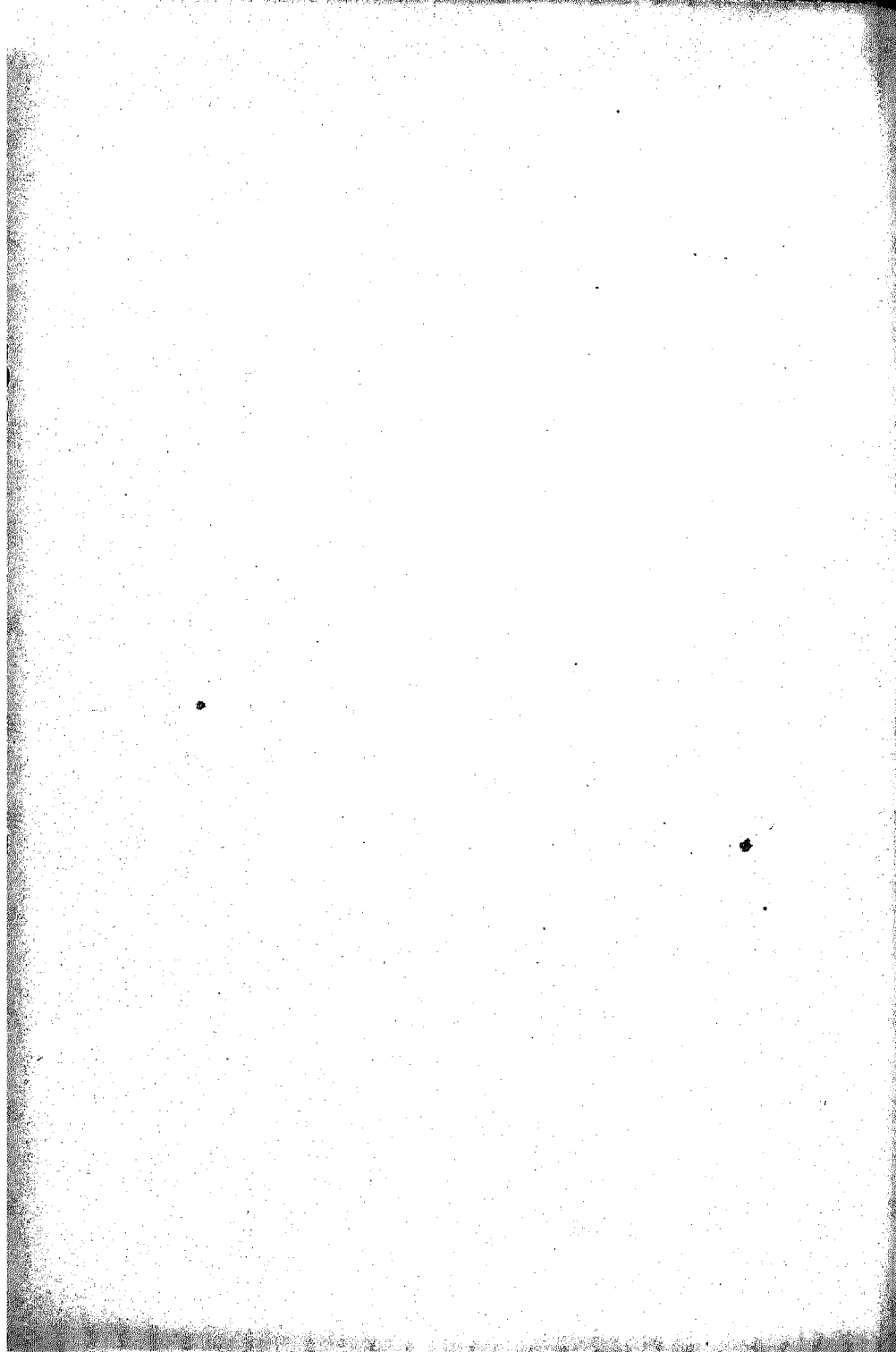
Subía Juana. Bonet se metía en la alcoba.

Oímos allí rumor de agua, como si se lavase. Abracé á mi amiga con ciertos ánimos. Le dí la nueva, temblorosa. «Se iba de la fábrica.» Con su palidez mate y su traje negro, de misa, sencillísimo, estaba bella como nunca la habíamos observado. Una belleza digna y grave, trasunto fiel del alma que allí alentaba.

No se le debió escapar nuestro aspecto agitado. Pero no habló ni hizo pregunta alguna. Nuestras palabras, nuestros consejos eran inútiles. Para ella no había más guía, ni otra verdad que la cara de Bonet. Del aspecto de aquella cara, venían sus ánimos ó sus aplanamientos.

Bajamos al huertecillo, donde conté al detalle mi entrevista con mi tía, y contamos á Juana lo que se le debió contar de nuestra entrevista con Bonet y las intenciones de éste, y aun el juramento de abandonar la fábrica. «¡Ya vería, ya vería Juana. Paz y amor!» Oíamos Juana, sonriendo penosamente. Hubo un instante en que pareció cobrar ánimos también; pero al ver entrar á su marido en el huerto, hablando nosotras aún; al observar su semblante, aunque parecía tranquilo y muy natural, movió la cabeza reflexiva, murmurando, como si hablara á solas:

— No, aun no ha concluido todo.



XXVIII

Lo que hice, lo que hablé aquel domingo, lo recuerdo como á través de una nube roja. No he olvidado ningún detalle. Los retengo todos, hasta los más ínfimos, como preludios del día siguiente, aquel lunes, señalado con raya negra en muchos corazones. La *Corza* se fué á su casa refunfuñando por el pesimismo de la Montero. Yo no sentía alarma alguna, aparte de la impresión penosa, que no se me disipaba, del recuerdo de la divina Ángeles. Después, analizando mis sentimientos de aquel día, no he podido comprender una tranquilidad como la que experimentaba, y sólo me la explico reflexionando que debió ser algo como entorpecimiento de mis propias facultades, por las violentas impresiones recibidas desde la tarde del sábado con la aparición de la tía en las pacas. Acompañé á la *Corza* y almorzamos, sin cesar en nuestras con-

fidencias referentes á la situación. Recuerdo que aquella mañana conté á Carmen lo de los paseos de *Caparrota* por la plazuela de Mamely, y que tuve que aguantar con mucha paciencia su indignación por haberle guardado aquello. Aguanté con mucha paciencia, porque creí que su indignación era justa.

— Pues mira, ¿sabes lo que te digo? — exclamó con mucho coraje, — que quizás las cosas no habrían llegado á tanto, si yo hubiese vivido por ustedes algo más advertida. Lo que falta ahora es que Bonet salga mañana mismo de *La Aurora*, y si no sale, le doy otro tiento que lo vuelvo loco.

Regresamos á la plaza de Mamely. Bonet había comido algo. Como en la mesa estaban Narito y el abuelo, no habló nada el matrimonio de cosas dignas de mención. Después, habían salido nuevamente Bonet y Naro. Juana volvió al huertecillo con su abuelo. Allí estaba cuando fuimos. No sé de qué hablarían. Calláronse al llegar nosotras. ¿De qué íbamos á hablar? ¡Qué pesada es una conversación de trivialidades en un grupo de personas, cuando cada una está muy enterada de lo que piensan las demás y cuando todas saben bien que es muy distinto lo que se habla de lo que se piensa! Más tarde invitamos á Juana á que viniese con nosotras á la antigua casa de la calle del Tiro para ver al hombre de la República. Hacía tres días que no le veíamos. Se excusó. No tenía gusto; además, no iba á dejar al abuelo solo.

Llegaron en esto Bonet y Naro. Naro vino con nosotras. Primeramente nos llegamos á la calle del Horno á ver á una amiga enferma. Esta amiga, para que lo sepáis, era la *señá* María Caballero, nuestra ex-casera célebre. En los tres años últimos, desde la muerte de mi abuela, habían pasado muchas cosas en la casita de la calle del Tiro. La primer desgracia que llevó allí la mala sombra, como la *señá* Caballero decía, fué la muerte de Frasquita Cielos. «¡La pobre!». Nuestra sala no volvió á alquilarse. Al poco tiempo, la *Corza*, la mejor vecina de la casa, desapareció para irse á vivir al Perchel. La casa, con mi deserción y la de Carmen, perdió mucho de su aspecto de juventud y alegría, en su misma vejez. Las chalequeras habían cambiado también sus nidos como pajaritos locos. La sala de los Bonet, como la nuestra, quedó vacía, y no siendo bastante, otra muerte hizo poner el grito en las nubes á la *señá* María. Quien murió fué la ciega de la sala lindante con la nuestra. El ciego, es decir, el medio ciego, había vencido en la lucha. Quedó solo y triunfante. La *señá* María comíase las uñas de rabia. Aquella casa ya no era la casa de la *señá* María Caballero. Los vecinos no eran iguales. No pudiendo escoger, porque las habitaciones estaban vacías siempre, abrió la mano. Siendo otra clase de vecindad, ya no hubo allí aquella limpieza deslumbrante, ni aquella disciplina entre la gente que la *señá* María Caballero tenía bajo su férula.

Resumen, que la *señá* María Caballero dejó también la casa. El ciego y el hombre de la República habían sido los únicos fieles constantes de la casilla vieja.

La vista de la *señá* María Caballero me conmovió extraordinariamente. Estaba hinchada y de color terroso. El cuchitril en que se había mudado y el pensamiento de que dependía de una casera, creo yo que aceleraba su fin. Su famosa industria terminó al desaparecer ella de la calle del Tiro. Vivía de sus ahorros, con ayuda también de su hermana, la de la fonda de la Victoria. Me abrazó sollozante cuando nos despedimos. Tartamudeaba, diciéndome:

— ¡No te veré más, encanto!

Carmen lloraba á lágrima viva. «No le parecían bien aquellos visiteos. Buenas estábamos para ver lástimas. ¡Como si no hubiéramos tenido bastante!»

¡Y no hacíamos cuenta de lo que íbamos á encontrar en la calle del Tiro! Entré en la casa, mirando desoladamente la antigua mansión de los Alcudia, ocupada ya por otros señores. ¡Oh, Pepito, qué iba á ser de mí! Todas, todas mis esperanzas de volver á verte estaban perdidas. Supimos al punto el motivo de la larga ausencia del hombre de la República, de nuestra casa de la placeta de Mamely. El ciego estaba muy malito. El señor Gutiérrez, con su sencilla generosidad de costumbre, no se apartaba de su lado, asistiéndole como una madre lo

hubiera podido hacer. Era la única persona que entraba en el cuarto del ciego, y en verdad, necesitábase valor. Meterse allí constituía un acto heroico. Carmen quedó charlando con otras vecinas. Nunca habían sido los ciegos gente de su devoción. En los cuatro ó seis años que habían vivido en la misma casa, jamás cruzó la palabra con ellos. Se explicaba también, porque la pareja se iba á pedir limosna, y la *Corcita*, á su trabajo. De noche, cuando regresaban los ciegos, la *Corza*, generalmente, habíase acostado ya. Desde que yo entré en la fábrica, tampoco había sido mi trato frecuente con los estrambóticos personajes. Casi nunca los veía. Pero antes de ir á *La Aurora*, en aquella época famosísima de mis escarceos por la calle del Tiro y mis excursiones tremebundas, antes de ir, y cuando iba á los colegios de doña Adelina y doña Asunción, había hablado muchas veces con mis vecinos; con el ciego en particular, porque la mujer me era muy antipática desde que supe que le pegaba á su marido. Alguna vez que el viejo estuvo malo y quedábase solo, entraba yo y oía las confidencias de aquel miserable ser, cuya vida era un puro martirio, en la perenne, estéril lucha de querer levantarse despótico sobre su compañera, para quedar siempre rendido y acobardado, quejándose de su suerte y tentándose los chichones que la mula loca de su mujer le producía. Cuando se vió solo, lloró con lágrimas de cocodrilo la muerte de su ciega, feliz porque se veía libre; y cuando se dió

cuenta exacta de su espantosa libertad, solo, solo, sin que nadie le contradijese, sin que nadie le pegase, se encogió ya, como un insectillo helado, gimiendo, quejándose de todo, y muy en particular y muy de veras entonces de la muerte de su ciegucecita amada. Pronto dejó de salir. Sentándose en un viejo sillón, permanecía silencioso, con las manos en las rodillas, la cabeza levantada, moviendo el cuerpo atrás y adelante, acompasadamente. Comía lo que las vecinas piadosas le daban, aunque sin entrar en su cuarto, por el desprecio y la repugnancia que sentían hacia él. El hombre de la República era su único enfermero. Como le dijese que sacase cuartos de la hucha y se cuidara un poco para no morir, echábase á llorar sin consuelo, jurando que era un pobrecito que vivía de la voluntad de Dios. Un día se quedó en su camastro, en el rincón oscuro y nadie logró levantarlo más de allí. El colchón llegó á ser una pocilga, cuyos miasmas percibíanse desde la puerta de la calle, sin que ningún vecino tuviese la ocurrencia de denunciar el hecho. Cuando me contó el hombre de la República lo que pasaba, entré resuelta hasta el camastro. Creí que el ciego no me conocería, pero al fijarse bien en mí, lanzó un gemido, mascullando después algunas palabras. Entre ellas, entendí claramente: «Sí, sí, ¿te acuerdas?» ¿A qué aludiría? No lo sé, pero un inundo inmenso de recuerdos pasó por mi mente, y mis pupilas parecieron abrasarse en una llama devoradora.

¡Frasquita Cielos, don Gabriel, señora de Alcudia, Pepito amado, sombras adoradas, vivas y muertas... ¿por qué os aparecisteis ante mí en aquel rincón medroso del camastro del ciego? ¿Qué desaliento tan hondo, tan triste, fué aquel de que me vi acometida? Por la puerta entreabierta de la sala, medio á oscuras, distinguí entonces un pedazo de patio desempedrado, de poyete caído, con macetillas desportilladas de hierbajos secos; la parra sin hojas, retorció sus sarmientos rotos en muchas partes, maraña incomprensible de arterias, tendones, nervios, de algún cuerpo muerto, de no sabía yo quién, pero de alguien que formaba parte del ser mío. ¡Oh, Pepito! ¡Renuncié desde aquel punto á verle! Todo, todo acababa para mí. ¡Triste conclusión de lo que aun podría llamarse mi infancia! ¡Qué amargo principio de vida! Los comienzos, los verdaderos comienzos de la vida, aunque yo tanto había vivido, ¿no son, ay, los diez y siete años?

Tuve una distracción aquella tarde. Me dediqué al ciego. Narito me inspiró esta idea, lamentando su infelicidad. Era odiado de todos en la casa, por la creencia en que vivían de que no gastaba un cuarto ni aun en su salud. «¿Qué importaba? decía Narito. Era malo pensar así. Si tenía dinero ó no, él allá. Nosotros debíamos hacer las cosas por lo que veíamos, es decir, como si no lo tuviese.» ¡Oh, Naro, niño mío! ¿Quién puso en ti aquellos sentimientos exquisitos de benevolencia,

caridad y amor? Sacamos aquel colchón de la pocilga y se tiró á la cuadra para que se lo llevarsen á quemarlo. Mandé á un hombre con Narito á la plaza de Mamely. El hombre trajo un colchón de mi cama y Naro algún dinero. Mientras regresaron, arreglé la sala como pude. Poco después, estaba el viejecillo en una cama limpia, limpio él, y limpio y bien oliente lo que hasta entonces había sido pocilga repugnante. Debo advertir que la *Corza* y algunas mujeres de la casa me ayudaron de buena voluntad viéndome de lleno metida en la tarea. Naro hizo más que todos. Al hombre de la República le dimos dinero para que le cuidase, hasta que nos viéramos otra vez. A obscuras ya, me senté junto á la cama del viejecillo para acompañarle un rato antes de irme. Narito habíase sentado, silencioso, junto á la puerta. Carmen había ido á la sala del hombre de la República.

Cuando yo creía al ciego dormido, sentí otra vez en sus labios balbucientes aquel «¿te acuerdas?» que tan dulces y tristes memorias había traído antes á mi corazón. Pero entonces, sin esfuerzo alguno, como por instinto, le comprendí. Aludía el desgraciado á los golpes que su mujer le asestaba. El recuerdo de aquellos golpes era su felicidad. Aquellos golpes eran sus memorias dulces de amor. ¡Desdichada especie la del ser humano! ¡En qué extrañas teorías suele basar sus felicidades ó sus desgracias! ¿Comprendió que le

había comprendido? Una mano huesosa, arrugadísima, con tendones y venas como las varas de los pámpanos muertos del patinillo, cogió la mía estrechándola nerviosamente. Quise impedirlo con todas mis fuerzas, pero llevó mi mano á su boca y la besó, diciendo: «Paca buena; me acordaré de ti.» Me deshice entonces en sollozos. ¿Por qué? No dijo nada. Se quedó adormilado. Le besé en la frente con verdadera emoción. En aquella frente que la agonía próxima hacía ya augusta, creí haber besado, dándoles el último adiós, á mi abuela, á don Gabriel, á la señora, á Pepito Alcudia. Creí haber besado la puerta cerrada del cuarto de los juguetes, como la losa de un sepulcro. Creí haber besado las almas todas de mis antiguos amigos, desaparecidos ya del barrio y hasta los muros y los suelos, y hasta el poyete y las albahacas y los pámpanos muertos de la casita vieja de la calle del Tiro. En la puerta de la calle, para salir ya, volví los ojos adentro. Todo me despedía. Lloraba todo.

Cuando llegamos á casa, Bonet no estaba allí. Vi á Juana con el abuelo en la salita de abajo. No había novedad. No habían mediado palabras de consecuencia en el matrimonio. No sabíamos qué pensar de la actitud de Bonet. Después de nuestra grave entrevista con él, esperábamos Carmen y yo algunas frases, aludiendo á su inmediata salida de *La Aurora*, ya que no á nosotras, que á nosotras no nos hacían falta sus explicaciones, á

su mujer por lo menos. Pero no creíamos que dejase de cumplir lo ofrecido. Bien le habíamos hecho comprender que en la fábrica no podía estar un solo día. No habló con su mujer, ni con nosotras, cuando cenamos juntos, como de costumbre. Consagró toda su atención á Narito. Parecía Narito su alma y su vida, como si nadie existiese más que él al lado suyo.

Cuando terminó la cena, se marchó diciendo que volvía muy pronto. Pero volvió muy tarde. La *Corza* se fué, renegando de la hora en que puso su afecto en personas ingratas, para vivir de disgustos únicamente. Conociáse: Bonet eludía desde el sábado por la noche toda comunicación con Juana, sin que lo que habíamos hablado con él modificase de ningún modo su actitud, aunque hubiese resuelto, y así lo creíamos, su salida de la fábrica.

Se acostó el abuelito. Naro parecía inquieto. No tenía ganas de leer ni acostarse. No sé qué velo de infinito amor parecía empañar sus ojos al mirarnos. Aquella noche su palidez era más intensa. Sus ojos dulces, soñadores, que parecían mirar siempre á lo infinito, penetrándolo, como una raya de sol pudiese penetrar el fondo de una cripta, creí verlos aquella noche como angustiados por una gran pesadumbre.

— ¡Estáis tristes! — dijo, levantándose para ir á su alcoba. — ¡Todos... todos! ¿Por qué será?

Besó á Juana. Juana sonrió, como otros días más felices.

— No seas visionario — díjole animadamente. — Eres tú quien estás triste, y Paca Cielos contigo, tal vez por la visita de esta tarde á vuestra antigua casera y á vuestra antigua casa, y las miserias que me habéis contado del pobre ciego.

Continuó hablando muy natural, pero condo-
liéndose en secreto — la conocía yo bien, — de que Narito empezase á sufrir, fatalmente, las tristezas de aquel hogar.

Naro se encogió de hombros reflexivamente. En la cama ya, suplicó desde allí un vaso de agua. Tenía mucha sed. Había olvidado beberla antes de acostarse. Me levanté apresuradamente para llevársela. No quise que lo hiciese mi amiga. La habían impresionado mucho las breves palabras de Naro.

Bebió un sorbo. No quiso más. Al devolverme el vaso, observé un brillo particular en sus pupilas. Me incliné para verle bien. Estaba llorando.

— ¿Qué haces? — le dije, fingiendo incomodidad; — como sepan que lloras, les harás sufrir.

— No, que no se enteren — contestó muy bajo, con gran dulzura. — La vi hoy, ¿oyes?

Aludía á su madre. Hacía mucho tiempo que no me hablaba de sus visiones.

— ¡Ah! ¿Era eso lo que tenías? — y acaricié su frente, temblorosa.

— No, no era eso. Cuando la veo, no lloro. La vi esta tarde, allá, junto al ciego. Me miraba... Me miraba. La oí hablar muy dulce... « ¡Hijo mío!... »

No, no; es por ellos... Me lo ocultáis... ¿Qué pasa?... No, ahora no es como antes.

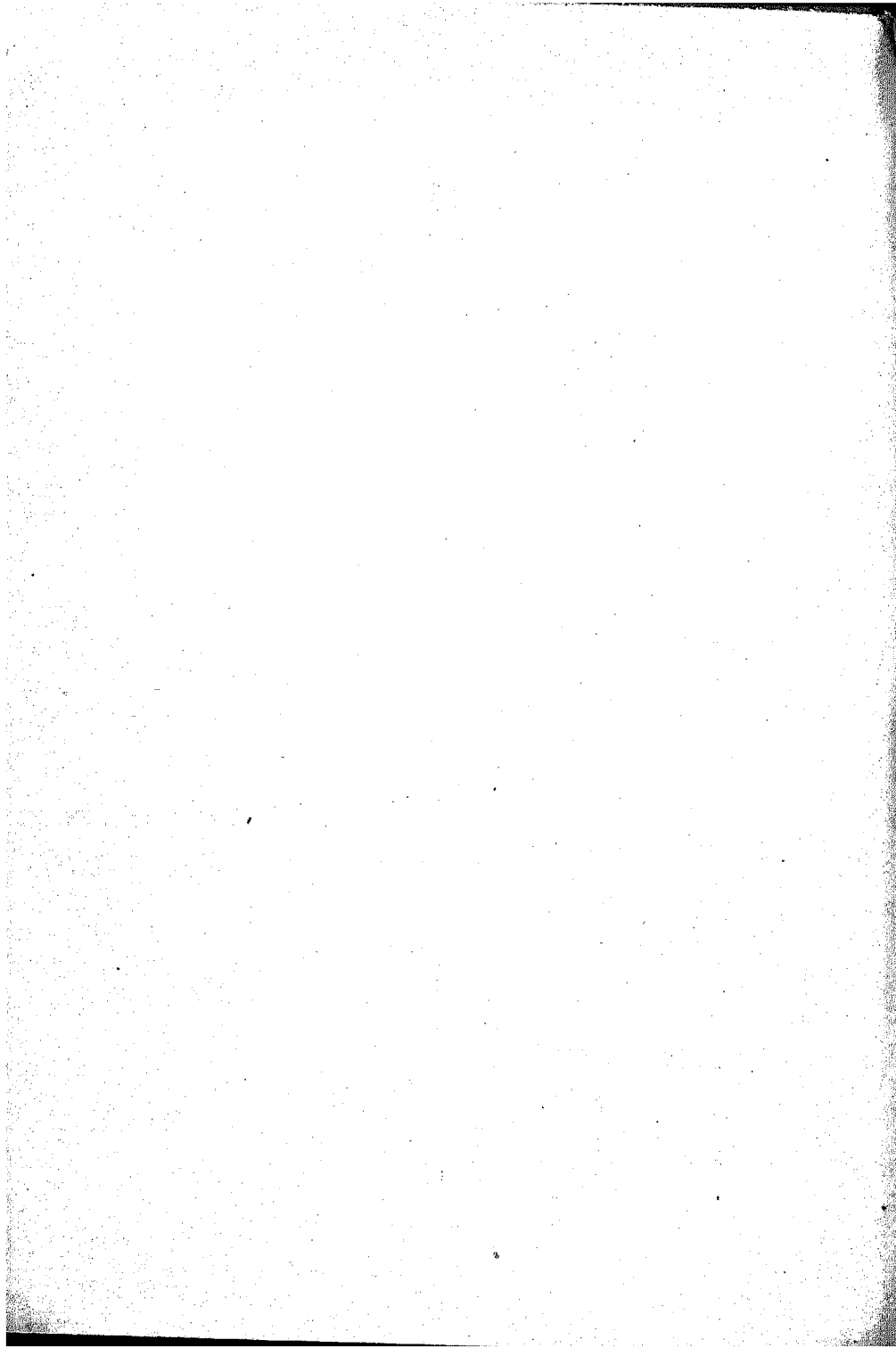
No hablé más. Sentí una dulcísima piedad por aquel niño. Le tranquilicé como pude. Sonrió al fin. ¡Qué sonrisa! La tengo siempre como un sello de sangre en el corazón.

Bonet llegó muy tarde, ya lo dije. Fué á la alcoba de Naro, de puntillas. Salió sin despertarle, pasando á la del matrimonio. No le vi ya. Me despedí de Juana. Lo confieso: entré en mi cuarto con una profunda irritación contra Bonet. Aquella noche dormí á trechos, agitadamente. Eran letargos, en los que se me aparecían figuras horrendas. De un letargo de aquellos me despertó Juana. Apareció ante mí como una diosa hermosísima de la desolación. Traía una luz en una mano y un papel arrugado en la otra.

— Se ha ido ya — me dijo. — Se llevó á Naro, como siempre. Yo sé para qué se lo ha llevado; para que no esté aquí cuando vuelva. Yo sé que ha de volver. — Por vez primera vi un rayo de indignación y cólera en aquellos divinos resplandecientes ojos. — Mira. — Leí el papel. Era una carta de la tía Angeles dirigida á José Bonet. Decíale en ella que Juana le engañaba con *Caparrota*. «¿Por qué no comprobarlo? Era muy sencillo: bastaría con que fuese Bonet el lunes á las nueve á su casa, á la casa misma de Bonet, saliéndose de *La Aurora* con un pretexto. Allí vería á *Caparrota* con su mujer... y así venían

desde mucho tiempo, mientras Bonet era en la fábrica la burla de hombres y mujeres.»

No, no era un anónimo. Lo firmaba ella: la tía Ángeles. Me apreté fuertemente la cabeza con las manos. Creí que las sienes me estallaban. Creí que me volvía loca.



XXIX

Se acostó Juana la noche antes en el acto de haberme yo despedido de ella. Se acostó sin hablar con Bonet porque le creía ya durmiendo. En vano procuró Juana descansar; le era imposible pegar los ojos. No se movía siquiera porque Bonet no despertase. Hora y media habría transcurrido cuando se levantó Bonet y comenzó á vestirse. Le interrogó ella, contestándole el hombre tranquilamente que estaba desvelado, que iba á leer un poco á ver si le rendía el sueño. Pasó á su cuartito de estudio próximo á la alcoba. Juana sintió, á intervalos regulares, el ruidillo de las hojas del volumen cuando Bonet las volvía. Después no sintió nada. No podía estar de inquietud. ¿Qué haría Bonet? Se levantó en silencio y fué descalza hasta la puerta del cuartito. Asomándose, vió á Bonet echado de brazos sobre el pupitre y la cabeza hundida entre los brazos.

—José, ¿estás enfermo?—preguntó Juana, aproximándose.

—No—dijo él, apacible,—me quedaba dormido.

—Vente, dormirás mejor en la cama.

—Sí, voy.

—Pero, ¿vendrás?

—Sí, voy — repitió tranquilamente.

Pero no fué. Quedó allí hasta la hora del trabajo y Juana quedó inmóvil, triste, silenciosa, sentada en el borde del lecho, esperándole inútilmente... Se fué Bonet con Naro y entró ella, entonces, en el cuartito de estudio. Su ansia, su zozobra, no se sabe si un presentimiento, la guiaron hasta la mesa. Recordaba que era un libro grande el que tenía Bonet junto á sí. ¿Qué leería? No le fué difícil dar con el volumen en la humilde biblioteca de Bonet. Cogió el único libro grande que había. Inmediatamente encontró un papel arrugado entre sus hojas. ¿Sería una señal? ¡Qué señal! Era la carta de la divina Angeles.

Me contó esto con una tranquilidad abrumadora. Lo comprendí yo sin que me lo dijese: aquella Juana no era la que yo había conocido hasta entonces. Lo había despreciado, lo hubiera seguido despreciando todo, mientras Bonet, el mismo Bonet no dudara. Ahora no despreciaba nada, no despreciaba á nadie, nada más que á Bonet.

Pero ¿por qué había escrito una carta así aquella vil criatura? ¿Cómo podría probar la infamia que allí sostenía? Por absurdos, por estram-

bóticos que eran, resistíame á veces á dar importancia á los manejos de la tía Ángeles. Pero lentamente, con su tenacidad maligna, aunque operaba, por decirlo así, sin base, era lo cierto que consiguió impresionar á Bonet, viniendo inmediatamente la indignación, la ira de Juana, en auxilio de la infame. Aquella carta había sido como una especie de polo que atrajo á Bonet, separándole del círculo de influencia de la dulce encantadora. Desde que el encanto de Bonet quedó roto, desde que la duda entró en su alma y la mujer pudo persuadirse por un fenómeno singularísimo, muy explicable en verdad, la encantadora pareció hastiarse súbitamente de su poder mágico, y hasta arrepentirse, que era mucho peor, de haberlo ejercido. Juana, el espíritu perfecto, lo sufrió todo, no es quererla anatematizar, mientras tuvo el consuelo de saber que el hombre callaba y creía.

Hice ánimos aún para intentar hacerla ver que todo aquello era lo que la tía Angeles había profetizado y que íbamos de aquel modo, derechamente, á ayudarla á conseguir lo que se había propuesto. Porque lo que más sublevaba en esta absurda, penosísima historia era que, estando todos convencidos de que no había causa para un conflicto y sabiéndose además de dónde y por quién venía todo, dejásemos ir las cosas sin poderlo evitar, sin poderlas detener, hasta que el conflicto llegase.

— ¡Bien lo ha preparado! — exclamé bruscamente, ardiendo en cólera en aquel instante contra aquel demonio. — Enredar y enredar absurdo sobre absurdo que parecen risibles, hasta que, sin que sepamos cómo, salte la chispa y prenda la pólvora.

Seca, fría, díjome la Montero:

— Esa mujer no ha preparado nada, niña; es que lo ha presentado todo; lo ha presentado y lo aprovecha.

Tristes palabras que fueron la condenación de Bonet. Al oírlas, un frío mortal heló mi sangre. Me pareció ver con claridad de vidente todo el porvenir.

Se fué de mi alcoba. A poco llegó Carmen por mí. Le abrió la sirvienta; no vió á Juana que estaba con el niño. Le conté lo que había y me entristecí doblemente al ver su desconcierto y perplejidad. La carta de la *vieja* le explicaba la actitud de Bonet de todo el domingo y la noche del sábado último; la recibió sin duda el sábado por la tarde.

Estando en esto, llegó el hombre de la República. Nos dió la noticia: el ciego había muerto; me enseñó el gran Gutiérrez una caja diminuta; era un neceser sucio, viejísimo, de cerradura rota. Se lo había entregado el ciego misteriosamente, antes de morir, como una memoria para su amiga Paca.

Confieso con franqueza que la noticia de esta muerte no me produjo gran impresión; compren-

deréis el motivo; además de esperarla, hallábame entonces hundida en muy dolorosas inquietudes. Alcé la tapa del neceser, maquinalmente, vi un canutero, un papel con agujas, un rosario tosco y dos ó tres carretes de hilo. Lo puse sobre la mesa sin saber lo que hacía. Carmen marchábase. No quise ir á *La Aurora*; comprendió mi deseo de estar en la casa por lo que pudiese ocurrir y se marchó reflexiva.

No hablé con Juana. El abuelo se levantó á las ocho como de costumbre y le llevamos al huertecillo. Juana entretúvose calmosamente en guardar algunas ropas de fiesta que habían vestido el día anterior Bonet y Naro. Mandó antes á la criada y al niño con el abuelo, encargándole mucho no se moviese de allí mientras ella no la llamara. No sabía yo qué pensar; no sabía qué hacer. Mi cabeza era un caos. Cerca de las nueve se asomó Juana al balcón, tranquila, serena. Sólo hubiera podido notarse su exaltación interior en lo rápidamente que jugueteaban sus dedos con el papel de la divina Angeles. — ¡Sí, sí, vendrá! — repetía entre dientes. En *Caparrota* no pensábamos. *Caparrota* no iría. Comprendíase bien; lo de la carta era la mentira absurda llevada al último extremo: buscar de cualquier modo el flaco para herir, aunque sólo consiguiese ligero rasguño, contando con la esperanza de que la herida se envenenase. De pronto, Juana, que miraba ansiosa afuera, exclamó sordamente:

— Ya.

Me asomé tras ella y sentí mis piernas doblarse. No me he explicado nunca cómo no caí. Por un lado de la plaza, por el de los Callejones, venía Bonet. La Montero bajó rápidamente. No sé lo que yo temía..., bajé tras ella. Juana abrió el portón. Por el postigo entreabierto vi á Bonet en el umbral. Parecía sostener una lucha inmensa consigo mismo, sin mirarnos, mirando á la calle, hacia el fondo de la plaza. Le veía de perfil. La Montero, con una mano en el picaporte, esperó á que Bonet entrase, muda, pálida, rígida, junto al portón.

Decidióse Bonet á entrar. Lo hizo, preguntando á su mujer bruscamente, en tono sarcástico que no le conocíamos y que contribuyó seguramente á la exaltación de la crisis que á Juana en aquel minuto solemne combatía:

— ¿A quién esperabas en el balcón?

Ella respondió al punto, blancos los labios, la voz trémula:

— No has hecho bien la pregunta; hazla como la sientes. *¿A cuál de los dos esperabas?* Así hubiera sido mejor.

La contestación fué para Bonet un rudo golpe. ¿Cómo había de esperar aquello? Entró detrás de ella, en la salita baja de la calle. Quedóse junto á la cómoda, como confuso. Una rabia sorda, ciega, parecía combatirle, rabia tal vez contra sí mismo, de encontrarse allí, de haber ido, de haber dudado. La Montero continuaba:

— Como quizás no quieras hacer la pregunta así, yo he de contestarte como si la hicieses: no era *al otro*, era á ti, á quien esperaba.

Preguntó él, ahogadamente, pasando por alto la espantosa ironía de aquellas frases:

— ¿Por qué me esperabas? ¿Quién te lo dijo?

— Este papel... Aquí lo dice: á las nueve... Pero no has sido oportuno. Olvidaste el papel en tu libro, le vi yo, y tuve tiempo de avisar *al otro*, para que no viniera. Sin ese olvido condenado del papel, nos sorprendes locos, en delirio dulce, amorosísimo, en *la labor* de tu deshonra. Perdiste un gran espectáculo.

Bonet se apoyó en la cómoda vacilante. Gruesas gotas de sudor bañaban su frente. Una mirada de suprema angustia brilló en sus ojos, una mirada que dió á su rostro varonil, por un momento, algo del último doloroso instante del Jesús agonizando. Si en aquel punto Bonet hubiese cogido las manos de Juana, si las hubiese besado con ternura, pidiéndole perdón por su debilidad de algunas horas, desde que recibió el papel infame; si la hubiese dicho que estaba seguro de su inocencia, que lo había estado siempre, que había ido allí sin saber á qué, como un autómata, como impulsado quizás por la misma avasalladora convicción que de la inocencia de ella tenía; si la hubiese dicho todo aquello, lo que su alma en resumen sentía verdaderamente, Juana, la generosa Juana, hubiera perdonado y callado, no tengo duda; pero

había un demonio dentro de Bonet aquel día, un perverso enemigo, nacido seguramente por aquella situación difícil, humillante, ridícula que él mismo había creado, con sus despechos, con sus debilidades, con sus dudas y sus convicciones poderosas. al par, de la inocencia de Juana, con sus cóleras contra sí mismo, contra las mujeres de la fábrica, contra la divina Ángeles, contra la *Corza*, contra mí, contra todo lo que pudo contribuir á su vacilación, á su desconcierto, bien ó mal intencionado, contra todo lo existente en fin, que le parecía levantarse contra él, lo que le hizo por fuerza, lejos de rendirse, lejos de pedir perdón, levantarse á su vez, revolverse contra todo. Por eso, cuando la mujer, triste, grave, le dijo: — Habla en fin; explícate: acusa, ¿qué injuria te he hecho? — exclamó violentamente, estallando en su tono y en sus palabras todas sus pasiones:

— No sé si me has injuriado, ni sé si yo te injurio, ni sé por qué estoy aquí, ni por qué hablo esto, ni por qué no hice pedazos los corazones feroces de aquellas mujeres, ni por qué no te cojo con fuerzas, con todas mis fuerzas, abrazándote, ahogándote, para que nunca más me hables así, para que nunca más me mires así, para que nunca más te vean y nunca más respiren. — Y sus ojos lanzaban rayos de muerte, y sus brazos tendíanse amenazadores, hercúleos.

Quise entrar y me faltaron las fuerzas. Tenía temor por otra parte de que el abuelo compren-

diese lo que pasaba, y permanecí en el pasillo, cerca del portón, fluctuando entre estas dos abrumadoras inquietudes.

Juana, en un momento de piedad sin duda — ni en aquella hora sombría negó su índole noble, — se lanzó á él para calmarle.

— Pero ¿qué es esto, José? ¿Qué es esto? — repetía en voz triste.

No la vi. Sin duda, habríase cogido á Bonet. Se oyó la voz de Bonet dura, enconada.

— ¡Suelta! ¿Qué quieres? — Y luego una interrogación dolorosa, inspirada por aquel demonio, que entonces le poseía. — Pero, ¿tú no sabes lo que dicen de ti?

Estas palabras fueron un latigazo para la mujer. Si un momento de piedad la había conmovido, rehízose rápidamente.

— Sé lo que dicen... Lo sé, desde que lo dicen. Y puedo afirmar también que no sabes hasta qué punto sufrí contigo y me propuse infundirte valor para que nunca me hablastes de ello. Hay circunstancias verdaderamente fatales en la vida, José; el detalle insignificante de haber dejado esa carta en el libro que leías, nos ha perdido á los dos. Sin ese papel no hubiese yo sabido nunca el mal que me has hecho. Venir aquí, á cerciorarte de si soy criminal ó no lo soy, es suponerme capaz del crimen. Venir es acusarme... Mira, José; ha llegado un punto, sin que sea yo — acuérdate siempre — quien lo haya hecho llegar, en que ha

de hacerte una revelación... Y ha de ser aquí, ahora, donde tú has querido, cuando tú has querido que sea. Me acusas de una infamia — ya te he dicho que tu acción ha sido más que dudar, ha sido darla por cometida; — de una infamia tan negra, que me hace olvidar las que conmigo aquellas mujeres de la fábrica cometieron. ¿Qué me importan aquellas mujeres? Tú me importas, ellas no. Tú eres el que me injurias, no ellas.

Bonet, al desviar á Juana, había caído sin fuerzas sobre una silla. Toda su anterior cólera pareció abatirse al oír las palabras lentas, graves, de la mujer amada. Otra vez, aquel misterioso influjo de la encantadora fué llegando hasta él y apoderándose de todos sus sentidos. Al oír las últimas palabras de Juana, levantó la cabeza rápidamente, como al presentimiento de un dolor más cruel, más grande que todos. Llegué hasta él entonces, hondamente conmovida. Una piedad inmensa se apoderó de mí. Me senté á su lado sin saber lo que hice, como para compartir con él el golpe inevitable que le amagaba.

— Pues bien — había proseguido ella tranquilamente; — no me defiende del crimen de que me acusas, y, sobre no defenderme, me acuso yo de otro.

Bonet se levantó con lentitud. En su rostro revelábase entonces un terror, un espanto indescriptibles. Lo comprendí... lo presentí; la fatalidad inspiraba á Juana en aquel punto.

— ¡Juana — grité, — cuidado, que te podrías arrepentir! — No me oyó.

— ¡Tú, un crimen! — había exclamado Bonet, con el aliento casi, como si aquellas palabras hubieran de ser las últimas de su vida.

— ¿Y qué? Si tú me crees capaz de haber cometido uno, ¿qué razón hay para que no pueda haber cometido otro?

— ¡Tú, un crimen!

Y la voz de Bonet apenas se sentía. Era un hálito tembloroso. Estaba de pie, inmóvil, vidriosa la mirada, fija en la Montero. Ella, seguía, implacable:

— Mi crimen, del que yo tengo noticias, es haberme casado contigo sin quererte.

— ¡Tú!

Sostuve á Bonet. Hubiera caído si no estoy á su lado.

— Yo, sí.

— ¿Y aquel cariño que me juraste?... ¿Y aquel cariño que me tenías?...

Yo sentía el corazón destrozado, como si mi corazón fuese el de aquel hombre, cuya falta única había sido su propia debilidad... Aquel hombre bueno, que se perdía irremisiblemente, como la tía Ángeles con su feroz experiencia había presenciado, por su desconocimiento absoluto de la vida. Juana, sin conmoverse ya de aquel grito doloroso de un corazón amargado, de aquella explosión de angustia del hombre que la adoraba, repuso fríamente:

— Me engañé... Lo comprendí más tarde... Quizás lo haya comprendido hoy mismo. Al casarme creí que te quería. No, fué lástima á ti, á Naro, á mi abuelo... Á los tres juntos. Á vosotros, por vuestra soledad, porque me necesitabais á mí. Á mi abuelo, porque necesitaba de vosotros. En nuestra miseria, después de la total ruina y la muerte de mis padres, en nuestro abandono, en nuestra soledad espantosa, diste conmigo y á ti me confié, porque vi en ti un talento superior al de los hombres que te rodeaban y un corazón honrado, que creí fuerte. Mi culpa no estuvo en haberla cometido, porque fué involuntaria; estuvo en haber seguido engañándote, después de haberme yo desengañado... Pero tampoco quise abrir una herida en tu alma... una herida que yo suponía incurable. Tu injuria me hace ver hoy que me había equivocado. Siendo así ¿para qué callar más? No es necesario el sacrificio del silencio.

— ¡Conque era verdad lo que aquéllas decían!— murmuró Bonet, sin poder hablar. Tan grande, tan doloroso era su estupor. Á lo que Juana repuso con inmensa amargura:

— Si decían que no te quiero, sí. De lo demás, ya te lo dije: no he de defenderme.

Yo sentía en aquel momento un terror grande, por las consecuencias que las palabras de Juana podrían traer. Los amaba á los dos. En el gran proceso interno de estos dos seres, me sentía inclinada por igual al uno y al otro. Hasta entonces

había deplorado la actitud de Bonet, hija de un carácter que parecía entero, siendo en realidad irresoluto. Entonces, en aquel instante, toda mi compasión, toda mi pena eran por Bonet. Sentía la pesadumbre de aquellas frases, arrojadas por Juana con una frialdad, con un valor, con una dureza inconcebibles, propios realmente de los verdaderos caracteres, que sufren y se doblegan hasta lo último para levantarse al fin austeros é implacables. Lo que yo temía por parte de Bonet no tardó en llegar. Vino con las últimas palabras de mi amiga. Una reacción rápida, inmensa, muy común también en caracteres como el suyo, le hizo salir fieramente de su postración pasajera. Fué entonces el león herido que se revuelve contra todo. Lamentó su ruina y condenó, apasionado y fiero, el destino que le perseguía y la dureza de corazón de aquella adorada mujer, que así vengábase de sus dudas perdonables, sí, perdonables, porque era imposible que hubiese espíritus verdaderamente perfectos. Y en un arranque de locura, viéndose perdido, muerto, contemplando con terror loco las ruinas de su amor y de su existencia á sus pies, gritó con acento propio de la tragedia:

— ¿Pero tú no comprendes, desgraciada, que de eso que has dicho á lo que dicen ellas no hay más que un paso? ¿Tú no comprendes que si con un hombre no me has engañado, de todas maneras me has engañado y me has mentado? ¿Tú no comprendes que hay dolores que matan y que mi dolor

va á matarnos? ¿Ó es que la muerte no te importa?

— Y más que la muerte, ¿no espanta una vida sin amor, llena de sacrificios que se desconocen?... Tal como te creía, te hubiera querido al fin. Como después te he visto, como ahora te veo, quisiera morirme. ¡Mátame tú... ya que de vergüenza no se muere!

— ¡Vergüenza de tu infamia!

— Vergüenza de los dos. De mí, por haberme engañado; por no haber sabido inspirarte más respeto. De ti, porque no tienes corazón bastante para hacerte amar.

— ¿Pero es que no hay un Dios que te ilumine? ¿Es que no hay una chispa, aunque sea de rayo, que pase por tu cerebro como una ráfaga, sólo como una ráfaga, para que puedas ver la negrura del abismo en que nos hundes? ¿Es que quieres morir á mis manos miserablemente y que yo muera después, de alegría y horror de haberte muerto?

— ¡Que Dios nos ampare!

— ¡Pero una palabra de disculpa! ¡Un resquicio sólo, por donde mi pensamiento y mi alma puedan llegar hasta ti! ¡Por donde mi cólera pueda desbordarse sin herirnos! ¡Que la duda siquiera, venga otra vez! ¿Tú no comprendes que conforme tu voz es más dulce, mi rabia se levanta más pavorosa? ¿Que mientras más el tiempo va pasando, la muerte más me estrecha? ¿Que mientras con más resignación lloras, la angustia más me mata?

— Bien, no hablaré más — dijo ella, firmemente. Sus palabras parecieron una sentencia. — No lloraré más. Estás ciego y loco. Pero con lágrimas y sin lágrimas, ahora y siempre que hable, podré decírtelo: No te quise. No te quiero.

— ¡Es una vileza! ¡Es una infamia!

— ¿Te he deshonrado?

— ¡Juana! — gritó Bonet rugiente.

— Un hombre deshonrado mata sin hablar. Má-tame ó déjame, pero acabemos ya por Dios.

Bonet se lanzó á ella con las manos abiertas, crispadas. Le impulsó algo poderoso, inmenso, fatal en aquel momento. Se soltó de mí, al lanzarse á ella, como de un débil obstáculo, aunque me cogí á él fieramente, hasta sentirse crujir mis huesos. Juana permaneció inmóvil, impassible, esperándole. Sintió los dedos en su garganta, sin lanzar un grito, ni un gemido, mirandó á Bonet tristemente. Bonet gritaba al lanzarse á ella:

— ¡Eres tú quien acaba con mi vida, con la tuya! ¡Aquí, donde apuré mi cáliz, donde acabó mi esperanza, donde acabó mi paciencia, acabará todo!

Un grito poderoso, formidable, se escapó de mi corazón cuando Bonet escapó de mis manos. — ¡Bonet!! — Fué un grito que salió de mí, como si partiera mis entrañas. Bonet, como si aquel grito fuese un mazazo que asestaran sobre su cabeza, soltó á Juana y pareció tambalearse para caer. Juana cayó de rodillas. Yo había caído á la sacu-

dida feroz de Bonet para desprenderse de mí. Estaba levantándose. Fué rápido, más rápido que el pensamiento. En este segundo incommensurable, un clamor inmenso, colosal, oyóse en la plaza. Bonet pasábase las manos por la frente, como si saliera de un espantoso sueño. Yo me incorporé. Juana permaneció de rodillas. El clamor de la plazuela aumentaba. Sin querer, en medio de nuestra gran conmoción, entendimos — yo lo entendí al menos — que eran voces de piedad, gritos de lástima y desolación. Pero ¿por qué parecía acercarse aquella oleada de dolor á nuestra puerta, como si de puerta adentro no hubiese ya bastante? El clamor seguía. Súbitamente creí oír un grito, un nombre en aquel grito, el nombre de Naro. Me lancé á la ventana, la abrí, una nube de sangre cegó mis ojos, un ¡ay!, un alarido escapó de mi garganta. Sin pensar en Bonet, sin pensar en la Montero, corrí á la puerta, abrí el portón, me arrojé á la calle. La plaza atestábase de gente. Los balcones, las ventanas, las puertas, todo estaba invadido por la multitud. En todos los rostros pintábase el terror y la lástima. Cerca de la puerta vi algunos trabajadores de *La Aurora*, entre ellos á Carmen, llorosa, lívida, desbandado el pelo; al lado de ella una camilla. Me lancé á la camilla, levanté la lona y vi á Naro muerto. Había pagado su tributo á la fábrica, el último día seguramente que pensaba ir á ella. Lo había pagado de una vez para siempre. El telar pudo más



que el niño. Los dientes que crujían como con rabia de no hallar dónde morder, habían mordido al fin en carne virgen y mordido hasta la hartura. Un paño obscuro cubría sus formas despedazadas. Su cabeza y su rostro estaban indemnes. No sonreía. Su sonrisa de mártir y de ángel fué para los vivos. Aquel rostro sin su sonrisa de siempre, tenía ahora una santa, angusta serenidad. El alma, al salir de su cuerpo, pareció haberse quedado palpitando, alentando sobre aquel rostro. Creo que renegué de Dios inconscientemente en tal instante, porque no me puso en lugar de Naro para no presenciar aquella última espantosa hecatombe del alma de Bonet.

Cuando yo salía, un hombre entraba á prepararle. Fué una tremenda ironía, pero ocurrió de ese modo. Aunque salió de la fábrica media hora antes, entró á preparar á la familia con el muerto á la puerta. Carmen dijo no sé qué cosas. No las oí. Miré sombríamente á la casa. Bonet no había llegado hasta Naro, no pudo. En el mismo escalón cayó rugiente como una fiera herida. Vi á Juana sollozante, arrodillada en la calle, medio tendida, abrazada á Bonet. Vi en la casa, allá, en el fondo, un viejo, el cabello erizado, los ojos queriendo salirse de las órbitas, arrastrándose, agarrándose con los dedos agarrotados á los muebles y las paredes con trágicos, estériles esfuerzos, para andar, para llegar hasta las ruinas de todas sus esperanzas muertas. Vi allá, en el fondo también, en el

escalón del patio, un niño que lloraba, un niño rubio como una florecilla abandonada de los cielos, y no vi más. No tuve ojos, no tuve corazón, no tuve alma. Todo pareció que huía de mí, como si yo también estuviese muerta. Caí de rodillas, exánime. Mis últimos hálitos fueron para besar una frente pequeña, helada... Fueron para decir suspirante, como una queja..., como el gemido de aquella florecilla rubia, abandonada de los cielos:

— ¡Ay, Naro, Naro, al fin te vas!

FIN

OBRAS DE MARTÍNEZ BARRIONUEVO

LA QUINTAÑONES	Ptas. 4
EL PADRE ETERNO.	» 4
SEÑORES DE SALDÍVAR (dos tomos).	» 6
JUANELA	» 3
VENTA DE HIJOS.	» 3'50
MISERICORDIA	» 3
FILIGRANA.	» 3
GUERRAS PASADAS.	» 3
ANDALUZA.	» 3
EL CONTRABANDISTA.	» 2
PASIÓN	» 3
EL BUQUE DE COMBATE (dos tomos)	» 6
LA VIRGEN (historia de una muchacha de este siglo)	» 3
LA GENERALA (dos tomos)	» 4
GENTE DE TABLAS	» 2
EL FILÓN	» 2'50
SEVILLA FAMOSA	» 2
LA REAL HEMBRA	» 2
EL DECÁLOGO	» 2
FIN DE UNA RAZA	» 2
MI INFANCIA	» 3